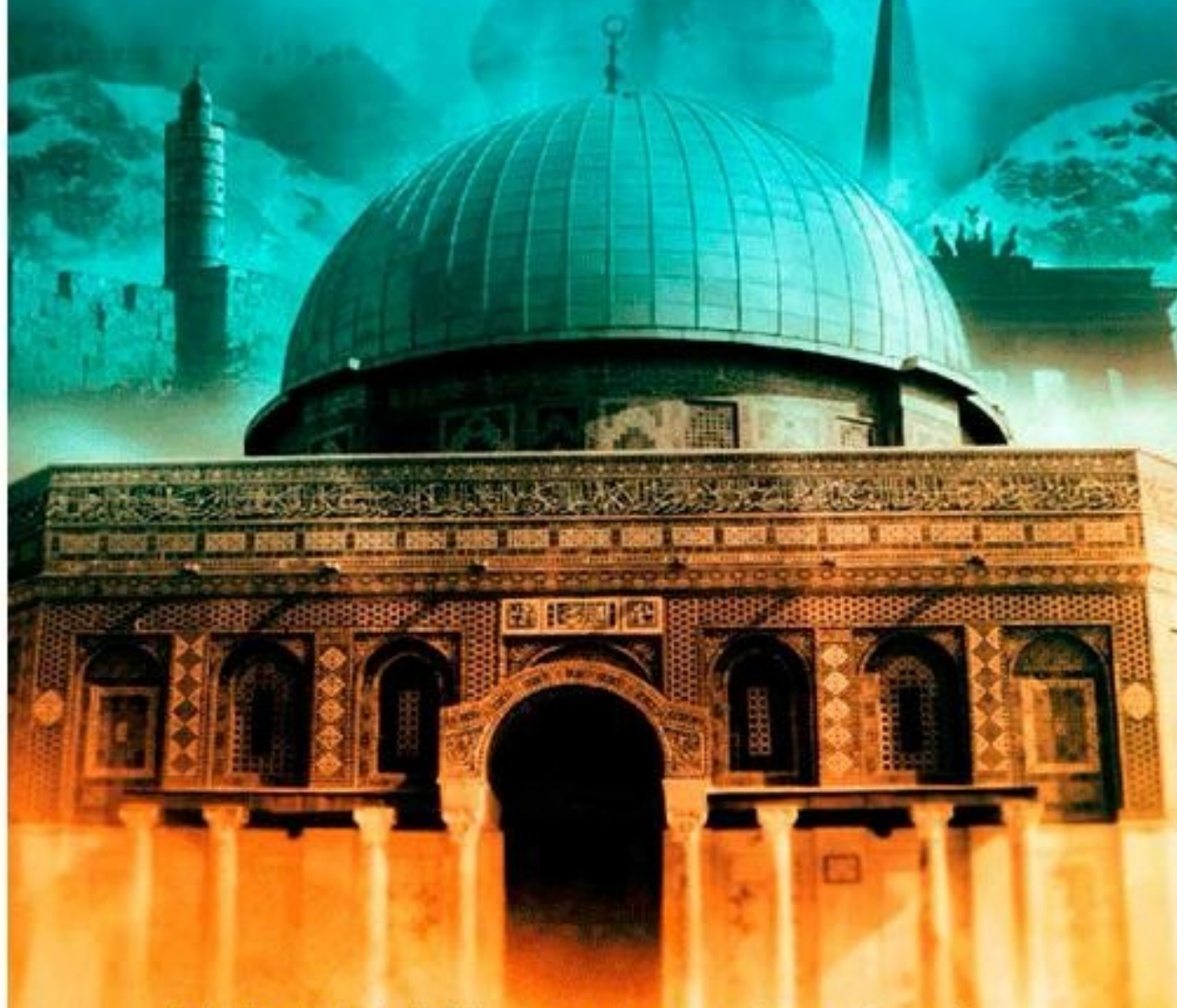


Del autor superventas de 'El resurgir de la Atlántida'

THOMAS GREANIAS

El apocalipsis de la Atlántida



Bajo la ciudad de Dios aguardan secretos centenarios,
y todos los poderes de la Tierra los ambicionan.



El arqueólogo Conrad Yeats descubre en los restos de un submarino nazi hundido, el impactante legado que dejó Adolf Hitler de su búsqueda de la Atlántida. Sepultada bajo el agua, en el corazón del buque espía del Tercer Reich, permanecía la clave de una antigua conspiración, una intriga que llega hasta los más altos niveles de los gobiernos más relevantes. Este fatal descubrimiento lanza a Yeats a una carrera mortal por todo el Mediterráneo, perseguido por los asesinos de una organización internacional que no se detendrá ante nada con tal de iniciar un armagedón global que reviva un imperio. Y solo Serena Serghetti, la bella lingüista del Vaticano a la que él siempre ha amado, puede ayudarlo a salvar al mundo del apocalipsis de la Atlántida.



eBooks con estilo

Thomas Greanias

El Apocalipsis de la Atlántida

ePUB v2.0

NitoStrad 12.07.13

más libros en epubgratis.es

Título original: *The Atlantis Revelation*

Autor: Thomas Greanias

Fecha de publicación del original: enero 2009

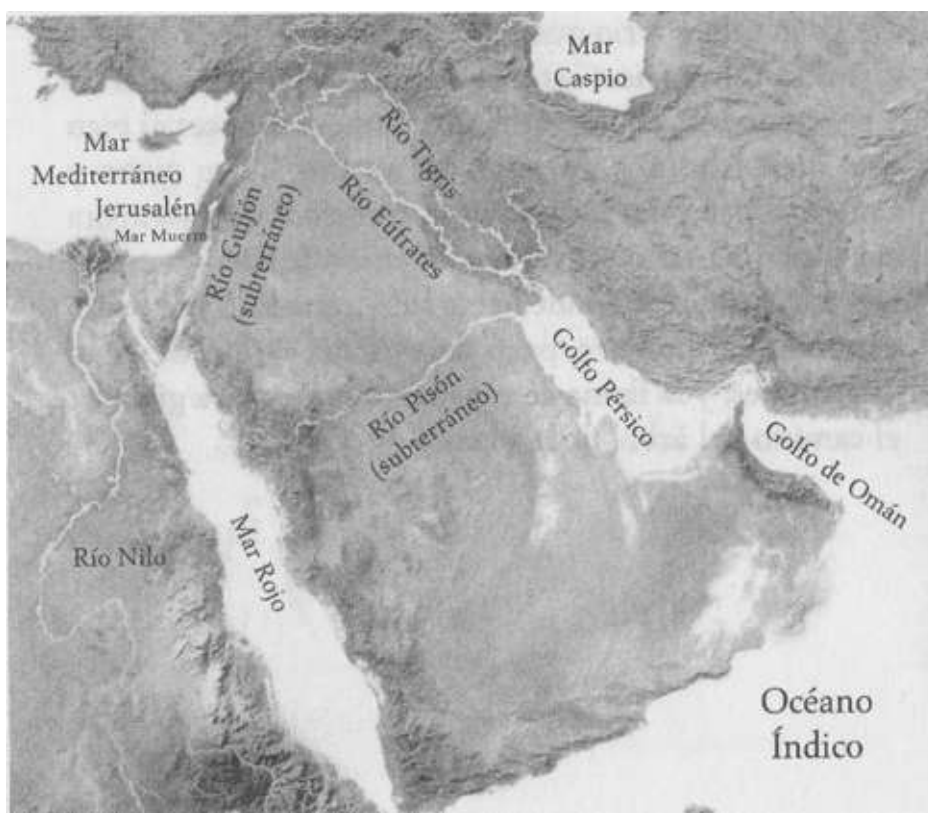
Traducción: Isabel Blanco González

Editor original: NitoStrad (v2.0)

ePub base v2.0

Y dijo Yahvé Dios: «¡He aquí que el hombre ha venido a ser como uno de nosotros, en cuanto a conocer el bien y el mal! Ahora, pues, cuidado, no alargue su mano y tome también del árbol de la vida y comiendo de él viva para siempre». Y le echó Yahvé Dios del jardín de Edén, para que labrase el suelo de donde había sido tomado. Y habiendo expulsado al hombre, puso delante del jardín de Edén querubines, y la llama de espada vibrante, para guardar el camino del árbol de la vida.

Génesis 2, 10 y 3, 22-24



Primera parte

Corfú

CAPÍTULO

1

Sima de Calipso. Mar Jónico.

Nada más echar el ancla del barco de pesca *Katrina*, justo encima del gran descubrimiento, Conrad Yeats se lo pensó mejor.

No solo porque odiara el agua. O porque hubiera casi cinco mil metros hasta el fondo en esa parte, la más profunda del mar Mediterráneo. O porque la tripulación griega creyera que aquellas aguas estaban malditas. No, era más bien por las palabras de un antiguo secretario de Defensa de los Estados Unidos, que le había advertido que lo que él buscaba no existía o, si existía, más valía que lo olvidara. *Puede que haya llegado el momento de que dejes al pasado oxidarse en paz, hijo.*

Pero había llegado demasiado lejos como para darle la espalda a aquello. Iba a recuperar nada más y nada menos que una reliquia auténtica del mitológico continente perdido de la Atlántida. No estaba dispuesto a descansar sin descubrir primero qué era lo que todo el mundo se hallaba tan ansioso por enterrar solo porque amenazaba su perspectiva de futuro.

Conrad se echó el traje de neopreno negro por encima de los hombros y miró a Stavros, el encargado del equipo de buceo. El enorme y fortachón griego había sacado del agua el sonar de arrastre que un equipo de expertos en análisis de imágenes por sonar de barrido lateral, procedentes de un barco de exploración, había estado utilizando horas antes para localizar el objetivo. En ese momento Stavros estaba manipulando algo en el compresor de aire de Conrad.

—¿Has arreglado por fin esa cosa? —preguntó Conrad.

—Creo que sí —gruñó Stavros.

Conrad alzó la vista hacia la estrella Polar, la más brillante de la constelación de la Osa Mayor, y acto seguido contempló las aguas plateadas. La localización en la que se encontraban no aparecía en ninguna carta de navegación. La había descubierto gracias a poemas antiguos, a cuadernos de bitácora de distintas embarcaciones y a datos astronómicos que solo un astroarqueólogo como él podría haberse tomado en serio.

Y, sin embargo, no estaban solos.

En el horizonte se recortaba la silueta negra de un enorme yate. Para tratarse de un simple palacio del placer navegando por las islas Jónicas durante las vacaciones de Semana Santa, la embarcación de ciento ochenta metros contaba con una impresionante colección de sistemas de comunicación, un helicóptero y, por lo que Conrad podía divisar, incluso un par de sumergibles. Probablemente llevaba todo eso solo para alardear, pero aun así no le gustaba tener tan cerca a nadie con semejante armamento.

El plan de Conrad, no obstante, era marcharse de allí mucho antes de que saliera el sol.

—Necesito cuarenta minutos de aire en el fondo, más la vuelta —le dijo a Stavros.

Stavros arrojó al agua una pequeña boya atada a doscientos metros de cable.

—Si sigue al borde de la fosa, tal y como parece por las imágenes de la cámara del robot, tendrás suerte si logras estar veinte minutos en el fondo. Pero como se haya ido resbalando hacia la sima de Calipso, entonces te va a dar igual. El mismo barón de la Orden Negra te agarrará de una pierna y te arrastrará al infierno —le contestó Stavros que, acto seguido, se estremeció y se hizo la señal de la cruz sobre el corazón.

No era en absoluto necesario que un coro griego le recordara que aquellas eran las aguas predilectas de la tragedia. A la luz del día, la superficie del mar Jónico era una de las más serenas de toda Grecia; por eso era ideal para navegar en barco de vela. Además, el mar estaba repleto de zonas en las que resultaba fácil echar el ancla, de golfos seguros para los cruceros turísticos, los yates privados y ese tipo de embarcaciones. Sin embargo sus profundidades constituían una de las zonas sísmicas con más movimiento del mundo.

Allí, a cuatro mil ochocientos metros de la superficie, en el fondo de la fosa Helénica, aguardaba la vasta sima de Calipso. Era el punto en el que la placa tectónica africana chocaba con la euroasiática, formando una zona de subducción que tiraba de cualquier cosa que se encontrara cerca, llevándosela hacia abajo, hacia el magma de la tierra, bajo ambas placas. Podía tragarse incluso un continente, según creían algunos.

—Tú ocúpate del oxígeno, Stavros. Ya me encargo yo de la maldición de la sima de Calipso —contestó Conrad.

El arqueólogo se puso la mascarilla, que le cubría toda la cabeza, y saltó al agua desde la proa, con las aletas por delante.

Sintió que el agua fría lo envolvía nada más comenzar a seguir el cable de la boya anclada al fondo. Llevaba una potente linterna Newlite en la cabeza para iluminar las oscuras profundidades. A medio camino de bajada se encontró con un banco de delfines. Se apartaron como si fuesen una cortina, mostrándole la impresionante vista del legendario *Nausicaa*, posado sobre la base. Los cañones antiaéreos del submarino, de 37 mm, apuntaban directamente hacia él.

El submarino alemán era tan impresionante como esperaba. Al fin y al cabo, había pertenecido a un general: el general de las SS Ludwig von Berg, el barón de la Orden Negra para sus amigos del Tercer Reich. Entre otras cosas, el barón había sido la cabeza rectora de la Ahnenerbe de Hitler; una organización de académicos y filósofos, además de guerreros y militares, enviados a recorrer toda la Tierra con el propósito de encontrar pruebas que demostraran que los arios eran los descendientes de los atlantes.

La misión había llevado al barón Von Berg nada menos que a la Antártida, donde décadas más tarde el padre de Conrad, el general de las fuerzas aéreas de los Estados Unidos Griffin Yeats, había descubierto una base secreta de los nazis y unas ruinas antiguas sepultadas a tres mil doscientos metros bajo el hielo. Sin embargo, toda evidencia de esa civilización perdida, es decir, de la Atlántida, había quedado barrida por un seísmo que había acabado con la vida de su padre y que había hundido una placa de hielo del tamaño de California; placa que bien podría haber sido la causante del *tsunami* que tuvo lugar en el océano Índico en 2004, y que había matado a miles de personas en Indonesia.

Desde entonces Conrad se había afanado por buscar pruebas que demostraran que la civilización perdida de la Atlántida no era un sueño. Por suerte, las pistas que le había dejado su padre en su tumba en el cementerio de Arlington habían ayudado con eso y con mucho más. Conrad no había tardado en

descubrir que Max Seavers, el sucesor de su padre como director de la DARPA, la agencia de Investigación y Desarrollo del Pentágono, había desarrollado un virus de la gripe gracias a la extracción del tejido congelado de los pulmones de los nazis muertos encontrados en la Antártida. Es más: pretendía usarlo como arma.

Todos esos descubrimientos, finalmente, habían llevado a Conrad hasta el misterioso barón Von Berg. Según ciertos documentos de la Segunda Guerra Mundial, clasificados como secretos por la inteligencia americana, la británica y la alemana, el submarino alemán del general de las SS, el *Nausicaa*, volvía de la base secreta de la Antártida cuando lo hundió la Marina Real Británica en 1943.

Conrad esperaba encontrar a bordo alguna reliquia de la Atlántida.

Se impulsó en el agua en dirección al submarino hundido. El *Nausicaa* yacía como una ballena con las tripas fuera, tumbado a lo largo del borde de la sima de Calipso, con la cola fragmentada y la sección delantera sobresaliendo por encima del abismo como si fuera un ataúd de metal.

Buceó hasta la boca abierta del fuselaje partido y examinó los bordes dentados. El torpedo británico que había hundido al *Nausicaa* se había llevado por delante toda la sala de motores eléctricos, pero no había sido una rotura limpia. Cualquier pequeña muesca podía rasgarle el tubo del aire y cortarle el suministro de oxígeno. Llamó por la radio integrada del casco de buceo.

—¿Stavros?

—Estoy aquí, jefe —contestó la voz del griego por el auricular de la radio, que emitió un buen número de crujidos.

—¿Qué tal va el compresor?

—Sigue contando, jefe.

Conrad entró en la sala de control de la sección delantera. Siguió buceando con los ojos bien abiertos, buscando esqueletos flotantes. No encontró ninguno. No había ni oficiales, ni timoneles, ni aviadores. Ni siquiera en la torreta del piloto. No había más que un compartimento vacío con tableros de instrumentos abandonados a babor y a estribor. ¿Acaso todos los marineros habían conseguido abandonar el barco antes de hundirse?

El camarote del capitán también estaba vacío. Solo había un fonógrafo con un disco abarquillado. Conrad pudo leer la etiqueta a punto de despegarse: *Die Valküre*. Justo antes de hundirse el submarino, Von Berg había estado escuchando *La cabalgata de las valquirias*.

Pero no quedaba ni rastro del barón Von Berg. Ni siquiera un maletín metálico de la *Kriegsmarine*. Quizá fuera cierta la leyenda, y Von Berg jamás llevara ningún papel encima. El siempre decía: «Lo llevo todo en la cabeza».

Las esperanzas de Conrad de encontrar alguna pista se desvanecían deprisa.

Buceó por el pasillo, atestado de obstáculos, que iba de proa a popa, y pasó por delante de los compartimentos de los oficiales y de la cocina. Nada más atravesar la escotilla abierta hacia el compartimento donde se hallaban los torpedos, Conrad comenzó a sentir una espeluznante claustrofobia.

En un extremo había cuatro escotillas circulares: las de los tubos de los torpedos. Los manómetros de presión atmosférica, congelados en el tiempo, indicaban que el *Nausicaa* había disparado al menos tres torpedos y había vaciado los tubos para seguir disparando antes de que los ingleses lo hundieran. Solamente el tubo número cuatro estaba inundado. Evidentemente, el barón de la Orden Negra no se había rendido sin luchar.

Conrad se giró hacia los soportes donde se almacenaban las bombas y encontró algo largo que

sobresalía. Apartó el cieno acumulado moviendo el agua con la mano. El objeto adquirió forma, y entonces se dio cuenta de que estaba contemplando una calavera humana con agujeros negros en el lugar de los ojos.

Las mandíbulas vacías parecían sonreírle desde sus misteriosas profundidades. El esqueleto tenía una placa de plata atornillada a un lado: el legado de una bala que le había atravesado la cabeza en Creta, según había podido averiguar Conrad por sus investigaciones.

«General de las SS Ludwig von Berg. Barón de la Orden Negra. Legítimo rey de Bavaria». Eso era lo que decía un antiguo informe secreto de la OSS, la Oficina de Servicios Estratégicos de los Estados Unidos, que Conrad había robado.

Entonces notó una especie de ola dentro del agua. El *Nausicaa* pareció balancearse.

—¡Stavros! —gritó por radio.

No hubo respuesta.

De pronto, los agujeros negros de los ojos de la calavera del barón emitieron un brillo rojo, y el brazo del esqueleto se levantó flotando como si quisiera agarrarlo.

Conrad se echó hacia atrás y se apartó del esqueleto. Se figuró que no era más que el resultado del movimiento del agua, que le jugaba una mala pasada. Pero entonces se dio cuenta de que el brillo rojo provenía en realidad de algo que había detrás de la calavera. Verdaderamente, parecía como si el barón de la Orden Negra estuviera custodiando algo.

Con el corazón latiendo a toda velocidad, apartó más cieno y descubrió un extraño torpedo con la forma de un tiburón martillo. Lo alumbró y deslizó ambas manos por lustroso revestimiento que lo cubría.

No tenía ninguna marca, a excepción de un nombre en código impreso en el panel de acceso: *Flammenschwert*. Conrad lo tradujo con su rudimentario alemán. Debía significar algo así como «espada llameante» o «espada de fuego».

Recordó que Von Berg aseguraba haber desarrollado un arma con la que los nazis estaban convencidos de que ganarían la guerra: una tecnología incendiaria, supuestamente originaria de la Atlántida, que podía transformar el agua en fuego e incluso derretir un casquete de hielo.

¿Sería esa la reliquia que andaba buscando y que demostraría que la Atlántida estaba en la Antártida?

El misterioso brillo que salía del interior de la parte cónica del torpedo dibujaba la silueta cuadrada del panel de acceso como si se tratara de una luz de neón. Pero aquello no era una simple luz. Era una luz que parecía consumir el agua alrededor del torpedo igual que el fuego consume oxígeno.

El indicador del dosímetro que Conrad llevaba encima no registraba radiación alguna, así que se atrevió a poner un dedo sobre la brillante ranura del panel de acceso. No se le quemó el guante, pero sintió inequívocamente el tirón. El torpedo succionaba el agua a su alrededor igual que un agujero negro.

Conrad notó otra ola en el agua y se giró. Vio a cuatro figuras con arpones entre las sombras. Entraban en la sala de torpedos.

Se dijo que debían de andar buscando el *Flammenschwert*. Pero prefería hundir el submarino antes que permitir que esa arma cayera en otras manos.

Alargó el brazo hacia las válvulas que servían para llenar los cuatro tubos de los torpedos y giró las manivelas. Consiguió llenar de agua tres de ellos. El submarino se inclinó hacia delante, hacia la sima de Calipso, llevándose con él a los submarinistas. El ruido que se produjo fue ensordecedor. Conrad respiró trabajosamente a través del casco, pataleó con fuerza y comenzó a ascender. Buceaba como un loco para

tratar de escapar de la sala de torpedos cuando un arpón hizo diana en su muslo.

Se agarró la pierna por el dolor. Tres de los buceadores lo rodearon. Conrad rompió el arpón y apuñaló en las tripas al buceador que le había disparado. El hombre se dobló sobre la nube de sangre que comenzó a salirle del traje de buceo. Sin embargo, otros dos lo agarraron y antes de que pudiera soltarse, un cuarto buceador, el jefe, se acercó, sacó una daga y le cortó el tubo del oxígeno.

Conrad observó atónito como las burbujas plateadas del aire del tubo se elevaban ante sus ojos igual que fuegos artificiales, dejándolo literalmente sin aliento.

Entonces volvió a ver la daga por segunda vez, en esa ocasión rompió el cristal de su mascarilla. El casco comenzó a llenársele de agua, pero Conrad no pudo evitar inhalar contra su voluntad. Toda su vida le pasó ante los ojos, borrosamente: su padre, el Griffter; su infancia en Washington D. C.; sus excavaciones por todo el mundo en busca de la «cultura madre» perdida de la Tierra, durante las cuales había conocido a Serena, con la que había estado en Sudamérica, y luego la Antártida...

Serena.

Sus labios trataron de repetir la oración que le había enseñado Serena, la última frase que había dicho Jesús: «A tus manos encomiendo mi espíritu». Pero las palabras se negaban a salir de su boca. Solo podía ver el rostro de ella, que enseguida comenzó a desvanecerse. Y luego, oscuridad.

Los anónimos buceadores se habían marchado cuando Conrad volvió a abrir los ojos. No respiraba, pero tampoco tenía los pulmones llenos de agua. En realidad sufría espasmos involuntarios de la laringe, espasmos que le impedían respirar. O salía a la superficie de inmediato o moriría asfixiado, en lugar de a causa del agua.

Miró a través del cristal roto de la mascarilla y vio la calavera del general de las SS Ludwig von Berg, que seguía sonriendo. Sus ojos ya no ardían. Tampoco estaba el torpedo *Flammenschwert*, que había desaparecido junto con las sombras de los buceadores. Sin embargo, sí se habían dejado algo: un explosivo C4 en forma de ladrillo con un panel digital, pegado junto al estuche abierto y vacío del torpedo.

Y en el panel se leía: 2.43... 2.42... 2.41...

Encima del explosivo C4 había una bola de metal con ese mismo brillo que había visto antes: parecía un ascua del infierno. Debían de haberla sacado del *Flammenschwert*, que probablemente contenía miles de esos perdigones de cobre dentro de su núcleo. Estaba claro que los muy bastardos iban a verificar si realmente funcionaba, haciendo detonar un solo diminuto perdigón que simularía, a pequeña escala, el poder del artefacto explosivo. Y de paso se lo llevaban a él por delante y destruían el *Nausicaa*.

Conrad reunió las pocas fuerzas que le quedaban y trató de salir de allí buceando, pero tenía la pierna enganchada en alguna parte: se la sujetaba la mano esquelética del general de las SS Ludwig von Berg. El barón, por lo que parecía, quería arrastrarlo con él al infierno.

No podía soltarse. Según el reloj que llevaba la cuenta atrás no faltaba más que un minuto y treinta y tres segundos.

Tuvo que pensar rápidamente. Agarró la calavera del barón con las dos manos y la separó del resto del esqueleto. Metió los dedos por los agujeros de los ojos como si la calavera fuera una bola de bolera, bajó la mano hasta su pierna herida y enganchada, y golpeó con ella los huesos de los dedos del barón hasta romperlos.

Por fin estaba libre, pero tenía los dedos atascados dentro de la calavera en el momento en el que otra ola de agua zarandó el *Nausicaa*.

Toda la sala de torpedos se volcó como una mesa coja; cieno y escombros pasaron por delante de él, rozándolo e inclinándolo aún más el submarino hacia el borde de la sima de Calipso. Conrad se dio con la espalda contra el soporte donde se almacenaban las bombas, y desde allí vio la escotilla del compartimento, y todo el pasillo de proa a popa, levantarse por encima de él como un enorme ascensor inalcanzable.

El *Nausicaa* estaba a punto de caer en la sima de Calipso. Apenas disponía de unos segundos. Conrad se situó debajo de la escotilla y se obligó a resistir a la tentación de ceder al pánico. Se quedó más tieso que un palo, igual que un torpedo, con las manos arqueadas y juntas y la calavera sobre la cabeza. Entonces cerró los ojos y notó que todo se desplomaba a su alrededor.

Por un momento se sintió como un misil que saliera disparado de su silo, aunque él sabía que era el silo mismo el que se estaba hundiendo. Entonces por fin se liberó. Conrad bajó la vista hacia la sima de Calipso, que se tragaba el *Nausicaa* con el diminuto perdigón del *Flammenschwert* todavía en su interior.

La poderosa estela que creaba el submarino al hundirse empezó a tirar de él como si se tratara de un remolino. Conrad sabía que luchar contra eso era inútil: de un modo u otro la corriente se lo llevaría. En lugar de ello comenzó a hacer un movimiento largo con las piernas, como el de las tijeras, para cruzar la estela y bucear a lo largo del borde del cráter, interponiendo entre él y el abismo la mayor distancia posible. Notó que a sus espaldas se producía un destello, y de pronto el agua se calentó.

Conrad volvió la vista por encima del hombro, justo a tiempo de ver una enorme columna de fuego salir disparada desde las profundidades de la sima de Calipso. Un sonido similar al de un trueno resonó en medio del fondo marino. Súbitamente, las llamas se avivaron y parecieron adquirir la forma de un dragón que volara por el agua en su dirección. Conrad comenzó a nadar lo más deprisa que pudo.

Un minuto después salió a la superficie en medio de la tenue luz previa al amanecer. Aún trataba de respirar. Por fin, justo cuando estaba a punto de desmayarse para siempre, se le abrió la laringe y expulsó algo de agua del estómago al mismo tiempo que trataba desesperadamente de inhalar el aire salado.

El estertor que salió de su garganta le pareció idéntico al sonido del motor de un reactor. Sin duda, el hecho de haber subido a la superficie tan deprisa debía de haberle producido algún tipo de embolia pulmonar. Tomó unas cuantas bocanadas de aire e intentó despejarse la cabeza. Examinó el horizonte en busca de su barca. Pero no estaba. La silueta del enorme yate se dibujaba en la distancia, con sus distintas cubiertas amontonadas la una encima de la otra como lingotes de oro, resplandecientes a la luz de sol naciente, alejándose.

El mar estaba repleto de escombros flotando a su alrededor: los restos de su barca, probablemente. *Pobre Stavros*, pensó. Nadó hacia una tabla de madera rota para utilizarla como apoyo para flotar. Pero al llegar se dio cuenta de que no era en absoluto una tabla de madera. Era el cuerpo carbonizado de un delfín, chamuscado hasta la médula.

Entonces comprendió la verdadera y horripilante naturaleza del *Flammenschwert*.

Funciona. Convierte realmente el agua en fuego.

Conrad se quedó mirando la cabeza y los dientes carbonizados del delfín. Sintió que le subía la acidez del estómago hasta la garganta y apartó la vista. Todo a su alrededor eran delfines incinerados, flotando como pedazos de madera en medio de un mar de muerte.

*Bóveda Global de Semillas de Svalbard. Isla de Spitsbergen.
Círculo Ártico.*

La hermana Serena Serghetti recorría el largo túnel excavado en la montaña ártica apretando contra su pecho la caja metálica que contenía las semillas de arroz africano. Las luces fluorescentes la iluminaban de forma intermitente, conforme iba pasando por debajo de los detectores de movimiento encastrados en el techo. Tras ella, los niños del coro de una escuela noruega sostenían velas que emitían luces vibrantes en medio de la oscuridad y cantaban la canción *Duerme: pequeña semillita*.

Sus voces angelicales sonaban fuertes en medio del aire congelado, sobrecargadas quizá por las gruesas paredes de hormigón reforzado de un metro de ancho del túnel, o eso le pareció a Serena. Aunque quizá fuera su corazón el que le pesaba.

La bóveda del fin del mundo, como había sido llamada desde el mismo día en que la inauguraron en el año 2008, albergaba más de dos millones de semillas que representaban a otras tantas variedades de cultivos de tierra. Con el tiempo llegaría a albergar una colección de cientos de millones de semillas de más de ciento cuarenta países. Y todas esas semillas se quedarían almacenadas allí, en aquella remota isla cercana al Polo Norte. La bóveda se había construido con la intención de salvaguardar el suministro alimenticio del mundo aun en el caso de una guerra nuclear, de cambio climático, de terrorismo, de elevación del nivel del mar, de terremotos o del consiguiente colapso de la capacidad del hombre para producir alimentos. Si ocurría lo peor, la bóveda permitiría al mundo relanzar la agricultura en todo el planeta.

Pero en ese momento la bóveda misma estaba en peligro. Debido al calentamiento global, ambos casquetes polares habían encogido y ello había suscitado una carrera por el petróleo en el Ártico. Era la próxima Arabia Saudí, si es que alguien podía encontrar el modo de extraer y transportar todo aquel petróleo a través de un mar de hielo. Años antes, los rusos incluso habían plantado una bandera cuatro mil metros por debajo del témpano para reclamar como suyas las reservas de petróleo enterradas en ese lugar. Y Serena se temía que en ese momento se preparaban para empezar a colocar las minas.

La monja atravesó dos cámaras estancas separadas por puertas y entró en la bóveda propiamente dicha. Tuvo que parpadear ante el brillo los focos de las cámaras de televisión. El primer ministro noruego estaba allí, por alguna parte, junto con una delegación de la ONU.

Serena se arrodilló ante las cámaras y rezó en silencio por todas las personas del planeta. Pero era consciente de los clics de los obturadores de las cámaras y del sonido que hacían los fotógrafos al arrastrar las botas, buscando la mejor foto de ella.

Serena se preguntó qué había sido de eso que le había enseñado Jesús de que había que buscar un lugar discreto en el que rezar, sintiéndose incapaz de deshacerse de cierto sentimiento de culpabilidad.

¿De verdad necesitaba el mundo ver a la Madre Tierra rezando en actitud piadosa en alta definición las veinticuatro horas del día, siete días a la semana? Como si las oraciones de la más importante lingüista del Vaticano, la zarina del medioambiente, contaran más que las de aquellos humildes y anónimos trabajadores del campo, cuyas manos habían extraído de la tierra las semillas que ella sostenía.

Pero aquella era una causa más importante que ella misma y que su atormentada alma de treinta y tres años, se recordó en silencio. Y su propósito oficial allí ese día era concentrar toda la atención mundial en el futuro del planeta.

Nada más arrodillarse, aferrada con fuerza a la caja de semillas, le sobrevino un sentimiento de pavor. El sentido de la bóveda, la razón por la que se había construido era el fin de los tiempos, que, según profetizaba la Biblia, estaba cerca. Serena escuchó las palabras del profeta Isaías como un susurro en su oído: «Dios es el único Dios. El atraerá a toda la gente hacia sí para que vean su gloria. Él terminará con este mundo. Y juzgará a aquellos que lo rechacen».

No eran precisamente las palabras que deseaba oír una audiencia televisiva.

La carcomía un persistente sentimiento de hipocresía ante su actitud pública. La idea, que le resultaba de lo más perturbadora, comenzó a hervir en su cabeza a pesar de que no habría podido siquiera explicarla con palabras. La desazón comenzó a tomar forma con unos mensajes que recordaba de Jesús: «Por tanto, si estás presentando tu ofrenda en el altar y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja ahí tu presente y vete, vuelve primero en amistad con tu hermano y entonces ven y ofrece tu presente».

No comprendía. Había mucha gente enfadada con ella en el Vaticano: por ser mujer, por ser guapa, por atraer la atención de las cámaras allí donde fuera. Y todo eso solo dentro de la Iglesia. Luego, fuera, estaban las empresas de petróleo y las de gas a las que ella hacía reproches, o los comerciantes de diamantes y los explotadores de niños.

Pero no era a ellos a los que se referían las palabras de Dios.

Conrad Yeats.

Luchó por hacer desaparecer la imagen del rostro de Conrad de su mente. Apretó más las rodillas contra el suelo de cemento y sintió un débil temblor.

¿Ese sinvergüenza, ese mentiroso, ese tramposo, ese ladrón...? ¿Qué puede tener él en mi contra, aparte del hecho de que no he accedido a acostarme con él?

Pero no podía quitarse la imagen de su rostro de la cabeza: la bella imagen de su rostro sin afeitarse. Ni podía olvidar cómo habían acabado las cosas entre ambos en Washington D. C. unos cuantos años atrás, al marcharse después de que él le salvara la vida. Serena le había prometido abandonar la Iglesia y quedarse con él para siempre. Pero, en lugar de eso, se había marchado robándole algo de incalculable valor tanto para él como para el gobierno de los Estados Unidos; dejándolo solo y sin nada.

Pero, Señor, Tú sabes que lo he hecho en nombre de un bien más alto, además de por el bien del propio Conrad.

Serena abrió los ojos y se puso en pie, y a continuación le ofreció la caja de semillas de arroz africano al primer ministro noruego. El primer ministro, con solemne fanfarria, abrió la caja ante las cámaras y enseñó los paquetes de papel de estaño sellados y etiquetados, cada uno con su código de barras específico. Por último volvió a sellar la caja y la deslizó en el estante correspondiente dentro de la bóveda.

Después de la ceremonia, Serena volvió al túnel principal y allí se encontró con su chófer y

guardaespaldas, Benito, que la esperaba con una parka para ella. Se la puso y ambos echaron a caminar en dirección a la entrada principal.

—Tal y como usted sospechaba, *signorina* —le dijo Benito, tendiéndole un pequeño aparatito azul—. Nuestros buceadores lo encontraron en el fondo marino del Ártico.

Se trataba de un geófono. Las compañías petrolíferas los usaban en su búsqueda de petróleo para tomar mediciones del movimiento de la superficie de la tierra. En ese caso concreto, a tres kilómetros doscientos metros bajo el hielo y el agua del Polo Norte. Serena quería aprovechar su visita a la bóveda del fin del mundo como tapadera para encontrarse con los buceadores que iban a investigar posibles señales de perforaciones.

—Así que alguien está planeando poner minas en el fondo del Ártico —comentó Serena.

De pie ante las dobles puertas blindadas de la bóveda, Serena observó por un segundo su aliento congelado.

Por fin, lenta y pesadamente, las puertas se abrieron.

Nada más salir, el aire helado del Ártico fue como una bofetada en la cara. Fuera, sin embargo, la esperaba una camioneta con ruedas de oruga como las de los tanques. La llevaría al aeropuerto de la isla: el aeropuerto con vuelos regulares más al norte de todo el planeta. Tras ella, el exterior de la cúpula del fin del mundo parecía un escenario sacado de una película de ciencia ficción: un pedazo de granito gigante que sobresalía del hielo.

El gobierno de Noruega había elegido la isla de Spitsbergen como emplazamiento para la bóveda que albergaría las semillas porque se trataba de una región de baja actividad tectónica y porque su situación remota, en el Ártico, era ideal para la preservación. Pero de pronto la posible explotación petrolífera del Polo amenazaba directamente aquel medio ambiente. Y, de paso, aceleraba el calentamiento global al derretir parte del casquete de hielo, arriesgando también de ese modo ciudades costeras de todo el mundo.

De manera que, ¿por qué razón tenía ella que pensar en Conrad Yeats?

Algo debe de andar terriblemente mal, *pensó*. El debe de estar en peligro.

Sin embargo no podía precisar exactamente qué peligro lo amenazaba, así que achacó sus lúgubres pensamientos al inabarcable e interminable horizonte de hielo y agua que se extendía ante su vista. Le recordaba a su aventura en la Antártida con Conrad años atrás.

—Nuestros buceadores dicen que hay miles de ellos, quizá incluso docenas de miles, enterrados debajo de nosotros —le informó Benito.

Serena cayó en la cuenta de que hablaba del geófono que ella sostenía en la mano.

—Pero tardarán al menos seis meses en confeccionar un mapa del relieve terrestre —comentó Serena—. Así es que aún nos queda algo de tiempo antes de que decidan empezar a perforar. Puede que podamos detenerlos.

—¿Son los rusos? —preguntó Benito.

—Puede ser —contestó Serena, que le dio la vuelta al geófono para ver el nombre del fabricante del aparato: Minería y Minerales Midas—. Yo sé quién puede averiguarlo.

Corfú.

Texto. Si había algo que sir Roman Midas amaba en su vida, sin duda era su yate de lujo. Le había puesto el nombre de su verdadero amor: él mismo. El *Midas* tenía un gimnasio de ciento ochenta y seis metros cuadrados, dos sumergibles para dos tripulantes cada uno y dos pistas de aterrizaje para dos helicópteros, el suyo y el de los invitados. Con ciento ochenta metros, el *Midas* era más largo que alto el obelisco del monumento a Washington, y estaba diseñado para tener el aspecto de un brillante montón de lingotes de oro apilados uno encima de otro. Aquel día esos lingotes resplandecían sobre las relucientes aguas azules del mar Jónico, cerca de la isla griega de Corfú.

No está mal para un huérfano ruso convertido en magnate británico, se dijo Roman Midaslovich, de pie sobre la pista de aterrizaje de popa. Observaba cómo un torno trasladaba una caja de madera, sin marca alguna, hasta el helicóptero, cuyas aspas esperaban ya en marcha. Todo estaba a punto para despegar.

La firma comercial de Midas, Minería y Minerales Midas, situada en Londres, había hecho de él el comerciante más rico del mundo en minerales y metales gracias a la contratación de futuros financieros. Su patrocinio personal en el mundo del arte, por otro lado, le había valido el nombramiento como caballero por parte de la reina de Inglaterra. También había servido para hacer de él uno de los más altos maestros dentro de la Alineación, una organización con unos cuantos siglos de antigüedad cuyos líderes se creían los descendientes políticos, incluso biológicos, de los habitantes de la Atlántida. *Una completa tontería*, había pensado Midas al oírles declarar por primera vez que había sido la Alineación quien había orquestado el nacimiento y la caída de muchos imperios a lo largo de los siglos. Él solito había sido el responsable de su propio encumbramiento desde el orfanato de Rusia y las minas de Siberia hasta el centro del comercio de Chicago. Aunque es cierto que entonces la Alineación había orquestado su *entrée* en lo más alto de la sociedad de Londres al otorgarle un puesto dentro de algunas de las organizaciones internacionales que sí que marcaban verdaderamente la agenda del mundo: el Club de Roma, la Comisión Trilateral y el grupo Bilderberg. Así que desde entonces él era un creyente.

Midas despidió al piloto con la mano y observó al helicóptero elevarse en el cielo. Entonces se giró para mirar a Vadim Fedorov, su mano derecha, de pie detrás de él con los músculos bien cargados de esteroides.

—Te están esperando los dos en la sala de descompresión —dijo Vadim.

Se refería a dos de los buceadores que habían descendido hasta el *Nausicaa*: Sergei y Yorgi. Las dos únicas personas que habían visto el *Flammenschwert*, además de él mismo y el piloto del otro sumergible, a quien el propio Midas había enviado a las profundidades del océano. Mientras tanto el helicóptero se llevaría la caja al aeropuerto de Corfú y desde allí volaría en su *jet* privado, el *Midas's*

Gulfstream V, hasta su destino final.

—¿Está todo preparado? —preguntó Midas.

Vadim asintió y contestó:

—Tenías razón. Son del FSB. Sergei envió un mensaje de texto a Moscú casi inmediatamente después de salir a la superficie.

—Jamás se marcharon, en realidad.

Midas hablaba de la antigua policía secreta rusa que, después de la caída de los zares, se había convertido en el temido KGB de la Unión Soviética. Tras el colapso de la Unión Soviética, el primer presidente de Rusia, Boris Yeltsin, había desmantelado el KGB y le había puesto el nuevo nombre de Servicio de Seguridad Federal o FSB.

Muchos de sus agentes, profundamente desilusionados, se habían metido entonces en la seguridad privada para acabar suplantando a la mafia y ocuparse del negocio ruso de la «protección»; es decir, la extorsión. Tal era el caso de Sergei y Yorgi. Otros, tales como el primer presidente de Rusia o el primer ministro Vladimir Putin, se habían metido en el gobierno. Por aquellos días en Rusia tres de cada cuatro líderes políticos alardeaban de haber pertenecido a las fuerzas de seguridad, y casi todas las corporaciones rusas importantes las dirigía un ex ejecutivo del KGB que mantenía lazos personales con Putin.

A pesar de sus contratos laborales con Minería y Minerales Midas, Sergei y Yorgi eran hombres de Putin y, como tales, no tenían ya ninguna utilidad para Midas.

—Diles que bajaré dentro de un momento. Primero tengo que hacer un informe para Sorath —le dijo Midas.

Vadim asintió.

Midas entró en su camarote y se sirvió una copa mientras esperaba a que se conectara la señal codificada. Para él Sorath no era más que el nombre en clave de la voz que sonaba al otro lado del teléfono. No tenía ni idea de quién era Sorath o de si se habían visto alguna vez en persona. Pero no vacilaba en contestar a todas y cada una de sus preguntas.

—Aquí Xaphan —informó Midas en cuanto la luz le indicó que disponía de una conexión segura con Sorath—. He sacado la espada de su funda, y ya va de camino a Uriel. La prueba ha tenido éxito: ha demostrado que el diseño es seguro para el despliegue y que las fórmulas críticas del artefacto son correctas.

—¿Qué hay de Semyaza? —exigió saber la voz, refiriéndose a Yeats.

—Muerto.

—No fue eso lo que se te ordenó —contestó la voz con ira.

—Fue imposible evitarlo —se defendió Midas, que enseguida añadió—: Vamos bien de tiempo. Tenemos ocho días.

—Bien. Sigue así.

La línea se cortó, y Midas se quedó mirando las imágenes de Conrad Yeats en la enorme pantalla plana del ordenador. Una en particular le llamó la atención: la del ADN del arqueólogo. No tenía nada de especial, excepto por un detalle: la espiral giraba hacia la izquierda. En el ADN de toda criatura surgida en la Tierra la espiral giraba a la derecha. Según la Alineación, eso le otorgaba a Yeats cierto sentido místico: era como si ese bicho raro de la naturaleza poseyera en su configuración genética algunas de las piezas perdidas de la sangre de los atlantes.

Pero poco le importaba eso a Midas. Cerró la imagen en la pantalla y, tras apretar unas cuantas teclas, se conectó con el ordenador central de su firma comercial en Londres. Después bajó a las cubiertas inferiores del yate y a la zona de carga, desde donde se lanzaban los sumergibles.

Junto al sumergible Falcon de doble casco, diseñado para navegar por aguas muy profundas igual que un *jet* privado por el aire, estaba la cámara de descompresión con la escotilla completamente abierta. Sergei y Yorgi lo esperaban dentro.

Yorgi no tenía muy buen aspecto: apenas había tenido tiempo de curarse desde que el gran doctor Yeats, el padre, le había clavado un dardo de su propio arpón.

—Podríamos haber comenzado con la descompresión en lugar de esperarte —se quejó Sergei—. ¿Es que quieres matarnos?

Midas sonrió, entró en la cámara y dejó que Vadim cerrara la escotilla, encerrándolos a los tres en la cabina. El compresor de aire comenzó a emitir un zumbido y a elevar la presión del aire interno para liberar sus cuerpos de cualquier burbuja de gas nocivo provocado por la inhalación de oxígeno a altas presiones durante el buceo en busca del *Flammenschwert*. Ambos buceadores comenzaron a rascarse por todas partes, pero sobre todo las articulaciones. Mostraban síntomas evidentes de descompresión. Sus pulmones eran incapaces de exhalar por sí solos las burbujas formadas en el interior de sus cuerpos.

—Quería que nos descomprimiéramos juntos —dijo Midas, tomando asiento frente a los dos hombres del FSB—. Pero primero tenía que asegurarme de que el *Flammenschwert* partía hacia su destino.

Sergei y Yorgi se miraron el uno al otro.

—El acuerdo era que nosotros nos lo llevaríamos a Moscú —afirmó Sergei.

—*Nyet* —negó Midas—. Tengo otros planes para el *Flammenschwert*, y el FSB no forma parte de ellos.

—Eres hombre muerto si pretendes traicionar a Moscú, Midaslovich —dijo Sergei—. Nuestra organización se extiende por todo el globo, y es tan antigua como los zares mismos.

—La mía lo es más —se mofó Midas—. Y ahora tiene algo de lo que la vuestra carece: el poder de convertir los océanos en fuego.

—El trato era utilizar esa arma en el Ártico y repartirnos el petróleo que sacáramos con ella —insistió Sergei.

—¿Como el trato que hicisteis con la British Petroleum en Rusia, antes de robarles las operaciones y de echarlos? —contestó Midas con calma, mientras el aire en la cámara de descompresión comenzaba a oler almendras agrias—. ¡Sois unos estúpidos! La subida de los precios podría haber costado vuestro régimen, pero no sabéis manipular la producción. Por eso tenéis que nacionalizarlo y penalizar a los verdaderos productores como yo. Y ahora que la producción ha llegado a un máximo, no tenéis más remedio que meter las narices en Oriente Medio y provocar una guerra. Podríais haber sido los reyes en lugar de unos criminales.

Sergei y Yorgi comenzaron a carraspear y a toser.

—¿Qué has hecho? —preguntó Sergei.

Midas tosió dos veces. Habría sido mucho más fácil arrojar a ambos buceadores a la cámara de descompresión y poner el indicador a tope hasta que se les salieran las tripas. Pero luego habría sido un asco tener que limpiarlo.

—Cuando era niño y trabajaba en las minas de Siberia tenía que extraer el oro de los conglomerados

de mineral de hierro —explicó Midas con calma, como si fuera un bombero y estuviera encendiendo un cigarrillo en medio del infierno—. Por desgracia, el único producto químico que se produce en el proceso es cianuro. Es estable en estado sólido, pero en estado gaseoso es tóxico. Veo que ya empezáis a respirar rápida y trabajosamente y que tenéis náuseas.

Sergei comenzó a vomitar. Yorgi se derrumbó en el suelo con convulsiones.

—En cambio, mi cuerpo ha desarrollado una tolerancia a los efectos inmediatos del cianuro. Pero podéis descansar tranquilos, que yo también siento lo mismo que vosotros, solo que en menor medida. Además, mis médicos me han informado de que a largo plazo, mi diagnóstico es exactamente el mismo que el vuestro. Vamos, que nadie puede vivir eternamente, ¿verdad?

Midas sabía que no tenía ninguna necesidad de hacer todo ese teatro para matar a sus enemigos, pero por alguna razón sentía que era importante para él demostrarles que no solo los había vencido con su inteligencia, sino también con su desarrollo físico y mental superiores.

—Vuestra presión sanguínea va a ir bajando. El pulso cardíaco irá haciéndose más lento y luego, enseguida, perderéis la conciencia. Sufriréis un fallo respiratorio y, por último, moriréis. Ahora, eso sí, moriréis como héroes. Lástima que solo vayáis a ser héroes para la gente equivocada.

Los dos habían muerto para cuando Midas terminó el supuesto elogio de los difuntos. Un minuto más tarde el magnate salió de la cámara de descompresión. El cianuro se dispersó en el aire, y dos hombres de la tripulación que andaban por ahí tosieron. Midas dejó que se encargaran de los cuerpos y tomó el ascensor hacia la cubierta superior.

Nada más salir a la claridad parpadeó cegado, se sacó las gafas de sol del bolsillo de la camisa y se miró la mano, que le temblaba ligeramente. Era el único síntoma neurológico visible que le quedaba de la larga exposición al cianuro a la que se había sometido de pequeño. De momento.

Disfrutaba contemplando la muerte: le hacía sentirse más vivo. Igual que oler la sal en el aire del mar, como hacía en ese momento. O contemplar a Mercedes tomando el sol en toples en la tumbona de la cubierta, visión que él se bebía con avidez.

Se preparó un combinado de vodka y se estiró junto al dorado cuerpo femenino. Esperaba ansiosamente la fiesta que celebraría aquella misma noche en Corfú. Prefería pensar en eso y dejar que se desvanecieran de su mente los recuerdos del submarino nazi y del arqueólogo americano como si no fueran más que el fruto de una película mala que hubiera visto justo antes de irse a la cama.

Conrad Yeats observó la calavera del general de la SS Ludwig von Berg. Estaba en una suite del Andros Palace Hotel, en la ciudad de Corfú, con vistas sobre la bahía de Garitsa. Tenía las puertas del balcón abiertas de par en par, y por ellas entraba la suave brisa de la noche, llevándole la música procedente de la zona verde de más abajo.

Dio otro trago de la botella de coñac Metaxa, de siete estrellas. Aún le dolía la pierna a causa de la herida del dardo del arpón, y la cabeza le daba vueltas después de los acontecimientos de esa mañana: el hallazgo del *Flammenschwert*, la pérdida de Stavros y del resto de la tripulación y la imagen de Serena Serghetti, que había ocupado sus pensamientos en el último momento, cuando creía que estaba a punto de morir.

Alguien llamó al timbre. Conrad dejó la botella de Metaxa, recogió la Glock de 9 mm de debajo del cojín que tenía al lado en el sofá y se puso en pie. Se acercó a la puerta y miró por la mirilla.

Era Andros. Conrad abrió la puerta y su amigo entró. Había dos tipos enormes apostados fuera, a los lados de la puerta, con micrófonos y pistolerías sujetas a los hombros.

—Tenemos un problema —dijo Andros nada más entrar y cerrar la puerta.

Pero Chris Andros, el tercero en llevar ese nombre y con apenas treinta años, siempre estaba preocupado y veía problemas por todas partes. Andros era el heredero de una enorme fortuna en buques. Tras salir de la escuela de negocios de Harvard había estado perdiendo el tiempo, saliendo con chicas que querían convertirse en estrellas o con herederas de grandes cadenas hoteleras que iban desde Paris Hilton hasta Ivanka Trump. Por fin había sentado la cabeza y se había convertido en un consumado hombre de negocios internacional, y entonces se había empeñado en recuperar el tiempo perdido. Era el propietario del Andros Palace Hotel y de una cadena de tiendas situadas en distintos hoteles por todo el Mediterráneo y Oriente Medio. Había sido él quien había ayudado a Conrad a encontrar el *Nausicaa*. Andros estaba convencido de que el submarino alemán le debía su nombre a su abuela quien, de joven, había sido enfermera durante la ocupación nazi de Grecia. El barón de la Orden Negra había obligado a su abuela a cuidarle la herida de bala de la cabeza.

—Deja que adivine —dijo Conrad—. El enorme yate que vi en alta mar es de sir Roman Midas, y tus amigos del aeropuerto no tienen ni idea de qué llevaba hoy en el *jet* privado cuando despegó. Ni tampoco saben adónde ha ido, claro.

Andros asintió. Entonces vio el portátil que Conrad había estado utilizando para investigar sobre la mesa del bar, abierto y con la pantalla llena de noticias y de imágenes de Midas. Parecía a punto de decir algo cuando vio la calavera del general de las SS Ludwig von Berg encima de la mesa.

—¿Es él?

—Con placa de plata y todo.

Andros se acercó y examinó la calavera y la placa redondeada. Hizo el signo de la cruz.

—No puedes ni imaginarte la cantidad de pesadillas que me produjo esta calavera del barón cuando era niño. Mis padres me contaban historias sobre lo que les ocurría a los que se cruzaban con él o a los niños que no obedecían a sus padres. Y como yo era un niño travieso, no podía evitar tener pesadillas en las que salía esta calavera, flotando por el aire y persiguiéndome hasta el infierno.

—No encontré ningún maletín metálico con papeles —anunció Conrad.

—Por supuesto que no —confirmó Andros—. Von Berg siempre decía que...

—Sí, que lo llevaba todo en la cabeza —dijo Conrad, terminando la frase por él—. Ya lo sé. Pero ¿qué era lo que llevaba en la cabeza, exactamente?

—Ni idea, pero al menos has confirmado que está muerto —contestó Andros, encogiéndose de hombros.

—Sí, igual que Stavros y que el resto de la tripulación de tu barco —añadió Conrad—. Todos muertos a manos de sir Roman Midas. Bien, ya podemos ponernos a planear la venganza. ¿No es eso lo que soléis hacer los griegos?

La expresión de Andros se tornó sombría.

—Yo no soy más que un humilde millonario, amigo mío, y por otra parte, tampoco soy tan rico. Roman Midas lo es mil veces más que yo, y mucho más poderoso. Sobre todo ahora, que tiene esa arma que dices que sacó del *Nausicaa*. O si no, echa un vistazo ahí fuera.

Andros salió al balcón abierto.

—Sí, ya lo he visto —dijo Conrad, que lo acompañó para contemplar la bahía de Garitsa, cojeando y con la botella de Metaxa en la mano.

A su derecha, el sol se ponía por detrás de la parte antigua de la ciudad, con las casas con sus columnatas de la época en que la isla estaba bajo el dominio británico. A su izquierda, las estrellas se levantaban sobre las viejas fortificaciones venecianas.

—Observa con un poco más de atención —insistió Andros.

Conrad dejó la botella de Metaxa sobre la balaustrada y tomó un par de prismáticos Zeiss. Más allá de las fortificaciones de piedra del antiguo fuerte Oíd Fort se hallaba el impresionante yate *Midas*, anclado en medio de la bahía. De él partía un constante ir y venir de pequeñas embarcaciones, atestadas de hombres bien vestidos y de mujeres casi desnudas.

—Parece que está celebrando su pesca de hoy —comentó Conrad—. ¿Hay algún modo de que le eche un vistazo más de cerca?

—Imposible. Toda la costa griega está protegida por embarcaciones que vigilan el perímetro. Y ahora mismo la isla está abarrotada de vigilantes de seguridad.

—¿Y eso? —preguntó Conrad, que barrió toda la cubierta del yate con los prismáticos y cayó en la cuenta de que el helicóptero no estaba.

—El grupo Bilderberg celebra su conferencia anual en el Aquileion.

Conrad desvió la vista hacia el exuberante palacio situado sobre una colina frente a la bahía.

—Es irónico, pero ese palacio fue el cuartel general del barón Von Berg durante la guerra —le informó Andros—. Lo construyó la emperatriz de Austria y después lo compró el káiser Guillermo II de Baviera como retiro de invierno. Es una villa llena de fantasía, con caprichosos jardines y estatuas de dioses griegos por todas partes. Yo mismo he deshojado allí a más de una joven y bella margarita.

—¿Y qué es ese edificio que está al lado del palacio?

—La Casa de los Caballeros —contestó Andros—. La construyó el káiser para su batallón. Tiene unos bonitos establos que antes albergaban a los caballos del káiser. Pero a pesar de todo el halo romántico, el Aquileion tiene una larga historia militar. En 1943, durante una estancia del barón, los aviones aliados lo bombardearon y luego, después de la guerra, lo transformaron en hospital. Más tarde se convirtió en casino y salió en una película de James Bond.

—¿Y ahora?

—Ahora es un museo, y de vez en cuando lo usan como telón de fondo espectacular para reuniones del G7, de la Unión Europea y, según parece, también del grupo Bilderberg.

El grupo Bilderberg. Conrad conocía a algunos de sus integrantes; entre ellos se había contado su padre, que había asistido a un par de conferencias allá por los años noventa cuando era director de la DARPA, la Agencia de Investigación y Desarrollo del Pentágono.

Oficialmente, el grupo Bilderberg reunía a la flor y nata de Europa y América: es decir, a sus presidentes y directores de bancos centrales y de corporaciones multinacionales con el objeto de discutir libremente los últimos acontecimientos, lejos de la prensa. Extraoficialmente, los entusiastas de las teorías de la conspiración sospechaban que los miembros de este grupo confeccionaban la agenda mundial y orquestaban a voluntad las guerras y las etapas de pánico financiero global para ir preparando el ambiente para un gobierno totalitario planetario que surgiría de las cenizas.

—Estoy pensando que Midas es miembro de la Alineación —le dijo Conrad a Andros.

Andros miró a Conrad con una cara rara, como si le estuviera hablando de la Atlántida. Que era lo que en realidad estaba haciendo, porque la Alineación se consideraba a sí misma la salvaguarda de los misterios de la civilización perdida.

—Le diré al médico que vuelva a comprobar tu nivel de oxígeno en sangre.

—El grupo Bilderberg es en el mundo real el equivalente más cercano que conozco de la Alineación —continuó Conrad—. Si quedan miembros de la Alineación en el planeta, es lógico pensar que al menos algunos de ellos sean miembros del grupo Bilderberg y que lo utilicen como apoderado para ir avanzando en los objetivos de la Alineación.

—¿Del mismo modo que utilizaron a los egipcios, a los griegos, a los romanos, a los caballeros templarios, a los masones, a los Estados Unidos y al Tercer Reich? —preguntó Andros al mismo tiempo que alzaba la botella medio vacía de Metaxa y esbozaba una sonrisa escéptica.

Conrad dejó los prismáticos Zeiss y miró a Andros a los ojos.

—Creo que sé cómo colarme en la fiesta de esta noche.

—¿Quién es la chica? —preguntó Andros con el ceño fruncido.

—Según Google, es su última novia, Mercedes Le Roche.

—¿De Le Roche Media Generale?

—Su padre es el dueño —asintió Conrad—. Mercedes era mi productora en *Antiguos Enigmas*.

—¡Estás loco! —exclamó Andros—. ¡Quítate esa idea de la cabeza ahora mismo! ¡Sal de la isla antes de que Midas se entere de que has conseguido sobrevivir! ¡Escapa mientras puedas!

—Primero tengo que averiguar qué es lo que pretende hacer Midas con esa arma —afirmó Conrad.

—¿Venderla, quizá?

—No necesita ese dinero. Es Midas.

—Cierto —confirmó Andros—. ¿Has dicho que el *Flammenschwert* es fuego griego?

—No, eso lo has dicho tú. Yo solo he dicho que esa arma convierte el agua en fuego.

—O sea, que es fuego griego —repitió Andros—. Aunque en realidad nosotros, los griegos, lo hemos llamado siempre fuego líquido o fuego artificial. Se utilizó durante los siglos vi y vil para lanzárselo a los musulmanes durante el primer y el segundo sitio de Constantinopla. Así fue como Europa sobrevivió al islam durante más de mil años.

—Pero ¿cómo funcionaba ese fuego griego?

—Hoy en día ya nadie lo sabe realmente —contestó Andros—. Los ingredientes y el proceso de fabricación eran secretos militares celosamente guardados. El emperador Constantino VII Porfirogéneta incluso le advirtió a su hijo por escrito, en un libro, de que había tres cosas que jamás debía otorgar a un extranjero: la corona del reino, la mano de una princesa griega y el secreto del fuego líquido. Lo único que sabemos es que el fuego griego podía arder encima del agua y que era extremadamente difícil de apagar. El enemigo se desmoralizaba solo con verlo. Mi padre siempre sospechó que se trataba de una fórmula basada en el petróleo y combinada con algún tipo de napalm primitivo.

—Puede ser —dijo Conrad—, pero creo que el gel de petróleo que usaban tus antepasados era una versión más basta de algo considerablemente más devastador. Algún mineral de hierro que tenía uranio y que podía consumir agua como si fuera oxígeno, y no simplemente arder sobre su superficie. ¿De dónde dices que venía el fuego griego?

—No lo he dicho —dijo Andros—. Pero según la tradición, los alquimistas lo fabricaron en Constantinopla, y ellos lo habían heredado de los descubrimientos de la antigua escuela de alquimistas de Alejandría.

—Que a su vez heredaron los descubrimientos de la escuela de alquimistas de la Atlántida —asintió Conrad—. Solo que los alquimistas de Alejandría no tenían acceso al oricalco.

—¿El oricalco? —repitió Andros, desconcertado.

—El misterioso mineral de hierro o «metal brillante» que según Platón, vuestro antiguo filósofo, había descubierto la gente de la Atlántida —explicó Conrad—. Platón lo llamaba la «montaña de cobre». Decía que era una aleación tan pura que parecía casi sobrenatural y que brillaba como el fuego. Yo ya la había visto.

—¡Claro, en la Antártida! —dijo Andros con condescendencia—. ¡Ya! La Atlántida estaba en la isla griega de Santorini. Yo mismo tengo un hotel allí.

—Bueno, no vamos a entrar ahora en un debate —contestó Conrad—. El asunto es que esa técnica es aún más antigua que el fuego griego. Yo he sido testigo de lo que es capaz de hacer solo una pizca de esa sustancia. Creo que Midas podría freír océanos con ella. Pero ¿por cuál de todos ellos crees que se decidirá?

—Mi abuelo aseguraba que Hitler quería utilizarlo en el Mediterráneo —dijo Andros—. Los nazis querían proteger el Muro Atlántico con un foso de fuego y quemar los buques de guerra de la flota aliada invasora antes incluso de que atracaran en ningún puerto. Von Berg, sin embargo, quería utilizarlo para secar el Mediterráneo y proclamar su millón seiscientos mil kilómetros cuadrados de superficie como la nueva Atlántida.

—Demasiado grande para mi gusto y además, este es un nuevo siglo —dijo Conrad, al tiempo que sacudía la cabeza—. ¿Dónde más podría usarse en el mundo de hoy en día?

—Donde más daño causara —concluyó Andros con toda confianza—: en el golfo Pérsico.

Conrad hizo una pausa para reflexionar. En ese punto Andros sabía de qué estaba hablando, porque sus petroleros no hacían otra cosa que llevar y traer petróleo del golfo Pérsico.

—Sí, continúa.

—Midas anda en tratos con los rusos, y a los rusos se les está acabando el petróleo. La mejor manera de subir los precios es disminuir la oferta; preferentemente la oferta de otro, claro. Sobre todo cuando los americanos dependen tanto del petróleo. ¿Y qué mejor modo de interrumpir la distribución de petróleo del golfo Pérsico que quemándolo? ¿Quién sabe durante cuánto tiempo podrían estar ardiendo los pozos con esa nueva arma?

—Buena explicación.

—Eso creo yo —dijo Andros—. Así que ahora ve a contárselo a tus amigos del Pentágono, y asunto terminado.

—Tengo una idea mejor que esa: tú me metes en la fiesta del grupo Bilderberg.

Andros desvió la vista hacia el impresionante Aquileion sobre la colina, más allá de la bahía.

—Con mi dinero se puede comprar a la policía griega. Pero los del club Bilderberg se traen su propia guardia de seguridad. Ni siquiera yo puedo entrar en ese ahí.

—Publican la lista de los invitados a la fiesta. Quizá pueda hacerme pasar por otra persona y largarme antes de que esa persona aparezca. Podría saludar a Mercedes y tratar de sonsacarle algo antes de que Midas se enterara de lo que está ocurriendo.

—¿Quieres decir antes de que Midas se enterara y te matara?

—¿Delante de todos los del club? No lo creo. Conozco a los tipos como Midas. La apariencia y la respetabilidad lo son todo para ellos. No me pondrá ni un dedo encima delante de la gente más rica y poderosa de toda Europa.

—No, solo te matará en cuanto des un paso fuera del palacio.

Conrad se quedó escrutando el rostro de Andros.

—¿Qué te ocurre? Menciono el nombre de Midas, y te echas a temblar. Ese tipo ha volado tu barca por los aires, ha matado a tu tripulación y casi me mata a mí. A estas alturas, Ulises ya le habría disparado tres flechas al cuello.

Andros también se quedó escrutando el rostro de Conrad.

—¿Y qué te pasa a ti? Tú antes no eras tan vengativo. Quiero conocer a la mujer que te ha hecho tanto daño. Me gustaría presentársela a mis rivales, los propietarios de embarcaciones de Atenas.

Conrad desvió la vista hacia la exuberante explanada verde de la ciudad de Corfú. Y pensó en Serena.

—Pues cuando la encuentres, avísame. Porque a mí no me coge el teléfono.

—Olvídala —recomendó Andros—. ¿Cómo dejaste las cosas con Mercedes la última vez que hablaste con ella?

Conrad no dijo nada.

—Eso pensé —dijo Andros—. ¿Y por qué crees que ella va a contarte nada acerca de Midas o de sus operaciones? Es más, ¿por qué crees que Midas iba a contarle nada a ella, cuando sabe que ella a su vez puede contártelo a ti? Yo, personalmente, tengo una regla en particular para ese tema: cuanto menos sepa una mujer, mejor.

—Y eso explica el tipo de mujeres con las que sales —contestó Conrad—. ¿Te has fijado en que el

yate se llama como él? Cuanto más rico es un hombre, más listo se cree. Midas es un bastardo arrogante. Apuesto a que su orgullo es tan desmedido, que ha permitido que Mercedes vea más de lo que él siquiera se cree.

—¿De verdad estás dispuesto a apostar tu vida por ello?

—Ya la he apostado. Midas ha tenido su oportunidad esta mañana. Y yo sigo aquí.

—Así es Midas, amigo mío. Pero él tiene un filón inagotable de secuaces y de dinero. Y tú eres simplemente un hombre solo.

Conrad sirvió un poco de coñac en un vaso, se lo tendió a Andros y alzó la botella para brindar.

—¿Y qué hay de mi colega el magnate griego, que va a colarme en la fiesta del club Bilderberg esta noche?

Aquella noche salían música y luz del palacio del Aquileion, pero frente a la puerta no se agolpaban ni multitudes de curiosos ni *paparazzi* dispuestos a sacar fotos a los invitados nada más abandonar las limusinas. De modo que la sofisticación tomó un distante segundo puesto frente al poder. Todo era muy diplomático y discreto, excepto la música: tocaba Coldplay en directo. De hecho, a Conrad se le antojó extraño: demasiado en la cresta de la ola contemporánea en medio de una reunión del más viejo mundo. Conrad iba sentado en el asiento de atrás de la limusina con un esmoquin de Armani. Andros hacía el papel de chófer. Conducía lentamente el sedán sin salirse de la cola de limusinas negras que se alineaban ante la puerta principal del palacio, custodiado por marines de los Estados Unidos.

Andros, a quien Conrad jamás había visto tan nervioso, apretó el botón para abrir el maletero del coche y bajó la ventanilla para hablar con los marines en griego:

—Traigo a su alteza real, el príncipe Pavlos. Uno de los guardias dirigió la linterna hacia la ventanilla trasera del pasajero, al tiempo que Conrad la bajaba para que viera mejor su imitación de la realeza griega. El guardia comprobó la correspondencia del nombre y de la cara con lo que tenía en los documentos que llevaba en la mano. Mientras tanto, otros tres guardias examinaron el interior del maletero y la parte baja del sedán con espejos sujetos a prolongaciones. La semejanza de los rostros de Conrad y Pavlos fue suficiente para el marine que, tras recibir el visto bueno de sus compañeros, le hizo una seña con la mano al chófer para que continuara.

Andros soltó un suspiro de alivio de camino a la entrada del palacio. Luego alzó la vista hacia el espejo retrovisor.

—Venir aquí no ha sido una buena idea.

—Hemos conseguido entrar, ¿no?

—Solo porque los marines americanos en realidad no conocen el aspecto de Pavlos de cerca y en persona. La familia de Pavlos ni siquiera es de ascendencia griega. Pertenece a una dinastía que impusieron originalmente los antepasados bávaros de los miembros de este club. Pero créeme, tanto los griegos que forman parte del gobierno como los *evzones* que están en la puerta sabrán que eres un impostor.

Andros se refería a los miembros de la seguridad griega que tenían un poco más adelante. Eran miembros de la élite ceremonial de la guardia presidencial griega que, además de custodiar el Parlamento y el palacio presidencial de Atenas, vigilaban durante las recepciones a los dignatarios extranjeros. Vestían uniformes de infantería tradicionales y llevaban gorras rojas adornadas con largas borlas negras y zuecos de piel rojos con pompones negros.

—Son solo figuras decorativas, Andros. Hombres con faldas escocesas.

—Sí, con rifles de batalla M1 Garand semiautomáticos y con bayoneta.

Al acercarse el coche a la fachada de columnas del palacio, Conrad reconoció a cuatro miembros del

club Bilderberg.

Estaban de pie en la escalinata de entrada, dando la bienvenida a los invitados. Se trataba de su majestad la reina Beatriz, de los Países Bajos; su alteza real el príncipe Felipe de Bélgica; William Gates, el fundador de Microsoft y el hombre más rico del mundo, el tercero en llevar ese nombre; y otro hombre que Andros le dijo que era el ministro de Economía griego.

—¡Pues sí que estamos listos! —exclamó Andros.

—Recuerda, amigo mío, que tú eres más rico que la mitad de ellos y mucho mejor que la otra mitad.

Andros detuvo la limusina. Un *evzon* le abrió la puerta a Conrad mientras otro anunciaba su llegada en inglés:

—El señor Conrad Yeats, de los Estados Unidos de América.

Así que desde el principio todo el mundo ha sabido que era yo, *pensó Conrad con un sobresalto*.

Conrad volvió la vista hacia Andros, pero el *evzon* había despedido ya a la limusina para dar paso a la siguiente. Conrad estaba solo frente a la sonriente reina Beatriz, que le estrechó la mano con bastante frialdad.

—Me alegro de conocerle, doctor Yeats. Y de que al final haya podido venir en el último minuto en sustitución del doctor Hawass, de El Cairo. Estamos ansiosos por oír tus puntos de vista sobre la arqueología y la geopolítica de Oriente Próximo.

—Es un placer —contestó Conrad.

Conrad le estrechó la mano con toda tranquilidad al príncipe Felipe y a Bill Gates. Sabía que había sido un estúpido al pretender colarse delante de sus narices. Y así se lo hacían saber sus anfitriones al permitirle pasar y exhibirlo en público ante todos.

—Le oí hablar acerca de la alineación de las estrellas y de los monumentos de Washington en la conferencia TED de Monterrey hace unos dos años —comentó Gates—. Recuerdo que pensé que o bien estaba usted completamente loco, o era el equivalente en arqueología del *hacker* más peligroso del mundo.

Conrad no sabía si eso era un halago o una crítica. La reina Beatriz le indicó que debía tomarla del brazo, y los dos subieron juntos los tres escalones de mármol hacia la entrada principal.

Los invitados se habían ido reuniendo en el vestíbulo de la entrada, al pie de una impresionante escalera flanqueada por las estatuas de Zeus y de Hera. En lo alto de las escaleras había un mural grandioso en el que se mostraba cómo Aquiles arrastraba el cadáver de Héctor detrás del carro ante las murallas de Troya. Conrad esperaba que aquella escena no fuera una profecía de lo que iba a ocurrir esa noche. Esperaba que la cortesía de su anfitriona se extendiera al resto de los invitados.

—¿Puedo preguntar a qué se debe este tratamiento tan especial, su majestad?

—Todos nuestros invitados de esta noche son especiales, doctor Yeats.

Conrad observó a la multitud subir lentamente la impresionante escalera hasta el segundo piso, que daba a una terraza y al jardín. En la lista de invitados que Conrad había visto había unos ciento cincuenta nombres, y de ellos alrededor de cien eran europeos y el resto eran norteamericanos. En su mayor parte eran gobernantes o miembros de grupos financieros y de comunicación.

Conrad reconoció de inmediato a una de esas personas: la nueva editora del *The Washington Post*. Era rubia, alta y delgada, y por desgracia, también ella lo vio.

—¡Conrad Yeats! ¿Qué diablos estás haciendo tú aquí? ¿Pretendes ocupar el puesto de tu padre?

—Hola, Katharine —contestó Conrad—. Pues a ti tampoco se te da mal ocupar el puesto de tu abuela.

Katharine llevaba su reloj blanco de siempre con el dibujo de la calavera y los huesos formado con diamantes falsos. Conrad jamás la había visto sin él. La observó reunirse con un grupo de personas que la esperaban al pie de las inmensas escaleras.

—Ah, así que conoce a la señorita Weymouth —comentó la reina Beatriz.

—No hemos bailado juntos más que una o dos veces cuando estábamos en la universidad —contestó Conrad—. Creía que la prensa tenía prohibida la entrada a esta reunión.

—En absoluto —dijo la reina—. Han venido unos cuantos representantes de los medios de comunicación europeos y americanos. Pero se han comprometido a no informar de lo que ocurra en esta reunión y a no conceder entrevistas a otros medios no invitados para evitar filtraciones. De otro modo, traicionarían el objetivo de la reunión.

—¿Y cuál es ese objetivo? —preguntó diplomáticamente Conrad.

La reina sonrió y apretó la mano de Conrad entre las suyas. Tenía las manos pequeñas, pero firmes.

—Simplemente permitir que los líderes del mundo expongan con libertad sus opiniones.

—Haré todo lo que pueda para cumplir con ese compromiso —prometió Conrad que, acto seguido, se giró hacia la escalera.

—Antes de eso, su amigo y padrino de esta noche quiere hablar con usted en la sala del káiser —le informó la reina Beatriz.

—¿Mi padrino? —repitió Conrad.

Conrad dio un paso hacia la sala que había a la derecha del vestíbulo, pero la reina le tiró del brazo.

—Esa es la capilla. No creo que quiera ir allí. Quizá más tarde. La iconografía no tiene igual. La sala del káiser está en esa otra dirección —le indicó la reina, haciendo un gesto hacia un pequeño pasillo a la izquierda de la gran escalera—. Ha sido un placer conocerle, doctor Yeats.

La reina pronunció la última frase con un desconcertante tono de voz que sonó definitivo y final.

Conrad se despidió de ella. La reina volvió a la escalinata principal y él se dirigió hacia la sala del káiser. Entró en un despacho. Allí lo esperaba un hombre bajito con una barriga como un tonel, vestido con esmoquin: Marshall Packard, el anterior secretario de Defensa de los Estados Unidos y en ese momento presidente de su agencia de investigación y desarrollo, la DARPA.

—¡Demonios, Yeats!, ¿hay alguna mujer viva con la que no hayas tenido relaciones? —preguntó Packard.

Debe de haber sido testigo de mi encuentro con Katharine en el vestíbulo, *pensó Conrad*.

—Estás violando el Acta de Logan, Packard, y tú lo sabes —dijo Conrad—. Tú y todos los americanos que hay aquí, dispuestos a discutir acerca de temas de seguridad nacional de los Estados Unidos con gobiernos extranjeros.

Packard se sentó detrás de la antigua mesa del káiser y se puso cómodo en el sillón de cuero.

—Ahórrate el sermón, príncipe Pavlos, y cierra la puerta.

Conrad se sentó al otro lado de la mesa del káiser y miró a Packard, es decir, al tío M. P., como lo había llamado siempre desde niño, cuando formaba parte del escuadrón del que su padre era el jefe y los dos volaban juntos en las fuerzas aéreas.

Packard y su padre, un antiguo miembro del grupo Bilderberg, habían sido amigos íntimos hasta el primer y desgraciado viaje de su padre a la Antártida, en una misión de entrenamiento como astronauta del *Apolo* a Marte. La misión iba a correr a cargo de cuatro astronautas, pero solo Griffin Yeats había vuelto con vida. Durante aquella misteriosa aventura había ocurrido algo que había cambiado profundamente al Griffter. Incluso aquellos que creían conocerlo bien, como su esposa, se habían quedado perplejos. Y las sospechas no habían hecho más que aumentar cuando, nada más volver, el Griffter había presentado ante toda la familia a Conrad, un niño de solo cuatro años, como a su hijo adoptivo.

Conrad sabía que su madre adoptiva había querido reclutar la ayuda de Packard, entre otros, para llegar hasta el fondo de la cuestión. Pero Packard jamás la había ayudado. Nadie la había ayudado. Ni siquiera Conrad. No hasta después de que el Griffter mismo le pidiera que se uniera voluntariamente a él en una expedición militar de última hora a la Antártida, donde decía que lo había encontrado congelado en el hielo años atrás. Griffter aseguraba que Conrad era un atlante y que el gobierno de los Estados Unidos tenía una prueba de ADN para demostrarlo, porque mientras la espiral de todo ser vivo en el planeta Tierra giraba hacia la derecha, la de Conrad giraba a la izquierda.

Ergo Conrad no era de este planeta.

Conrad había estado a punto de creerse toda la historia solo que, a decir verdad, su ADN y su vida eran en todos los sentidos extraordinariamente ordinarios. Aparte del hecho de resultar de interés para los tipos de la Alineación y del posible misterio que de su supuesto origen, Conrad apenas había sido de utilidad alguna para el tío Sam, quitando su experiencia en monumentos megalíticos, alineaciones astronómicas y enigmas antiguos.

Conrad echó otro vistazo al despacho del káiser.

—¿Los del club Bilderberg te permiten hacer esto? Me refiero a reunirse con alguien a puerta cerrada.

—¡Demonios, Yeats, es lo único que se hace en estas reuniones! ¡Despierta ya! —exclamó Packard que, acto seguido, fue directo al grano—. Estás empeñado en descubrir dónde diablos han metido el *Flammenschwert* y qué quiere hacer la Alineación con él, ¿no es eso?

¿Cómo se ha enterado Packard de lo del *Flammenschwert* y de que lo tiene Midas?, *se preguntó Conrad. Dar con la solución fue cuestión de un segundo.*

—Así que Andros me ha delatado, ¿verdad?

Packard asintió y dijo:

—Hace mucho tiempo que la familia de tu amigo está con nosotros en Grecia. Él sabe quiénes son sus

verdaderos amigos, no como tú.

—¿Y te ha contado también Andros que cree que puede que Midas quiera usar el *Flammenschwert* para quemar el golfo Pérsico?

—¡Demonios, vaya idea!, lo que a mí me preocupa es que la Alineación pueda usarlo en el mar Caspio para destruir la capacidad de Rusia de transportar petróleo por barco —contestó Packard—. Y se trata de doce billones de dólares en petróleo. ¡Billones! En este momento, es lo único que mantiene a flote la destrozada economía rusa. Si los pierden, sus tanques barrerán todo Oriente Medio, y les dará igual que los árabes sean los apoderados de la Alineación. Y entonces nosotros responderemos, y se montará una guerra nuclear y el Armagedón.

Sin duda el escenario que le describía Packard era infernal.

—Entonces, ¿tú estás seguro de que detrás de Midas está la Alineación? —preguntó Conrad.

—Ellos se encargarán de él —contestó Packard—. Y ya que tú nos ayudaste a aplastar su red en los Estados Unidos, nos les ha quedado más remedio que utilizar la de la Unión Europea como tapadera y base de operaciones. ¿De qué te creías que iba la gilipollez esa de la cumbre europea sobre el futuro de Jerusalén que se celebra la semana que viene en Rodas? ¿De verdad pensabas que los burócratas europeos iban a ponerse de acuerdo alguna vez en algo del calibre de un plan de paz coordinado y global para Oriente Medio? No es más que una excusa. Mientras los presidentes de Alemania y Francia se dan palmaditas recíprocamente ante las cámaras por la paz supuestamente alcanzada, la Alineación se encarga del asunto a su manera habitual. En los años noventa provocaron la bancarrota de Rusia. Ahora la de Estados Unidos. Solo falta que los ejércitos de ambos se anulen el uno al otro para que ellos se hagan cargo del gobierno de todo el mundo.

Conrad había oído esa teoría de labios de su padre.

—¿Y cómo un solo hombre como yo va a cambiar todo eso?

—Puede que al verte esta noche Midas despierte, sabiendo que tú vas detrás él. Puede que cometa otro error.

—¿Otro?

—Has sobrevivido a tu primer encuentro con él, ¿no es cierto? ¿Cómo lo has hecho?

—Tengo sangre de la Atlántida, ¿no te acuerdas?

Packard le dirigió una mirada divertida, como si en parte se lo creyera. *Los tipos de la DARPA se pasan la vida buscando el modo de crear al soldado perfecto*, recordó Conrad.

—¿Te das cuenta de que ya no trabajo para ti, Packard? No tengo ningún contrato ni con el Pentágono, ni con nadie.

—No, pero te queda tu promesa de lealtad a los Estados Unidos de América, Yeats. Y eso para mí vale más que todas las promesas de un senador de los Estados Unidos. A los senadores se les puede comprar o, como mínimo, alquilar. Pero a ti ni siquiera eso. Y ahora cuéntame cómo encontraste el *Nausicaa*.

Packard parecía realmente interesado en saberlo, así que Conrad se lo contó.

—Igual que ayudé a los griegos a fijar la fecha del quince de abril del año 1178 antes de Cristo como el día en que el rey Ulises volvió de la guerra de Troya y urdió la matanza de los numerosos pretendientes de su esposa —contestó Conrad—. Alineé las posiciones de las estrellas y del sol según las pistas que tenía del antiguo poema griego atribuido a Homero, *La Odisea*, y los libros de bitácora de

los capitanes alemanes y británicos contemporáneos; así fue como conseguí señalar la localización del *Nausicaa* cuando se hundió.

Packard frunció el ceño antes de preguntar:

—¿Las mismas supercherías astrológicas por las que la Alineación pone la mano en el fuego?

—No exactamente —contestó Conrad—. Según Homero, la diosa Calipso le ordenó a Ulises que mantuviera a la Osa siempre del lado de su mano izquierda hasta que llegara a la isla de Corfú. Yo en cambio he dejado que la Osa Mayor me guiara.

Satisfecho una vez más pensando que Conrad era el hombre que necesitaba para el trabajo, Packard dijo:

—Así que sabías que el *Flammenschwert* estaba a bordo del submarino, ¿no?

Conrad sacudió la cabeza.

—Lo que realmente sabía era que el submarino volvía de la Antártida. Esperaba que llevara alguna reliquia de la Atlántida.

—¡Por todos los demonios! ¡Como si eso importara! —exclamó Packard—. El *Flammenschwert* va a cambiar las reglas del juego. El mundo está compuesto en un setenta y cinco por ciento de agua. Quien controle el mar controlará el mundo. Tienes que conseguir que Midas no lo utilice o, peor aún, que no se ponga a fabricar más.

—¿Y cómo quieres que lo haga?

—Sencillamente presentándote delante de él —dijo Packard—. Ya te lo he dicho. Midas cree que estás muerto. Puede que al verte se le ocurra volver a comprobar el verdadero efecto del *Flammenschwert*. Ahora que lo tenemos controlado con todos los aparatos electrónicos de vigilancia concebibles por tierra, mar y aire, puede que lo pillemos antes de que sea demasiado tarde.

—Y yo, ¿qué gano a cambio? —exigió saber Conrad—. Solo porque no esté dispuesto a venderme eso no quiere decir que no me guste disfrutar de unos cuantos fuegos artificiales de guerra.

—¿Es que no le sacaste ya bastante al tío Sam con esos dos globos masónicos que desenterraste de debajo de los monumentos de D. C.?

Packard se refería a la última aventura de Conrad con Serena Serghetti, que había comenzado en el cementerio de Arlington durante el funeral de su padre. Conrad había descubierto que en la lápida de la tumba de este había grabados símbolos masónicos y datos astrológicos escritos en clave. Otro misterioso enigma más que Conrad se había visto obligado a investigar y descubrir y por el cual Packard había montado en cólera. La lápida había resultado ser la clave de una advertencia centenaria, inscrita en el diseño constructivo mismo de Washington, D. C. Durante la carrera mortal para descifrar esa advertencia, Conrad y Serena habían descubierto dos globos de los templarios, de oscuros orígenes, que el primer presidente americano, George Washington, había enterrado debajo de la capital estadounidense: uno terrestre y otro celeste.

En el interior del globo terrestre había un documento que revelaba el plan de la Alineación para destruir la república norteamericana, y eso había bastado para inducir a Serena a robarlo y llevárselo a Roma, dejando a los americanos un solo globo de los templarios. Mientras tanto, las sospechas que se habían generado en el Pentágono de que ambos globos debían de funcionar conjuntamente, de algún misterioso modo, eran sin duda la causa del brillo que en ese momento se reflejaba en los ojos de Packard. Eso, y el brillo del puro que se estaba fumando.

—El todopoderoso dólar americano ya no es lo que era. Gasté toda mi recompensa de los globos en

buscar el *Nausicaa*. Así que te lo pregunto otra vez, ¿qué saco yo de todo esto? —repitió Conrad.

—¿Qué te parece las respuestas a todas tus preguntas? La Atlántida. Tu padre. Tu nacimiento. ¡Demonios!, si incluso llegaremos al fondo de la cuestión del tema de esos dos globos.

—Yo ya he llegado al fondo y he vuelto —aseguró Conrad—. Sé más de esos dos globos que nadie.

—¿Y también sabes por qué dejaste que tu amiga se largara al Vaticano con uno de ellos? —preguntó Packard, alzando ambas cejas y el vaso de coñac.

—Empiezo a odiarte tanto como odiaba al Griffter, Packard.

—Entonces es que todo va perfecto.

Packard se puso en pie y guió a Conrad a la puerta.

—¿Y ya está?

—Envíame un mensaje en cuanto descubras algo —añadió Packard—. Tienes mi número. Una palabra tuya, y mandaré a los marines.

—La última vez que mandaste a los marines, trataron de matarme.

—Solo por nuestras pequeñas diferencias, Yeats, pero tú y yo estamos del mismo lado. Ninguno de los dos nos creemos la gilipollez esa del mundo único de después de los americanos que tanto proclaman aquí. El poder y el mal aborrecen el vacío. No podemos dejar que la Alineación llene ese hueco.

Packard abrió la puerta y los dos salieron juntos al vestíbulo, donde los últimos invitados en llegar subían las escaleras hasta la terraza.

—Tú simplemente preséntate allí y sé tú mismo —recomendó Packard en voz baja, mientras ambos comenzaban a subir también las escaleras—. Midas aquí es un jugador marginal, exactamente igual que tú. Tú entras en virtud de tus conocimientos especializados, él en virtud de sus millones en petróleo. Él quiere causarles una buena impresión a sus maestros de la Alineación, sean quienes sean. Pero solo con verte aquí perderá toda la confianza en sí mismo.

Al llegar a lo alto de las escaleras, frente al fresco de *El triunfo de Aquiles* y ante la sala de recepción, hicieron un alto. Conrad le echó un vistazo más de cerca a las puertas de Troya del fondo del mural y vio la esvástica. Sabía que había sido un antiguo símbolo troyano mucho antes de que los nazis se apropiaran de él. Pero dadas las circunstancias aquella noche, de todos modos resultaba escalofriante.

—¿Qué te hace pensar que él me tiene miedo? —preguntó Conrad.

—No te tiene miedo. Le tiene miedo a la Alineación; a cualquiera que pertenezca a la Alineación y te vea aquí esta noche —lo corrigió Packard—. Se dará cuenta de que sabemos que él tiene el *Flammenschwert* y de que a partir de esta noche lo relacionaremos con todo lo que ocurra con él. Y lo que es más importante: sabrá que sus amigos de la Alineación también lo saben, de modo que tú acabas de hacer de él un chivo expiatorio.

Habían llegado al segundo piso, desde el cual se accedía a una terraza y a los jardines, ambos con vistas a la bahía. De allí era de donde procedían las luces y la música, y donde las mujeres con vestidos de noche y los hombres con elegante esmoquin se mezclaban con estatuas de dioses griegos de tamaño natural.

Un camarero pasó por su lado con una bandeja de copas. Packard cogió dos y le tendió una a Conrad. Se trataba de un mount olympus. Conrad lo paladeó. No estaba mal. Asintió y dio otro trago. Salieron a los jardines, dispuestos a separarse el uno del otro, y Conrad buscó el rostro de Mercedes entre la gente.

Packard pareció leerle la mente.

—¿Estás buscándola?

—Necesito mi mejor mano si es que Midas tiene todas las bazas —dijo Conrad.

—Su alteza sí que se ha convertido en una buena jugadora desde que la viste por última vez —comentó Packard—. Jamás había tenido tan buen aspecto ni había sido tan poderosa e influyente en la escena pública.

Conrad sabía que Mercedes era delgada, rica y francesa. Pero llamarla su «alteza» y decir que era poderosa e influyente no encajaba con la imagen que tenía de ella, por mucho que Mercedes hubiera producido su programa con el dinero de su papá.

—Allí está Midas —dijo Packard, señalando un lugar concreto del jardín. Conrad no pudo verlo entre el grupo de integrantes del club, todos apiñados—. Y precisamente ahora mismo está hablando con su alteza.

Una vez más Conrad se preguntó a qué miembro de la realeza se estaría refiriendo Packard para tratarla así, con ese desprecio. Entonces dos de los invitados se separaron como si fueran el mar Rojo y Conrad vio a Midas y a otros cuantos admiradores haciéndole la corte a una despampanante morena con un vestido negro que dejaba al descubierto toda la espalda.

Serena.

Serena estaba de pie junto a la estatua de bronce del moribundo Aquiles. Se había quitado la parka del Ártico y se había puesto un vestido de Vera Wang que dejaba la espalda al descubierto. A su izquierda tenía a Roman Midas, precisamente el hombre al que había ido a ver y que representaba la puerta trasera de entrada a Rusia para el grupo Bilderberg. A su derecha tenía al general Michael Gellar, de Israel. Ninguno de aquellos dos hombres se sentía particularmente contento con el otro. En esencia, Gellar había acusado a Midas de proporcionarle uranio a Irán; uranio con el cual los rusos habían construido para ellos un reactor nuclear que los reactores israelíes acababan de bombardear un mes antes. Por esa razón los mulás de Teherán amenazaban con atacar Israel a través de sus apoderados, los palestinos, desde Gaza y Cisjordania.

—Cualquier ataque directo sobre Jerusalén o sobre Tel Aviv será interpretado como una invitación a dar una respuesta devastadora al mismísimo Teherán —dijo Gellar con su angulosa cara de halcón, que parecía recortada de la roca de Masada—. Israel tiene derecho a existir y a defenderse.

Serena miró a Midas, que echó un trago de vodka con calma y asintió. Los miembros del grupo la habían invitado para que hiciera el papel de mediadora vaticana en la sombra. Querían evitar la última crisis de Oriente Medio. Pero Serena quería además quedarse a solas con Midas para presionarlo a propósito del tema de las minas del Ártico.

—Como ya sabes, general Gellar, yo no soy más que un ruso expatriado y a menudo estoy reñido con mi patria —declaró Midas con un acento británico tan extraño y afectado, que por un momento le hizo pensar a Serena que pertenecía al equipo técnico de montaje electrónico de Coldplay y que viajaba con ellos en sus giras—. Puedo asegurarte por mi experiencia personal que los que tienen el poder ahora en Rusia son unos delincuentes. El gobierno mismo es una organización criminal como la mafia. Cualquier pretexto les sirve para atacar a Israel a través de sus aliados, los árabes. Si Israel ataca Teherán, le estará dando una excusa. Y entonces, ¿qué vamos a hacer? ¿Lanzar una bomba nuclear sobre Moscú?

—Si nuestra existencia como estado está en peligro, no te quepa duda, amigo mío —confirmó Gellar.

—Entonces Rusia atacará América y se producirá el Armagedón —dijo Midas—. No habrá más petróleo. Y a mí se me acabará el negocio.

El comentario de Midas pretendía ser una broma, así que Gellar esbozó una sonrisa a regañadientes.

Al ver que se le brindaba la oportunidad, Serena hizo su movimiento sin apartar la vista de Midas.

—Pues yo he oído decir que siempre quedará el petróleo del Ártico.

—Me temo que el hielo también cuenta —contestó Midas—. Aunque yo, desde luego, si se pudiera perforar y embarcar, no tardaría ni un segundo en llegar allí y ponerme manos a la obra. Sería el quinto campo petrolífero más grande del mundo.

—¿Y qué me dices del daño al medio ambiente?

—Eso es discutible —dijo Midas—. Para cuando estuviéramos preparados para perforar el fondo

del mar, el casquete de hielo ya se habría derretido por completo y solo necesitaríamos petróleo para la poca civilización que quedara en pie después de la inundación global —explicó Midas, al que pareció ocurrírsele una última idea y añadió—: ¡El calentamiento global es una verdadera tragedia!

—Pero no tiene ninguna relación con el consumo del combustible fósil en forma de petróleo, ¿verdad?

Midas sonrió y cambió de tema de conversación.

—Esa medalla —dijo Midas, que pareció ver entonces la moneda romana que colgaba sobre las lentejuelas del cuello de Serena—, ¿qué es?

—Ah, es una moneda de la época de Jesús —contestó Serena.

Serena alzó la mano y la tocó con los dedos. Aquella medalla señalaba su estatus como cabeza rectora de la antigua sociedad secreta Dominus Dei dentro de la Iglesia católica romana; sociedad que nació en tiempos de los esclavos cristianos en la casa del César hacia finales del siglo I. Sin embargo Serena estaba convencida de que la medalla era también símbolo de que, como cabeza rectora del Dei, formaba parte del legendario Consejo de los Treinta de la Alineación. En su esfuerzo por descubrir los rostros de los otros miembros del Consejo, Serena había comenzado a ponerse en público la medalla.

—La tradición de mi orden asegura que Jesús la sostenía en sus manos cuando le dijo a sus seguidores que le dieran a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

—¿Y se supone que esa es la verdadera moneda que sostenía? —preguntó el general Gellar con escepticismo.

—Bueno, ya sabes cómo son las tradiciones —le contestó Serena con una sonrisa—. Hay tantos trozos de la cruz de Cristo a la venta en las iglesias de Jerusalén como para construir el arca de Noé otra vez.

Gellar asintió tristemente.

Y lo mismo hizo Midas.

—Jesús sufrió terriblemente a manos de los judíos.

¡Oh, Dios!, exclamó en silencio Serena, buscando un indicio de ira en la expresión del rostro de Gellar. Por suerte no encontró ninguno. Su rostro era como un anguloso pedazo de piedra. Lo cierto era que durante toda su vida Gellar había estado luchando contra el antisemitismo de los nazis, de los rusos, de los europeos, de los árabes y, por desgracia, incluso contra el de la Iglesia. Había aprendido el arte de dejar pasar las pequeñas ofensas y de encajar la derrota en las pequeñas batallas siempre que él ganara la guerra. Y jamás había perdido una guerra.

Midas, en cambio, parecía encantado con el rumbo que estaba tomando la conversación y fingía verdadero interés.

—Y dime, hermana Serghetti, ¿qué es del César y qué es de Dios?

Serena suspiró en silencio. Se daba cuenta en ese momento de que había sido una ingenua al pensar que Midas podía ser una fuente de información acerca de las expediciones del Ártico.

—En resumen, Jesús dijo que pagáramos los impuestos al Estado y que le concediéramos a Dios nuestros corazones.

—¡Lo sabía! ¡Es el problema de todas las religiones monoteístas del mundo! —declaró Midas con bastante apasionamiento—. E incluyo entre ellas a la Iglesia ortodoxa rusa. Exigen el corazón de la gente. Y luego les exigen las manos. Y entonces es cuando empieza la guerra. El mundo estaría mucho mejor sin

las religiones.

—Las guerras raramente comienzan por la religión —objetó Serena con diplomacia—. Por lo general empiezan porque dos grupos o más quieren una misma cosa.

—¿Como por ejemplo la tierra? —sugirió Midas.

—¿O el petróleo? —dijo Gellar como si fuera el eco.

—Sí —confirmó Serena—. Solo que utilizan el pretexto de la religión para disfrazar sus verdaderas ambiciones.

—Pues quitémonos las máscaras y resolvamos el problema. Tal y como estoy haciendo yo. Produciendo más cantidad de petróleo.

De repente Midas representaba él solo la imagen de la tecnología moderna capaz de unir al mundo mientras que Serena era la fe retrógrada que lo dividía.

—La tecnología no es ningún remedio para el mal, para el sufrimiento o para la muerte —le recordó Serena a Midas—. No es más que un instrumento en manos de los hombres y las mujeres que han caído. Yo no puedo redimir el corazón humano ni reconciliar a la gente del planeta.

Al oír eso, el rostro de Midas se quedó tan pálido como si hubiera visto a un fantasma. Serena sintió que se le ponían los pelos de punta en la nuca antes incluso de oír una voz familiar preguntar a su espalda:

—Vaya, hermana, ¿y cómo ocurre eso de la reconciliación?

Serena se giró despacio y vio a Conrad Yeats de pie delante de ella, vestido con un elegante esmoquin, una copa en una mano y un puro en la otra. Parpadeó y se quedó mirándolo. Los labios de Conrad sonreían, pero en sus ojos había odio. No tenía ni idea de qué hacía él allí. Solo sabía que Conrad Yeats era impredecible: nadie sabía jamás cómo iba a reaccionar. Y ella estaba asustada de verdad.

—Doctor Yeats —lo saludó Serena, titubeando—. No sabía que eras miembro del club Bilderberg.

—Bueno, es que hoy en día dejan entrar a cualquiera —contestó Conrad, que le lanzó una mirada a Midas antes de clavar los ojos en los de ella—. ¿Así que basta con perdonar y olvidar?

Hubo una pausa que resultó violenta. Serena sintió la mirada de Conrad sobre ella. Y la de todo el mundo. Excepto la de Midas. Los ojos de Midas, de un azul helado, estaban inmensamente abiertos, atónitos, mirando a Conrad con incredulidad. Y durante esa décima de segundo Serena comprendió que Midas había creído que Conrad estaba muerto.

—El perdón no es lo mismo que la reconciliación —contestó por fin Serena con una voz distante a pesar de que su corazón corría más deprisa que su cabeza—. Se puede perdonar a alguien, como a un padre muerto, sin volver a retomar la relación. La reconciliación, sin embargo, es una vía de dos sentidos.

—Interesante —dijo Conrad—. Sigue.

—Bueno —continuó Serena, apretando los labios—. Primero el que ha ofendido debe demostrar arrepentimiento y pedir perdón.

—¿Y luego?

—Luego debe reparar de algún modo la ofensa. Después de conocer a Jesús, el publicano Zaqueo reparó su ofensa devolviéndole a todo el mundo el dinero que les había timado, multiplicado por cuatro, para demostrar su arrepentimiento.

—Eso me parece bien —dijo Conrad, que aspiró una bocanada del puro—. ¿Y ya está?

—No —negó ella—. Por último, el que ha ofendido debe demostrar un verdadero deseo de restaurar las relaciones. Y eso implica ganarse la confianza del otro. Aunque claro, la confianza lleva su tiempo.

Conrad asintió y soltó un anillo de humo al aire.

—¿Y si al que ha ofendido le importa un bledo y ni siquiera te contesta al teléfono?

Serena respiró hondo. Era consciente de que Midas y Gellar se habían marchado y de que el círculo se había roto, dejándolos solos a Conrad y a ella. Conrad lo estaba arruinando todo.

—Entonces debes perdonarlo, pero no volver a restablecer la relación con la esperanza de una reconciliación.

Conrad miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaban solos, hablando.

—Gracias por aclararme ese punto, Serena. Creía que solo tenía una razón para odiarte durante el resto de mi vida después de que me robaras y me dejaras abandonado en Washington, pero no haces más que darme más y más razones.

—¿Qué estás haciendo aquí, Conrad?

—Esa misma pregunta iba a hacerte yo a ti —se apresuró a contestar Conrad—. Creía que Jesús solía andar con los pobres, los oprimidos y los enfermos. No con los ricos y los poderosos.

—No es eso, Conrad.

—Entonces ilumíname, por favor.

—Creo que Midas está ayudando a los rusos a poner minas en el Ártico. Quiero detenerlos.

—Interesante —repitió Conrad—. Esta mañana Midas ha tratado de matarme.

—¿En serio? —preguntó Serena, ocultando su preocupación. Eso significaba que tanto Midas como Conrad sabían algo que ella no sabía. Y debía de ser algo terrible cuando atraía tan poderosamente a aquellos dos grandes hombres—. Pues espero que se haya puesto a la cola. La lista parece aumentar de año en año.

—¡Qué suerte la tuya! —exclamó Conrad, mirando por encima del hombro de Serena—. En cambio mi número se ha debido de borrar.

En ese momento la novia de sir Midas, Mercedes, los saludó con la mano y se dirigió hacia ellos con una sonrisa.

—¡Conrad! —gritó Mercedes.

Serena le susurró a Conrad al oído:

—Exprímela bien, a ver si le sacas algo de información. Puede que te confiese cosas que jamás confesaría a una monja.

Conrad miró a Serena con una expresión de desprecio.

—¿Quieres que me acueste con ella porque a ti tus votos te impiden acostarte con Midas?

—Bueno, algo así —contestó Serena—. De todas maneras ibas a hacerlo, ¿no?

Por la expresión de los ojos de Conrad estaba claro que le había hecho daño. Serena se odió por ello. Sin embargo lo prefería al hecho de que Conrad pudiera albergar alguna esperanza con respecto a ella, por mucho ella que se muriera por estar con él. Porque no había esperanza para ellos mientras la Alineación se mantuviera en pie.

—No eres más que una zorra con un crucifijo, ¿lo sabías? —dijo él.

Esas palabras desgarraron su corazón. Pero entonces llegó Mercedes, y Serena se esforzó por sonreír.

—¡Profesor Yeats! —exclamó Mercedes, lanzando un beso al aire en cada mejilla de Conrad.

—Olvidaba que habíais trabajado juntos —comentó Serena con inocencia.

—A decir verdad, el profesor Yeats trabajó para mí hasta que dejó absolutamente de funcionar —dijo Mercedes, que le guiñó un ojo a Serena y añadió—: Hermana Serghetti, si nos disculpas, voy a llevarme al profesor para ir a dar una vuelta por ahí.

Serena hubiera querido alargar la mano y agarrar a Conrad del brazo para evitar que se fuera con aquella mujer. Pero no pudo hacer otra cosa que asentir educadamente y quedarse sola, de pie, junto a la estatua de Aquiles moribundo.

CAPÍTULO

8

Conrad había asistido a la fiesta con la intención de hablar con Mercedes, así que la siguió de mala gana. Pasaron por delante de los guardias de seguridad y bajaron los escalones de piedra hasta los jardines. Sin embargo se había alterado tanto al ver a Serena que, aunque Mercedes se hubiera quitado aquel vestido de noche tan ajustado y lo hubiera invitado a bañarse desnudos en el mar, habría rechazado la oferta para volver con Serena. Aunque quizás habría vuelto solo para vengarse de ella. De eso no estaba seguro.

Mercedes también tenía un aspecto increíble, aunque muy artificial, con su vestido plateado atado al cuello que dejaba la espalda al descubierto y le hacía una silueta escultural. Su frente y sus rasgos faciales, no obstante, parecían un tanto tensos cuando se giró hacia él a la escasa luz del jardín. Convencida de que por fin estaban solos, Mercedes le soltó un bofetón.

—¡Bastardo! —gritó Mercedes—. ¡Me dejaste tirada en Nazca con un artefacto robado y una docena de soldados peruanos!

—Pero conseguiste escapar, ¿no?

—¿Y cómo te crees que lo hice? —preguntó ella, que se apresuró a añadir—: ¿Crees que a esos cerdos les importaba quién era mi padre?

Conrad cayó entonces en la cuenta de lo que debía de haber sucedido: comprendió qué favores había sido obligada a ofrecerles con tal de salir de allí mientras él se marchaba a la Antártida con Serena. No podía decirle que no había tenido otra opción, porque mirándolo en retrospectiva, sí la había tenido. No había necesidad de dejarla tirada en el techo del mundo. Podría haber insistido en llevársela en el helicóptero militar americano para dejarla luego en cualquier parte, a salvo, antes de poner rumbo a su destino. Pero no lo había hecho.

—Me dijiste después que estaba todo perdonado y olvidado —dijo Conrad.

Mercedes entrecerró los ojos; de pronto pareció como si se transformaran en dos ranuras negras, a las que la luz de la luna confirió un brillo de otro mundo.

—¡Tuve que hacerlo! —contestó ella—. Esperaba que volvieras. Pero tú no volviste, ¡por supuesto que no!

Al darse cuenta de que Mercedes albergaba hacia él los mismos sentimientos que él tenía por Serena, Conrad se sintió terriblemente mal y quiso prestarle toda su atención.

—Bueno, ahora estoy aquí.

—No, tú has venido a verla a ella —lo corrigió Mercedes, refiriéndose a Serena.

—En realidad al que he venido a ver es a tu novio —dijo Conrad, sorprendiéndose a sí mismo por el hecho de que le estuviera diciendo la verdad.

Mercedes le creyó, según parecía, y se quedó callada durante unos minutos. Bajaron unos cuantos escalones más en dirección a la playa. Había una diminuta aldea de pescadores por allí cerca, con

algunas casas muy modestas detrás de los muros blancos. Mercedes se quitó las sandalias de tacón de aguja. Caminaron juntos por la arena hacia el antiguo puente de piedra que se adentraba en el mar, formando un muelle.

—Este es el muelle del káiser —explicó Mercedes—. Lo usaba para ir y venir con el velero.

—¿Como Midas?

Las hendiduras de los ojos de Mercedes parecieron suavizarse por fin para dirigirle una mirada llena de preocupación.

—¿Qué negocios te traes con Roman?

—Me ha robado una cosa que me pertenece.

—Eso lo dudo —sonrió Mercedes.

—¿El qué? ¿El hecho de que él me haya robado? —preguntó Conrad.

—No, el hecho de que lo que él que haya robado sea tuyo. ¿De qué se trata, Conrad? ¿De una estatua griega sacada del fondo del mar?

—No, pero es algo lo suficientemente valioso para él como para volar en pedazos mi barco y matar a toda la tripulación.

Conrad hablaba con Mercedes con más seriedad de lo que lo había hecho nunca. Ella hizo una pausa antes de preguntar:

—¿Y por eso vienes a por más?

—¿Es que no me has oído, Mercedes? Tu novio ha matado a varias personas hoy. No parece que te sorprenda mucho. ¿Pues sabes qué? Que eso a mí sí que me sorprende. ¿Qué haces con un monstruo como Midas?

—Todos los hombres son unos animales —declaró Mercedes, cuyos ojos volvieron a entrecerrarse hasta parecer solo dos finísimas líneas—. Pero Roman es un adulto, Conrad, no un niño pequeño como tú. El entiende el poder, el dinero y la política en un sentido en el que tú jamás serías capaz.

—Yo lo único que entiendo, Mercedes, es que Midas parece haberse pasado del petróleo a las armas. Mercedes mostró una expresión de desprecio.

—No te creo. Midas lo tiene todo; no necesita nada de este mundo. Es tan rico que... bueno, es Midas. No necesita robar. Puede comprarlo.

—Entonces dime qué ha comprado últimamente, aparte de yates de lujo y obras de arte.

Una sombra cruzó el rostro de Mercedes, traicionándola. Así que era cierto: Midas había comprado algo muy interesante durante los últimos días.

—No has cambiado nada, Conrad —sentenció Mercedes—. Buscas relaciones entre las cosas que no existen. No hay ninguna conspiración: esa es la gran conspiración. La gente va a su aire. La vida no es más que un agujero negro: no tiene ningún sentido.

—Antes tu existencialismo era más romántico, Mercedes. ¿Qué te ha pasado?

Entonces sonó el móvil de Mercedes. Ella leyó un mensaje de texto y sacudió la cabeza. Debía de ser de Midas, pensó Conrad.

—El romanticismo ha muerto —declaró ella—. Y tú también morirás como sigas detrás de Roman.

Mercedes lo tomó de la mano para llevarlo de nuevo a la fiesta, pero entonces dos hombres de seguridad bajaron los escalones y se acercaron sin dejar de hablar en voz baja por radio.

—Te lo dije. Eres un idiota. Ahora ya es demasiado tarde —añadió Mercedes, que pareció realmente

alarmada.

Conrad miró por encima del hombro hacia el muelle de piedra del káiser. Una luz pareció acercarse en la distancia. Enseguida se convirtió en un bote que surgió en medio de la niebla que rodeaba a la cercana isla del Ratón. Parecía un bote sacado del río Estigia, con su hombre de pie sobre la proa, tan musculado como un coloso.

—Debes de estar tomándome el pelo —dijo Conrad, que ya había hecho ademán de girarse hacia Mercedes cuando sintió el pinchazo de una aguja en el cuello y perdió el conocimiento.

Un cubo de agua helada lo devolvió al presente. Conrad parpadeó y por fin abrió los ojos. Debía de estar en el compartimento de carga desde donde se lanzaban los sumergibles del yate de lujo *Midas*. La escotilla que daba al exterior se encontraba completamente abierta, y llegaba tan solo un poco por encima de la superficie del mar. La luz de la luna que se reflejaba en la arena del fondo del mar rebotaba por toda la bodega. Conrad se hallaba sentado en una silla con los pies atados juntos por los tobillos y las manos sujetas a la espalda por detrás de la silla.

—¿Cuál es el código de cuatro dígitos, profesor? —le preguntó una voz con un profundo acento ruso.

Conrad alzó la vista y vio a un tipo de esos esculturales, alzándose como una torre por encima de él. Detrás había otros dos hombres de seguridad más con una enorme palangana de agua. Se apoyaban sobre el casco doble del sumergible Falcon, diseñado para grandes profundidades. *Midas debe de haberlo usado para transportar el Flammenschwert del Nausicaa al yate*, pensó Conrad.

—Yo no sé nada de ningún código de cuatro dígitos —contestó Conrad, que inmediatamente trató de darle algún sentido a su situación. Sin duda tenía que estar muerto. Quizá Midas no hubiera encontrado todo lo que buscaba en el *Nausicaa* y esperar a que Conrad lo ayudara—. Pero me alegro de que me hables de ello.

El ruso alzó una porra eléctrica. Conrad la reconoció. Era de las que usaba la policía china para torturar a los practicantes de *falun gong*: su arma favorita.

—Puede que esto te refresque la memoria —dijo el ruso.

Entonces Conrad comprendió y se echó a temblar: lo empapaban de agua para intensificar los trescientos voltios de electricidad que aquel matón estaba a punto de aplicarle.

—Yo te conozco —dijo Conrad, dándose cuenta en ese momento de dónde había visto antes esa cara—. Tú eres el ex agente del KGB que se convirtió en un gurú del culturismo y que anunciaba las pesas rusas.

El ruso hizo una pausa. Parecía complacido por el hecho de que Conrad lo hubiera reconocido.

—Sí, es cierto. Soy Vadim.

—¡Lástima que tu página web sea una mierda! Apuesto a que tus ventas por la red de esos complementos Vadimin también son una mierda. ¿Y es a esto a lo que te dedicas por el día, o tienes otro trabajo en un *spa*?

Vadim ladeó su cabeza de lerdo. Sin duda Conrad había dado en el clavo, porque al ruso la broma no le estaba gustando. No tardó en meterle la porra eléctrica en la herida causada por un arpón en la pierna.

Conrad apretó los dientes al sentir cómo la carga del voltaje se le extendía por todo el cuerpo. Por un segundo creyó que la cabeza iba a estallarle. Cuando por fin cesó aquella ola de dolor devastador, dejó caer la cabeza y vio que la porra eléctrica le había vuelto a abrir la herida del arpón, de la que rezumaba sangre.

—Un solo grito, doctor Yeats, y te meto esta porra en la boca y te suelto un millón de descargas hasta que te desmayes.

Conrad olió el hedor de su propia carne quemada. Tardaría semanas en curarse del todo. Aunque era evidente que Vadim no tenía ninguna intención de que él llegase a ese día. El ruso le apretó la herida con la porra eléctrica hasta que le sobresalió un trozo del arpón en medio del charco de sangre. Conrad gimió de pura agonía.

—Vamos, tómatelo con calma con el muchacho, sé buen chico —dijo uno de los otros guardias con acento británico—. Midas quiere que le saques el código antes de que se muera.

Así que los otros son británicos, comprendió Conrad. *Miembros de la seguridad privada*. Por lo que Conrad sabía, Midas había contratado a soldados de las fuerzas especiales de la Armada de los Estados Unidos, los famosos Navy SEALs, e incluso a mercenarios americanos; y todo para formar su ejército privado global. ¿Quién había dicho que el capitalismo estaba muerto?

—¡Cállate, Davies! —exclamó Vadim, dirigiéndose al británico con severidad y sin apartar los ojos de Conrad—. ¡El código de Von Berg! —repitió, echándole un aliento fétido—. Cuatro dígitos. Como el número de dedos con los que te vas a quedar en cuanto te corte el pulgar —añadió, sacándose un cortapuros del bolsillo—. O puede que prefieras que te corte otra cosa. ¡Vamos, dime dónde está el código!

—¡Pues claro! —gritó Conrad—. ¡Lo llevo todo en la cabeza!

Conrad se echó a reír sin control a pesar del dolor. Era una locura, pero al replantearle la pregunta, exigiéndole saber dónde estaba el código en lugar de cuál era, Vadim mismo le había dado la respuesta. Por fin Conrad comprendía por qué nadie había encontrado nunca ningún maletín metálico con los códigos secretos en el submarino. El paranoico barón de la Orden Negra jamás llevaba papeles secretos consigo ya fuera por tierra, por mar o por aire. Y todo porque Von Berg sabía que en cuanto alguien encontrara esos papeles, estaba muerto. Así que guardaba el código en su cabeza, literalmente. Y Conrad tenía su cabeza en la habitación del Andros Palace Hotel.

Vadim y los británicos se miraron los unos a los otros.

—Así que encuentras todo esto muy divertido, ¿eh?

Conrad asintió.

—Deja que adivine. Ese código que quiere Midas, vosotros ni siquiera sabéis para qué es, ¿verdad?

—¿Es que nos lo vas a contar tú? —preguntó Vadim.

—¡Demonios, no! Pero estoy convencido de que Midas cree que sí. Y por eso vosotros, chicos, también estáis muertos.

Vadim abrió las aletas de la nariz antes de preguntar:

—¿De qué hablas?

—Yo sé qué es lo que ha robado Midas esta mañana del submarino alemán. ¿Es que vosotros tampoco sabéis eso?

Por la expresión del rostro de Vadim, era evidente que él no.

—¡Ah!, ya veo que no —concluyó Conrad—. Puede que no seas tan íntimo del jefe como te figurabas. Las pupilas de Vadim se dilataron al comprender que Conrad podía tener razón. Verdaderamente, Vadim parecía estar reconsiderando su relación con Midas.

—¿Qué creéis que es más probable, que Midas os mate a todos porque yo consiga escapar, o que os

mate porque os habéis enterado de qué ha robado y sabéis dónde está? —continuó Conrad.

—¡Mátalo! —ordenó Davies—. ¡Pero primero sácale todo lo que sabe!

Conrad miró a Vadim.

—La única forma de sacármelo todo y seguir vivo es la siguiente: tienes que hacerle creer a Midas que me has matado antes de que te diga nada. Pero ¿cómo vas a hacérselo creer y que al mismo tiempo te permita permanecer a su lado? Para eso primero debe parecer que yo maté a uno de los ingleses al tratar de escapar y que el otro vino y me mató a mí.

—¿Tan estúpido crees que soy doctor Yeats? —preguntó Vadim.

Vadim sacó una pistola Rook de 9 mm, del tipo preferido por las fuerzas especiales rusas, y apuntó con ella a Conrad en la sien.

—Sí, bastante estúpido —confirmó entonces Conrad.

Vadim sacudió la cabeza, giró el arma a un lado y le disparó a Davies en la cabeza. Davies cayó al suelo.

—¡Demonios! —gritó el otro británico, que inmediatamente apuntó con su pistola Browning a Vadim—. ¡Lo has matado!

Vadim le disparó al otro británico, y Conrad lo observó desplomarse encima de su colega caído. A pesar del dolor de la porra eléctrica, Conrad no dejaba de reírse.

Vadim apartó el arma. Recogió la porra eléctrica del suelo y lo miró.

—Y ahora vas a decirme el código de cuatro dígitos, profesor Yeats.

—¡Mira! —exclamó Conrad sin apartar la vista del agujero negro y sanguinolento del muslo—. ¡Mira lo que me has hecho!

Vadim esbozó una sonrisa y se inclinó para echarle un vistazo más de cerca.

Entonces Conrad alzó ambas rodillas y le pegó un rodillazo en la cara con tanta suerte, que le hincó el trozo de arpón que le sobresalía justo en un ojo. El ruso soltó un alarido y echó la cabeza atrás. Conrad utilizó ambos pies, aún atados, para barrer con ellos la mesa y arrojar la palangana de agua al suelo.

Vadim se tambaleó. Sus botas resbalaron en el agua. Sin querer, soltó la porra eléctrica. Conrad vio la porra caer al suelo. Al instante alzó los pies al ver una ola azul de luz eléctrica ondulándose sobre el charco y electrocutando a Vadim igual que si fuera un equipo de rayos X.

Vadim se despertó unos cuantos minutos después. Sonaban todas las alarmas del yate «abandonado». Conrad se había marchado. Sobre la silla que hubiera debido de ocupar había un explosivo C4 con forma de ladrillo verde grisáceo. Por la parte de arriba sobresalía un temporizador con la huella del dedo corazón de Davies.

Según el reloj del temporizador faltaba un minuto y veintitrés segundos para la explosión.

—*Chyort voz'mi!* —maldijo Vadim.

Vadim se esforzó por levantarse. Entonces descubrió que la tripulación de los supuestos muertos se había marchado en la lancha neumática, de modo que si quería salvar la vida no le quedaba más alternativa que tirarse por la borda y nadar.

Serena se asustó al ver a Mercedes volver sola de los jardines inferiores. Se acercó inmediatamente a la terraza a buscar a Conrad, pero fue inútil. Sin embargo sí encontró a Packard, que estaba de pie con una copa en la mano junto a la balaustrada.

—¿Qué estás haciendo, señor secretario? —le exigió saber Serena—. ¿Dónde está Conrad?

—Según parece Elvis ha abandonado el edificio —le contestó Packard—. Y Midas no parece muy contento.

Serena siguió la dirección de su gesto hacia la estatua de Apolo. Allí Midas parecía estar discutiendo discreta pero enconadamente con Mercedes.

—Supongo que Midas acaba de darse cuenta de que no eres la única mujer de esta fiesta que ha tenido un pasado con Yeats —dijo Packard, dando otro trago de su copa—. Bueno, ¿y qué hay del Ártico?

Serena apartó los ojos de Midas para volver la vista hacia Packard.

—Midas se está preparando para poner minas para los rusos.

—¿Estás segura de que es para los rusos?

—¿Para quién si no? —preguntó a su vez Serena.

Packard se terminó la copa antes de contestar:

—Para tus amigos, los de la Alineación.

Serena alzó la vista hacia la bahía, sobre cuyas aguas relucientes flotaba tranquilamente el yate de Midas.

—Yo no tengo amigos en la Alineación —contestó Serena—. Solo enemigos.

—Pero gracias a tu sagrada orden corrupta, el Dominus Dei, de la cual eres ahora la cabeza rectora, eres por definición uno de los Treinta.

Serena respiró hondo.

—En cuanto averigüe quiénes son los otros, te lo diré.

—Acabas de estar hablando con uno de ellos.

—¿Midas? —preguntó Serena—. Puede que él no sea uno de ellos, puede que simplemente trabaje para ellos. ¿No se te había ocurrido? ¿Cómo sabes que no es así?

—Midas sabe demasiadas cosas —contestó Packard—. Más que tú, según parece. Según los registros financieros de Londres, su firma comercial ha estado esta mañana haciendo contratos de petróleo y de futuros financieros. Si realmente esperara que los rusos fueran a sacar algo del Ártico, estaría deshaciéndose del petróleo a la espera de que la nueva oferta bajara los precios del mercado. Pero en vez de eso está apostando por una subida de los precios.

—Interesante —comentó Serena—. Así que Midas cree que va a haber una interrupción en la producción de petróleo.

—O que algún otro acontecimiento va a disparar el precio del crudo. Quizá una guerra inminente.

—Así que él sabe algo que nosotros ignoramos —concluyó Serena, que de pronto cayó en la cuenta

—. Y Conrad también está al tanto.

—Sí, tienes un problema.

—Escucha, te he contado lo de las operaciones de Midas en el Ártico. ¿Se te ha ocurrido pensar en la posibilidad de devolver el globo celestial al Vaticano?

—¿Y se te ha ocurrido a ti pensar en la posibilidad de devolver el globo terrestre que robaste? —soltó Packard a su vez.

—Ya hemos hablado de ese asunto, señor secretario. Los masones lo heredaron de los caballeros templarios.

—Que a su vez lo robaron del Templo de Salomón —objetó Packard—. Así que, si nos ponemos así, puede que los dos debamos devolvérselo a los israelíes.

Serena suspiró.

—¿Junto con otro equipo armamentístico americano, tal vez? Eso contribuiría mucho a solucionar la situación en Oriente Medio.

—Lo único que tú puedes hacer para contribuir a solucionar la situación de Oriente Medio y del resto del mundo es proporcionarnos los verdaderos nombres y rostros de los llamados Treinta de la Alienación —dijo Packard—. Antes de que Yeats descubra que tú eres uno de ellos. Así que ponte en marcha. Ahí viene Midas —dijo Packard, que se alejó al mismo tiempo que Midas se acercaba a ella.

—¿No era ese el antiguo secretario de Defensa de los Estados Unidos? —le preguntó Midas a Serena con fingida inocencia.

—Sí —contestó ella—. Me estaba confesando todos sus pecados de Estado. ¿Tienes tú alguna confesión que hacerme?

—Pues de hecho estaba buscando al doctor Yeats. Parece que ha desaparecido.

La voz de Midas tenía un falso tono jocoso, pero la expresión de su mirada era dura. *Está mintiendo*, comprendió Serena. Midas sabía exactamente dónde se encontraba Conrad.

—Igual que Mercedes —comentó Serena, que observó cómo la sonrisa de Midas se desvanecía.

—Tenía dolor de cabeza. El doctor Yeats ha estado molestándola.

—Sí, suele tener ese efecto sobre las mujeres —dijo Serena. En ese momento su móvil Vertu hizo sonar la canción *Él es un vagabundo*, de la antigua película de Disney *La dama y el vagabundo*—. Hablando del rey de Roma...

Midasladeó la cabeza y entrecerró los ojos con suspicacia al ver que ella contestaba.

La voz de Conrad, apenas sin aliento, sonó en su oído:

—Dile a Benito que venga a recogerme delante del Andros Palace Hotel de la ciudad de Corfú dentro de dos horas. Necesito que me lleves en tu *jet*.

—Pensábamos quedarnos aquí tres días enteros más —se quejó Serena, mirando a Midas.

—No creo que el club Bilderberg quiera hablar con la policía —continuó Conrad—. Saldrán pitando antes de tener que hacer una sola declaración acerca de lo que han visto.

—No estoy muy segura de comprender.

—Échale un vistazo al *Midas* en la bahía. Sin duda es una verdadera belleza ahí en medio del agua, todo iluminado.

Serena miró a Midas y después giró la vista hacia el agua.

—Sí, desde luego que lo es.

De pronto el yate de lujo voló por los aires en medio del cielo nocturno como si se tratara de fuegos artificiales. La gente que estaba en la terraza gritó sorprendida. Toda la bahía retumbó con una explosión semejante a un trueno. Midas rompió la copa que sostenía. El vino se mezcló con su sangre y chorreó por sus dedos. Serena observó que su rostro se retorcía en una monstruosa máscara de ira mientras los ardientes restos de su adorado barco llovían sobre las aguas.

Andros aguardaba a Conrad en la puerta de servicio del hotel situada en la parte trasera. Estaba muerto de miedo.

—¿Has volado el *Midas*!

—¿Dónde está la cabeza del barón Von Berg? —exigió saber Conrad mientras ambos entraban corriendo en el hotel por la cocina.

—En tu bolsa, en el armario de tu habitación. No soportaba su visión. Igual que ahora no puedo soportar verte a ti, amigo mío.

Estaban de pie ante el montacargas de servicio. Conrad, que llevaba el esmoquin calado, se dio cuenta de que iba dejando un rastro de agua por donde pasaba. Dos griegos con sendas fregonas los seguían de cerca, limpiando como locos su rastro. El dueño del hotel, según había oído decir Conrad, era muy estricto con la limpieza.

—Lo único que tienes que hacer es sacarme de la isla a escondidas, Andros —aseguró Conrad, que volvió a apretar el botón del ascensor por segunda vez.

—Estoy en ello, pero ahora hay policía y guardacostas por todas partes —contestó Andros sin dejar de sacudir la cabeza—. ¡Esta vez sí que la has hecho buena, Conrad! Mercedes te espera arriba, en tu habitación.

—¿Qué? —preguntó Conrad, que se detuvo en seco al mismo tiempo que sonaba el timbre del ascensor y se abrían las puertas.

—Se ha presentado justo antes de que llegaras tú —contestó Andros, que lo empujó para que entrara en el ascensor—. Tienes que subir a verla.

—¿Pero si la ha mandado Midas!

—¿Por supuesto que la ha mandado Midas! —confirmó Andros—, y por eso es por lo que tienes que ir a verla. Supongo que querrá sacarte algo.

—¿Te refieres al piolet que va a clavarme primero en la espalda?

—Puede, pero también puede que tú le sonsaques algo a ella. Tendrás que largarle alguna mentira que pueda ir a contarle a Midas. Yo mientras tanto arreglaré lo de tu salida de la isla. Estará en veinte minutos.

—Esto puede llevarme más de veinte minutos —advirtió Conrad, que sabía que Mercedes no iba a darle ninguna información importante solo porque él se la pidiera.

—¿Tonterías! —dijo Andros, serio—. Con mi prima Katrina tardaste la mitad, y enseguida me encontraste.

Las puertas del ascensor se cerraron, y Conrad apretó el botón para subir hasta la última planta. Una vez allí recorrió la escasa distancia del pasillo hasta su habitación. A cada lado de la puerta había un guardia de seguridad con auriculares. Conrad buscó en su bolsillo la tarjeta que servía de llave de la

habitación, y entonces se dio cuenta de que la había perdido. Probablemente por eso Midas y Mercedes se habían enterado de dónde se hospedaba.

—*Parakaló* —les pidió Conrad a los guardias en griego—. Por favor.

El guardia le abrió la puerta. Conrad entró. La habitación estaba en penumbra. Sonaba la suave música de *jazz* de Nina Simone por los altavoces en estéreo.

Mercedes había salido al balcón. Se encontraba de pie, justo detrás de las ondulantes cortinas, con una copa de vino en la mano. Debía de ir por lo menos por la tercera, porque la botella que había en el cubo de los hielos estaba casi vacía. Al oír la puerta ladeó la cabeza.

Conrad se acercó a ella. Lejos, en la bahía, los guardacostas griegos habían colocado luces sobre los restos del *Midas* hundido. Se oía el jaleo de los megáfonos, el viento les llevaba el sonido.

—¿Qué crees que vamos a hacer aquí esta noche, Mercedes?

Ella se giró hacia él. Sus ojos, de un azul cristalino, estaban secos e inyectados en sangre. Conrad jamás la había visto llorar, aunque, según parecía, nunca iba a verla hacerlo.

—No tienes ni idea de quién es Midas ni de quién es su gente, Conrad.

—¡Ah!, te refieres a la Alineación —contestó él, que le quitó la copa y se la terminó, consciente de la forma en que ella lo miraba—. Lo sé. Es un grupo siniestro, con varios siglos de antigüedad, que se cree el heredero del conocimiento y del poder de la Atlántida. Utiliza las estrellas para realizar su interminable campaña de manipular gobiernos, ejércitos, mercados financieros y, por supuesto, acontecimientos humanos. Su objetivo es implantar de hecho un gobierno único en todo el mundo, si no de derecho. En otras palabras: que quieren el poder total. Y teniendo en cuenta lo que han conseguido con la depresión financiera mundial y el que de hecho funciona como el banco central mundial, yo diría que están a medio camino.

Mercedes no pareció apreciar su charlatanería. Entrecerró los ojos hasta que parecieron dos simples estrías.

—Entonces sabes que los dos estamos muertos.

—Habla por ti, Mercedes. Yo creo que más te valdría contarle a Midas que al final tus encantos han funcionado, que nos hemos acostado y que te has enterado de que mañana por la mañana voy a tomar un avión para París. Dile que tu adinerada familia va a ayudarme. O mejor, dile que te vienes en el avión conmigo. Solo que en vez de eso aterrizaremos en Dubai, en donde nos ayudarán mis adinerados amigos.

Mercedes se quedó callada durante un minuto. Sus ojos se desviaron hacia la botella de vino, medio vacía.

—Yo no soy una puta, Conrad.

—Yo no he dicho que lo seas.

—Tú eres la única persona dispuesta a prostituirse por el bien de todas esas inútiles excavaciones alrededor del mundo —continuó Mercedes—. Estabas dispuesto a hacerme el amor con tal de que mi padre pusiera los fondos para ese estúpido programa tuyo de televisión. Y me dejaste tirada en Perú con esos animales.

—No tengo excusa, Mercedes. Y lo siento. Ya sé que no puedo hacer nada para compensarte.

Mercedes puso una mano sobre el pecho de Conrad y lo empujó suavemente hacia el dormitorio, diciendo:

—¡Ah!, pero sí que puedes hacer una cosa, profesor.

Mercedes volvía a representar de nuevo el papel de su productora, la bella ayudante graduada que colaboraba con el atareado profesor, dividido entre sus tareas docentes en la Universidad de California, en Los Ángeles, y la Universidad de Arizona.

—Un error no se corrige con otro. Al revés. Suman dos errores —le advirtió Conrad mientras ella comenzaba a desabrocharle la camisa.

—¿Igual que Serena y tú? No hacéis buena pareja. Jamás la hicisteis y jamás la haréis.

—¿Y Midas y tú sí? —contraatacó Conrad.

—Él es rico y poderoso. Poderoso en un sentido que tú jamás comprenderías.

—¿Solo porque es uno de los jugadores de la Alineación?

—Puede —confirmó Mercedes, besándolo en la mejilla.

—¿Qué hizo para medrar dentro de la organización? ¿O fueron ellos los que lo nombraron miembro?

—No lo sé —contestó ella, que añadió al oído de Conrad—: Es difícil saber nada con la mayor parte de esa gente.

—¿Qué hace Midas para la Alineación?

—Poner minas y hacer dinero —contestó Mercedes, que claramente estaba disgustada por el hecho de tener que discutir de negocios—. Sus operaciones con las minas ayudan a los gobiernos y su empresa de comercio de futuros de Londres equilibra los mercados financieros. En cuanto a los protocolos de la Alineación, los mejores vendedores de Midas utilizan cuadros astrológicos para no tener que comprometerse. Por eso es por lo que a su empresa Minería y Minerales Midas la llaman también la M3.

—¿Y yo que creía que M3 era el nombre de mi viejo deportivo BMW!

—¿M3 es una constelación! —exclamó ella.

Conrad se animó.

—¿Una constelación?

—Canes Venatici. Las estrellas representan a los dos perros del...

—Del pastor en el cielo, el Boyero —terminó Conrad la frase por ella.

Después del último enfrentamiento con la Alineación, Conrad era incapaz de olvidar que la Casa Blanca, en Washington D. C., estaba alineada con la estrella alfa del Boyero, Arturo. El Boyero estaba conectado mitológicamente con la constelación de la Osa Mayor, la Gran Osa, de la cual Rusia extraía su propia identidad.

—¡Detesto toda esa estupidez de la Alineación! —exclamó Conrad.

Lo detestaba porque le recordaba lo ignorante que era en cuanto a lo profundamente enraizadas que estaban todas esas tradiciones astrológicas y lo lejos que llegaban en el tiempo aquellas maquinaciones celestiales y símbolos de la Alineación: eones y eones atrás en el tiempo. Era como tropezar con una raza alienígena. Y Mercedes se había unido a ellos voluntaria y conscientemente.

Resultaba todo de lo más sospechoso, y además habían transcurrido ya de sobra los veinte minutos acordados con Andros.

Conrad agarró suavemente las manos de Mercedes.

—¿Adonde se ha llevado Midas el *Flammenschwert*?

—¿*El Flammenschwert*?

—Es el nombre de un torpedo con forma de tiburón martillo que desarrollaron los nazis con una tecnología avanzada. Significa «espada de fuego» en alemán.

—Ya sé lo que significa —contestó ella, cortante—. Siempre he sabido más alemán que tú. Pero no tengo noticias de ningún *Flammenschwert*.

—¡Ah!, entonces, ¿crees que esta mañana Midas se ha llevado el yate mar adentro solo para ir a dar un paseo?

—Sí —afirmó ella, evidentemente molesta.

—¿Y jamás te has preguntado por qué había equipado el yate con un sumergible y una pista de aterrizaje para helicópteros?

—Siempre me he figurado que era para aparentar —contestó ella con un respingo.

Conrad la miró a los ojos, que en ese momento ella abría de par en par, y comprendió que le decía la verdad. Para él era lógico que Mercedes proyectara sobre Midas algunas de las manías de su pasado y del de los hombres que lo integraban, como él mismo.

—¿Sabes algo del código de cuatro dígitos que Midas está buscando? —siguió preguntando Conrad.

Mercedes volvió a hacer ese gesto de arrugar los ojos hasta que se convirtieron en dos ranuras.

—¿Cómo sabes tú eso?, ¿te lo ha dicho ella?

Conrad se figuró que hablaba de Serena.

—No —negó Conrad que, a su vez, permitió que fuera Mercedes quien en esa ocasión adivinara por sus ojos que era sincero—. ¿Crees que es para el *Flammenschwert*?

—No —negó entonces Mercedes. Conrad observó que desaparecía el brillo de sus ojos. Mercedes se sentó en la cama—. Es para la caja de seguridad del depósito del banco.

—Y esa caja, ¿es propiedad de Midas?

—No —volvió a negar Mercedes—. Antes me has preguntado si Midas había comprado algo últimamente. Ha comprado un banco en Berna que tiene una caja. El Gilbert et Clie.

Conrad no estaba seguro de comprender.

—¿Dices que ha comprado un banco para conseguir una caja de seguridad? ¡Vaya una manera de asaltar un banco! ¿Y qué hay en la caja?

—Nadie lo sabe. Era de un príncipe bávaro. Un tal Ludwig von Berg.

—¿El barón Von Berg, el nazi?

Conrad tuvo que hacer un esfuerzo para seguir mirándola fijamente a los ojos y no desviar la vista hacia el armario, donde Andros decía que había metido la bolsa con la calavera.

—¡Sí, sí, ese! —confirmó Mercedes—. Es una caja de esas antiguas con un revestimiento químico. Tiene un código alfabético de cuatro dígitos. Basta con meter una sola letra errónea en la combinación y todo el contenido se destruirá. No hay más que una oportunidad de abrir la caja. Y Midas necesita lo que guarda en su interior para dentro de siete días.

—¿Siete días? —repitió Conrad, que de pronto comprendió que todo el mundo se enteraría de qué era el *Flammenschwert* mucho antes de lo esperado.

—Sí, siete días —repitió Mercedes—. El Viernes Santo, dos días antes del Domingo de Resurrección.

—¿Significa eso algo para la Alineación? —preguntó Conrad—. ¿Hay alguna conexión?

—Eso lo ignoro —contestó Mercedes—. Para mí sí que significa algo, porque es el único domingo de todo el año en el que siempre he ido a misa.

—¡Eres una verdadera santa! —exclamó Conrad—. Pero dime, ¿qué hace Midas, perdiendo tres de

sus preciosos siete días con los miembros del Bilderberg?

—El palacio del Aquileion era el cuartel general del barón Von Berg durante la guerra —contestó Mercedes—. Midas espera encontrar alguna pista del barón en el palacio.

—No dejó ninguna —negó Conrad—. Siempre lo llevaba todo en la cabeza.

—Ya lo sé. Por eso yo no puedo ayudarte. Ni tú puedes ayudarme a mí.

Sin soltarle la mano, Conrad hincó una rodilla en el suelo y repitió:

—Ya te lo he dicho antes, Mercedes. Vente conmigo a Dubai y ya veremos cómo salimos de esta.

Ella sacudió la cabeza en una negativa.

—Tú sabes mejor que nadie que no hay modo de escapar de la Alineación.

—Entonces vente conmigo a Dubai —insistió él—. Andros tiene un *jet* esperándonos. Estaremos allí en menos de tres horas.

—¿Y luego qué, Conrad? —preguntó ella con una mirada desafiante—. ¿Viviremos felices y comeremos perdices? ¿O volverás a dejarme abandonada?

—No voy a dejarte abandonada, Mercedes.

—Claro que me abandonarás.

—No voy a quedarme contigo para siempre, si es a eso a lo que te refieres.

—Entonces, ¿para qué voy a ir contigo?

—Porque yo quiero ayudarte —aseguró él.

Mercedes lo miró con desdén. Parecía sorprendida ante la ingenuidad de Conrad.

—No importa cuánto dinero tengan los locos de tus amigos árabes, Conrad. Nadie puede escapar de Midas. Te encontrará. Y tus amigos te venderán en menos que canta un gallo y por mucho menos de lo que vale esto —dijo Mercedes, que alzó una mano para enseñarle el brillante brazalete de diamantes que colgaba de su muñeca.

Por su aspecto, Conrad calculó que aquella joya debía de haberle costado a Midas al menos un millón de dólares. Una nimiedad para él, una esposa que esclavizaba y mantenía presa a Mercedes para siempre.

—Te concederé treinta minutos y luego llamaré a Midas —dijo ella con un tono de voz concluyente—. Tiempo suficiente para ir al aeropuerto y despegar.

—¿Y tú? —preguntó Conrad mientras se ponía en pie y se dirigía al armario.

—Le diré que me hiciste preguntas acerca del *Flammenschwert* y que yo te ofrecí mi apartamento de París. El viejo Pierre te abrirá la puerta.

Conrad sacó la bolsa y se la colgó al hombro.

—¿Y qué ocurrirá cuando vea que no aparezco?

Mercedes se encogió de hombros.

—Que todos sabremos que mentiste. Como haces siempre.

Vadim había aparcado en plena oscuridad frente a la puerta de servicio del Andros Palace para hacer unas cuantas llamadas telefónicas. Dejó la Rook 9 mm sobre el asiento del copiloto junto al ejemplar de *The 4-Hour Workweek* y esperó a que Mercedes saliera.

A pesar de cuanto había alardeado ante Yeats, su complemento vitamínico Vadimin no se estaba vendiendo tan bien como él esperaba. Por eso, mientras Yeats aprovechaba para hacerle el amor a la *blyad*^[1] francesa de sir Midas, Vadim se dedicaba a hacer llamadas por el móvil en nombre de la agencia de cobros que Midas poseía en Bangalore para sacarles el dinero a los clientes que iban retrasados con los pagos de sus tarjetas de crédito. Sentía un placer perverso al exprimir hasta el último céntimo a aquellos americanos agobiados por las deudas, y más aún al poner de relieve que quienes los obligaban a pagar eran extranjeros.

Una figura salió del hotel. A juzgar por su aspecto a aquella distancia Vadim habría dicho que era Yeats. Se subió a un sedán negro, un BMW serie 7. Vadim arrancó el coche y por un segundo vio su propio reflejo en el espejo retrovisor. El parche del ojo le hizo jurar. El BMW se marchó.

Vadim arrancó. Había dado la vuelta al hotel para seguirlo cuando Mercedes salió por la puerta principal y se dirigió hacia él. Se detuvo y dejó que ella subiera al asiento de atrás.

—Se suponía que tenías que matarlo —dijo Vadim, que de nuevo comenzó a seguir al BMW.

—También se suponía que ibas a matarlo tú —contestó ella de mal humor—. Se dirige al aeropuerto.

Vadim la miró por el retrovisor.

—¿Y desde allí, adonde?

—Atenas, Dubai, ¡Dios sabe dónde! —exclamó ella—. Lo he invitado a mi casa de París.

Muy inteligente, pensó Vadim. Mercedes se figuraba que él tenía orden de matarla en cuanto ella hubiera matado a Yeats. Y de ese modo esperaba vivir un poco más. Pero la orden de Vadim era matar a Mercedes en el instante mismo en que Yeats escapara con vida de la isla. Así parecería que había sido Yeats quien había asesinado a Mercedes. La hora de la muerte sería un detalle vital para el informe del forense griego.

El coche de Yeats se detuvo un poco más adelante. Dos vehículos de la policía le bloquearon el paso. Vadim aminoró la velocidad y observó que los agentes obligaban al conductor a salir para realizar una inspección. Solo que quien conducía no era Yeats. Era un hombre ligeramente más joven, Chris Andros, el millonario griego.

—¿Qué significa esto? —preguntó Andros.

—*Signomi, kyrios* Andros.^[2] Creíamos que era otra persona.

—Pues es evidente que os habéis equivocado. ¿Qué queréis?

—¿Adónde va?

—A coger mi *jet*. Tengo negocios en Atenas, como bien sabéis.

—Nuestras disculpas —dijo el oficial de policía.

Vadim no se molestó en esperar a que Andros volviera al sedán; para entonces ya había metido la marcha atrás y daba la vuelta por la misma polvorienta carretera. Miró a Mercedes por el espejo retrovisor. Se estaba poniendo nerviosa.

—¿Adonde me llevas? —preguntó ella.

Vadim detuvo el coche y la miró por encima del hombro. Estaba asustada. Y tenía motivos para estarlo.

—¿Has recogido las huellas del doctor Yeats que te pidió sir Midas?

—Sí, las he sacado de una botella de vino —contestó ella, que le tendió una tarjeta blanca con las huellas de Yeats conservadas en un trozo de celo transparente—. Y ahora, ¿qué es lo que se supone que va a hacer Conrad?

—Matarte con esta arma —dijo Vadim, que recogió el arma que tenía sobre el asiento de al lado y le disparó dos veces en el pecho.

Los dos motores turbofán de Honeywell del Learjet 45 de Serena echaban humo. Serena revisó la lista de comprobaciones necesarias con el piloto y el copiloto antes de despegar del aeropuerto de Corfú. Los dos tenían más horas de vuelo que ella y los dos habían formado parte de las fuerzas aéreas especiales suizas. Serena les habría confiado su propia vida y no digamos ya para recorrer la escasa distancia a Roma en la que apenas se tardaban cincuenta minutos. El problema era que aún no sabía nada de Conrad, y esa tarea la distraía.

—Comprueba otra vez la marcha atrás —dijo ella una vez que hubieron terminado—. Me ha parecido oír algo.

Serena volvió a la cabina del pasajero, se sentó, reclinó el asiento y miró hacia fuera por la ventanilla. Quería observar todos los Gulfstreams privados alineados y listos para partir. La escena era idéntica a la de Davos, Sun Valley, San Francisco o cualquier otro lugar en el que se citaran los millonarios. Su propio Learjet no era sino un *jet* de segunda mano que un rico americano había vendido para comprarse otro más caro. Las aeronaves que abarrotaban la pista esa mañana parecían una larga exhibición de vehículos de lujo saliendo de un garaje después de un acontecimiento deportivo. Solo que el acontecimiento en cuestión, el sexagésimo encuentro de los Bilderberg, apenas había hecho más que comenzar.

Y ya había terminado.

Conrad tenía razón: todos y cada uno de los dueños del mundo, tanto de Europa como de América, se apresuraban por salir de la isla antes de que la policía y los *paparazzi* los acosaran a preguntas. La conferencia del fin de semana se había echado a perder lo mismo que el gran yate de lujo de sir Roman Midas, cuya explosión sin duda iba a avivar la imaginación de los teóricos de la conspiración de los Bilderberg durante años.

Pero como siempre, la verdad era mucho más simple: Conrad Yeats.

Estuviera donde estuviera.

El teléfono Vertu al que Serena se aferraba vibró. Era Marshall Packard, que la llamaba desde su reactor privado en el otro extremo de la misma pista.

—Chica, estás perdiendo gancho —soltó Packard de mal humor—. ¿Dónde diablos se ha metido Yeats?

—No lo sé —contestó Serena, alarmada—. ¿Qué está ocurriendo?

—Enciende la maldita televisión.

Serena apretó el botón del diminuto mando a distancia de la televisión de la cabina del avión. En primer lugar salió una cadena griega local, pero no hacía falta saber griego con fluidez para comprender el fotograma con la imagen de Mercedes Le Roche. Había muerto a las dos y media. La habían encontrado en una playa, asesinada de un disparo.

—¡Oh, no! —exclamó Serena entre dientes—. ¡Conrad!

Entonces, como si ella misma le hubiera dado la señal para hacer pública su entrada, la imagen de Conrad apareció en la pantalla. Era el principal sospechoso del asesinato. Sus huellas se hallaban impresas por toda el arma homicida, una Rook de 9 mm.

—Conrad siempre ha preferido la Glock —se apresuró a decir Serena—. Él no ha matado a Mercedes.

—No, pero si no lo han matado a él también entonces es que están a punto de hacerlo —contestó Packard con voz cortante justo antes de colgar.

Serena miró por la ventanilla y vio llegar a Benito, que detuvo el coche, salió y comenzó a hablar con la policía griega. Estaban realizando un registro minucioso en cada avión, en busca de Conrad. E iban a prestar una atención especial a la aeronave de Serena, sin duda por cortesía de Midas. Pero no habría hecho falta que se molestaran.

Benito subió al avión, cerró la puerta y se sentó en el pasillo frente a Serena. El rugido de los motores se hizo más fuerte y más sordo. Tenían permiso para despegar. Serena contuvo el aliento mientras Benito se abrochaba el cinturón de seguridad con solemnidad y la miraba con ojos tristes y conmovidos.

—Lamento tener que decírselo, *signorina*, pero el doctor Yeats nos ha engañado una vez más.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Serena, que respiró aliviada.

Conrad se miró en el espejo roto del compartimento individual del tren. La locomotora diésel, de fabricación checa, tiraba de los vagones con un incesante traqueteo por toda la campiña albanesa. Al subir al tren había fingido ser un trabajador mediterráneo moreno, pero al bajar aparentaría que era un hombre de negocios centroeuropeo de pelo más claro, barba de chivo, gafas y traje oscuro de Brooks Brothers.

Eso suponiendo que el tren llegara hasta el final de la línea. El aeropuerto internacional Madre Teresa en Tirana estaba a solo una hora de camino, pero iban a menos de cincuenta kilómetros por hora.

Había escapado de Corfú cruzando el Adriático hasta la costa sur de Albania en menos de treinta minutos gracias al aerodeslizador que le había proporcionado Andros. También le había proporcionado pasaportes falsos, una bolsa con disfraces y dos teléfonos inteligentes nuevos, una BlackBerry y un iPhone, que operaban cada uno con una red y un servidor distintos. Desde la playa de Durrës había llegado a la estación ferroviaria y allí había visto por primera vez la foto de Mercedes y la noticia de su muerte en todas las páginas web de información del iPhone.

Malditos bastardos, pensó mientras se miraba por última vez en el espejo.

Reflexionó sobre Midas y la Alineación, sobre Packard y los Estados Unidos e incluso sobre Serena y la Iglesia. Al final, todo el mundo acababa por matar al otro o por meterse en la cama con él. Y además también estaba terriblemente molesto porque había comprobado que el servicio del móvil era mejor en Albania que en los Estados Unidos: acababa de recibir la tarjeta de embarque electrónica de Swissair en el buzón de correo electrónico de su identidad falsa.

Dejó a un lado el maquillaje y desvió la vista hacia el único pasajero que lo acompañaba en el compartimento individual de aquel vagón de segunda mano: el barón Von Berg. La calavera, apoyada sobre un asiento roto, parecía mofarse de él con su sonrisa desdentada, haciendo gala de los secretos que un día había poseído.

Todo estaba en su cabeza.

Sacó la Glock que guardaba en la cinturilla del pantalón por la parte de atrás. Balanceó la culata de la pistola sobre la calavera como si fuera un martillo. La dejó caer sobre la placa de plata e hizo pedazos el cráneo. Entonces observó los fragmentos de hueso, esparcidos alrededor de la placa de plata en la mesa.

Nada. La calavera estaba completamente vacía.

Recogió la placa de plata. Le dio la vuelta y contuvo el aliento. Tenía un pequeño grabado que brillaba.

—¡Eres un loco bastardo, Von Berg! —exclamó Conrad, que inmediatamente le echó un vistazo más de cerca a la placa.

Había ocho caracteres grabados, cuatro números seguidos de cuatro letras: 1740 ARES.

Ahí estaba: 1740 tenía que ser el número de la caja de seguridad que el barón Von Berg había contratado en depósito en el banco suizo que en ese momento era propiedad de Midas. Y «ares» tenía que ser la combinación.

Aquí está el código de cuatro dígitos que Midas anda buscando.

Y era él quien lo tenía, no Midas.

Pero cuando se trataba de la Alineación siempre había algo más, y él lo sabía. No podía dar nada por supuesto.

Ares era el nombre del antiguo dios griego de la guerra. Su proyección astral era la constelación de Aries, el primer signo del zodiaco. El planeta Marte, que llevaba el nombre romano del mismo dios griego, había entrado en el signo de Aries dos semanas antes, el 20 de marzo, con el equinoccio de primavera.

¿Una coincidencia?

No para esos bastardos de la Alineación. Si para el resto de los mortales los días y las fechas no tenían ningún sentido, en cambio para ellos cada día y cada fecha poseía un significado.

Lo más probable era que existiese alguna relación astrológica entre los planes del barón para el *Flammenschwert* en 1943 y los planes de Midas para esa misma arma en el nuevo milenio.

Mercedes había dicho algo así como que faltaban siete días. Es decir, una semana: Viernes Santo para todos los cristianos del mundo, según el calendario gregoriano. Esa noche habría luna llena, al día siguiente se celebraría la Pascua judía y al otro el Domingo de Resurrección cristiano.

Aparte de esas fechas, Conrad no veía nada de importancia astrológica o astronómica en el calendario mientras el zodiaco siguiera fijo en Aries.

Siete días.

Fuera lo que fuera lo que estuviera a punto de suceder con el *Flammenschwert*, ocurriría en el plazo de esos siete días. Y la importancia religiosa de la fecha no hacía sino contribuir a la magnitud del plan previsto por la Alineación, ya fuera uno u otro.

Las ruedas del tren produjeron un chirrido. Conrad asomó la cabeza y vio que las vías rodeaban una montaña sobre el Adriático. Entonces aprovechó la oportunidad para arrojar la placa de plata por la ventanilla y desparramar los restos de la calavera sobre las aguas. No era el funeral más apropiado para el barón de la Orden Negra, pero tendría que conformarse.

Conrad estaba listo para asumir su nueva identidad al llegar a la estación de Tirana. Examinó el andén en busca de medidas de seguridad y tomó el primer taxi que encontró hasta el aeropuerto Madre Teresa.

Una hora más tarde se reclinaba sobre el respaldo del asiento del avión de Swissair que despegaba de la pista y se ladeaba para poner rumbo a Zúrich. Minutos más tarde se apagó la señal luminosa que indicaba que los pasajeros debían abrocharse el cinturón. Las azafatas comenzaron a tomar nota de lo que querían beber los pasajeros. Conrad pidió dos bloody marys: uno en honor de Serena y otro en honor de Mercedes. Era dolorosamente consciente de lo cerca que había estado de no volver a contarlo y de que durante el largo viaje que le aguardaba, posiblemente esa sería la última vez que saldría tan bien parado.

Segunda parte

Bakú

Bakú. Azerbaiyán.

Un vehículo militar oscuro que transportaba a cuatro soldados de las fuerzas especiales, una estadounidense y tres azerbaiyanos, atravesó la parte antigua de la ciudad en dirección al puerto antes del amanecer.

Sentada en el asiento del copiloto, a cargo del lanzagranadas AG36 de 40 mm, iba la estadounidense, una mujer negra de poco más de treinta años, con rasgos faciales duros, pelo corto y delgada como el filo de un cuchillo. Su nombre era Wanda Randolph y su misión consistía en interceptar y proteger un misterioso cargamento que había aterrizado en el aeropuerto internacional de Heydar Aliyev, a veinticinco kilómetros al este de Bakú. El sistema de escáneres y el moderno *software* Antworks del aeropuerto habían detectado y seguido la pista de la caja a través de la terminal de carga mediante los equipos de rayos x y los ultramodernos detectores de radiación hasta una furgoneta. Luego esa furgoneta había transportado la caja a un almacén junto al mar Caspio, donde había quedado a la espera de que la embarcaran en un petrolero.

La operación había recibido el nombre en código de *Feuerlöscher*, que en alemán significaba «el extintor del fuego».

El ataque debían llevarlo a cabo conjuntamente las fuerzas especiales azerbaiyanas, las estadounidenses y la policía local. La misión se había montado de la noche a la mañana nada más confirmarse la localización de la caja. La orden provenía de la Agencia Central de Inteligencia y del Departamento de Defensa americanos. Había un segundo equipo con otra docena más de soldados americanos listos para trasladarse allí en un helicóptero Black Hawk, equipado especialmente, y lanzarse encima si el primer equipo se veía implicado en un fuego cruzado.

Wanda levantó la vista del reluciente mapa del GPS que el general Packard le había mandado a su diminuto ordenador de mano. La antigua muralla del palacio de Shirvanshahs, la Torre de la Doncella y la mezquita se levantaban a los lados de la estrecha y retorcida calle por la que transitaban. El vehículo abandonó el laberinto de edificios y de pronto, ante ellos y tan negro como la boca del lobo, apareció el mar Caspio perfilado por las luces que recorrían la orilla.

Llamaban mar al Caspio porque dada su extensión, de trescientos setenta y un kilómetros cuadrados, era el lago más grande del mundo. Estaba situado entre Rusia, al norte, e Irán, al sur. Azerbaiyán ocupaba la orilla oeste, y aquella noche parecía como si la ciudad de Bakú estuviera colocada al borde del mundo: un mundo que se balanceaba a punto de caer por un abismo sin fondo.

—Gira a la izquierda —le dijo Wanda al conductor, un joven gallito llamado Omar.

—Sí, señora —contestó Omar con su falso acento de Oklahoma, provocando las risas ahogadas de sus dos compañeros que iban sentados en el asiento de atrás.

Los tres militares se habían entrenado con el programa de intercambio cultural Oklahoma National Guard que impartía el ejército americano. A los tres les encantaba fingir que eran vaqueros en el nuevo Salvaje Oeste del mar Caspio. Pero a ninguno de los tres les habían ordenado nunca que obedecieran a una mujer y menos aún a una de color, y eso les costaba. Y según parecía, la elección del primer presidente negro estadounidense no iba a cambiar mucho la naturaleza humana ni nada en este mundo.

Torcieron por la avenida Neftchilar y siguieron a lo largo del bulevar que recorría la costa y pasaba por el puerto deportivo. Enseguida dejaron atrás la sede de la compañía petrolífera estatal y la casa presidencial, y unos pocos minutos después estaban rodeados por las torres y las bombas de perforación de petróleo del lado este del puerto.

Por fin Wanda pudo distinguir el almacén donde se encontraba aparcada la furgoneta que había transportado el *Flammenschwert*. Ordenó a Ornar que aparcara junto a la zona de los tanques de petróleo del puerto y guió a los soldados hacia un cobertizo de servicios públicos.

—¿Por qué nos hemos parado aquí? —preguntó Ornar en cuanto hubieron entrado y pudo hablar en voz baja. Respiraba por la boca a causa del mal olor—. El almacén está al otro lado.

—Lamento decepcionarte, Ornar, pero no podemos entrar al estilo Rambo, porque puede que guarden algún tipo de arma nuclear. Tenemos que pillarlos por sorpresa —contestó Wanda, que abrió los planos de las alcantarillas—. Nada de radios. Nos limitaremos a las señales luminosas hasta que lleguemos al almacén y una vez allí la comunicación quedará reducida a los movimientos con las manos.

Wanda alzó la vista y miró a los ojos a cada uno de los hombres mientras hablaba. Quería estar segura de que la habían comprendido bien.

Allí de pie, con las viseras negras con dibujos negros del equipo de béisbol de los Texas Ranger, los chalecos antibalas y las máscaras antigás de visión nocturna, los tres azerbaiyanos podrían haber pasado por miembros de su antiguo equipo de las fuerzas especiales americanas. Wanda había comenzado su carrera militar hacía años en Tora Bora y Bagdad, arrastrándose por cuevas, bunkeres y alcantarillas muy por delante de las tropas estadounidenses, buscando al líder terrorista de Al Qaeda, Osama bin Laden, y después al dictador iraquí Saddam Hussein. Los perros policía tenían un olfato perfecto para encontrar explosivos, pero no tenían ni ojos ni sentido común para fijarse en los alambres colocados a propósito en la oscuridad para tropezar. Así que ella era siempre la primera en entrar. Después la reclutó la Policía del Capitolio para formar el Pelotón Especial de Reconocimiento y Tácticas, los RATS, con el objeto de vigilar y proteger los kilómetros de túneles de servicio bajo el complejo del Capitolio. Sus compañeros la llamaban la Reina de la Ratas.

Pero Ornar y sus amigos aún no habían llegado a ese nivel de profesionalidad. Eran inexpertos en ese tipo de operaciones; algo inevitable cuando la necesidad política obligaba a unir las fuerzas en una misión «conjunta» americano-azerbaiyana que podía ser cualquier cosa menos eso. Aquella noche se celebraría su bautismo de fuego.

—El sistema de aguas fecales está conectado con una antigua alcantarilla que a su vez conecta con la nueva, a la cual dan las tuberías del retrete del almacén —explicó Wanda, señalando los conductos en el mapa—. Usaremos la cámara para conseguir una imagen del exterior, saldremos por debajo, caeremos sobre ellos y nos haremos con el objetivo.

Wanda comprobó que los tres habían insertado los cargadores translúcidos en sus fusiles de asalto G36 con visión láser. El sistema de recarga automática con pistón accionado por gas de recorrido corto

les permitía disparar docenas de miles de veces sin limpiar el arma, lo cual era perfecto para esos chicos. Acto seguido Wanda procedió a levantar una de las antiguas y oxidadas letrinas de metal del suelo de cemento para acceder al enorme agujero negro.

Ornar no pudo más que quedarse contemplándolo horrorizado, mientras caía en la cuenta de cuál era con exactitud la misión que Wanda les había descrito esquemáticamente.

—¡Pero si eso es un agujero de mierda!

—Esto es lo que hacemos los americanos, Ornar. Reptar por agujeros de mierda de todo el planeta para convertir este mundo en un lugar de paz.

Horrorizado, Ornar sacudió la cabeza.

—¡Yo por ahí no quepo! —se quejó con desdén—. Tengo los hombros demasiado anchos.

Lo cual era cierto. Los hombros de un hombre eran con frecuencia un factor restrictivo en ese tipo de trabajo. Para las mujeres, en cambio, el problema solían ser las caderas. Las de Wanda eran especialmente estrechas. Pero aunque las mujeres pudieran hacer poca cosa para estrechar la pelvis, los hombres sí tenían otras opciones.

—¡Maldita sea!, Ornar, tienes razón. Ven, deja que te eche un vistazo.

Wanda le dio un golpe con la palma de la mano abierta en el hombro derecho y se lo dislocó. El hombro cayó flácido, igual que un forajido al que ahorcan en una película del Oeste.

—Arreglado.

—¡Puta americana! —gritó Ornar—. ¡Me lo has roto!

—Te lo arreglaré en cuanto salgamos por el otro lado. Ahora ya puedes apretujarte bien.

Ornar abrió la boca para protestar, pero Wanda le dirigió su mirada mortal de mujer negra cabreada y por fin el soldado se calló. Entonces ella se sujetó el lanzagranadas a la espalda, se puso la máscara, empujó a un lado la letrina metálica y se metió por el conducto de la alcantarilla.

El túnel estaba oscuro y frío. Wanda se arrastró a cuatro patas por el río de porquería y petróleo. Una sola chispa y todos se abrasarían hasta quedar carbonizados. Había sido en un túnel desvencijado y revestido de amianto, muy similar a aquel, donde había conocido y disparado por primera vez a Conrad Yeats. Por aquel entonces Yeats era el hombre más buscado de América. Y en ese momento lo era de Europa. O lo sería en cuanto saltara a la prensa la noticia de que había sido él quien había volado el yate de lujo del multimillonario Roman Midas y quien supuestamente había asesinado a su novia francesa, la rica heredera preferida de los medios de comunicación.

Sin embargo el general Packard había demostrado una vez más que tenía razón: bastaba con que Midas viera a Yeats para que se pusiera a revisar otra vez toda la operación. Y al hacerlo se había traicionado a sí mismo, revelándoles sin darse cuenta la localización de la caja que ella andaba buscando. El descubrimiento había sido posible gracias a las cámaras de una aeronave aerotransportada israelí G550 AWACS, que habían captado las señales de cola del reactor bimotor G650 de Midas sobre el mar Negro. La aeronave de alerta temprana iba equipada con el sistema de radar israelí Phalcon y contaba con enlace de datos por satélite. El equipo de inteligencia de señales israelí SIGINT que llevaba a bordo había captado y analizado las transmisiones electrónicas emitidas por el piloto del reactor y había seguido la pista de esas señales hasta un teléfono móvil propiedad de Roman Midas.

Wanda siguió el esquema de la misión hasta llegar al punto de destino debajo del almacén. Metió una cámara de fibra óptica por la rejilla del desagüe y vio la furgoneta aparcada en el muelle de carga.

Hizo una señal a su equipo y todos ocuparon sus puestos debajo de la rejilla, que tenía el tamaño de

una boca de alcantarilla como las de los Estados Unidos. La empujó con el cañón del lanzagranadas AG36. Pesaba, pero podía moverla. La deslizó lentamente por el suelo de cemento y escaló hasta subir al almacén seguida de Ornar y de sus amiguetes, que parecían ratas huyendo de un barco que se hundiera, ansiosos por tomar el aire.

Ornar seguía con el brazo colgando. Wanda le tapó la máscara con la mano sucia y, sin dejar de mirarlo a los ojos, le colocó el hombro de nuevo, al tiempo que ahogaba su grito. Los tres salieron del almacén con sigilo, esperando a que ella les hiciera una señal.

La furgoneta estaba aparcada en la oscuridad. Había un hombre sentado tras el volante. Se oía el ruido del motor de una lancha motora cada vez con más fuerza. Wanda observó a través del visor de visión nocturna y advirtió dos destellos de luz en el mar. La furgoneta contestó encendiendo dos veces las luces largas. Un minuto más tarde el bote atracó y cuatro hombres vestidos de negro saltaron fuera.

El conductor abrió la puerta de la furgoneta y la caja quedó al descubierto. Salió del vehículo para encontrarse con los hombres del bote y de pronto cayó al suelo de improviso. Uno de los marineros le había cortado el cuello con un cuchillo. El asesino le dio una patada al cuerpo y lo tiró al agua en silencio, y por último se acercó a la caja y la sacó del vehículo. Encendió una luz a modo de señal. Aparecieron cuatro hombres más. El asesino abrió la caja y después encendió un cigarrillo.

Wanda apretó el gatillo y el señor Marlboro se desplomó en el suelo. Cuando sus compañeros quisieron darse cuenta era ya demasiado tarde. Los tres soldados de Azerbaiyán descargaron sobre ellos una lluvia de balas que los acribilló y perforó la furgoneta.

—¡Alto el fuego! —gritó Wanda, que corrió en dirección a la caja mientras los otros tres la seguían—. ¡Es un milagro que no nos hayáis hecho saltar a todos por los aires!

Wanda rompió la caja, pero dentro solo había un delfín muerto y congelado dentro de un bloque de hielo. El hedor era repugnante. Oyó algo detrás de ella y se giró. Uno de sus chicos echaba la pota con lo último que había comido: un kebab de cordero picante con nueces. Wanda estaba a punto de llamar a Packard para contarle que habían seguido una pista falsa, pero él lo había visto todo ya gracias a la cámara que ella llevaba en la cabeza. Lo sabía porque no hacía más que jurar en su oído.

Se quitó el auricular del oído y miró a Ornar, que le había quitado el Marlboro al muerto y sonreía.

—¿Qué es lo que encuentras tan gracioso, Ornar?

Ornar se echó a reír.

—Te he preguntado qué es lo que encuentras tan gracioso —repitió Wanda.

—Tú —contestó Ornar, señalándola con el cigarrillo mientras soltaba un anillo perfecto de humo al aire—. ¡Tienes mierda en la cara!

Londres.

Midas no pudo evitar quedarse admirado ante la cantidad de artículos expuestos y a la venta en los principales escaparates de las tiendas a lo largo de la calle Bond, vacía a primera hora de la mañana. Vadim conducía el Bentley hacia el cuartel general internacional de Minería y Minerales Midas. La dorada torre de cristal de la empresa había sido diseñada de tal modo que parecía una pila de monedas de oro con vistas al río Támesis. Sin embargo, justo cuando iban a terminarla, la depresión financiera global llegaba a su punto culminante, haciendo de ella un símbolo del exceso de los comienzos de la edad de oro.

Su adorado yate de lujo había sido otro símbolo de esa era y por eso el *Times* de Londres se había tomado la libertad de publicar en la primera página dos fotos de él: una antes y otra después de la tragedia. Y eso precisamente en el mismo día en que Midas aterrizaba en Londres, después de regresar repentinamente de Corfú dos horas antes. En la parte inferior de la misma página del periódico y en pequeño aparecía la historia del asesinato de Mercedes.

Ese maldito americano. Yeats no le había dejado opción.

Midas odiaba perder, pero perder a manos de un insignificante pirata como Conrad Yeats resultaba doblemente humillante. Y no soportaba que lo acorralaran.

Su BlackBerry comenzó a vibrar de un modo particular, una señal que le indicaba que quien lo llamaba era Sorath. Midas metió la mano en el bolsillo de la larga gabardina de estilo militar, que se había puesto por encima nada más aterrizar, y contestó. Londres era considerablemente más frío que una isla tropical como Corfú.

Pero más helada aún le resultó la voz carente de imagen del Gran Maestre de los caballeros de la Alineación, que sin malgastar ni un solo minuto comenzó a hacer acusaciones.

—Te advertí que no intentarás matar a Yeats, Midaslovich. Te has delatado a los americanos y encima eres tan descarado que crees que puedes hacer tratos con nosotros.

Sorath parecía particularmente malhumorado, pero también era posible que hubiera activado un tono armónico más grave de lo habitual en el distorsionador de voz que usaba para ocultar su identidad. Durante todo el año anterior Midas había tratado de encontrar el artilugio complementario que pudiera recuperar la voz originaria, pero había sido en vano. Solo un encuentro cara a cara en la cumbre de Rodas de la semana siguiente podría revelarles la verdadera identidad del Gran Maestre o si lo conocía ya de antes.

—Yo no he intentado tal cosa —replicó Midas con frialdad.

—Entonces, ¿por qué crees que necesitas más protección después de todo lo que hemos hecho por ti? —preguntó la voz—. Te estoy hablando del ataque americano en Bakú de hace una hora.

—No han encontrado nada —respondió Midas—. Lo mismo que el hombre que pusiste tú para relevar al mío de la responsabilidad de guardar el *Flammenschwert*.

—¿Qué has hecho con él? —exigió saber Sorath.

Midas sonrió. Sorath no era Dios y resultaba un verdadero placer oírle admitirlo. El Gran Maestro de los caballeros de la Alineación no era ni omnipotente ni omnisciente, porque de otro modo habría comprendido desde el principio que Midas jamás le habría permitido a nadie prescindir de él.

Por esa razón precisamente Midas había sacado el *Flammenschwert* del *Midas* y lo había cargado en el segundo sumergible mientras le hacía creer a todo el mundo que lo mandaba lejos en helicóptero. El sumergible era absolutamente indetectable bajo el agua y permanecería navegando hasta que se presentara el momento adecuado para salir a la superficie. Y mientras tanto Midas era intocable.

—Mis órdenes eran llevarle el *Flammenschwert* a Uriel —dijo Midas—. Y eso voy a hacer. No ha cambiado nada.

—Al revés. Todo ha cambiado. Por culpa de Yeats. Mercedes Le Roche está muerta y ahora los americanos y Scotland Yard no van a dejarte en paz.

Midas se giró para mirar por el parabrisas trasero. Vio un coche de la policía de paisano en la distancia. Otros dos lo habían estado siguiendo nada más aterrizar el *jet* privado en Heathrow.

—El KGB, la CIA, el MI5; me da igual uno que otro —dijo Midas—. He tenido que vérmelas con todos y me encanta proporcionarles pistas falsas, saliendo a hacer mis negocios de todos los días. He venido a Londres a pasar el fin de semana y después me iré a París al funeral de Mercedes. Y luego, desde allí, partiré para Rodas tal y como estaba previsto.

Al otro lado de la línea telefónica hubo una pausa.

—¿Has conseguido el código de la caja del barón Von Berg?

Midas guardó silencio. Vadim detuvo el Bentley en la puerta principal del Midas Center.

—Conoces perfectamente los requisitos para ser miembro de pleno derecho de los Treinta, Midaslovich —continuó Sorath—. Detestaría que tuvieras que perderte nuestra reunión privada durante la cumbre de Rodas.

Midas escuchó la significativa serie de timbres que indicaban que Sorath había colgado y la comunicación se había terminado.

Subió en el ascensor de cristal. Pasó por los resplandecientes seis pisos del atrio del hotel en el que estaban las tiendas y las oficinas y llegó hasta los apartamentos privados. El premio que había ganado su edificio; la notoriedad que había conseguido su empresa de comercio en metales preciosos; la publicidad que alcanzaban sus pujas por obras de arte en Sotheby's y hasta su nombramiento como caballero por parte de la reina no eran sino parte de la estrategia publicitaria de la Alineación, que trataba de presentarlo públicamente como algo más que otro simple oligarca ruso del petróleo. Pero pocos ciudadanos británicos sabían eso y a menos aún les importaba. Sin embargo luego, en privado, no era así exactamente como lo trataban ni Sorath ni la Alineación.

Midas entró en su dormitorio y en el segundo de sus vastos vestidores. De las barras colgaban docenas de trajes Savile Row como el que llevaba puesto. Sobre las paredes había muchos cuadros de varios millones de dólares que había comprado en Sotheby's y que después le habían parecido demasiado feos como para colgarlos en otro sitio más a la vista.

Se sentó en uno de los mullidísimos sillones, se desabrochó los zapatos, se quitó los calcetines y se

despegó todos los hilos de la ropa. Entonces se puso de pie delante de la fila de espejos y examinó su figura escultural.

Todavía se le notaba la división en seis partes del músculo recto mayor del abdomen. En una ocasión, hacía años, cuando fue a pescar con Putin, había alardeado de que se le notaban ocho partes. Al primer presidente ruso siempre le había gustado quitarse la camisa cuando estaba al aire libre ante las cámaras. Así su gente sabía que su líder era todavía un hombre fuerte y viril. Pero lo que a Putin no le había gustado fue que Midas se quitara también la camisa. Y no había vuelto a invitarlo a pescar.

Midas observó en el espejo que su mano derecha temblaba ligeramente. Cerró el puño con fuerza. Lo abrió y sus dedos comenzaron otra vez a temblar. Suspiró, apretó un botón y el espejo se abrió como si fuera una puerta. Dentro había un baño revestido de piedra con un resplandeciente *spa* en medio. El tanque, como lo llamaba él, era su única debilidad y su verdadero altar frente al misticismo de la Alineación. La crudeza de su larga exposición al cianuro cuando era niño y el consiguiente deterioro de su estado neurológico lo habían obligado a buscar un remedio sin importar cuál fuera. Sin ese remedio Midas acabaría por sufrir antes o después el mismo destino que los buceadores a los que había asfixiado en el compartimento de descompresión a bordo del *Midas*.

El baño tenía el suelo, las paredes y el techo revestidos de una piedra azul extraída exactamente de la misma cantera de donde siglos atrás los hombres primitivos habían sacado sus enormes monolitos para erigir Stonehenge, la construcción más enigmática de Gran Bretaña. La mayor parte de los arqueólogos creían que Stonehenge era una especie de observatorio astrológico levantado unos dos mil quinientos años antes de Cristo. Pero hacía mucho tiempo que otros sospechaban que esas piedras azules eran mucho más antiguas y que Stonehenge era un lugar al que acudían los peregrinos de toda Europa en busca de una cura.

Según parecía las piedras azules eran valiosas por sus propiedades curativas. E irónicamente había sido Conrad Yeats quien, con la ayuda de las estrellas, había ayudado al equipo de arqueólogos británicos de la Universidad de Bournemouth a señalar el lugar exacto de Gales del que se habían extraído las gigantescas piedras de Stonehenge: la montaña de Carn Menyn, en la estribación de Preseli Hills, condado de Pembrokeshire.

En cuanto al *spa* que había en el centro del baño revestido de piedra azul, Natalia, la amante de Midas en Londres, lo hacía llenar con agua de la cábala. Su amiga americana Madonna, la estrella del pop, había comprado un piso en la torre y confiaba plenamente en los poderes curativos de esa agua.

Natalia le había explicado muy seria a Midas que, según la sabiduría de la cábala, el agua era el medio del que Dios se había servido para crear el mundo y era la esencia de la vida en la tierra. Al principio el espíritu de Dios se movía por «las profundidades» del agua que eran puras, positivas y contenían una energía curativa. Pero después la «negatividad» de la humanidad, a la que Natalia se negaba a dar el nombre de «pecado», había cambiado la naturaleza del agua ya en tiempos del diluvio universal, transformándola en la fuerza destructiva de las inundaciones, los *tsunamis* y cosas por el estilo. Los cabalistas creían que el agua podía volver a su estado primordial positivo mediante bendiciones antiguas y con la meditación.

Y así era como el agua de la cábala, con su poder milagroso de restauración y curación, había llegado hasta el *spa* de Midas.

Por supuesto, la Alineación utilizaba un nombre distinto para esa agua supuestamente tan extendida: lágrimas de la Atlántida. Los caballeros de la Alineación la consumían como un refresco de lujo por

cortesía de la Hellenic Bottling Company, que también distribuía la Coca-Cola por toda Europa y por Oriente Medio.

Midas no podía sino sonreír al imaginarse a un pequeño grupo de cabalistas, todos ellos envueltos en el más celoso secreto, cantando en una oscura destilería de la planta embotelladora.

Aunque era una locura, en cierto sentido a Midas le parecía lógico que el agua pudiera ser un conductor de la energía y que la calidad del agua con la que su cuerpo entraba en contacto tuviera un impacto sobre la información que se transmitía por su sistema nervioso. Aunque solo fuera porque al menos así su amante londinense tenía algo que hacer, aparte de largarse con su amiga Madonna a despilfarrar su dinero a otra espantosa tienda más de moda.

Midas entró en el *spa* y sintió en la piel la cálida agua de color amatista. Se reclinó sobre el escultural asiento de piedra construido dentro de la bañera de piedra azul y pasó la mano por encima de un sensor. Inmediatamente comenzó a sonar música y una enorme piedra azul del tamaño de una puerta se deslizó muy despacio por encima de su cabeza hasta acoplarse justo en el lugar que le correspondía. La pantalla de cristal que cubría completamente el reverso de la piedra le permitía navegar por Internet, ver cualquier canal de televisión o dirigir sus negocios por todo el mundo. Sin embargo, en ese momento Midas prefirió poner su salvapantallas favorito de suave luz. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en la piedra hasta que solo los ojos, la nariz y la boca sobresalían de la superficie del agua.

Agua de la cábala. Piedras azules con poderes curativos. Objetos de fe que no eran sino supercherías para Midas. No obstante, sus experiencias de inmersión en el tanque parecían haber detenido el progreso del deterioro neuronal contraído tras la larga exposición al cianuro. Ese mal se extendía poco a poco por su cuerpo y al final lo mataría. Y él tenía que detenerlo. Estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de vivir.

Incluso a ceder al misticismo de la Alineación.

Roma.

Más tarde esa misma mañana, con los acontecimientos de Corfú aún frescos en la memoria, Serena observó el obelisco de la plaza de San Pedro a través de la ventanilla de cristal tintado del coche. Benito atravesó las puertas de la ciudad del Vaticano la víspera del Domingo de Ramos antes de las celebraciones de Semana Santa.

Serena comprobó el teléfono Vertu. No podía borrar de su mente el recuerdo de Conrad de la noche anterior ni olvidar el odio que había visto en sus ojos. Pero él no le había dejado ningún mensaje. Ni pista alguna de por dónde andaba. Lo que sí tenía era una invitación de Evite para ir al funeral de Mercedes Le Roche en París, al lunes siguiente, junto con otro correo electrónico personal del mismísimo papá Le Roche, el Rupert Murdoch de la prensa francesa, rogándole que asistiera como amiga de la familia.

—Bastantes preocupaciones tiene usted ya, *signorina* —comentó Benito, alzando la vista hacia el retrovisor y leyéndole el pensamiento—. Él sabe cuidar de sí mismo. Usted debe pensar en Rodas.

—Lo sé, Benito —contestó Serena—. Pero esta vez es diferente. Lo presiento.

—Siempre es diferente, *signorina*. Cada vez que atravesamos estas puertas. Y siempre es lo mismo.

Cierto pensó Serena. Benito giró en una curva de la ancha carretera y llegó a la entrada del Governatore. Ocho años antes el papa la había recibido en un despacho secreto de ese mismo edificio y le había entregado un mapa de antes del diluvio. Le había encargado la sagrada misión de descubrir unas ruinas antiguas a más de tres kilómetros por debajo del hielo de la Antártida. Cuatro años después, en ese mismo despacho, el diabólico cardenal Tucci le había revelado la verdad sobre los Dominus Dei, una orden ultrasecreta dentro del seno de la Iglesia. Después había saltado al vacío por la ventana. En ese momento, el despacho era el suyo.

La Guardia Suiza con sus uniformes rojos pareció despertar nada más verla entrar. Serena pasó por delante de un enjambre de oficinas a lo largo de un oscuro pasillo y llegó a un antiguo ascensor de servicio.

En circunstancias normales aquel ascensor la habría llevado hasta sus oficinas de la quinta planta. Oficialmente el objetivo de su departamento consistía en interceder por los cristianos perseguidos en países políticamente hostiles. Extraoficialmente, sin embargo, administraba el trabajo de los Dominus Dei. Pero aquellos no eran en absoluto días ni circunstancias normales. Serena apoyó el dedo pulgar sobre un botón en el que no había ninguna marca y que no era sino un escáner biométrico. El ascensor descendió hasta las catacumbas por debajo de la ciudad del Vaticano.

Se sentía como una prisionera en su propio castillo. Recordaba las palabras de Jesús en el libro del Apocalipsis: «Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su

casa y cenaré con él y él conmigo». En realidad Jesús hablaba de la puerta del corazón humano, pero lo mismo podía haber estado hablando de la Iglesia. Después de todo, Dios había llamado a san Pablo y le había encargado la misión de ir más allá de su mundo judío para llevar el mensaje de la redención a través de la fe en Jesucristo a los griegos y, finalmente, al César de Roma.

Quizá también a ella la hubiera estado llamando Dios para que saliera «ahí fuera», más allá de los muros de la Iglesia. Se había encerrado en sí misma, se dijo Serena, para proteger a Conrad, a la Iglesia y al mundo. Pero quizá estuviera haciendo más daño que bien. Después de todo era más fácil encontrar a Dios más allá de las cúpulas, de los capiteles y de los muros del Vaticano, con la gente a la que Él llamaba «los últimos». No con los ricos, ni con los poderosos, ni con los religiosos, a los que Serena había encontrado tan mundanos, pobres y débiles de espíritu como a todos los demás.

Y sin embargo ahí seguía, encerrada dentro de las puertas sagradas de Roma.

Serena salió del ascensor y entró en una planta secreta por debajo del palacio del Governatore. Recorrió un largo túnel subterráneo hasta la pesada puerta decorada, tras la cual el Dei atesoraba artefactos de incalculable valor recolectados por todo el mundo durante siglos. De haber dependido de ella habría devuelto la mayor parte de ellos a los museos de sus culturas de origen. Pero no dependía de ella.

Lo cierto era que últimamente sus opciones parecían estar más limitadas que nunca.

Un joven monje de los Dei la esperaba en la estancia escasamente iluminada custodiando dos globos de cobre de otro mundo. El hermano Lorenzo era uno de los más importantes expertos en antigüedades del Vaticano. Se dedicaba tanto a señalar la autenticidad de las obras de arte como a falsificarlas. Nada más ver a Serena se arrodilló ante ella y le besó el anillo con la insignia del Dominus Dei.

—Su eminencia. Bienvenida.

Serena se sintió extremadamente incómoda. Bajó la vista hacia la cabeza del monje y se soltó la mano. La Iglesia no permitía a las mujeres ser sacerdotes y menos aún cardenales. Sin embargo como cabeza rectora de los Dominus Dei, a ella se la consideraba automáticamente un «cardenal secreto» nombrado directamente por el papa. Un cardenal secreto para ocultar los secretos de la Iglesia. Aunque los últimos pontífices eran tan conservadores que jamás la habrían reconocido como tal. No obstante, y para su propio asombro, el Vaticano reconocía secretamente el rango de su despacho si bien no el de quien ocupaba el cargo. Y sus subordinados, alarmantemente ansiosos por conquistar el puesto algún día, aprovechaban cualquier oportunidad para dirigirse a ella con el apelativo de cardenal.

—Gracias, hermano Lorenzo. Puedes llamarme hermana Serghetti.

Lorenzo se puso en pie, pero sus codiciosos ojos permanecieron fijos sobre la medalla que colgaba del cuello de Serena.

—Sí, hermana Serghetti.

Tal y como le había explicado a Midas, según contaba la leyenda, aquella moneda romana antigua del colgante era el denario del tributo que Jesús había sostenido en alto al decirles a sus seguidores que debían «darle al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios». A través de los siglos había ido pasando de mano en mano por todos los líderes del Dei. Para muchos representaba más poder aún que el del mismo papa. Lo cual sin duda explicaba la irresistible fascinación de Lorenzo por la medalla.

Serena interrumpió el estado de trance de Lorenzo con una orden.

—Los globos, Lorenzo.

—Por aquí, hermana Serghetti.

Serena lo siguió a una pequeña alcoba en donde se guardaban los dos globos y que era casi como una vitrina. Uno de los globos mostraba la superficie de la tierra; el otro, los cielos. Cada esfera tenía unos cuarenta y cinco centímetros de diámetro. Su factura se parecía al trabajo que realizaba el maestro cartógrafo holandés Willem Bleau en su estudio en el siglo XVI. Sin embargo los dos globos se habían construido miles de años antes, aunque los intentos de Serena de fecharlos no habían resultado concluyentes.

Tanto la Iglesia como la tradición de los templarios sugerían que esos globos podían haber descansado una vez sobre las columnas gemelas de la entrada del templo del rey Salomón. Pero ya por entonces los mismos caballeros templarios creían que se habían fabricado mucho antes. Mientras Noé construía el arca, otro de los hijos de Lámeq grababa los globos con los conocimientos perdidos de la Atlántida y del mundo anterior al diluvio para que esos saberes no se perdieran cuando llegara el caos de la inundación. Según creían los templarios, los globos contenían o señalaban algunas revelaciones anteriores al Génesis.

Sin embargo, Serena solo había podido certificar con cierta seguridad la leyenda según la cual los caballeros templarios habían desenterrado los globos de debajo del Monte del Templo de Jerusalén.

Siglos después los masones los habían trasladado al Nuevo Mundo y los habían enterrado debajo de lo que luego se convertiría en la ciudad de Washington. Y allí se habían quedado hasta que, en el siglo XXI, Conrad Yeats se había adelantado a la Alineación y se había puesto a excavar.

Según parecía los globos funcionaban conjuntamente como una especie de reloj astronómico, aunque Serena aún no había sido capaz de averiguar de qué modo. Estaba convencida de que necesitaba conocer un código secreto o una alineación entre una constelación del globo celestial con un punto destacado del globo terrestre. Después de todo, saber que la ciudad de Washington se alineaba con la constelación de Virgo era lo que había llevado a Conrad a localizar ambos globos. Así que era lógico que la alineación de los globos, el uno con el otro, la condujera hasta otro descubrimiento todavía mayor: un descubrimiento que durante siglos se les había escapado tanto a la Iglesia como a los caballeros templarios, los masones, los americanos y, en general, a todo el mundo.

Es decir; a todo el mundo excepto a la Alineación, que le había ordenado a Serena que transportara los dos globos a la reunión del Consejo de los Treinta de la isla de Rodas, la cual tendría lugar a la semana siguiente bajo el disfraz de la cumbre europea por el destino de Jerusalén.

Serena acarició con la mano el suave contorno de los continentes del globo terrestre y se maravilló ante su aspecto holográfico en tres dimensiones.

—Bien, cuéntame lo que has descubierto del globo terrestre —le dijo a Lorenzo.

—La esfera terrestre está repleta de ruedas mecánicas que hacen girar la superficie de los diales más singulares que haya visto nunca en un reloj astronómico antiguo.

—¿Qué diales?

—Los hemisferios norte y sur del globo terrestre son en realidad diales —explicó Lorenzo—. Dentro está el mecanismo, que no es sino una serie de engranajes que mueven los diales. Toda la serie de engranajes se mueve con una manivela que se inserta en este diminuto agujerito que hay en medio de la Antártida.

Serena observó de cerca el diminuto agujero dentro de la antigua superficie terrestre del este de la Antártida. Tenía la forma de un pentágono.

—¿Cómo ha podido pasárseme por alto?

—Es muy pequeño.

Lorenzo sacó una diminuta llave en forma de ese que él mismo había reproducido, la insertó en el agujero y comenzó a darle vueltas.

—Funciona igual que la llave de un reloj: mueve los mecanismos que hay dentro del caparazón.

Para asombro de Serena, la superficie del globo terrestre comenzó a cambiar ante sus ojos como si se tratara de una película de dibujos de alta definición. Los continentes no se movieron, pero sus contornos brillaron por un segundo hasta quedar inmóviles en su justo lugar.

—¿Qué ha ocurrido?

—Esto —dijo Lorenzo, que sacó la manivela e insertó en el agujero una linterna con forma de lápiz.

De pronto parecieron estallar tres puntos de luz dentro del globo justo en las localizaciones de la Antártida, Washington D. C. y Jerusalén.

—¡Es un triángulo! —exclamó Serena con resolución—. ¡Igual que el del Capitolio, la Casa Blanca y el monumento a Washington! Esos monumentos están alineados con las constelaciones del Boyero, Leo y Virgo. Y del mismo modo estas tres capitales del globo terrestre deberían estar alineadas con tres constelaciones del globo celeste.

—Pero el problema es que el verdadero globo celeste sigue en poder de los americanos —le recordó Lorenzo—. Y tú jamás lo has visto con tus propios ojos. Solo has visto el globo terrestre que le robaste al doctor Yeats. El es la única persona que sigue viva y que ha visto los dos globos, lo cual nos pone a nosotros en una terrible desventaja. Este globo celeste falso que yo he construido no es más que un intento de reflejar en términos astrales el mapa que he deducido del globo terrestre.

Por desgracia, es cierto, pensó Serena. Su plan era conseguir que Marshall Packard le proporcionara el globo celeste original a cambio de sus descubrimientos acerca de las operaciones de colocación de minas de los rusos en el Ártico. Pero el plan había estallado por los aires en Corfú. Así que Serena se había visto obligada a recurrir al plan B.

—Lo he hecho lo mejor que he podido —continuó explicándole Lorenzo mientras le mostraba los dos globos, el uno al lado del otro: el celeste, falso, y el terrestre, auténtico.

—¡Oh, vaya! —exclamó Serena, que fue incapaz de disimular su decepción.

El acabado del globo celeste era notablemente inferior, si se comparaba con el globo terrestre.

—Nuestros artesanos metalúrgicos me han dicho que jamás habían visto nada como este mineral de cobre y bronce del que está hecho el globo original —dijo Lorenzo—. Lo que estás viendo es lo mejor que han podido hacer para igualar al auténtico.

Serena trató de reprimir el susto. No contaban más que con setenta y dos horas para remediar aquel desastre, y con la Alineación jamás había una segunda oportunidad.

—Dame la linterna, Lorenzo.

Lorenzo le tendió la linterna y Serena la insertó en el diminuto agujero del fondo del falso globo celestial. De inmediato aparecieron tres puntos de luz en las constelaciones de Orion, Virgo y Aries: la estrella Alnilam, la más brillante del Cinturón de Orion; Spica, la estrella alfa de Virgo y por último Hamal, la estrella también más brillante de la constelación de Aries.

—He elegido Orion y Virgo basándome en lo que me contaste de la Antártida y de Washington. Y luego escogí Aries para Jerusalén porque Aries es el símbolo cósmico del cordero, y Jerusalén es el lugar donde se dice que se originaron los globos.

—Me parece correcto. Ahora necesitamos que la Alineación tome la copia falsa por el original —dijo Serena, observando cuidadosamente la creación de Lorenzo—. No podemos conseguir que nuestro globo celeste alcance la calidad del terrestre, pero sí podemos degradar el aspecto del terrestre sin deteriorarlo. Quizá deslustrándolo con alguna capa de algo.

—Aun así no soportará el escrutinio de la Alineación —señaló Lorenzo.

—¡Por supuesto que no! —soltó Serena—. Solo necesito que pase un examen visual rápido. Después dejaré que la Alineación examine el globo terrestre primero.

—¿Y cómo vas a lograr eso?

Serena aún no tenía la respuesta, pero tampoco estaba dispuesta a consentir que Lorenzo la angustiara. Lo mejor que podía hacer era tratar de mantener engañada a la Alineación mientras averiguaba quiénes eran los otros Treinta. Conrad había desenmascarado a los doce americanos. Los dieciocho restantes tenían que ser europeos, incluyéndola a ella como cabeza rectora del Dei. Eso significaba que faltaban diecisiete del Consejo por desenmascarar en la reunión de Rodas.

—Eso es problema mío, Lorenzo. El tuyo es preparar estos globos para el viaje a Rodas. Tienes que ponerte a trabajar con los griegos para conseguir que sorteen todos los mecanismos de seguridad de la cumbre europea. Y también vamos a necesitar dos cajas a la medida con cavidades bien aisladas para el transporte.

Lorenzo asintió y se marchó. Cerró la puerta de roble decorada tras él sin decir una palabra más.

Gstaad, Suiza.

Desde el aeropuerto de Zúrich hasta la turística y distinguida aldea alpina de Gstaad, adonde iba todo el mundo a practicar esquí, había unas cinco horas en coche. Conrad tomó la *Autobahn* A1 con el BMW alquilado y pasó de largo por delante de la capital suiza, Berna. Tuvo que luchar contra la tentación de entrar en la ciudad y dirigirse directamente al banco propiedad de Midas, donde se guardaba en depósito la caja del barón Von Berg. En lugar de ello, al llegar a Thun giró para tomar la A6 y luego cogió la *Route 11* para salir a Gstaad.

Dispondría solo de una oportunidad para entrar en el banco, pero con un poco de suerte el único hombre que podía ayudarlo seguía escondido en los Alpes.

Conrad llegó nada más cerrarse las pistas de esquí, cuando los bares, discotecas y restaurantes de cinco estrellas comenzaban a llenarse de ricos procedentes de Europa, América y Oriente Medio vestidos a la moda. Aparcó el coche a unas cuantas manzanas del palacio del sultán y siguió a pie el resto del camino. Había cambiando la placa de la matrícula con la de otro BMW que había encontrado aparcado delante de un restaurante en Zúrich, mientras el dueño comía dentro. No estaría mal que el coche se quedara enterrado bajo la nieve a la mañana siguiente.

El palacio del sultán era la joya de Gstaad: un castillo con muchas agujas que combinaba la intimidad de un hogar tradicional de los Alpes con la majestad de un palacio comparable al de Badrutt en St. Moritz. Además de sus impresionantes vistas de montañas y lagos cristalinos podía alardear de tener cinco restaurantes, tres bares, un *spa* de renombre internacional y el club del sultán solo para socios, tristemente famoso en los Alpes por sus actuaciones de música en vivo, sus bailes y sus interminables juergas sin toque de queda. En otras palabras: era la personificación misma de su propietario, Abdil Zawas, el hombre al que Conrad había ido a ver.

Conrad caminó por la «alfombra voladora», cruzó el foso helado y atravesó la regia puerta hasta el elegante vestíbulo del palacio. Al llegar a recepción preguntó por el director general. Mientras lo esperaba, observó a los huéspedes que tomaban copas junto a las chimeneas.

Sin duda el hotel atrae a una importante proporción de celebridades y reyes, pensó Conrad, *empezando por el mismo Abdil*. Su familia por línea materna se prolongaba hasta la depuesta monarquía de Egipto, la casa de Mohamed Ali Pasha. Por el lado paterno, Abdil era primo hermano del gran coronel de las fuerzas aéreas egipcias Ali Zawas, de cuya muerte Abdil culpó en su momento a Conrad.

Y pensándolo bien, recordó Conrad, *Abdil debió de emitir entonces una fatua contra mí*. Esperaba que se hubiera acordado de rescindirla después de que Conrad lo ayudara con el diseño del hotel y del parque temático Atlantis Palm Dubai resort. Era típico de él olvidar que todo estaba perdonado.

—*Guten Abend, Herr* —dijo una voz de hombre.

Conrad se giró y vio al director general del hotel: un hombre de mediana edad que lo miraba de arriba abajo. Según parecía el alemán aprobaba el atuendo de esquí que Conrad le había birlado a su incauto *Doppelgänger* en el carrusel de equipajes del aeropuerto de Zürich.

—Buenas noches —contestó Conrad en inglés—. He venido a ver a Abdil.

El director frunció el ceño.

—¿Tiene usted una cita?

—No necesito ninguna.

El alemán lo miró con escepticismo.

—¿Y quién le digo que ha venido a verlo, *Herr*?

—El *Herr* que hizo esto —contestó Conrad al mismo tiempo que ponía un ejemplar del diario de Berlín *Die Welt* sobre la mesa.

Conrad lo había comprado en Zürich. En la primera página, sobre la que Conrad no dejaba de tamborilear con el dedo, salían las fotos del *Midas*.

El director volvió a fruncir el ceño, pero cogió el periódico y dijo:

—Un momento, por favor.

Entonces desapareció en el despacho de atrás. Conrad oyó el sonido del dial de un teléfono y el *clac* de un fax. A eso siguió una conversación en alemán mantenida en un tono de voz demasiado bajo como para que Conrad pudiera traducirla.

Por fin el director del hotel volvió a salir. No paraba de sonreír.

—Por aquí, *Herr*. Su alteza lo verá ahora mismo.

Lo escoltó por el vestíbulo del hotel hasta uno de los tres ascensores.

—¿Cómo de alto está mi amigo Abdil estos días? —preguntó Conrad.

Al alemán no pareció divertirle el comentario.

—El palacio del sultán está a solo cien metros de altura. Es muy poco en los Alpes, pero es la altura justa para pasar una noche perfecta. Sin embargo, nuestras pistas tienen más de dos mil setecientos metros de largo. Por eso siempre les recuerdo a nuestros huéspedes que beban mucha agua para estar bien hidratados.

—Tratándose de Abdil estaremos bien surtidos de bebida —contestó Conrad.

Las puertas del ascensor, situado en el centro, se abrieron. Dentro había dos tipos de seguridad con rasgos faciales de Oriente Medio, con intercomunicadores, y anchos y abultados hombros, debido a las pistoleras que llevaban escondidas debajo de los caros trajes.

Conrad miró al director del hotel, que le hizo un gesto para que entrara en el ascensor y se despidió:

—Guten Abend, Herr.

Conrad entró. Las puertas se cerraron y uno de los guardias de seguridad deslizó una tarjeta con una clave especial para desbloquear el acceso al último piso. Apretó una combinación determinada de botones y el ascensor comenzó su ascenso hasta lo más alto del palacio.

Las puertas se abrieron dando paso a un enorme y espectacular dúplex de dos pisos de piedra y cristal. Los últimos rayos del sol poniente entraban por los cristales del techo y de las ventanas entre paredes de piedra y cascadas de agua. El tamaño del salón hacía parecer pequeño el vestíbulo y había mujeres a medio vestir por los distintos grupos de muebles, chimeneas y *spas* de mármol.

Desde arriba sonó una voz que gritaba:

—¡Ah, el enemigo de mi enemigo!

—Es tu amigo —dijo Conrad, que alzó la vista para ver a Abdil, con la melena salvaje de un semental ondeando desde lo alto de una magnífica escalera.

El enorme egipcio, vestido con su tradicional albornoz con un emblema real distintivo y unos *boxer*, descendió los escalones con gran fanfarria. Conrad vio la culata de perlas de la pistola Colt que llevaba metida por la cinturilla. Abdil se creía Lawrence de Arabia, pero sin el caballo ni los excrementos: siempre había preferido planear su siguiente movimiento desde la comodidad de sus plácidos palacios esparcidos por todo el globo. Y desde Suiza se sangraban mejor los mercados financieros globales que desde Egipto, y además se evitaba la extradición por las dudosas actividades que desequilibraban sus hojas de balances.

—¡Bienvenido, amigo mío! —lo saludó Abdil, que enseguida le dio a Conrad un beso en cada mejilla—. Ven a mi comedor privado.

A cada lado de Conrad apareció una mujer y entre ambas lo ayudaron a quitarse el abrigo. Conrad siguió a Abdil al comedor en donde había una amplia exposición de fuentes con comida que le recordaron al bufé del Four Seasons de Ammán, en Jordania.

—¿Tú sabes lo que es mandar construir el yate más grande del mundo solo para que el matón ruso ese construya uno un metro más largo? —preguntó Abdil—. Para eso, lo mismo me habría dado que me circuncidaran los judíos.

—Bueno, pero ahora el tuyo es... el más largo que hay en el mar —dijo Conrad. Por un momento estuvo tentado de añadir que no le serviría de nada, pero Abdil no dejaba de dar vueltas a su alrededor con el Colt sujeto por el boxer—. Por eso esperaba que pudieras hacerme un favor.

—¿Un favor? —repitió Abdil, a quien enseguida se le encendieron los ojos.

Le gustaba el hecho de que Abdil estuviera siempre dispuesto a hacer un favor. En realidad Abdil confiaba en su habilidad como negociador a la hora de sonsacarle a su favorecido algo más valioso que lo que le otorgaba.

—Dime, por favor, ¿qué puedo hacer por ti?

—Midas es el propietario de una cosa por la que tú estuviste interesado en una ocasión —dijo Conrad—. El banco de Berna Gilbert et Clie.

Abdil asintió.

—El banco de los nazis, los árabes y otros terroristas variados, sí —recitó Abdil con sarcasmo—. Una calumnia, te lo digo yo.

Durante años Abdil había estado incluido en la lista de los terroristas saudíes internacionales más buscados de los Estados Unidos, que afirmaban que Abdil era una amenaza mayor para la casa de Saud que Osama bin Laden. Pero Conrad sabía que Abdil no era ningún musulmán fanático y mucho menos un terrorista. ¿Para qué estallar uno mismo por los aires por estar con sesenta y dos vírgenes cuando uno podía tenerlas con solo chasquear los dedos?

La «gran idea» de Abdil había consistido en inundar Oriente Medio de móviles. Mientras los ayatolás parloteaban sin parar en las mezquitas y por la televisión los chicos y las chicas árabes, a los que les estaba prohibido incluso hablar en público con el sexo opuesto, podían mandarse mensajes de texto a espaldas de sus padres. Abdil estaba firmemente convencido de que la red de móviles podía multiplicar la «fuerza perturbadora» de la cultura popular americana, acabar con la centenaria sociedad paternalista

y con los déspotas de la zona y crear una verdadera revolución democrática. Y cuanto más profana e insensata fuera la cultura americana, mejor. En realidad Abdil era un árabe radical, pero de otro tipo.

El problema que verdaderamente había agriado las relaciones entre los americanos y Abdil había sido la interferencia de la CIA en las operaciones de Abdil con los servidores de red. Los americanos querían operar por su cuenta o al menos controlar las redes de móviles para poder llevar un control de las conversaciones telefónicas y los mensajes de texto. Abdil no había logrado hacerles comprender que eso no era en absoluto lo más importante y que se estaban comportando exactamente igual que los déspotas a los que querían derribar. Entonces los americanos habían congelado los fondos que Abdil tenía preparados para su querida red de movilización de la juventud árabe en el Gilbert et Clie de Berna. ¿En qué clase de mundo vivíamos, se había quejado Abdil, cuando uno podía poseer su propio banco y sin embargo no podía disponer de su dinero?

Conrad contempló la fuente con la enorme cola de langosta que acababan de ponerle delante y preguntó:

—¿Por qué dejaste que Midas comprara el banco?

—Porque no le vi el lado positivo —dijo Abdil mientras arrancaba un trozo de langosta—. Las leyes de la banca suiza y del terrorismo internacional están hechas de tal modo que si hubiera alguna ventaja por ser el dueño de un banco entonces nadie dejaría su dinero en depósito en el mismo. No tenía gracia. En cambio tú sí que parece creer que Midas va a sacar alguna ventaja, ¿no?

—Lo que él quiere es una caja de seguridad que hay en depósito en el banco —dijo Conrad—. Pertenecía a un general de las SS llamado Ludwig von Berg.

—¿El barón de la Orden Negra? —preguntó Abdil al mismo tiempo que abría inmensamente los ojos.

—Tiene una combinación de cuatro letras —continuó Conrad, asintiendo—. Midas no la conoce, pero yo sí.

—Una de esas viejas cajas —comentó Abdil, que se inclinó hacia delante—. ¿Está en la serie de los mil setecientos o los mil ochocientos? Debe de estarlo cuando Midas no se ha atrevido a romperla para abrirla.

—Sí.

—¡Justo lo que pensaba! —sonrió Abdil—. La caja de Von Berg tendrá seguramente un sello químico que destruirá el contenido si la combinación es incorrecta, aunque solo sea por una letra. ¡Ja! ¡Debe de ser terrible para Midas saber que la tiene en sus manos y sin embargo no puede abrirla! —exclamó Abdil, que se reclinó de nuevo en la silla para reflexionar sobre la situación—. Así que crees que podrías robarle la caja delante de sus mismas narices si yo te introduzco en el banco.

—Sí —afirmó Conrad.

Las mentes astutas como la de Abdil siempre estaban ojo avizor, dispuestas a aprovechar cualquier oportunidad. Por eso hacer negocios con él era siempre algo rápido y directo. Hasta que llegaba el momento de restituirle el favor, claro.

—Bien, sí, sí —dijo Abdil—. Pero no hablemos más de esto hasta mañana. La noche todavía es joven, y somos pocos hombres para tantas mujeres.

—Gracias por tu generosidad, Abdil. Pero de verdad preferiría irme a la cama en mi propia habitación, si no te importa.

—¡Por supuesto! —exclamó Abdil, que de inmediato chasqueó los dedos.

Enseguida se acercó una esbelta y joven mujer de piel aceitunada con una pantalla digital del tamaño

de una carpeta. La abrió ante Abdil como si se tratara de una camarera enseñándole al jefe de cocina el plano con las mesas disponibles del restaurante.

—La suite 647 estará bien para el gusto de nuestro amigo —dijo Abdil con una sonrisa.

Diez minutos más tarde Conrad entraba en la habitación. No le faltaban distracciones a pesar de ser mucho más pequeña que el ático de Abdil. Incluyendo entre ellas a una joven tumbada sobre la cama y vestida solo con un jersey con un estampado de delfines al estilo de las camisas de Miami.

—Me llamo Nichole —le dijo ella con acento americano—. ¿Cuál es tu historia?

—Que estoy cansado —contestó Conrad, que en ese momento decidió que lo mejor para todos era que fuera ella la que hablara—. Cuéntame la tuya.

Nichole era americana y acababa de llegar a Gstaad hacía unos meses tras asistir a la Super Bowl con su novio, un jugador de fútbol profesional. El se había marchado y ella se había quedado, etcétera, etcétera.

Conrad llegó a la conclusión de que no había modo de declinar el regalo de Abdil. No quería ofender a su anfitrión ni hacerle pensar que Nichole no era una impresionante y sexi vampiresa digna del mejor harén.

—Entonces, ¿con qué delfín estoy compitiendo yo aquí? —le preguntó Conrad.

—Con todos —contestó ella, que se echó a reír y se quitó el jersey.

Londres.

Midas salió por fin del tanque azul de agua de la cábala seis horas más tarde. Natalia estaba desnuda, recostada sobre un almohadón en el dormitorio, jugando con la BlackBerry. Le venía bien tener una amante en Londres siempre que Mercedes no estaba, cosa que a partir de ese momento sería ya para siempre.

—Tenemos reservado un comedor privado en el Roka a las nueve en punto —le informó Natalia—. Vienen seis amigos. Dos artistas, tres actores y un diseñador de moda.

—Esta noche no vamos a salir a ninguna parte —dijo sencillamente Midas, que acto seguido se subió a la cama.

Natalia dejó la BlackBerry en la mesilla de noche. Al apartar los brazos le mostró por entero los pechos.

—Pero sí que voy a París, ¿verdad? ¡No puedo faltar al funeral de Mercedes! Asistirán todos los grandes iconos de la moda de Europa y toda la prensa.

—No voy a llevarte al funeral de mi novia oficial en París —respondió Midas—. ¿Qué crees que pensaría la gente? Su padre y toda su familia estarán allí. Puedes ir a París a montar una fiesta con tus amigos en cualquier otro momento.

Natalia pareció a punto de ponerse a hacer pucheros, pero luego lo pensó mejor.

—¿Y cuánto tiempo tardaremos tú y yo en aparecer en público juntos? La pregunta sonó ligeramente exigente.

—Una semana —dijo él. El rostro de Natalia se iluminó considerablemente. Tanto, que comenzó a comérselo a besos. Midas sintió que respondía a pesar del cansancio, que se distraía—. Dime, ¿tienes noticias de alguna de tus amigas?

Las amigas de Natalia eran chicas rusas como ella que iban dando tumbos por todo el planeta con millonarios y políticos de casi cualquier nacionalidad. Natalia, con solo veintiséis años, se había convertido en una formidable maestra del espionaje. Era mejor espía incluso que sus antiguos jefes del KGB. Natalia recogió la BlackBerry y contestó:

—La pequeña Nichole ha encontrado un amigo nuevo en Gstaad.

Un timbre de alarma sonó en el cerebro de Midas, aunque no comprendió del todo el porqué.

—¿Quién está otra vez en Gstaad?

—Abdil Zawas. Creo que Nichole y las chicas están locas de atar. A él le pasa como a ti, que no sale muy a menudo. Midas no hizo caso del tono de descontento de la voz de Natalia.

—Eso te pasa cuando te encuentras en la lista de los terroristas internacionales más buscados, como Abdil —contestó Midas—. ¿Quién es ese amigo nuevo de Nichole?

—Un tipo que se llama Ludwig —contestó ella, enseñándole una foto que le había mandado Nichole. Midas se incorporó, se sentó, cogió el teléfono y miró la foto.

Y entonces llamó a Vadim, que parecía grogui cuando contestó.

—Quiero que vayas a Suiza —ordenó Midas—. He encontrado a Yeats.

Conrad se despertó a la mañana siguiente en el palacio del sultán y encontró una nota de Nichole escrita a mano sobre la almohada. Se había ido a hacer *snowboard* a la ladera de Videmanette y quería encontrarse con él para comer en el glaciar 3000 a las dos de la tarde. Miró el reloj y comprobó que eran las diez. Había dormido más de doce horas.

Sobre la mesa lo esperaba un desayuno continental y un periódico. Se puso las zapatillas que encontró al pie de la cama y se ató el cinturón de la bata. Se sirvió café caliente de la cafetera de plata y se sentó ante la mesa para leer el ejemplar del periódico francés *Le Monde*.

Había una foto de Mercedes en la primera página con un titular que decía: «Funeral en Francia por Mercedes Le Roche, de treinta y dos años, este lunes».

En la página ocho había una foto más pequeña de él. ¿Cómo demonios había podido pasarle desapercibido a Nichole el hecho de que él era un fugitivo? Tendría que rezar para que no lo viera en ninguna foto o para que fuera una de esas personas que jamás leen un periódico. Conrad se tranquilizó pensando que eso era bastante probable.

Sin duda Midas asistiría al funeral para demostrar su valor ante el mundo entero. Lo cual constituía para él una oportunidad perfecta: mientras Midas iba al funeral en París, él daría el golpe en el banco de Berna.

Dejó el periódico sobre la mesa y vio que alguien había deslizado un sobre por debajo de la puerta. Se acercó y lo recogió. Contenía los planos arquitectónicos del banco de Berna. Estaba todo en francés. Junto a los planos había una nota de Abdil escrita con una letra perfectamente clara de mujer en la que se le ordenaba que subiera al ático a conocer a una tal señora Haury.

Conrad no tenía ni idea de quién podía ser la tal señora Haury, pero sí sabía que tenía que moverse con rapidez e ir varios pasos por delante de la Alineación, de la Interpol y de todos aquellos que en ese momento lo perseguían. Tenía que hacerse con el contenido de la caja de seguridad del barón Von Berg en el banco de Berna. Porque era lo único de valor que tendría para negociar.

Abrió el armario repleto de trajes a la medida para él hechos en Milan's Caraceni. Las telas, dignas de un príncipe, parecían confeccionadas en otro mundo y los trajes le sentaban perfectamente.

El sastre debía de haber estado trabajando toda la noche con la pistola en la sien para tener todos aquellos trajes tan pronto. Y, teniendo en cuenta que era Abdil quien los había encargado, Conrad no pudo sino preguntarse cómo lo habría conseguido en realidad.

Los dos guardias de seguridad que había delante de su puerta lo escoltaron por el pasillo hasta el ascensor. Los tres subieron juntos. Al llegar al ático Conrad se dio cuenta de que no habría podido bajar al vestíbulo aunque hubiera querido.

La única forma de salir de aquel palacio era por el ático.

El ático de Abdil tenía un aspecto completamente diferente a plena luz del día. Conrad habría jurado que alguien había vuelto a amueblarlo, incluyendo las esculturas y las obras de arte que colgaban de las paredes. Esa mañana parecía la sala de juntas de proporciones majestuosas de una empresa internacional.

Pero Abdil no estaba. Lo recibió una mujer rubia de sinuosas curvas que estaba de pie junto a una enorme mesa de conferencias. Sobre la mesa había una caja de seguridad de latón decorada con una puerta de acero inoxidable que tenía cuatro diales de latón brillantes así como una cerradura del mismo material. Sin duda procedente del depósito de un banco.

—Me llamo Dee Dee —dijo la mujer—. Soy la directora ejecutiva americana del departamento de obras de arte y objetos de colección de Abdil. Tengo entendido que quiere usted retirar ciertos objetos de su caja de seguridad del banco Gilbert et Clie de Berna.

—Así es —contestó Conrad, que contemplaba la caja y sus cuatro brillantes diales—. Pero supongo que sería mucho pedir que fuera esta la caja en cuestión.

—Eso me temo —dijo ella—. Sin embargo la caja que quiere usted abrir seguramente es del mismo tipo que esta. Tome asiento, por favor.

Conrad se sentó en un sillón de piel que parecía un trono para escuchar a la impecable Dee Dee explicar la historia de la caja. Parecía como si estuviera haciendo una demostración para la tienda en casa.

—Cualquier caja del banco Gilbert et Clie que tenga un número mil setecientos está entre las más preciosas antigüedades de la cámara acorazada —comenzó diciendo ella—. Significa que es una caja que tiene una cerradura triple. Es algo muy poco habitual. Bauer AG fabricó muy pocas así en 1923 y son extremadamente raras.

Conrad tocó la caja de latón y acero. No tenía más que siete centímetros y medio de ancho por cinco de alto y casi dieciocho de largo. ¿Hasta qué punto podía ser grande el secreto que ocultaba el barón Von Berg en una caja tan pequeña?

—Yo solo veo dos cerraduras —dijo Conrad—. La combinación de los cuatro diales y la cerradura de llave que hay al lado.

—Eso es lo que se supone que se ve —dijo ella—. La combinación no se puede perder de vista, en eso estamos de acuerdo. Tiene cuatro diales de latón y un total de 234.256 posibles combinaciones. Es imposible de olvidar.

Si, pensó Conrad, *el barón Von Berg jamás olvidaría las letras*. Se lo imaginó girando los diales hasta alinear las letras A-R-E-S.

—¿Y las otras dos cerraduras?

Dee Dee asintió y añadió:

—Las otras dos cerraduras de llave comparten un mismo mecanismo que está albergado en el interior de un solo hueco de cerradura.

—¿Dos cerraduras en el interior de un solo hueco de cerradura? —repitió Conrad—. ¿Cómo funciona eso?

—Con dos llaves, naturalmente —contestó ella al mismo tiempo que dejaba dos llaves sobre la mesa. Una era de color plateado y la otra dorado—. Una la tiene el banco y la otra el cliente. Permítame que se lo enseñe. Yo seré el banco, usted el cliente.

Dee Dee le tendió la llave dorada del cliente y recogió la llave de color plateado del banco de la

mesa.

—Lo primero es lo primero. Antes hay que poner la combinación. Yo misma he fijado la de esta caja. Es «OGRE».

Conrad giró el primer dial hasta la letra «o», el segundo hasta la letra «g», el tercero hasta la letra «r» y el cuarto hasta la letra «e». Enseguida oyó un inconfundible clic procedente del interior de la caja.

—¡Espere un momento! —exclamó Conrad—. Si lo primero que tiene que hacer el cliente para abrir la caja es poner la combinación antes de meter las dos llaves, entonces el empleado del banco sabrá el código de la caja del cliente.

—Sí, pero el cliente cambiará el código siempre antes de cerrar la caja —replicó ella—. Es como cambiar la contraseña del ordenador, solo que más seguro —añadió, alzando la llave plateada del banco—. Y ahora la cerradura de palanca. Tiene siete muescas de latón y dos pestillos diferentes para un total de nueve palancas —continuó, metiendo la llave plateada en el hueco único—. La llave del banco desplaza las tres muescas de arriba y el pestillo superior para desbloquear la primera parte de la cerradura —dijo al mismo tiempo que giraba la llave y lo ponía en práctica—. Y así usted, el cliente, puede insertar su llave. Adelante.

Conrad metió la llave dorada en la cerradura y la giró hasta que notó que se detenía.

—Su llave desplaza las cuatro muescas de abajo, así como el cerrojo —explicó ella—. El cerrojo de abajo está conectado con el cerrojo de la puerta y con la combinación. Por eso es por lo que nota usted cierta resistencia.

—¿Por qué no se abre?

—Para que usted pueda girar la llave noventa grados hasta la posición vertical es necesario que cada uno de los diales de la combinación alfabética esté exactamente en la letra correspondiente.

Conrad comprobó los diales. Se leía «OGRE» claramente.

—Los cuatro diales están colocados correctamente. ¿Cuál es el problema?

—El problema es que aún no hemos terminado —dijo ella—. Una vez que la llave del cliente está en posición vertical y que el pestillo se halla parcialmente retirado hay que volver a girar suavemente los cuatro diales a ambos lados, de modo que el mecanismo le permita girar del todo la llave hacia la derecha para abrir.

Conrad sacudió la cabeza. *Von Berg era un hijo de puta paranoico*, pensó. Aunque él habría sido exactamente igual de cauteloso de haber trabajado para el dictador más desquiciado del mundo.

Dee Dee pareció creer que le debía una explicación.

—Se supone que el hecho de que el barón tuviera que girar los cuatro diales a ambos lados suavemente antes de abrir la puerta de la caja servía para darle tiempo a asegurarse de que no había nadie más en la cámara acorazada aparte del empleado del banco, de modo que nadie podía ver su combinación secreta.

—¿Y si en algún momento cometo un error?

—Con estas cajas no hay segundas oportunidades —contestó Dee Dee—. El sello químico de la caja romperá y destruirá el contenido. Por eso un hombre tan poderoso como Roman Midas puede tener el banco en propiedad y a pesar de todo no puede abrir la caja del barón Von Berg. No hay más que una oportunidad de abrir una caja de este tipo. Adelante. Inténtelo.

Conrad giró la llave. La cerradura se abrió. Levantó la tapa de la caja y vio varios tacos de billetes

de dólares americanos con la foto de Ben Franklin. Debía de haber unos diez millones de dólares dentro de la caja. Conrad alzó la vista. Él y Dee Dee se miraron a los ojos.

—Nada más salir del banco cambiará usted el contenido de esta caja por el de la otra con el señor Zawas —dijo ella.

Dee Dee hizo una pausa para asegurarse de que Conrad había comprendido y de que estaban de acuerdo. Abdil Zawas no dejaba escapar una sola oportunidad: quería darle a Conrad todos los incentivos posibles para que volviera al palacio después del trabajito.

—Comprendo —dijo Conrad—. Seguro que el señor Zawas tiene una caja más grande para meter mi cuerpo por si no aparezco.

—El señor Zawas afirma que lo que usted quiere no es el contenido de la caja, sino la información que puede revelarle ese contenido —dijo Dee Dee, que enseguida cerró la caja—. Él sí que quiere ese contenido y con gusto le pagará este precio previamente acordado si es que eso es cierto.

—Bien, solo queda un problema —añadió Conrad—: yo tengo la clave de la combinación, pero no tengo la llave del cliente.

—Probablemente la tendrá el banco —dijo Dee Dee—. Los clientes como un general nazi que tienen por costumbre viajar a lugares remotos y peligrosos suelen dejar que sea el banco quien les guarde la llave porque ellos no quieren perderla. Mientras no olviden el número de la caja o el código de la combinación o mientras no se lo digan a nadie más, cosa que sería de tontos...

—¿Incluso aunque no me parezca al heredero del barón Von Berg o, peor aún, aunque me reconozcan a primera vista?

—El ujier del banco sabrá que tiene usted asuntos allí en cuanto le proporcione el número de la caja. Y en cuanto vea que se trata de un número mil setecientos concluirá que es uno de los clientes más antiguos del banco.

—¿Sin análisis biométricos ni nada?

—Eso solo ocurre en las películas —contestó Dee Dee—. La genialidad del sistema de seguridad suizo consiste en que es un sistema sencillo y transparente. No hay ninguna razón para preocuparse por el hecho de que alguien pueda entrar en tu ordenador, acceder a tus datos o falsear tu identidad. Las cerraduras, las llaves y las combinaciones están ganando la apuesta contra los chips día a día. Son como las pirámides de Egipto que usted se dedica a asaltar: las cajas suizas sobrevivirán durante años. Piense en esa caja sencillamente como en otra tumba que asaltar y todo irá bien.

—¿Y qué pasará cuando presente el número de la caja y el ujier del banco informe de inmediato a Midas de que hay una persona que quiere abrir la caja?

—¡Ah!, que le permitirán abrirla —contestó Dee Dee—. Solo que no le dejarán salir del banco con el contenido. Pero en eso yo ya no puedo ayudarlo. No obstante, el señor Zawas dice que tiene usted los planos del banco.

—Sí —afirmó Conrad—. Pero no sé hasta qué punto son exactos.

—Me temo que en eso tampoco puedo ayudarlo —añadió ella—. Sin duda el señor Roman Midas ha hecho algunas modificaciones en el banco que no se reflejan en los planos.

—Sin duda —repitió Conrad.

París.

Todo París había acudido a la iglesia de Saint Roch a darle el último adiós a Mercedes Le Roche. La policía de uniforme mantenía a raya a la multitud en la rué Saint-Honoré, a cuyas ventanas se asomaban los residentes y la gente que trabajaba en las oficinas de por allí. Todos se esforzaban por ver en persona a las celebridades que se reunían bajo la pantalla gigante y los micrófonos que iban a retransmitir la ceremonia del funeral en vivo.

Benito condujo la limusina lentamente hacia el inagotable enjambre de *paparazzi* que se agolpaban un poco más adelante. Serena iba reclinada sobre el asiento de atrás del coche. Se sentía abatida y algo incómoda con el traje de chaqueta gris y el abrigo negro que el agente de Chanel le había pedido que llevara al funeral. Años atrás la agencia de relaciones públicas del Vaticano había llegado a un extraño acuerdo por el cual Chanel tenía derecho a vestir a Serena para cualquier asunto de Estado. Era un acuerdo que Serena siempre se las había arreglado para ignorar. Sin embargo en esa ocasión tenía ya las maletas hechas para la soleada ciudad de Rodas incluyendo los globos, así que no había tenido más remedio que ceder y dejar que la vistieran para la fría y lluviosa ciudad de París.

No obstante, la idea de que un funeral pudiera ser una pasarela de moda la ponía enferma.

—El funeral de Mercedes va a tener un presupuesto más grande que todos sus documentales juntos —comentó Serena—. Apenas nadie de los presentes la conocía en persona y mucho menos se preocupaba por ella.

—Es el rango social de papá Le Roche el que ha traído a todas estas estrellas de cine y demás celebridades aquí a ofrecer sus condolencias —dijo Benito—. Y eso les incluye a usted y al presidente Nicolás Sarkozy.

—¿Y dónde están los últimos de los que hablaba Jesús, Benito?

—En casa, viendo la televisión, *signorina*.

No queda esperanza, pensó Serena. No solo estaba tremendamente disgustada por lo que le había ocurrido a Mercedes, sino que casi se sentía enferma de miedo por lo que pudiera pasarle a Conrad y por si volvería a verlo o no. También estaba preocupada por la posibilidad de fracasar en Rodas al día siguiente. De hecho, al ver el circo que se desarrollaba fuera, Serena no podía dejar de preguntarse si no le habrían fallado ya, tanto la Iglesia como ella, a todo el mundo, con su complicidad en aquel falso escenario de muerte. Pero papá Le Roche le había pedido que asistiera personalmente y en nombre de toda la familia, y aquella era otra oportunidad más de calibrar a Roman Midas antes del encuentro de Rodas. Porque sin duda el dolido novio estaría presente para elogiar a la novia a la que tan cruelmente había asesinado.

Serena sintió la necesidad de respirar aire fresco. Abrió la ventanilla un poquito y oyó que la

multitud, en efecto, aplaudía cada vez que una estrella del *rock* o un diseñador de moda salía de una limusina. Como si fuera un desfile de moda antes de un premio. Y en cierto sentido lo era, debido al estatus social de papá Le Roche.

—Sáltate la entrada principal —le ordenó Serena a Benito—. Da la vuelta y entra por un lateral.

Pasaron por delante de la masa de gente, giraron en la esquina y entraron por una puerta lateral. Se detuvieron detrás del coche fúnebre, un Volvo negro. La puerta trasera del vehículo estaba abierta, de modo que Serena pudo ver los pies del ataúd de Mercedes antes de que el conductor, que llevaba un micrófono, la cerrara. El coche tenía que dar la vuelta a la manzana hasta llegar a la puerta principal, desde donde los porteadores del féretro lo llevarían a cuestas hasta la iglesia.

Un joven sacerdote saludó a Serena en la puerta lateral y la guió hasta la iglesia. La hizo sentarse en la fila de delante junto al dolido papá Le Roche, el engreído Roman Midas, el inexpresivo presidente Sarkozy y su bella mujer, Carla Bruni.

Serena le ofreció sus condolencias a papá Le Roche, que a su vez le agradeció inmensamente su presencia. Sarkozy y Midas se miraron el uno al otro con una expresión de incomodidad, como si dirigirse la palabra ese día fuera sin lugar a dudas una parada no prevista en el camino a la cumbre europea sobre la paz que se celebraría en Rodas al día siguiente. Serena sabía que ninguno de los dos había planeado verse antes del encuentro en la isla. Sin embargo, mientras que por el aspecto de Sarkozy Serena habría jurado que el alto dignatario habría preferido que nadie lo viera cerca del oligarca ruso y novio de una mujer a la que habían asesinado tan violentamente, Midas parecía disfrutar cada vez que le hacían una foto junto al presidente francés y lo mejor de la sociedad europea.

Fue la primera dama francesa, no obstante, con su curiosa forma de mirarla después de darle los besos, lo que incomodó a Serena. Por alguna extraña razón le hacía recordar que ella era diez años más joven que Carla que, a su vez, era diez años más joven que la segunda mujer de Sarkozy y trece años más joven que la primera. Entonces Serena vio el traje gris que llevaba Carla debajo del abrigo negro medio abierto, y se dio cuenta de que ambas llevaban exactamente el mismo atuendo. Alguien de Chanel había olvidado comprobar el calendario de acontecimientos sociales internacionales.

No es que a Serena le importara. Fundamentalmente y en primer lugar Serena se consideraba a sí misma una lingüista; en segundo lugar era una monja, y solo en tercer lugar era una celebridad dedicada a recaudar fondos para la ayuda humanitaria. Pero lo lamentaba por Karl Lagerfeld, el diseñador. Estaba sentado cuatro filas más atrás rodeado de iconos de la moda, y cuando Serena lo miró para sonreírle cariñosamente le pareció que él estaba aterrado.

Sonaron las campanas y seis porteadores con trajes negros de Pierre Cardin entraron en la iglesia con el ataúd de Mercedes a hombros. Lo dejaron con los pies mirando hacia el altar y lo abrieron. Todo el mundo pudo ver el luminoso rostro de Mercedes congelado en el tiempo, rodeado de flores por todas partes y con un rosario en las manos.

El tributo a Mercedes comenzó con un vídeo de su infancia seguido de otro acerca de su primer documental para la televisión francesa. Unas cuantas personas leyeron poemas y otra más cantó una canción vulgar que era la favorita de Mercedes. Entonces Midas se levantó para hablar de su fallecido amor.

Miró a Mercedes y dijo:

—Eras una flor que se marchitó demasiado pronto en esta tierra. Pero tu perfume perdurará para siempre.

Serena estuvo a punto de atragantarse. No le gustaba nada el dúo de luto que formaban amante y amada. Y de todos modos tampoco le habían gustado nunca los encumbrados elogios que solían representarse durante los funerales de Estado. Sobre todo cuando el muerto ni era un ángel ni lamentaba no haberlo sido.

Pero ¿qué se suponía que debía hacer? ¿Ponerse en pie delante de todas aquellas personas supuestamente afligidas, que en ese preciso momento no hacían otra cosa sino calcular sus propias posibilidades de atravesar las puertas del cielo, y decir la verdad sobre Mercedes, por terrible que fuera? ¿O ceder a las convenciones y asegurarle a todo el mundo que Mercedes estaba en las alturas? Obviamente, quien la hubiese conocido lo pondría en duda, incluido su padre. Serena misma dudaba que la iglesia fuera el lugar más apropiado para los elogios fúnebres. Al fin y al cabo la iglesia era el santuario en el que se reunían los pecadores arrepentidos para estar en presencia de Dios, no el escenario en el que darse palmaditas en la espalda el uno al otro por sus supuestas virtudes.

Pero lo que menos le gustaba de todo era la sensación de que ninguna de las personas allí presentes hubiera debido de estar en la iglesia ese día. Ni el presidente francés. Ni ella. Ni Midas. Y desde luego, tampoco Mercedes. Porque Mercedes no debería haber muerto. Nada de todo eso debería estar sucediendo. Y sin embargo había sucedido. ¿Por qué?

Conrad. Esa era la razón. Se había presentado en la reunión del club Bilderberg y había puesto en marcha todo el engranaje. Había vuelto a poner su vida patas arriba como hacía siempre y Serena no podría enderezarla hasta que ambos estuvieran a bien.

Le llegó el turno de hablar.

Se puso en pie, dejó una gavilla de trigo sobre el ataúd y repitió la oración del descanso eterno. Era lo más sincero que se le ocurrió decir. Pero no lo hizo en francés sino en latín, como le habría gustado a Mercedes para fastidiar a su padre. Al orgulloso y nacionalista papá Le Roche le gustaba creer que Jesús era en realidad galo y no judío y que el francés era la lengua de los ángeles.

—*Requiem a eternam dona ei Domine; el lux perpetua luceat ei. Requiescat in pace. Amen.*

En realidad, Serena simplemente dijo: «Que su descanso sea eterno, oh Señor; y permite que la luz perpetua brille sobre ella. Descanse en paz. Amén». A juicio de Serena era evidente que varios dignatarios de la fila de delante no habían comprendido sus palabras, aunque fingieron que sí. Pero varias personas de la fila de los diseñadores de moda asintieron con entusiasmo.

El padre Letteron, con sus vestiduras blancas y violetas, se encargó de la misa. Había flores y velas por todas partes. Al terminar, Serena observó cómo el ataúd flotaba por toda la iglesia ante cientos de curiosos y cámaras, envuelto en cortinas drapeadas. Detrás de él iba el padre Letteron cantando la antífona *In Paradisium*; la oración con la que los ángeles sagrados llevarían el alma inmortal de Mercedes Le Roche al paraíso.

Si por el paraíso se referían a los índices de audiencia de televisión, entonces quizá Mercedes sí que hubiera alcanzado al fin su cielo.

Una vez terminado el espectáculo en el interior de la iglesia Carla Bruni y Nicolás Sarkozy le dieron de nuevo sus condolencias al padre de Mercedes y, sin decir una palabra más, salieron al expectante mundo exterior. Midas tomó el brazo de papá Le Roche y lo guió teatralmente por la puerta de la iglesia. El resto de los enlutados fueron saliendo en el momento que les pareció más oportuno para asegurarse de que la prensa les hacía la foto.

Serena se quedó sola en la primera fila de la iglesia. La hipocresía del mundo que la rodeaba, y el lugar que ella misma ocupaba dentro de él, le habían sentado aquel día como un verdadero puñetazo en el estómago. Respiró hondo y se acercó al altar, pero entonces un joven francés le bloqueó el paso. Estaba todo colorado, según parecía, de vergüenza.

—Le pido mil perdones, hermana Serghetti —le dijo en francés.

—¿Ocurre algo?

El joven se acercó cohibido e indeciso.

—No sé cómo decirle esto.

Después de aquel largo funeral a Serena se le estaba acabando la paciencia.

—Suéltalo.

—La primera dama me ha pedido que le diga que, por favor, se quede en la iglesia rezando en privado un poco más —dijo el francés, que apenas era capaz de pronunciar las palabras—. Ella se teme que... eh... que la prensa comience a especular con que usted... eh... quiere hacerle sombra con su juventud y su belleza.

¡Santa Madre de Dios!, pensó Serena. Pero de inmediato confesó ante Dios su estallido de ira y se obligó a sí misma a comprender y a sonreír a aquel ayudante. Apenas podía imaginar la cantidad de veces que las pagaban con el pobre mensajero en su tediosa e insignificante tarea diaria de trasladar los mensajes de su altísima vanidad. Y estaban en la misma iglesia en cuya escalinata principal de entrada Napoleón había acabado con los monárquicos insurgentes.

—Muy bien —accedió Serena—. Saldré discretamente por la puerta lateral.

El joven hizo la señal de la cruz e inclinó la cabeza.

—Gracias.

Serena hizo todo lo que pudo para llegar hasta el coche donde la esperaba Benito. Tenía que olvidarse de París y concentrarse en Rodas. Sin embargo, la tristeza y la rabia por los acontecimientos de esa mañana se apoderaron de ella y, por un instante, se detuvo para tratar de calmarse ante la pila de agua bendita que había junto a una de las puertas laterales de la iglesia.

Metió las puntas de los dedos en la pila de mármol y se santiguó. Vio su reflejo en el agua. Y de pronto la puerta lateral se abrió. Serena alzó la vista y recibió la luz del flas de una cámara sobre su rostro.

Berna. Suiza.

Conrad pagó al taxista y subió las escalinatas hacia la venerable firma bancaria Gilbert et Clie. Se trataba de un edificio austero de granito, situado en la parte antigua de Berna, cuya presencia apenas quedaba resaltada por una discreta placa de latón en la pared.

El portero saludó a Conrad nada más verlo entrar en el vestíbulo con una bolsa de fin de semana de piel colgada al hombro. Le preguntó qué clase de negocio lo había llevado al banco y lo condujo a recepción, al otro lado de las oficinas de los ejecutivos. Allí una chica morena con un suéter rojo de cachemira lo ayudó a quitarse la gabardina Burberry. Sus ojos azul pálido parecieron quedarse admirados, observando por un momento la atlética silueta de Conrad, que iba vestido con un traje de tres piezas. La chica le informó en el más exquisito francés que monsieur Gilbert lo recibiría enseguida.

Conrad tomó asiento y examinó el área de recepción, raída de puro vieja pero elegante. Los rostros de varias generaciones de Gilberts lo observaban desde los cuadros al óleo colgados de las paredes. El banco había permanecido en manos de la familia durante más de un siglo, y durante todo ese tiempo el negocio había crecido. Por qué al final la familia había optado por venderlo no era sino otro más de los secretos que se guardaban en la cámara acorazada. Era uno de los pocos bancos que quedaban en Berna en manos privadas, como lo eran en su mayoría en Ginebra, y el único con nombre francés en vez de alemán. Y, al igual que los otros bancos privados, Gilbert et Clie no formaba parte de ninguna corporación financiera ni había publicado jamás sus hojas de balances.

Mademoiselle volvió e hizo entrar a Conrad en el despacho de Gilbert. Un hombre alto, de cabello cano, con un elegante traje negro decorado con una *boutonniere* se puso en pie nada más verlo. Su parecido con los rostros de los cuadros era indiscutible.

—Es un placer conocerlo, monsieur Von Berg —lo saludó Gilbert en alemán, mirándolo fijamente—. Por favor, tome asiento y póngase cómodo.

—Gracias —contestó en inglés Conrad, que decidió no fingir acento bávaro.

Un empleado del banco, un hombre grande y calvo al que Gilbert le presentó como monsieur Guillaume, se quedó de pie junto al banquero. No le quitaba la vista de encima a Conrad, pero lo observaba con diplomacia con sus ojos de párpados caídos.

—Dígame, ¿en qué puedo ayudarlo, monsieur Von Berg? —preguntó Gilbert.

—He venido a recuperar el contenido de la caja de mi abuelo.

Gilbert alzó una ceja.

—Tendrá usted la llave, ¿verdad?

—No, la tiene usted —contestó Conrad—. Usted tiene las dos. Yo tengo el número de la caja y la combinación. Y eso es todo lo que tengo que tener con una caja de este tipo.

Gilbert asintió.

—Lleva razón. Pero tiene usted que perdonarnos si tratamos de hacer lo mejor en beneficio de nuestros clientes. Es usted la primera persona en setenta años que viene a abrir... —Gilbert se interrumpió para comprobar el número en la pantalla del ordenador— la caja 1740.

Gilbert llamó al ujier. Inmediatamente apareció la misma chica morena de antes que respondía al nombre de Elise. Gilbert le tendió un sobre en el que había escrito un número.

—Por favor, acompañe a monsieur Von Berg a la cámara acorazada.

—Oui —contestó ella.

Si están dispuestos a permitir que la chica se ocupe de mi, pensó Conrad, entonces eso significa que tienen guardias de seguridad abajo. O quieren que me relaje.

Elise lo llevó hasta el antiguo ascensor del banco. La brillante jaula de metal comenzó el lento descenso de sesenta metros hasta la cámara acorazada situada debajo del edificio. Conrad observó los espejos venecianos de las paredes y la piel gris de los asientos que amueblaban sus tres lados. También notó que había un diminuto gancho en una esquina del suelo.

—Este ascensor no es una pieza que uno se encuentre por ahí con mucha frecuencia —comentó Conrad—. ¿Es el original del edificio?

—Sí —contestó ella—. Antes bajaba un piso más abajo de la cámara acorazada, hasta un túnel secreto que daba a un aparcamiento que estaba a dos manzanas de aquí. Era un aparcamiento reservado para los clientes especiales que, como usted, preferían entrar y salir sin pasar por la calle. Pero el nuevo propietario rellenó el túnel con cemento hace unos años.

Conrad asintió. Bien, así que una de las salidas alternativas estaba cerrada.

Las puertas del ascensor se abrieron. La enorme puerta circular de acero de la cámara acorazada se hallaba abierta. El guardia de seguridad que estaba de pie ante una pequeña mesa asintió al ver que Conrad entraba en la cámara acorazada detrás de Elise.

Pasaron por delante de varias filas de cajas brillantes. Conrad no podía más que imaginar la incalculable cantidad de riquezas que habría allí acumuladas. Aquella tenía que ser la cámara acorazada de un hombre como Midas. Por fin, al llegar al fondo de la última fila, Elise se detuvo y anunció:

—Caja 1740.

Conrad giró a la derecha y vio los números. La caja quedaba al nivel de los ojos.

—Exacto.

Elise sacó la llave y la insertó en la caja.

—Primero yo giraré la llave y luego lo dejaré a solas. Puede llevarse la caja a la sala privada de consultas que hay allí —dijo ella, haciendo un gesto hacia una puerta. Conrad asintió—. Luego usted devuelve la caja, la cierra y me llama.

Conrad notó enseguida que ella no mencionaba siquiera la posibilidad de que él se equivocara con la combinación y estropeará la cerradura; no le advertía de que en ese caso el revestimiento químico interno de la caja rompería y destruiría su contenido.

Observó la puerta de la caja con sus tres cerraduras. Por orden de izquierda a derecha eran: la cerradura de llave, los cuatro diales alfabéticos colocados sobre una placa circular de latón y una pequeña placa rectangular con el número 1740.

Conrad miró a Elise, que abrió los ojos inmensamente al girar él el primer dial alfabético hasta la

letra «a», el segundo hasta la letra «r», el tercero hasta la letra «e» y el cuarto hasta la letra «s». Entonces se oyó el inconfundible clic de la cerradura en el interior de la caja. Conrad oyó también que Elise contenía el aliento al comprobar que el código era tan sencillo.

—Ahora me toca a mí —dijo ella, que insertó la llave plateada del banco en el agujero de la cerradura, la giró y finalmente la sacó—. Lo dejo a solas.

Conrad esperó a que ella se fuera para meter la llave dorada en el ojo de la cerradura. La giró solamente la mitad del recorrido y se detuvo. Entonces giró con suavidad los diales y por último giró la llave los noventa grados hasta la posición vertical. Notó que la cerradura cedía y se abría.

Abrió la puerta y sacó el cajón interior. El cajón le resultó muy ligero cuando cargó con él en dirección a la sala privada de consultas. Comenzó a ponerse nervioso. Entró, cerró la puerta y dejó el cajón sobre la mesa.

Se quedó mirándolo un momento, respiró hondo y abrió la tapa con una sola mano. Contempló el contenido de la caja de seguridad del general de las SS Ludwig von Berg, el barón de la Orden Negra, y sintió un agudo pinchazo en el estómago. Alargó la mano y sacó el único objeto que había dentro.

Era un viejo reloj de pulsera suizo.

En ese preciso momento, el príncipe de Egipto, Abdil Zawas, iba de camino al banco a lo largo del río Aare en una limusina blindada Mercedes Pullman Level B6 antibalas.

Además de los cristales reforzados de cuarenta y dos milímetros de grosor antirroto, con múltiples capas, y hechos a prueba de balas, el vehículo llevaba tanques de gasolina especiales, impermeables e insensibles a cualquier impacto de proyectil, para evitar que explotaran. El sistema de arranque por control remoto le permitía a Abdil detonar cualquier carga explosiva a distancia al poner en coche en marcha o desbloquear las puertas sin estar dentro del vehículo. Justo el tipo de vehículo que necesitaba un hombre de la talla de Abdil o que requerían las actuales complicaciones de una persona como Conrad Yeats, sobre todo en los tiempos que corrían.

Abdil iba a ver a Yeats por si acaso el arqueólogo americano se lo había pensado mejor y no volvía para recoger sus diez millones de dólares. La imaginación de Abdil ardía pensando en lo que con tanto secreto había guardado el general de las SS Ludwig von Berg, y en la cara que pondría Midas cuando viera el contenido de la caja expuesto a bordo del nuevo yate de lujo que él había mandado construir con la intención de hacerse con el barco de recreo más grande del mundo.

Ese sí que será un momento espléndido, pensó Abdil con entusiasmo. El cristal que dividía el asiento delantero del trasero de la limusina comenzó a descender. Bubu, el conductor, quería advertirle de que había policías.

Abdil asomó la cabeza por el parabrisas trasero y vio un Land Rover blanco con rayas naranjas en el lateral y la luz de una sirena azul encendida.

—Mira a ver qué quiere pero no montes una escena —le ordenó Abdil.

Abdil miró el reloj. Quería que la limusina estuviera aparcada delante de la puerta del banco antes de que Yeats saliera.

Bubu paró en Aarstrasse junto a un parque, delante del río. El Land Rover aparcó exactamente frente a ellos. Del coche de policía salió un oficial con gabardina oscura y gafas de sol. Abdil observó que Bubu sacaba los papeles del coche de la guantera y bajaba la ventanilla.

—¿Sí? —le preguntó Bubu al oficial que se acercaba al Mercedes.

El oficial se inclinó sobre la ventanilla abierta.

—El pase de la autopista de su parabrisas está caducado —dijo el oficial que, acto seguido, le disparó a Bubu en la cabeza.

De inmediato Abdil se dejó llevar por el instinto y alzó el cristal de separación de ambos asientos, justo a tiempo de evitar las dos balas que le disparó el asesino, que se quitó entonces las gafas de sol y enseñó el parche que llevaba en un ojo. Abdil lo reconoció: era Vadim, el conductor y guardaespaldas de Midas. Conocía su rostro por los vídeos de *fitness* que usaban algunas de sus chicas.

—¡Tú! —gritó Abdil por el interfono de seguridad hacia el exterior, para que todo el mundo lo oyera

—. ¡Aquí dentro soy intocable!

Abdil hizo una floritura antes de coger el móvil y llamar a su servicio privado de emergencia.

Un minuto más tarde se oyó el reconfortante ruido de un helicóptero que se acercaba. Entonces Abdil comenzó a maldecir a Vadim, que había estado esperando fuera con paciencia.

—¡Márchate mientras puedas, o los hombres que van a saltar de ese helicóptero te sacarán el otro ojo por lo que le has hecho a Bubu!

Abdil oyó un tremendo ruido sobre el techo del vehículo. La limusina se balanceó adelante y atrás y por último comenzó a elevarse en el aire. Abdil miró por la ventanilla justo a tiempo de ver a Vadim decirle adiós con la mano desde el suelo. Entonces se puso a gritar, pero el helicóptero se ladeaba a la derecha, tirando de la limusina y llevándosela lejos.

Conrad examinó desesperadamente la caja una vez más, buscando algún compartimento secreto o fondo falso que hubiera podido pasarle desapercibido. Pero nada. No había nada más que aquel maldito reloj. Se quedó consternado contemplando la única pieza de joyería personal del barón Von Berg. Tenía un dial con las palabras impresas Rolex Oyster, pero lo que resultaba menos frecuente era que llevaba un círculo exterior pintado de negro con números romanos en la parte de fuera y números arábigos en la de dentro. Y eso era todo. En una cámara acorazada repleta de riquezas de nazis muertos, barones ladrones, dictadores depuestos, jeques del petróleo y gente así, ¿para qué iba el general de las SS, Ludwig von Berg, a tomarse tantas molestias para guardar un simple reloj viejo?

Parecía una broma de mal gusto.

Porque Conrad no solo tenía que salir de allí de una sola pieza, sino que además Abdil jamás creería que eso era todo lo que había encontrado en la caja. Y mucho menos iba a pagarle diez millones al contado por ese reloj viejo.

El reloj debía tener algún sentido aparte del valor sentimental que pudiera tener para un nazi loco.

De la misma manera que el nombre en griego del dios de la guerra tenía un significado para el barón Von Berg, así también el número 1740 de la caja debía tener un significado. Y lo mismo podía aplicarse al reloj, cuyas manillas se habían parado a medianoche o a mediodía en punto. No podía ser una casualidad. Ningún reloj se paraba a esa hora exacta. Von Berg lo había dejado así a propósito.

De pronto Conrad tuvo una alocada idea. Quizá Von Berg hubiera estado loco, pero era un militar. Y los militares, como Conrad sabía muy bien después de haber crecido junto al Griffter, utilizaban siempre la hora militar. 1740 eran las 5.40 de la tarde.

Conrad tiró con cuidado de la corona del reloj y ajustó lentamente las manillas hasta que la de las horas llegó al número cinco y la de los minutos apuntó al número ocho.

Al volver a empujar la corona otra vez en su sitio, la tapa trasera se abrió sola y del reloj cayó una moneda sobre la mesa que acabó rodando por el suelo.

Conrad corrió a cogerla. Era una moneda romana antigua con el busto de César y un águila en el dorso. Le resultaba extrañamente familiar: le recordaba al denario del tributo que Serena llevaba colgado del cuello. Pero se suponía que la medalla de Serena era única.

¿O no?

Conrad volvió a meter rápidamente la moneda detrás de los mecanismos del reloj. El hueco quedaba holgado. Antes de cerrar la tapa trasera vio que por dentro ponía con letras grabadas Oyster Watch Co. Entonces se ajustó el reloj a la muñeca, cerró la caja y salió a la cámara acorazada con la bolsa colgada al hombro. Metió la caja de nuevo en su casilla y, sin molestarse siquiera en llamar a Elise, salió.

El guarda de seguridad que seguía junto a la mesa llamó arriba nada más verlo. Conrad entró en el viejo ascensor de latón y cerró las puertas. Inmediatamente se dejó caer al suelo y abrió la bolsa para

sacar un cuchillo.

Cortó las costuras ocultas a lo largo de la alfombra que cubría el suelo del ascensor y tiró del diminuto gancho que había visto en la esquina. Encontró un compartimento inferior secreto. Era por ese compartimento por donde entraban y salían a hurtadillas los clientes importantes para tomar el antiguo túnel que Midas había sellado.

Conrad solo había visto un ascensor de ese tipo antes en una ocasión: en el Nido del Águila, el retiro de Hitler, ubicado en lo alto de la montaña Kelstein, en Bavaria. Los nazis habían mandado construir un ascensor que subía por el centro de la montaña. Se trataba de un túnel vertical de más de ciento veinte metros de longitud. La cabina de aquel ascensor de 1938 también tenía dos compartimentos. Hitler y sus invitados más notables subían en la parte de arriba revestida de latón; los guardias de seguridad y los suministros para la casa subían sin ser vistos en el compartimento inferior.

Conrad dejó un disco explosivo en el suelo de la cabina superior, bajó al compartimento inferior y cerró la puerta de la trampilla que comunicaba ambas partes. Sacó una máscara antigás contra la inhalación de materiales peligrosos de la bolsa y esperó en la oscuridad con un pequeño detonador en la mano.

El ascensor se detuvo y Conrad notó que alguien abría la puerta de la cabina superior al nivel del vestíbulo del banco. Oyó los gritos de los guardias de seguridad al ver que la cabina estaba vacía. Entonces apretó el botón e hizo estallar el disco explosivo que contenía sufentanil, un gas muy potente. Hubo más gritos y un cuerpo cayó en la cabina superior, encima de él.

Tardó un minuto más de lo que esperaba en volver a abrir la trampilla, trepar hasta llegar al vestíbulo y ponerse en pie. Oyó fuertes toses secas mientras salía de allí, pisando cuerpos.

El mozo que hacía de guardia en la puerta principal se las apañó para apretar con sigilo el botón de alarma antes de desmayarse. Sonaban ya las sirenas cuando Conrad pudo por fin salir afuera y quitarse la máscara.

Se apresuró calle abajo, giró en la esquina y paró a un taxi. Iba a abrir la puerta del vehículo cuando el ruido de un helicóptero le hizo alzar la vista. Para su propio asombro, vio el rostro de Abdil Zawas gesticulando, apretado contra la ventanilla de su propia limusina. Desapareció con el helicóptero por encima del edificio del ups.

Conrad subió a toda prisa al asiento trasero del taxi.

—A la embajada americana.

Midas permaneció de pie en el lugar que consideraba le correspondía junto al presidente francés, su mujer y papá Le Roche. Estaban en silencio ante la fachada de la iglesia de Saint Roch junto a la curva, a la espera de que los porteadores del féretro de Mercedes lo introdujeran en el coche fúnebre. El féretro iba cubierto con la tela de la bandera y desde allí se lo llevarían al cementerio de Père Lachaise, donde sería enterrado en el panteón familiar después de celebrar un último servicio más íntimo, solo para la familia.

Midas trató por todos los medios de adoptar un aire sombrío ante la multitud y las cámaras, pero los que estaban a su lado parecían tener más práctica y ante ellos tuvo que luchar por no hinchar el pecho lleno de orgullo. Estaba muy satisfecho de haber llegado hasta el pináculo de la sociedad europea. Con los británicos, su entrada en sociedad le había salido cara y, a pesar de ello, su aceptación aún se le antojaba forzada. En cambio los parisinos eran mucho más acomodaticios con su reputación violenta, que simplemente parecía proporcionarle cierto barniz romántico a sus oscuros orígenes.

—¡Mercedes adoraba a sus bribones! —le oyó Midas repetir a papá Le Roche otra vez en el exterior de la iglesia.

El hecho de que lo dijera en plural le recordó a Conrad Yeats. Y pensar que había compartido a Mercedes con Yeats le molestaba. Sin embargo le consolaba saber que el arqueólogo se reuniría pronto con su adorada fallecida en la vida que nos espera tras la muerte. Estaba impaciente por sacar la BlackBerry y comprobar si tenía algún mensaje de Vadim.

Papa Le Roche estrechó las manos de Sarkozy, de Carla y de Midas. Para mayor efecto ante el público, eclipsó a Midas subiéndose él solo al asiento delantero del coche fúnebre en el que solo quedaba sitio para un pasajero: sin lugar a dudas, el hombre más importante en la vida de Mercedes. Sería él quien acompañara a su hija al cementerio.

Nada más marcharse el Volvo negro por la rué Saint-Honoré, pasando entre una multitud de curiosos a los que mantenían en orden la policía y las vallas metálicas, Midas se giró hacia Sarkozy.

—¿Va usted a ir al cementerio?

El presidente francés sacudió la cabeza en una negativa.

—Rodas me reclama. El mundo está hecho un lío. Hay un gran barullo en los mercados. Guerra en Oriente Medio. Hacemos lo que podemos. Tengo que preparar el discurso de apertura y el de clausura de la cumbre. Yo no soy sino un pilar más.

—Entonces nos veremos allí —concluyó Midas.

Ambos hombres se dieron un apretón de manos y después Midas disfrutó de los dos besos de Carla. Finalmente la pareja francesa se subió a la limusina presidencial.

Midas observó la procesión de coches escoltados por motos de la policía y sintió el vibrante placer que procura el poder. Sintió al mismo tiempo la vibración de la BlackBerry. Era Vadim. Midas contestó.

—Entonces, ¿nos hemos desecho ya de Yeats de una vez?

Por un momento nadie contestó al otro lado de la línea. Eso a Midas no le dio buena espina.

—Tenemos a Zawas. Pero Yeats ha escapado.

Midas sintió que el ácido del estómago se le subía a la garganta.

—¿Y el contenido de la caja?

—Lo tiene Yeats.

Midas cerró el teléfono y se apoyó sobre uno de los portadores que andaban por allí. Unas cuantas cámaras capturaron el instante: la confusa expresión de desorientación de su rostro, que interpretaron se debía a la pérdida de Mercedes. La cumbre de Rodas comenzaría al día siguiente y si quería sumarse a los Treinta necesitaba la moneda para entonces. El *Flammenschwert* no bastaría. Sin esa moneda para el viernes habría perdido toda su influencia.

Buscó entre la multitud y vio a Serena que salía por la puerta lateral de la iglesia hacia su coche. Tomó aliento, se puso en pie y les dio las gracias a los curiosos que lo miraban con preocupación.

—Estoy bien. La vida sigue. Muchas gracias.

Volvió a la iglesia y echó a correr para alcanzar a Serena antes de que se marchara.

La embajada de Estados Unidos en Berna estaba situada en Sulgeneckstrasse 19. El taxista tardó en atravesar la ciudad siguiendo el curso del río Aare. Conrad lo cronometró con su nuevo Rolex oficial de la Orden Negra: casi nueve minutos para llegar al puente de los cuatro carriles, unirse allí al tráfico del carril de la derecha y alcanzar la intersección justo a tiempo de que el semáforo se pusiera rojo.

—¿A qué estás esperando? —exigió saber Conrad—. ¡Gira a la derecha!

—Esto no es América —contestó el taxista sirio con un brusco acento inglés—. No se puede girar a la derecha con el semáforo en rojo a menos que aparezca una flecha verde.

—Te pagaré un extra.

El sirio lo miró con desprecio por encima del hombro.

—Yo soy un ciudadano respetuoso con la ley.

Dos minutos más tarde giraron a la derecha por Monbijoustrasse y después volvieron a girar otra vez inmediatamente a la derecha por Giessereiweg. Otros dos minutos más tarde torcieron por Sulgenrain y siguieron por esa calle hasta que al final giraron a la izquierda y llegaron a Sulgeneckstrasse.

La calle era de un solo sentido por motivos de seguridad. Conrad vio la embajada unos doscientos metros más abajo a la derecha. Se trataba de un edificio blanco rodeado de una fea valla de protección.

—Voy a buscar tu foto ahí dentro —le dijo Conrad al taxista mientras le pagaba.

Echó a caminar deprisa hacia la valla. Estaba pasando por delante de un aparcamiento a media manzana de distancia de la embajada cuando un Land Rover de la policía suiza comenzó a seguirlo. Conducía lentamente por la carretera. Conrad no se detuvo para ver cómo sobresalía la pistola por la ventanilla que iba descendiendo. Se tiró detrás de un coche aparcado, justo a tiempo de ver el horrible rostro de Vadim en el espejo retrovisor lateral antes de que el ruso le pegara un tiro y lo rompiera.

Entonces Conrad se precipitó calle arriba utilizando los coches aparcados como trinchera. Al ser la calle de un solo sentido, el Land Rover quiso seguirlo marcha atrás, pero el tráfico se lo impidió. Finalmente Vadim tuvo que salir del coche y perseguirlo a pie.

Conrad atajó por la esquina de Sulgeneckstrasse y Kapellenstrasse y corrió colina abajo unos trescientos treinta metros hasta llegar a un tranvía con una flecha azul que en ese momento abandonaba la parada de Monbijou. Compró un billete en la máquina expendedora y se subió justo cuando Vadim llegaba corriendo por detrás. Sin duda el ruso tomó nota de que se trataba del tranvía 9 a Wabern en dirección a la estación ferroviaria de la ciudad que estaba a dos paradas de allí.

El tranvía comenzó a serpentear entre arcos y soportales de ensueño de la antigua ciudad de Berna. De pie entre turistas y trabajadores suizos, Conrad contuvo el aliento. El siguiente tranvía tardaría diez minutos, así que tenía que suponer que Vadim conduciría como un loco para alcanzarlo o llamaría por radio a alguien para que lo esperara al final de la línea.

Por mucho que detestara la idea, no le quedaba más remedio que llamar a Packard para pedirle que

alguien fuera a recogerlo. Conrad se metió la mano en el bolsillo en busca del móvil Vertu que le había dado Abdil. Fue entonces cuando se dio cuenta de que debía de haberlo perdido al ocultarse cerca de la embajada.

El tranvía llegó demasiado pronto a Bubenberplatz frente a la estación ferroviaria central. Tenía que echar a correr hacia la estación y saltar a un tren que se marchara lejos de Suiza. Entre la policía suiza, la Interpol y la Alineación, quedarse allí era como condenarse a muerte.

Examinó la plaza. Iba ya derecho a la estación cuando vio llegar el Land Rover. Después vio salir de él a Vadim. También vio coches de policía auténticos a la entrada de la estación y a unos cuantos policías a pie hablando por radio.

En el tiempo que tarda en sonar un latido Conrad dio la vuelta y siguió caminando en la dirección opuesta hacia la torre de la iglesia de Heiliggeist. Heiliggeistkirche, o la iglesia del Espíritu Santo, había sido construida a principios del siglo XVIII y se suponía que era el mejor ejemplo de la arquitectura eclesiástica protestante de Suiza. Tenía un magnífico interior barroco y una espléndida girola en el exterior.

El coro de la iglesia estaba ensayando el *Oratorio de Pascua* tal y como lo había compuesto Johann Sebastian Bach en 1735. Varios solistas vestidos de época cantaban e interpretaban los papeles de las dos Marías y de los discípulos, que las seguían hasta la tumba vacía de Jesús. Los acompañaban tres trompetas, dos oboes, los timbales, los instrumentos de cuerda y el inmenso órgano de la iglesia. Los músicos eran considerablemente más jóvenes que los miembros del coro, pero el organista de la iglesia era bastante más mayor.

Conrad tomó asiento junto a un chico joven que llevaba alas de ángel y observaba el ensayo. El ángel le tendió una entrada. Estaba en alemán. El título era *Oster-Oratorium*. Conrad tenía que pensar en una solución rápida.

—*Sprechen Sie Deutsche?*—le preguntó Conrad al ángel.

—No, amigo, soy americano —contestó el ángel—. Estoy pasando un semestre en el extranjero. Las chavalas estudian esta mierda. Así que por eso estamos aquí los chicos. Pero yo lo que verdaderamente estudio es a las chavalas. Así que no me jodas las alas.

Perfecto, pensó Conrad, que miró a su alrededor en aquella vasta iglesia. Levantó la vista hacia el techo rectangular de color pastel que se alzaba muy por encima de las filas de bancos curvos de madera. Lo sujetaban catorce columnas de arenisca.

—¿De verdad tienes un papel?

—Tengo que anunciar la resurrección, que Jesús está vivo.

—Eso es impresionante.

—Sí, y luego tengo que conseguir acostarme con la segunda María Magdalena, la que está allí, que es de Copenhague.

—Imposible —negó Conrad con una seriedad nacida de la experiencia que los dejó estupefactos a ambos, incluido él—. Eh, se me ha descargado la batería del teléfono. ¿Puedes prestarme el tuyo?

El ángel le tendió un Nokia y preguntó:

—¿Tienes una emergencia?

—Podría decirse así —contestó Conrad—. Porque desde luego tengo que llamar a Dios.

—Perfecto, porque has venido a una casa de oración, así que reza.

—No, tranquilo, puedo localizarla por teléfono.

Benito la esperaba con el coche en marcha. Nada más llegar Serena al lugar donde estaba aparcada la limusina sonó el teléfono. Era Conrad.

—¿En qué perdido rincón de este mundo de Dios te habías metido? —preguntó Serena en tono de exigencia mientras se subía al asiento de atrás del coche.

—Ya es hora de que pongamos las cartas encima de la mesa. Nos encontraremos esta noche a las seis en villa Feltrinelli, junto al lago Garda. Tú eres la baronesa Von Berg.

—Debes de estar de guasa —contestó Serena—. Se supone que mañana tengo que estar en Rodas.

—Entonces será mejor que sepas cuáles son sus verdaderos intereses —dijo él, que inmediatamente colgó.

Serena y Benito se miraron a los ojos por el espejo retrovisor.

—¿Cómo vamos con los globos?

—El hermano Lorenzo dice que están preparados y que llegarán a Rodas por separado como obras de arte para la exhibición del palacio del Gran Maestro. Dice que al mantenerlos empaquetados por separado puede que se evite un examen de cerca hasta después de la cumbre.

La mente de Serena volaba mientras el motor del coche rugía y Benito esperaba una señal para partir. El lago Garda estaba en el norte de Italia a más de tres horas de allí ya fuera en avión, en tren o en automóvil. Y aún tenía deberes que cumplir ante la tumba de Mercedes.

—Consígueme un hidroavión, Benito. Volaré a Rodas yo sola... después de una parada imprevista. Tú vuelve al Vaticano y ocúpate de que los globos lleguen a Rodas. No los pierdas de vista ni un momento.

Benito asintió y sacó el coche del hueco donde estaba aparcado. Justo entonces la puerta trasera junto a la que estaba sentada Serena se abrió. Midas se subió al coche.

—¿Qué estás haciendo tú aquí, Midas? —preguntó Serena alzando la voz.

Benito pisó el freno y, antes de que Serena y Midas pudieran siquiera calmarse, sacó la Beretta de 9 mm y apuntó a Midas por encima del asiento.

Midas levantó ambas manos y dijo:

—Necesito que me lleves a Père Lachaise para el entierro. Y pensé que de paso podría beneficiarme de tu consejo espiritual. Mira, he venido solo: no he traído a ninguno de mis hombres de confianza conmigo.

—Di mejor a ninguno de tus matones.

—Como quieras.

Serena suspiró, intercambió una mirada cómplice con Benito por el retrovisor y asintió.

Benito salió despacio del carril, atravesó las puertas y entró en la rue Saint-Honoré, donde la multitud se había dispersado rápidamente y las tiendas habían vuelto a abrir para hacer otra vez negocios,

como si la orgía teatral del dolor jamás hubiera tenido lugar.

—Conrad Yeats me ha robado una cosa de gran valor para mí —afirmó Midas con rotundidad.

—Echaremos de menos a Mercedes —dijo Serena con calma.

—Estoy hablando del contenido de una caja de seguridad en depósito en un banco de Berna —continuó Midas—. Yeats ha entrado en mi banco y me ha robado la caja.

Serena se dio cuenta entonces de que tenía que ver a Conrad.

—Bueno, entonces tendrás que contratar a empleados de seguridad mejores para salvaguardar los bienes de tus clientes.

—No, tú tendrás que devolvérmelo y matar a Yeats cuando él se ponga en contacto contigo.

—¿Y por qué crees que él va a ponerse en contacto conmigo?

—No me tomes por tonto. Mercedes me lo contó todo acerca de tu sórdida aventura con ese hombre. Y Sorath también lo hizo.

Midas mencionaba a Sorath solo para que Serena supiera que él era miembro de la Alineación y que sabía que ella también lo era.

—Razón de más para que Sorath esté enfadado y quiera que aprendas de tu pérdida. Quizá pueda ayudarte si me dices qué es.

Midas apartó la vista del medallón del Dei que colgaba del cuello de Serena y la dirigió a lo lejos, hacia la torre Eiffel.

—Hace unos minutos me preguntaba si Sorath era Sarkozy, ese pomposo gilipollas francés.

—Si lo que me preguntas es si él es el anticristo, no, no lo es —contestó Serena—. Pero estoy segura de que un hombre como Sarkozy se lo pensaría muy bien si le ofrecieran el puesto. Igual que tú.

—¿Y el papa?

—Al Vaticano no se le puede sobornar tan fácilmente como a la Iglesia ortodoxa rusa.

—No, la sobornaron Constantino y el Dei mucho antes —soltó Midas—. Además, ¿quién te crees que eres? No eres más que una insignificante puta del papa, una profetisa más falsa que ninguna otra que haya existido jamás.

Serena dejó pasar el comentario. Por un momento se hizo el silencio. Estaban en el *boulevard* de Ménilmontant. Llegarían enseguida al cementerio.

—Perdona, pero ¿ibas a pedirme ayuda?

Midas le lanzó una mirada llena de rabia contenida.

—Espero por tu bien que tengas los globos.

—Y yo espero por el tuyo que tú tengas lo que sea que crees que te ha robado Conrad Yeats.

—¡Oh, sí!, lo tendré —contestó Midas—. Porque tú se lo quitarás después de matarlo. Solo entonces dejará de ponerse en cuestión tu lealtad hacia la Alineación.

—¿Es que la tuya no está en cuestión?

—Yo cuento con influencias, hermana Serghetti —contestó Midas—. Esa es la herramienta más importante en los negocios. Tener lo que quiere el otro. Yo soy el dueño de algo que Sorath y la Alineación no solo desean, sino que necesitan desesperadamente.

—¿Y es?

Midas sonrió.

—Tú crees que posees algo que quiere la Alineación porque te has apropiado de esos dos globos del

Templo de Salomón. Pero yo también dispongo de mis influencias: sé que no tienes los dos. Los americanos todavía conservan uno. Y si resulta que en Rodas aparecen los dos globos, yo sabré que uno de ellos es falso. Y entonces, ¿dónde quedarás tú?

Serena sintió un escalofrío. Sin duda Midas disponía de fuentes dentro del Pentágono o del Dei. O quizá dentro de ambos. De ser en el Pentágono, Serena inmediatamente pensó en Packard. De ser en el Dei, sin dilación pensó en Lorenzo. De un modo u otro su plan para desenmascarar a la Alineación estaba en peligro... junto con cualquier futuro que hubiera esperado poder compartir con Conrad en esta vida.

—Benito, creo que el señor Midas amenaza con asesinarme.

—*Si, signorina.* La familia se ocupará de él.

—Los cardenales le darán gracias a Dios en sus oraciones cuando te hayas marchado, hermana Serghetti —continuó Midas—. ¿O todavía te llaman hermana Coñazo cuando te das la vuelta?

—Me parece que Benito se refería a su propia familia —explicó Serena, que bajó la voz hasta hablar en susurros para darle más efecto, y añadió—: los Borgia.

Era evidente que Midas conocía el apellido. Los Borgia habían sido la primera familia dedicada al crimen dentro de la Iglesia en la Edad Media, y en ella se incluían once cardenales, tres papas y una reina de Inglaterra. Habían asesinado por el poder, por el dinero o simplemente por puro placer. Por supuesto, de eso hacía siglos, y esa rama de la familia de Benito hacía mucho tiempo que había abandonado la Iglesia para fundar la Mafia.

—¡Eres una puta loca! —exclamó Midas—. Te gusta enfrentarnos a todos, a los unos contra los otros. Americanos, rusos, la Alineación, la chusma. ¡Eres el demonio!

—Bueno, nadie es perfecto —dijo ella, mirándolo a los ojos—. Siento curiosidad, Midas. ¿Qué es exactamente lo que te ha prometido la Alineación? Tienes ya más dinero que casi cualquier otra persona de este mundo. Y parece que sabes lo que la Iglesia averiguó hace varios siglos: que es la historia la que juzga a los que están en el poder, y no al revés.

—Se avecina un nuevo orden —afirmó Midas—. El viejo orden pasará, y con él se acabará también la Iglesia.

Pasaron por delante de la boca del metro de la estación de Philippe Auguste y por delante de la puerta principal del cementerio de Père Lachaise, que había fundado Napoleón en 1804. El escenario era ideal para el tipo de comentarios que Serena se proponía hacer:

—Eso ya lo he oído decir antes —dijo Serena. Contempló sin ninguna discreción el temblor de la mano de Midas y luego dirigió la vista hacia la fila de cruces, tumbas y monumentos funerarios antes de añadir—: ¿Y qué tiene de bueno ese nuevo orden, Midas, si tú no vas a estar aquí para verlo?

Midas sonrió.

—Esa es la cuestión, ¿verdad?

—Sí —confirmó Serena mientras Benito aparcaba detrás del convoy de vehículos que seguían al coche fúnebre—. Yo sé adónde voy a ir cuando muera. Pero tú, a menos que haya otro cielo del que yo no haya oído hablar, ¿adónde vas a ir a parar?

Los ojos de Midas estaban en ese momento más negros y brillantes que nunca; como si tuviera un secreto que se muriera por contarle. Midas se inclinó sobre ella y le susurró al oído:

—Tengo una noticia que darte. No hay cielo ni vida después de la muerte.

Serena lo observó con curiosidad. Midas parecía más seguro de lo que le decía que de ninguna otra cosa en la vida.

—¿Quién sabe? —continuó Midas—. Puede que incluso a ti te guste el nuevo orden y te olvides por completo de Conrad Yeats. Porque mientras tú te preocupas por él, él desde luego está pensando en otra cosa.

Midas sacó la BlackBerry y apretó el botón de reproducción de un vídeo que tenía grabado en la tarjeta de memoria. En él se veía a Conrad retozando en la cama con una joven vestida con un jersey estampado con delfines al estilo de Miami. En la parte inferior del recuadro que enmarcaba el vídeo se veía la fecha: apenas habían transcurrido cuarenta y ocho horas.

—Ya basta, Midas.

—Bien —dijo Midas, apartando el teléfono con una expresión de triunfo—. Entonces estamos de acuerdo. Tú matas a Conrad Yeats para demostrar tu lealtad a la Alineación y me traes lo que él me ha robado a Rodas.

—¿O si no? —preguntó Serena.

—O si no yo denuncio la farsa de los globos y entonces la semana que viene será en tu funeral donde leeré un panegírico.

Grand Hotel en villa Feltrinelli, Lago Garda. Italia.

Pasaban de las cuatro y media cuando Conrad abandonó la carretera comarcal para entrar por el camino de grava enmarcado por elegantes cipreses y palmeras a los lados. El sendero se abría al final como en un sueño ante la majestuosa villa Feltrinelli y su torre octogonal con vistas sobre las aguas del lago Garda.

Tras haber hecho fortuna con la leña, la familia Feltrinelli había mandado construir la villa a finales del siglo XIX. A mediados del XX, durante los tristes días de la Segunda Guerra Mundial, la villa se había hecho famosa al convertirse en la última residencia del dictador italiano Benito Mussolini antes de su ejecución. En el siglo XXI y bajo dirección suiza, villa Feltrinelli se había transformado en uno de los hoteles más íntimos, seguros, románticos y lujosos de Europa: un paraíso natural, lejos de los problemas del mundo.

El lugar perfecto para una cita con Serena, *pensó Conrad.*

Una joven suiza le dio la bienvenida en el espléndido vestíbulo con un ramo de capullos de rosa. Lo llamó barón Yon Berg. Conrad desvió la vista más allá del sofá circular y de los bancos de madera tallada de la entrada, hacia las escaleras de mármol cuyas paredes estaban cubiertas de altas ventanas con vidrieras y espejos dorados. En la villa principal había veintiuna habitaciones, incluyendo la suite Magnolia, donde había dormido Mussolini. Pero Conrad había reservado para Serena una barca fuera de la villa, lejos del resto de las habitaciones de los demás huéspedes.

Gianni, un botones italiano de aspecto atlético, cargó con la bolsa de fin de semana que Conrad había comprado en las cercanías de Desenzano después de seis horas de viaje. Desde Berna había tenido que tomar dos trenes, atravesar un control de pasaportes y hacer transbordo en Milán.

—*Guten Tag*, barón Von Berg —lo saludó Gianni en un alemán pasable—. ¿Y la baronesa?

—Ella viene por su cuenta.

Salieron hacia la pérgola cubierta y pasaron por delante del estanque de patos y de las terrazas ajardinadas en dirección a la barca del lago. Dos parejas disfrutaban del té de la tarde en la hierba mientras una tercera jugaba al *croquet*. Todo resultaba de lo más espontáneo, incluyendo el *prosecco* que le ofreció Gianni sobre una bandeja flotante. La vida y el amor parecían fluir con toda naturalidad en aquel lugar.

—Tenemos nuestro propio yate para celebrar cócteles —le anunció Gianni—. Puede usted pedir una lancha motora para llevar a la baronesa a dar una vuelta por el lago e incluso ir a explorar el castillo medieval de Sirmione.

—Eso suena maravilloso, Gianni —dijo Conrad, dando un sorbo de la bebida.

La barca en la que pasarían la noche era relativamente espaciosa; las paredes estaban revestidas de

paneles de madera oscura, telas acolchadas y tapicería. Tenía ventanas altas con finas cortinas de encaje que mostraban una vista espectacular del lago.

En cuanto el joven botones cerró la puerta y se marchó, Conrad se dio la vuelta y vio una bandeja con dos postres de *mousse* de limón rociado con trocitos de frutas y flores comestibles, una vela con olor a jazmín encendida sobre la mesilla y pétalos de rosa desparramados por todo el baño de mármol.

Un escenario perfectamente romántico. Solo faltaba un detalle: Serena.

Conrad miró el Rolex antiguo, regalo del barón Von Berg. Eran casi las cinco en punto, de modo que el hidroavión de Serena tenía que aterrizar de un momento a otro.

Se quitó el reloj y movió el dial hasta que la moneda romana cayó sobre la mesa. Sacó de la bolsa de viaje un par de libros titulados *Acuñaición* e *Historia del imperio romano* que había comprado en una extraña tienda de monedas antiguas de Desenzano. La lectura resultaba difícil porque las hojas eran finas, las líneas estaban separadas por un solo espacio y la letra era pequeña, pero Conrad encontró lo que buscaba.

Recogió la antigua moneda romana.

Casi parecía una moneda americana de veinticinco centavos, solo que con un César en lugar de George Washington por un lado y un águila por el otro. Sin embargo se trataba de un águila muy particular, porque tenía un palo a la derecha y una hoja de palma a la izquierda. Verdaderamente, era igual que la medalla que Serena llevaba colgada al cuello.

Conrad examinó de cerca las letras grabadas en el borde.

Urouieras kaiasulou

Supo al instante lo que significaba. Había visto esa inscripción en muchas otras monedas durante sus excavaciones bajo el Monte del Templo de Jerusalén:

De Tiro, la sagrada e inviolada

Abrió uno de los libros por una página en la que había un encabezamiento que decía: «Las treinta piezas de plata de Judas», y leyó una cita del Evangelio según san Mateo:

Entonces uno de los doce, llamado Judas Iscariote,
fue donde los sumos sacerdotes, y les dijo:
«¿Qué me queréis dar, y yo os lo entregaré?».
Ellos le asignaron treinta monedas de plata.

El libro decía que la moneda era la que por aquel entonces llamaban el siclo de Tiro o la moneda de la tasa del templo. Era la única moneda que se aceptaba en el Templo de Jerusalén, de modo que era con toda probabilidad la moneda con la que pagaron a Judas por traicionar a Jesucristo.

La cara del busto no pertenecía a ningún emperador romano, comprendió entonces Conrad apartando el libro. Pertenecía a Melqart, el dios de los fenicios, que también llevaba la corona de laurel sobre la cabeza como el César. En el Antiguo Testamento era más conocido como Baal: un dios sacrílego para los

judíos ortodoxos, sin duda alguna. Pero esa moneda era la única hecha con una plata lo suficientemente pura como para que la aceptaran en el Templo. El metal de las monedas romanas estaba degradado.

Conrad buscó una fecha en la moneda. La encontró en el reverso, a la izquierda del águila y justo por encima del palo.

El

Esto era el año 35 del calendario juliano, que correspondía al 98 después de Jesucristo según el calendario contemporáneo. En circulación sin duda alguna durante la vida de Jesús.

Desde luego no era el denario del tributo que Jesús había utilizado para aconsejar a sus seguidores que pagaran al Estado los impuestos y en cambio le otorgaran todo su corazón por entero a Dios. En todo caso aquel siclo representaba exactamente lo contrario: una religión creada por un hombre que no confiaba en el Dios de los cielos, sino en el César y en la estructura de poder de este mundo. En resumen: el denario era sagrado mientras que el siclo estaba maldito.

Como el Dei.

Al oír el motor de un avión de hélice, Conrad perdió la concentración. Se asomó a la ventana para ver el lago y localizó el hidroavión de Serena volando por encima. Con suerte, con unas cuantas respuestas, para variar.

Serena planeó por encima de las copas de los árboles e hizo el acercamiento final sobre las relucientes aguas del lago Garda. La impresionante villa Feltrinelli se alzaba en la costa frente a ella como el castillo de un cuento. La audacia sin límites de Conrad a la hora de elegir un lugar tan romántico como aquel, y encima mientras huía, la tenía atónita. Y además, estaba muy enfadada. Una mujer virgen como ella jamás pasaría la noche entera en un sitio como ese y menos aún con un hombre como él.

Había pilotado su primer Otter de ala alta como misionera en el interior de Australia. Más tarde había sobrevolado las zonas más remotas de África. El avión que pilotaba en ese momento era un DHC-3 de hélice, con un solo motor radial de seiscientos caballos de vapor Pratt & Whitney Wasp y flotadores acoplados. Era exactamente igual al que había utilizado en los Andes cuando trabajaba con la tribu aimara. Había sido allí donde conoció a Conrad: en el lago Titicaca, el más alto del mundo y su favorito. Sin duda Conrad esperaba que evocara esos momentos.

Rezó con anticipación para pedirle a Dios sabiduría y fortaleza para poder cumplir con su misión. El único problema era que últimamente Serena tenía demasiados encargos y a menudo eran contradictorios entre sí. Lo que tenía que hacer allí, se recordó en silencio, era sustraerle a Conrad lo que fuera que él le hubiera robado a Midas, averiguar todo lo que pudiera y librarse de él de un modo que permitiese que tanto la Alineación como su propia conciencia quedaran satisfechas.

De modo que mantener el voto de castidad era la última de sus preocupaciones.

Tiró hacia atrás de la palanca de aceleración y dejó que el Otter se posara sobre el lago. Las aguas estaban tranquilas y el sol de la última hora de la tarde les confería un tono dorado. Era el lugar perfecto para amerizar por tratarse de un espacio cerrado. A estribor las colinas parecían recortadas en papel negro contra el crepúsculo. *Cuánta paz y quietud hay en este lugar*, pensó Serena, lo cual resultaba perfecto para ella después de los acontecimientos de los últimos días y del estrés que se le avecinaba.

Dejó que el hidroavión se deslizara hacia la barca flotante que había amarrada frente a la villa. Había un hombre en el embarcadero de piedra con una cuerda. No era Conrad. Era un mozo de la villa que se acercó al Otter para amarrarlo.

Serena apagó el motor y saltó al flotador del hidroavión. Sin duda alguna en esa época del año aquel rincón resultaba más agradable y sensual que París. Por un segundo se quedó ahí parada, tratando de mantener el equilibrio bajo el ala del aparato. Pero enseguida alargó el brazo hacia la cabina y sacó su pequeña mochila de piel. Después extendió el brazo hacia el joven mozo, quien la ayudó a subir al embarcadero.

—Baronesa Von Berg. El barón la está esperando.

No le cabía ninguna duda de que el barón la estaba esperando. Serena asintió y sonrió, pero no dijo nada. Siguió al mozo por el embarcadero, en dirección a la villa. Resultaba evidente a todas luces que villa Feltrinelli tenía todo lo que una pareja como el barón y ella pudieran desear.

Serena dirigió la vista al lago. Quizá el mozo la hubiera reconocido, pero no dijo nada. Eso tenía que reconocérselo a Conrad: aunque todos y cada uno de los empleados supieran que esa noche la sagrada Madre Tierra se había citado allí secretamente con su amante, e incluso se atrevieran a pensar que lo hacía a menudo, jamás nadie se enteraría. Y por mucho que ella hubiera querido evitar que se pusiera en duda su integridad moral, el escenario era el que era y la gente pensaría lo que quisiera.

El mozo la llevó a la barca, en apariencia mucho más íntima que cualquier otra suite de la villa. *Bravo, Conrad*, pensó Serena al mismo tiempo que le daba las gracias al mozo.

—Gianni —dijo el mozo.

Serena asintió.

—¿Igual que el jugador de fútbol Gianni Rivera?

—*¡Si!* —afirmó el mozo, que abrió inmensamente los ojos—. Me pusieron ese nombre por él.

Serena sonrió. Rivera era en ese momento miembro del Parlamento Europeo por el partido para la *Uniti nell'Ulivo*. Siempre había preferido el *hockey* canadiense al fútbol europeo, pero conocía ese deporte lo suficiente como para saber que Rivera había sido el Wayne Gretzky del fútbol de su tiempo: un hombre capaz de averiguar por puro instinto dónde iba a caer la pelota mucho antes de que aterrizara en el suelo. Esa era la habilidad que ella había tratado de cultivar en su propio campo: el lugar en el que se cruzaban la religión y la política formando un ángulo recto.

Serena comentó entonces en un italiano fluido:

—Este año vamos a necesitar el tipo de pases que hacía él si queremos que nuestro equipo tenga una oportunidad en la Copa del Mundo.

Gianni asintió con entusiasmo justo al mismo tiempo que se abría la puerta de la barca.

Conrad salió del camarote. Estaba especialmente guapo. Le tendió a Gianni un fajo de euros.

—*Tausend Dank* —dijo el barón, que enseguida le hizo un gesto a Gianni con la mano para que se marchara.

Gianni se marchó de mala gana en dirección a la villa. De vez en cuando giraba la cabeza. Según parecía temía abandonar a la baronesa en las garras de bárbaro del barón Von Berg.

—Creo que está enamorado —le dijo Conrad a Serena, mirándola con ojos brillantes—. Todos lo estamos.

Inesperadamente, Conrad la besó de lleno en los labios. Ella se arrojó en sus brazos, lo rodeó por el cuello y le devolvió el beso con pasión. Serena sintió que la levantaba y atravesaba el umbral con ella en brazos, como hace un novio con la novia. Conrad entró en la suite, la empujó contra la puerta que cerró y por último la dejó en el suelo.

Ella estaba sin aliento. Se miraron a los ojos, esperando ambos que fuera el otro el que rompiera el hechizo con un comentario fácil que cerrase el abismo cósmico, imposible de cruzar, al que los arrojaba el destino cada vez que volvían a estar juntos.

Siempre soy yo, pensó Serena. *Soy yo la que lo aparto de mí*.

Pero esa vez no quería apartarlo. Quería que él lo hiciera, rogaba a Dios para que él lo hiciera. Y Conrad, que sabía leer su alma como si fuera un glifo dibujado en una de sus misteriosas antigüedades, la complació pensando en su bien en lugar de pensar en el de él.

—Enséñame la tuya y yo te enseñaré la mía —dijo él.

—¿Qué? —preguntó ella, parpadeando confusa.

Conrad alzó una mano hasta el cuello de Serena. Sus dedos la acariciaron con extremada suavidad. Ella puso la mano sobre la de él. Pero entonces él tiró de la medalla que llevaba colgada del cuello, dejándole una marca roja.

—¡Conrad! —gritó Serena, que se agarró la garganta mientras él balanceaba la medalla delante de sus mismas narices, mirándola con ojos ardientes.

—Bien, dime: ¿qué hace su alteza de la Iglesia católica romana con una medalla con el rostro de Baal entre los pechos? —exigió saber él.

—Lo sé —dijo ella, tragando fuerte—. No es el denario del tributo de Jesús.

—No, es un siclo de Tiro. Exactamente igual que las treinta monedas de plata que Judas cobró por traicionar a tu Señor y Salvador.

—No, Conrad —dijo ella con un jadeo, tratando de recuperar el aliento—. No es igual que una de las monedas que cobró Judas; es una de ellas.

Conrad contempló a Serena, sentada frente a él en la mesa de la cubierta del barco. Era evidente que estaba disfrutando de la cena en el lago que les había preparado personalmente el chef, Stefano Baiocco: sopa de pescado con calamares diminutos, jamón de Parma con gambas y corazones de alcachofa, un pescado blanco del lago Garda llamado corégono y *tagliolini al pesto*. Todo bien regado con los vinos más increíbles.

Cuando terminaron de cenar y el sol se puso por fin, Conrad se reclinó sobre el respaldo de la silla para escuchar lo que Serena tenía que contarle.

Según los cuatro Evangelios del Nuevo Testamento, Judas había vendido a Jesús al consejo rector de los judíos, el sanedrín, por treinta monedas de plata. Esos treinta siclos se sacaron del cofre en el que se guardaban las tasas del templo. Después de que el sanedrín entregara a Jesús a los romanos, a sabiendas de que estos lo iban a crucificar, Judas sintió tales remordimientos que se ahorcó. Pero antes volvió al templo y les arrojó las monedas a los sumos sacerdotes. Y estos eran perfectamente conscientes de que esas monedas estaban manchadas de sangre, así que no podían volver a depositarlas de nuevo en el cofre sagrado del templo. Por eso utilizaron ese dinero para obras de caridad. Compraron tierras y las convirtieron en un cementerio para los pobres que no podían pagarse un entierro digno.

—Todo eso ya lo sé —dijo Conrad—. Continúa.

Serena le contó que, según la tradición del *Dominus Dei*, el hombre que le vendió las tierras al sanedrín utilizó esas treinta monedas de plata para comprarse él otras tierras nuevas. Se las compró a san Mateo, el antiguo cobrador de impuestos y discípulo de Jesús, que fue quien escribió el relato autorizado de lo que ocurrió con las monedas de Judas. Es más: las tierras que vendió Mateo eran las mismas que se había comprado antes Judas para sí con el dinero que había robado de la malversación de los fondos de los discípulos.

Conrad sabía que era difícil decidir cuándo una tradición apócrifa era auténtica, pues a menudo muchas servían a los propósitos personales de quienes las alimentaban, así que se mostró suspicaz.

—¿Y por qué iba Mateo a querer esas monedas?, ¿qué hizo con ellas?

—En realidad la tradición de la Iglesia no especula sobre lo que le sucedió a Mateo, pero de algún modo esas monedas llegaron a Roma —contestó Serena—. Ten en cuenta que el *Dei* se había infiltrado en la corte cesariana mucho antes de que san Pablo llegara a Roma y de que el emperador Nerón lo decapitara. Algunos eran sirvientes del César y otros formaban parte de la guardia pretoriana, pero todos profesaban secretamente la fe cristiana. Es a ellos a quienes Pablo dirige su última carta desde la prisión antes de la ejecución.

—¿Y se quedaron mirando mientras la cabeza de Pablo rodaba por los escalones de palacio? —preguntó Conrad, incrédulo—. ¡Qué buenos amigos, Serena! Aunque supongo que primero hay que salvarse uno mismo para poder salvar al mundo. Eso fue lo que dijo Jesús, ¿no? Ah, no, creo que no.

—No pretendo excusar al Dei, Conrad. Solo te cuento la historia. Los emperadores romanos eran dioses a los ojos del mundo y solo por esa razón cualquier cristiano que declarara públicamente servir a otro dios se enfrentaba a la pena de muerte. Así que, en lugar de utilizar los antiguos códigos como las cruces o los peces, que los servicios secretos de la Roma imperial ya habían descubierto, prefirieron utilizar los siclos de plata para identificarse los unos a los otros.

—¿Y durante cuánto tiempo funcionó eso? —preguntó Conrad.

Serena lo miró con una sonrisa divertida.

—Más o menos durante trescientos años. Hasta que el emperador Constantino se convirtió al cristianismo y lo declaró la religión oficial del imperio.

—Una religión completamente corrompida por el poder —señaló Conrad—. En algún momento esas monedas dejaron de ser un recuerdo de familia que se heredaba de generación en generación. Se convirtieron en objetos por cuya posesión se asesinaba al legítimo propietario con tal de escalar peldaños dentro de la Alineación.

—No sé cuándo exactamente comenzó a ser así —dijo ella—. Puede que con los caballeros templarios.

—¿Qué diablos estás haciendo tú con esa gente, Serena? Eso es lo que quiero saber. Sobre todo después de haberme jurado amor eterno debajo del National Mall, en Washington, para luego dejarme tirado y robarme el globo terrestre.

Serena se puso visiblemente tensa ante la mención del globo, y Conrad se alegró de ver que seguía siendo un asunto delicado también para ella.

—Estados Unidos ha sido siempre el objetivo de la Alineación desde su misma fundación; estaban a punto de hacerse con el control político desde dentro cuando tú los detuviste —comenzó a explicar Serena—. Me dejaste sola bajo la plaza de L'Enfant con el globo, el sello secreto de los Estados Unidos y esos espeluznantes bustos de Houdon de los «otros» padres fundadores de América, y yo no sabía si conseguirías parar a la Alineación y volver a buscarme.

—Así que decidiste robar el globo.

—Si la Alineación hubiera conseguido su propósito de hacerse con el gobierno federal, Conrad, entonces habrían sido ellos los que se habrían quedado con los dos globos. No podía arriesgarme, y menos después de reconocer el rostro de uno de esos bustos. Su parecido familiar, junto con mi conocimiento de su historia personal, me hizo relacionarlo con el cardenal Tucci, miembro del Dominus Dei, y miembro también de la Alineación. No me enteré de que el Dei era un órgano de la Alineación hasta después de que Tucci se suicidara y me pasara el mando a mí, o más bien la medalla.

Conrad hizo un enorme esfuerzo por mantener el mismo tono de voz sereno y dijo:

—Pero no era necesario que te la quedaras.

—¿Crees que debí escaparme contigo para hacer el amor, tener un montón de niños y dejar que el mundo se fuera al infierno?

—Sí, si la alternativa era hacerte cómplice del demonio.

—A veces tienes que unirte a ellos para vencerlos, Conrad. El Dei es solo uno de los brazos de la Alineación: el eclesiástico, representado por una moneda que ahora es mía. Destruir una sola célula no contribuye en exceso a dañar a toda una gran organización. Tú sabes que la Alineación va mucho más atrás en el tiempo que la misma Iglesia, hasta los egipcios e incluso hasta la Atlántida. Utilizan imperios,

religiones y órdenes nuevos constituidos en mundos nuevos igual que las langostas, que van consumiendo un anfitrión detrás de otro. Ahora estas monedas se hallan en manos de los políticos, los financieros y los líderes culturales más poderosos del mundo.

Conrad suspiró. No conseguiría llevársela a la cama esa noche de ninguna forma.

—Así que quieres ponerles nombres a las caras.

—No, quiero ponerles caras a los nombres que ya tengo.

Serena le explicó que la Alineación estaba estructurada exactamente igual que las categorías de los ángeles. En lo más alto estaba el Gran Maestro, rodeado de treinta «caballeros». Además de poseer una moneda original de Judas, cada caballero tenía un nombre divino que describía su naturaleza o papel dentro de la organización.

—Sorath es el nombre del Gran Maestro —le contó Serena—. Es un ángel caído. Según cree Roma, su número es el 666. Yo no tengo ni idea de quién es, pero supongo que asistirá a Rodas, porque el Consejo de los Treinta va a reunirse allí por primera vez en trescientos años.

—¿Por qué ahora?

Conrad conocía en parte la respuesta. Sin duda, el hecho de haber recuperado el *Flammenschwert*, una tecnología legendaria de la Atlántida, tenía que ser un factor importante. Sin embargo sospechaba que no era el factor determinante.

Serena se encogió de hombros.

—Supongo que eso lo averiguaré cuando llegue allí.

Había algo que ella no le contaba, pero Conrad no supo descifrar con exactitud qué era.

—¿Y tú, Serena? ¿Cuál es tu nombre?

—Naamah —dijo ella, bajando la vista—. El ángel caído de la prostitución, que les es más agradable a los hombres que a Dios.

Conrad decidió que no quería hablar de ese tema: en realidad ya estaba muerto de miedo.

—¿Y Midas?

—Bueno, es evidente que él ha heredado la categoría del barón Von Berg —dijo Serena—. Su nombre es Xaphan, el ángel caído que mantiene vivo el fuego del infierno.

—En eso tienes razón —confirmó Conrad, que decidió contarle a Serena toda la historia del submarino hundido y del *Flammenschwert*.

Serena pareció quedarse atónita. Era como si de repente todo cobrara sentido para ella.

—Conozco la leyenda del fuego griego y sé que se usó durante las cruzadas, pero jamás imaginé que los nazis hubieran encontrado el modo de hacerse con una tecnología de la Atlántida.

—Pues, según parece, así fue. Yo he visto esa tecnología en acción y de cerca.

Conrad notó que Serena se perdía en sus propios pensamientos. De pronto percibió que un rayo de luz cruzaba sus ojos marrones.

—¿Y qué me dices de la caja de seguridad que el barón Von Berg dejó en depósito en Berna? —preguntó Serena—. ¿Qué había dentro?

—Esto —contestó Conrad, que acto seguido dejó de golpe el ciclo de Tiro sobre la mesa—. ¿Ves? Yo también tengo una.

Serena se quedó mirando la moneda sobre la mesa y por fin comprendió exactamente tanto su situación como la de Midas. Midas reclamaba para sí algún tipo de estatus provisional dentro de los Treinta basándose en su posesión de la caja de seguridad del barón Von Berg, y suponiendo que antes o después acabaría por abrirla y hacerse con el contenido. Pero era Conrad quien tenía la moneda, así que, técnicamente hablando, el verdadero miembro de la Alineación era Conrad.

Siempre y cuando Midas o ella misma no lo mataran para arrebatársela.

—¿Cómo la has conseguido? —le preguntó Serena—. ¿Y cómo es que no la tiene Midas?

Conrad le explicó lo sucedido con el código grabado en la placa de metal de la calavera del barón Von Berg, le contó lo de la caja de seguridad que se autodestruía del banco de Berna y le dijo cómo había conseguido burlar la seguridad y escapar. Al final sonrió y añadió:

—Así que supongo que iremos juntos a Rodas.

Serena estaba temblando de miedo por dentro.

—No lo creo, Conrad.

—Nombres y caras, Serena. Nombres y caras. Y te lo garantizo: el objetivo al que va destinado el *Flammenschwert*.

No podía permitir que ocurriera, comprendió entonces Serena. Pero tampoco quería luchar contra Conrad.

—Necesitamos un plan —afirmó Serena—. Uno bueno.

—¿Qué te parece este? —propuso Conrad, que sacó un tubo largo que había estado guardando debajo de la mesa. Dentro tenía los planos arquitectónicos de una fortaleza impresionante. Los extendió sobre la mesa—. ¿Te suena?

—Es el palacio del Gran Maestre —dijo ella—. ¿De dónde has sacado esto?

—De debajo de las tablas de madera del suelo de la suite Magnolia de esta villa.

—¡En serio, Conrad!

—¡Lo digo en serio! —aseguró él—. Esta villa fue la última residencia de Mussolini antes de que lo ejecutaran. Por aquel entonces Rodas pertenecía a Italia. *Il Duce* tenía grandes planes para su palacio del Gran Maestre.

—No era suyo —lo contradujo Serena—. Lo construyeron los caballeros de San Juan de Jerusalén en el siglo vil.

—Cierto, pero el palacio quedó destrozado tras la explosión del polvorín turco, siglos después. Mussolini lo restauró y lo modificó entre 1937 y 1940. Estos son los planos del arquitecto Vittorio Mesturino.

No le gustaba lo más mínimo el rumbo que estaba tomando la conversación. Serena habría preferido cambiar de tema y que Conrad se diese a la fuga.

—¿Y cómo has sabido tú que los planos seguían debajo de las tablas del suelo de la suite Magnolia?

—No lo sabía —dijo él—. Un empleado del hotel me dijo cuál era la suite en la que había dormido Mussolini. Lo que yo sí sabía era dónde le gustaba a él esconder los documentos; lo sé por las otras residencias en las que estuvo.

—¿Y a todo el mundo se le ha pasado por alto durante la restauración de la villa?

—Ya sabes lo que pasa: hay que preservar la belleza de lo antiguo —explicó Conrad—. El encanto de este lugar radica en que casi todo está exactamente tal y como era. Y ahora mira los planos. Hay una sala de reuniones secreta debajo del palacio que no figura en ninguno de los planos actuales. Está justo bajo el gran patio que hay en el centro del palacio. Allí es donde se reunirán los caballeros de la Alineación.

Serena se quedó mirando el papel y luego alzó la vista hacia Conrad, que evidentemente analizaba el plano sin dejar de idear soluciones. No pudo evitar que su genialidad la asustara de verdad una vez más. Ella era una estratega cauta; Conrad en cambio era un oportunista hasta la médula, capaz de encontrar una ranura abierta cuando todas las puertas parecían cerradas y las balas llovían por doquier. Y eso no iba a salvarlo en Rodas. Allí nada podría salvarlo, si es que conseguía poner un pie en la isla.

—Creo que será mejor que lo estudiemos después del postre —dijo Serena—. Primero voy a darme una ducha y a cambiarme. Hoy he tenido un día muy largo y la semana que viene va a ser más larga aún.

Serena se disculpó y entró en el barco. Todo estaba dispuesto hasta el más mínimo detalle. En parte Serena se creía capaz de acostarse con Conrad esa noche. Quizá incluso aquella fuera su última oportunidad. Recogió la mochila de encima de la cama y entró en el baño de mármol repleto de pétalos de flores esparcidos por todas partes. Se echó agua en la cara y sintió el mareo que produce siempre la traición.

Sacó el teléfono Vertu de la mochila y llamó. La voz al otro lado de la línea preguntó:

—¿Y bien?

—Lo tengo —dijo ella—. Es todo tuyo.

Conrad se sentó en la cama. Esperaba con ansiedad a que Serena saliera del baño sin dejar de preguntarse qué aspecto tendría. No había mucho espacio en su mochila como para llevar un camisón o ropa para cambiarse. Sin embargo, en otros momentos decisivos de intimidad física entre los dos, Serena siempre se las había ingeniado para sorprenderlo y dejarlo luego con las ganas.

—¿Conrad? —lo llamó ella desde el baño—. ¿Cómo descubriste cuál era la caja de Von Berg?

—Estaba grabado en la placa metálica de la calavera.

—¿Cuál era el código?

—ARES, el dios de la guerra.

—Sí, es lógico —dijo ella—. ¿Y el número de la caja?

—1740.

—No hubo respuesta.

Conrad hizo una pausa y se preguntó si debía decir algo más. Entonces alzó la vista. Serena había salido del baño vestida solo con la camisa blanca que ocultaba al mismo tiempo que resaltaba su irresistible figura. Conrad tragó con fuerza y se puso de pie al verla acercarse.

Ella se paró a escasos centímetros de él y lo miró a los ojos. Sus cuerpos no se tocaron, pero él sintió un inconfundible intercambio de energía sexual entre los dos.

—¿De verdad crees que forjaron esa arma basándose en la tecnología de la Atlántida? —preguntó ella.

—Creo que es cierto que esa arma transforma el agua en fuego a cierto nivel molecular y que Von Berg tenía una conexión con la Antártida que, a su vez, pudo estar conectada con la Atlántida.

—Eres tú quien tiene el ADN de los ángeles, Conrad. Tanto la Alineación como los americanos piensan que tienes restos de sangre de nefilim.

Según el capítulo sexto del Génesis los nefilim eran los hijos de los misteriosos «hijos de Dios»: ángeles caídos, a juicio de algunos teólogos, que habían cohabitado con mujeres. El diluvio universal barrió por completo su civilización de la faz de la tierra, diluvio que según la Biblia fue fruto de la ira de Dios, causada por la corrupción humana.

—Tú los llamas nefilim y yo los llamo habitantes de la Atlántida —dijo Conrad—. De todos modos, al final todos compartimos el mismo ADN ancestral.

—Unos más que otros.

—Sin embargo eso no me ha servido de nada hasta ahora —comentó Conrad, encogiéndose de hombros.

—A mí sí me sirvió en D. C. —le recordó Serena—. Tu sangre fue mi vacuna contra el virus de la gripe de la Alineación.

—¡Ah, cierto! Así que tú y yo ya hemos intercambiado fluidos corporales.

Los cálidos ojos de Serena lo envolvieron a pesar de mantener esos escasos centímetros de distancia entre ambos. Conrad apenas podía resistirse a abrazarla.

—¿Por qué has vuelto, Conrad?, ¿por qué has vuelto después de lo que te hice?

—Sabía que había otros factores en juego, Serena. Tenía que descubrir cuáles eran.

El rostro de Serena parecía triste, derrotado.

—¿Y luego qué? —insistió ella—. ¿Cuáles eran tus planes de futuro para nosotros dos... si es que crees que tenemos un futuro?

—¿Te refieres a si tú no fueras miembro de la Alineación, o a si no fueras monja?

—Técnicamente hablando, ya no soy monja. Tuve que abandonar a las carmelitas para entrar en el Dei. Y como el Dei no reconoce a las mujeres como candidatas a sus filas, en realidad soy como un líder laico dentro de la Iglesia.

Una chispa de esperanza prendió en el corazón de Conrad.

—Eso es maravilloso —soltó él, agarrándola de la mano—. La mejor noticia que he oído.

—Entonces, ¿cuántos niños quieres tener, Conrad? —preguntó Serena, tratando evidentemente de asustarlo. Serena no era ninguna mojigata—. Tendrás que cuidar de ellos. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Yo?

—Solo porque no sea monja eso no quiere decir que vaya a dejar de lado el trabajo de viajar a los rincones más recónditos de este mundo del Señor para ayudar a los más necesitados.

—Por mí, bien —dijo él, siguiéndole el juego—. Por lo general las ruinas suelen estar por esos mismos sitios. Puedes atarte a los niños a la espalda y colgarte de los árboles todo lo que quieras.

—¿Tienes algo contra las niñas, Conrad?

—Nada —negó él—. Solo que, biológicamente hablando, ¿no soy yo el que decide eso? Supongo que solo hay un modo de averiguarlo —dijo Conrad, que la atrajo suavemente hacia sí. Su voz se hizo más tierna para añadir—: Tú eres lo único que tengo en la vida, Serena. Todo lo demás es polvo. El asentamiento de esclavos hebreos que descubrí junto a la pirámide de Giza. Ha desaparecido. La Atlántida en la Antártida. Ha desaparecido. Lo único que conseguí recuperar fueron los globos, pero el tío Sam y tú me los robasteis.

—Lo siento, Conrad. De verdad que lo siento.

—No, no lo comprendes, Serena. Ya no me importa. No necesito hacer grandes descubrimientos. Tú y yo podemos hacer los nuestros. Eres tú lo que he estado buscando toda mi vida. Lo supe en el mismo momento en que te vi. Y no quiero perderte nunca más.

Los ojos de Serena brillaban a causa de las lágrimas. Serena se arrojó en brazos de Conrad, lo rodeó por el cuello, alzó sus encantadores labios hacia él y lo besó.

Conrad sintió que tanto su cuerpo como su espíritu volvían a la vida al abrazarse los dos. No podía creer que estuviera a punto de suceder.

—Por favor perdóname, Conrad, por todo lo que te he hecho —dijo ella, besándolo una y otra vez—. Por lo que te voy a hacer.

Su cabeza era un torbellino de puro éxtasis. ¿Os e trataba de algo más? Conrad abrió los ojos y vio que la habitación daba vueltas por detrás de la imagen borrosa del rostro de Serena.

—¡Te odio! —gimió él mientras la droga que ella le había suministrado, fuera la que fuera, se adueñaba lentamente de todo su cuerpo.

—Perdóname —susurró ella sin dejar de besarlo abierta, apasionadamente, hasta que Conrad lo vio todo negro.

—¡1740! —gritó Conrad.

Conrad se dio la vuelta en la cama bruscamente. Abrió los ojos. Estaba en una caravana Airstream y oía un zumbido que le resultaba familiar. El aire estaba frío y había una mujer sentada junto a él, pero no era Serena. Era Wanda Randolph, la oficial de policía que le había disparado en los túneles de debajo del Capitolio.

—¿Dónde estoy? —preguntó Conrad.

—Ahora estás en suelo americano, por decirlo de algún modo —contestó Wanda con una sonrisa—. Todo va bien.

Conrad miró los cables y los electrodos que tenía pegados al cuerpo.

—¡Y una mierda!

Golpeó a Wanda en la cabeza con la mano derecha y la lanzó contra la pared de la Airstream. Tiró de los cables, abrió la puerta de la caravana y salió a un hangar de aspecto cavernoso. Buscó la salida.

—¡Para! —gritó Wanda que salió corriendo detrás él, apuntándolo con un arma.

Conrad pasó corriendo por delante de un helicóptero y de un tanque hasta llegar a una puerta. Enseguida encontró el interruptor para abrirla. Entonces se encendieron luces intermitentes y comenzaron a sonar alarmas. La puerta empezó a abrirse muy despacio desde arriba hacia abajo y en ese momento Conrad se dio cuenta de dónde estaban, antes incluso de distinguir la curva del mar Mediterráneo a más de nueve mil metros por debajo de ella.

Hubo más gritos y un estruendo de botas sobre el suelo de metal. Conrad se giró y vio a un grupo de aviadores americanos que lo rodeaban y lo apuntaban con sus armas.

—¡Apártese del panel, señor! —le ordenó uno de ellos.

Conrad sabía que no podía ir a ninguna parte, así que obedeció.

El aviador guardó el arma en la cartuchera y cerró la puerta. Wanda acompañó de nuevo a Conrad a la caravana Airstream, donde los esperaba Marshall Packard con unos archivos.

—Bien, ya te has despertado —dijo Packard.

—¿Dónde está Serena? —exigió saber Conrad.

—De camino a Rodas —contestó Packard—. Ha hecho un trato con nosotros. Te ha cambiado por el globo celeste. La verdad es que iba a tratar de pegarle el timo a la Alineación con un globo falso, cosa que jamás habría funcionado. Pero ahora ya puede entregarles los dos auténticos en la cumbre europea y ser nuestros ojos y nuestros oídos dentro de la Alineación.

Conrad sacudió la cabeza en una negativa y contestó:

—Tú no me necesitas para nada, Packard. ¿Por qué has accedido al trato?

—Tu chica dijo que tenías que quedarte fuera de juego para poder convencer a la Alineación de que estás muerto, tal y como ella les prometió. Y creo que tenía la extraña idea de que tú no ibas a estar

dispuesto a colaborar —dijo Packard—. Por eso hemos decidido vigilarte.

—¡Imposible! —afirmó Conrad—. Tú sabes que en cuanto Serena les entregue los globos será un fiambre.

—Ese es un riesgo que ella estaba dispuesta a asumir con tal de identificar al resto de los miembros de la Alineación. Mientras tanto nosotros ya hemos visto esos dos globos y sabemos qué es lo que ellos pretenden llevarse. Así que para nosotros no hay lado negativo.

—Sois idiotas. Los globos funcionan juntos. No tenéis ni idea de lo que tiene la Alineación.

—Pues ilústrame tú.

—El número de la caja de seguridad del barón Von Berg se refería a la fecha 1740.

—¡Sí, sí!, vamos un paso por delante de ti, hijo —lo calmó Packard—. Pero lo único que se puede resaltar históricamente de esa fecha es la muerte del papa Clemente XII, que prohibió a los católicos romanos hacerse miembros de las logias masónicas bajo pena de excomuni3n. Una broma de Von Berg. ¡Ja, ja!

—¡Eso te crees tú, Packard! También fue el año en el que los masones de Berlín establecieron la Madre Logia Real de los Tres Globos. No sé cómo no he caído antes. Supongo que necesitaba al barón Von Berg y su número de la caja del banco para relacionarlo.

El rostro de Packard perdió todo el color.

—¿Tres globos?

—Exacto —confirmó Conrad—. Siempre hubo tres globos. Los masones debieron de guardar uno en Europa y mandar los otros dos al Nuevo Mundo. ¿Cuánto te apuestas a que la Alineación ha tenido en su poder el tercer globo desde el principio? Y ahora Serena está a punto de darles los otros dos.

—Pero ¿por qué razón? —exigió saber Packard—. ¿Qué demonios se consigue con tres globos que no se pueda conseguir con dos?

—Descubrir el objetivo y el momento exacto en el que detonar el *Flammenschwert*, eso es lo que se consigue —afirmó Conrad.

Tercera parte

Rodas

Puerto de Mandraki. Rodas.

El sol de la primera hora de la mañana se reflejaba en las tranquilas aguas del puerto de Mandraki. El yate de Midas, el *Mercedes*, pasó por delante del rompeolas con sus tres molinos de viento en dirección a la ciudad medieval de Rodas. Frente a la costa, situado sobre el punto más alto y separado del pueblo de más abajo por sus enormes murallas fortificadas, estaba el palacio del Gran Maestre.

Al menos el *Mercedes* puede disfrutar de la intimidad del puerto con su artesanía popular y sus cafés frente al mar, *pensó Midas en el momento de entrar por la boca del mismo*. El Midas habría tenido que echar el ancla muy lejos.

El *Mercedes* era mucho más pequeño que el *Midas*; no tenía más que setenta y seis metros de largo. Lo había comprado en Chipre el día después del funeral de Mercedes en París. Había planeado llegar a Rodas en el *Midas*. Había tardado dos días en adquirir un yate lo suficientemente largo como para que cupiera dentro el sumergible. Midas había contactado con el único sumergible que le quedaba, que durante todo ese tiempo había estado vagando por las profundidades con el *Flammenschwert* a bordo. Nada más salir a la superficie, después de cinco días bajo el agua, Midas había recompensado al capitán por su trabajo con una bala en el cerebro y lo había tirado por la borda.

El *Mercedes* pasó navegando entre las dos torres defensivas de piedra donde se decía que antiguamente había apoyado los pies el Coloso de Rodas. La gigantesca estatua había sido una de las maravillas del mundo antiguo antes de que el terremoto del año 226 después de Cristo la arrojara al mar, un siglo después de ser erigida.

Midas abandonó la cubierta y se dirigió a su camarote para admirar la magnífica escultura que había colocado justo en medio: un busto de Afrodita, la antigua diosa griega del amor. La superficie era brillante. Midas iba a devolverles a los griegos la cabeza de bronce de Afrodita que había estado expuesta en el Museo Británico como acto de buena voluntad. Se las había ingeniado para cambiársela al museo por varias obras de arte que había comprado en una subasta en Sotheby's, en la calle Bond. La tarea le había llevado meses de negociaciones con el departamento de antigüedades griegas y romanas del museo, pero era imprescindible conseguir precisamente esa escultura, y no otra, porque en su interior podía guardar con facilidad el torpedo. Además era el regalo perfecto para ofrecérselo a los griegos durante la cumbre.

La belleza de la cabeza de Afrodita consistía en que era la máscara escultórica de la diosa griega del amor y le faltaba la parte de atrás. Eso le permitía meter dentro el torpedo *Flammenschwert* limpiamente. Una vez colocado el torpedo tirarían la pieza de escayola encajada en el reverso de la máscara y la escultura estaría lista para la exhibición que iban a ofrecer los griegos en los salones del palacio.

Midas acarició el rostro de la apacible máscara con el dedo. Los ojos, profundamente hundidos,

procedían de una estatua completa y databan del siglo primero o segundo antes de Cristo. Medía unos cuarenta y tres centímetros de alto, treinta y pico de ancho y casi veintiocho de profundidad. El torpedo medía solo quince centímetros de diámetro y dentro tenía casi un kilo de explosivo plástico Semtex además del mecanismo detonador. El detonador haría explotar el Semtex y prendería las bolas de metal incendiario del *Flammenschwert*. A su vez, las bolas incendiarias prenderían el agua que hubiera alrededor.

Midas miró el reloj. Se suponía que tenía que entregar la máscara en el palacio del Gran Maestre en veinte minutos.

Vadim lo esperaba en el muelle con la limusina y una escolta policial en motocicleta. Meterían la caja con la máscara de Afrodita en el maletero del coche y se dirigirían al palacio.

—¿Dónde está la puta? —preguntó Midas.

—En el centro de convenciones —contestó Vadim.

Midas suspiró. Se sentía vulnerable sin la moneda, el símbolo de su pertenencia de pleno derecho como miembro de la Alineación. Su trato con ellos consistía en que él debía recuperar la moneda del barón Von Berg y el *Flammenschwert* del submarino alemán hundido a cambio de un puesto en el Consejo de los Treinta. Pero Conrad Yeats lo había arruinado todo. Por suerte, Yeats había desaparecido por fin del mapa y pronto él tendría la moneda en sus manos.

La limusina recorrió el muelle en dirección a la parte antigua de la ciudad. La ciudad medieval de Rodas estaba rodeada y delimitada por un circuito triple de murallas que a Midas le pareció que se conservaban en muy buenas condiciones. Aquella ciudad fortificada lo tenía todo: fosos, torres, puentes y siete puertas.

Vadim subió conduciendo la limusina hasta el puesto de control que había junto a la puerta Eleferias o puerta de la Libertad. Solo los residentes en la ciudad tenían permiso para entrar en coche por las estrechas calles de adoquines. Sin embargo ese día se hacía una excepción con los dignatarios extranjeros y su escolta policial.

Continuaron por las calles pavimentadas de piedra hasta el templo de Afrodita, del siglo III y giraron por la calle principal, la Odos Ippoton o calle de los Caballeros, llamada así por los caballeros de San Juan que se establecieron en la isla en el siglo XVI y que, a juicio de Midas, por aquel entonces debían de ser ya uno de los frentes de la Alineación. Nada más comenzar la calle se hallaba el Hospital de los Caballeros, del siglo XV y en la otra punta, frente a la iglesia de San Juan, se alzaba el palacio del Gran Maestre con sus redondeadas torres.

Pasaron por delante de las enormes torres abombadas que flanqueaban la entrada principal del palacio, donde hacía guardia un *evzon* griego a cada lado del arco apuntado. Giraron hacia la entrada oeste con su torre cuadrada. Allí, en el vestíbulo, el agregado cultural griego le dio a Midas la bienvenida con una gran recepción, en el transcurso de la cual iba a tener lugar la entrega de la máscara de Afrodita. El vestíbulo era el regio telón de fondo donde se escenificaban las ceremonias de apertura y clausura de cualquier evento ante las cámaras; en cambio, los lugares en los que se celebraban las sesiones y donde se tomaban las decisiones eran las salas de baile, los centros de conferencias y las suites del hotel y centro internacional de convenciones Rodos Palace, situado a diez minutos de allí.

—En nombre del pueblo de Grecia le doy las gracias por devolvernos la cabeza de Afrodita del Museo Británico —dijo el agregado cultural.

—Es un placer —contestó Midas—. Me dijeron que podía quedarme un momento a solas con mi

querida Afrodita antes de entregarla.

—Sí —confirmó el agregado.

Enseguida apareció un *evzon* griego armado y con micrófono que guió a Midas por un largo corredor abovedado, más allá del mosaico de la medusa. Había ciento cincuenta y ocho estancias en el palacio, todas ellas amuebladas con antigüedades, mármoles policromados exquisitos, esculturas e iconos. Pero de todas ellas solo veinticuatro permanecían abiertas al público en un día cualquiera.

La estancia a la que condujeron a Midas no estaba incluida en ninguna guía turística ni plano registrado públicamente en Grecia: era una estancia cerrada incluso para los altos dignatarios que asistían a la cumbre. Estaba situada debajo del palacio y cerrada para todo el mundo, excepto para los miembros de la Alineación. Era conocida como la Sala de los Caballeros.

Midas entró y esperó a que el guardia se marchara. Entonces abrió una puerta y se coló en la estancia de al lado con la máscara de Afrodita, dispuesto a entregarle el *Flammenschwert* a Uriel.

Pero Uriel no estaba. Allí no había más que un único globo de cobre abierto por la mitad sobre una enorme mesa redonda. Dentro del globo había un sobre. Junto a la mesa ardía el fuego de una chimenea.

No era de extrañar, en realidad. Midas conocía la identidad de Uriel desde el principio. Y Uriel la de él. Se suponía que no debían dejarse ver juntos en público, pero Midas había violado esa regla en la desastrosa fiesta del club Bilderberg. Sin embargo, aquel encuentro era privado, así que no estaba muy seguro de qué se iba a encontrar.

Se quedó mirando el globo. Era la primera vez que veía uno.

Así que esa era la forma de entrega.

No un misil. Ni un avión de guerra. Era un globo antiguo.

De haber podido elegir, Midas sin duda habría mantenido el *Flammenschwert* en su poder hasta el momento de la detonación. Y desde luego no lo habría dejado abandonado en esa sala. Pero el santurrón de Uriel no quería ni ver el *Flammenschwert*, y menos aún tocarlo. Y Uriel era el único que podía colocarlo en su posición y dejarle a Midas el trabajo sucio de apretar el gatillo.

Midas abrió el sobre, leyó la nota escrita a mano, la arrojó al fuego y se quedó observándola hasta que no fue más que cenizas.

Retiró la pieza de escayola de la parte trasera de la máscara de bronce y la arrojó al fuego también. Metió la mano dentro de la máscara por detrás de la esfera que contenía el *Flammenschwert* y giró la máscara hasta que la esfera descansó por completo en su mano. Alzó la máscara con la otra mano y la dejó sobre la mesa. Con cuidado, y con ambas manos, colocó la esfera que contenía el *Flammenschwert* dentro del globo. Entraba con holgura. Cerró el globo, que parecía como si fuera la piel de la cabeza nuclear esférica. La junta a lo largo del paralelo cuarenta aparentemente desapareció.

La puerta al otro lado de la sala se abrió mágicamente. Midas cogió la cabeza de Afrodita y salió.

Base de apoyo naval de los Estados Unidos, Bahía de Suda. Creta.

Conrad contempló el despegue de otro F-16 y luego volvió por la rampa trasera del C-17 hasta el despacho de Packard en la «bala de plata». Packard no había parado de hablar por teléfono ni un segundo desde que habían aterrizado en Creta. La base aérea griega de Creta era como su casa para el Ala de Combate 115 de las fuerzas aéreas griegas, pero la base naval de apoyo americana de la bahía de Suda ocupaba más de cuarenta hectáreas al norte de la isla y servía para apoyar las operaciones de la Sexta Flota en el este del Mediterráneo y en Oriente Medio. Y Conrad estaba esperando para saber si conseguiría ese apoyo que había solicitado.

Nada más verlo entrar Packard, que seguía al teléfono, frunció el ceño y deslizó sobre la mesa el informe que Conrad había preparado de prisa y corriendo, aunque con abundante documentación, sobre la «Sociedad de los tres globos y su relación con los francmasones de la América colonial, los nazis y la Alineación contemporánea». El informe estaba encuadernado en piel. Conrad recogió la carpeta y echó un vistazo a las anotaciones que había hecho Packard al margen. Las palabras que había escrito con más frecuencia eran «locura», «disparate», «especulación» y «ajá». No había ningún comentario sobre la teoría de Conrad del posible origen de los globos o sobre si en un principio estaban o no en el templo del rey Salomón o en otro lugar más antiguo aún.

Packard colgó el teléfono y lo miró.

—Esto va a llevarnos unas cuantas horas, pero creo que podremos dejarte vía libre con la Interpol para que la policía, que estará por todas partes, no dispare nada más verte.

—No puedes hacer eso —negó Conrad—. Midas se dará cuenta de que Serena ha mentido sobre mi desaparición. Y eso bastará para poner en duda su lealtad hacia la Alineación. Necesito una identidad falsa y una chapa identificativa que me permita atravesar todas las zonas de seguridad.

Packard suspiró.

—¿Y crees que con eso te será más fácil robar los globos?

—No necesito robar nada. Eso es lo bueno. Me basta con ver los tres globos con mis propios ojos. Entro y salgo.

—Porque crees que te revelarán dónde y cuándo piensa detonar la Alineación el *Flammenschwert*, ¿no es eso? —preguntó Packard con escepticismo—. No estoy muy seguro de que eso sea cierto.

—Es cierto. El líder de la Alineación utilizará el mensaje de los tres globos como una especie de directiva espiritual de su arma mística, aunque tenga que manipular su sentido para que concuerde con sus intereses. Así que el mensaje, sea cual sea, nos será de una ayuda inapreciable.

—Serena es lista como ella sola, hijo. ¿Por qué piensas que no sabrá descifrarlo ella sola?

—Estando allí no, es imposible. Ella no ha tenido los dos globos en sus manos tanto tiempo como yo.

Y además es lingüista, no astroarqueóloga. No conseguirá adivinar cómo alinear los dos globos juntos, el terrestre y el celeste, y menos aún trasladar eso a coordenadas del mundo real. Y aunque lo consiguiera, tú sabes que en cuanto haya entregado los globos, que son la única influencia que ejerce sobre la Alineación, no la dejarán salir viva de Rodas.

Packard se humedeció un dedo y volvió a pasar las páginas del informe. Seguía claramente molesto consigo mismo por el hecho de que se le hubiera pasado la posibilidad de que pudiera haber un tercer globo.

—Vamos a ver, deja que me aclare. Dices que los tres globos estaban en el Templo de Salomón y que después, cuando los babilonios destruyeron el primer templo, los enterraron debajo del Monte del Templo. Es más: crees que esos globos pueden ser el Santo Grial que buscaban los caballeros templarios cuando comenzaron a cavar bajo el Monte del Templo en busca del tesoro del rey Salomón en la época de las cruzadas.

—Creo que los tres juntos señalan la localización de un gran tesoro, pero puede que no sea un tesoro de oro exactamente.

—Pero entonces, ¿de qué diablos va a ser? ¡Y no me digas que es el Arca de la Alianza!

—Evidentemente se trata de algo de gran valor. Para el Egipto antiguo, para Tiahuanaco y para la Atlántida el secreto de los tiempos primigenios o del final de los tiempos podría considerarse un tesoro así.

—La Alineación ya tiene el secreto de final de los tiempos, hijo, se llama *Flammenschwert*. Así es como acabará el mundo para todos nosotros. Y por eso es por lo que tenemos que encontrar esa arma —dijo Packard, que tenía toda la cara colorada. Packard arrojó el informe sobre la mesa—. ¡Me has costado un globo y total para nada!

Algo en la voz de Packard sonó ligeramente forzado. De pronto Conrad comprendió.

—¡Bastardo! No estabas desesperado por atraparme. Estabas deseando darle el globo a Serena, pero querías que ella creyera que iba a costarle trabajo. ¿Por qué lo has hecho?

Packard suspiró.

—Lleva un localizador.

Conrad dio un golpe con la mano sobre la mesa. Estaba furioso.

—¿Y crees que la Alineación no va a encontrarlo y a matarla? ¡Conseguirán los dos globos y el *Flammenschwert* y tú te quedarás sin nada!

—Ya te lo he dicho, hijo: ella es nuestra chica en la cumbre europea. Tanto Midas como ella están invitados. Pero el tío Sam y tú no. Habrá importantes mecanismos de seguridad y se supone que la Alineación tiene que creer que tú estás muerto. Ella moriría en cuanto alguien te reconociera.

—Ya está muerta.

Packard pareció repasar los argumentos en su cabeza, sopesando los riesgos y los beneficios.

—Bueno, no puedo mandar a las tropas americanas a ese teatro. Ni siquiera a Randolph —dijo por fin como si estuviera pensando en voz alta—. Y créeme: cuando se trata de cumbres europeas siempre es teatro.

—Entonces iré yo.

—¡Eh!, es tu cabeza y la de Serena lo que te juegas —le advirtió Packard—. Esta misión no tiene nada que ver con el tío Sam. Mantente oculto mientras puedas, si es que eso es posible, e infórmame en cuanto te enteres de algo.

—Ya te lo he dicho: puedo hacerlo sin que nadie me vea. Ni siquiera Serena. Soy yo el que estará vigilándola a ella.

—Como todo el mundo. Ten cuidado.

Diez minutos más tarde los dos motores gemelos y las cuatro aspas del helicóptero Super Puma Eurocopter se ponían en funcionamiento para despegar. Wanda Randolph acompañó a Conrad al otro lado de la pista y le dio las chapas identificativas.

—Tu nombre es Firat Kayda, eres un aliado militar de los Estados Unidos en Turquía y trabajas en la cumbre europea para la delegación de Ankara. Tardarás una hora en llegar allí.

Conrad observó a los cuatro aviadores griegos del helicóptero que a su vez lo miraban a él, el turco, con cierta hostilidad.

—Packard está verdaderamente decidido a conseguir que todo el mundo me odie, ¿no es eso?

—Bueno, lo intenta —contestó Wanda—. Al menos así los griegos no te harán demasiadas preguntas.

Serena desembarcó del hidroavión en el puerto de Mandraki, en Rodas. Se sentía como si hubiera vuelto atrás en el tiempo hasta la época de las cruzadas. El palacio del Gran Maestre, la torre de San Nicolás del siglo XV y la mezquita del sultán daban sombra a los modernos cafés frente al mar, las tiendas elegantes y los increíbles yates alineados en el puerto.

El hermano Lorenzo de los Dei la esperaba boquiabierto, atónito, en el todoterreno Mercedes-Benz G55 AMG plateado. Serena caminaba hacia él con el globo celeste que le habían dado los americanos apretado contra la barriga como si fuera una mujer embarazada a punto de dar a luz.

Se sentía desnuda sin la escolta de la Guardia Suiza que normalmente tenía a su disposición. Pero aquel no era un asunto oficial del Vaticano, y si algún agente de la Alineación la observaba desde un tejado con un instrumento de largo alcance, sería probablemente para protegerla hasta el momento de entregarles los globos. No había ninguna razón para atacarla y robárselos allí mismo.

—¡El auténtico globo celeste! —exclamó Lorenzo con reverencia mientras la ayudaba a cargarlo en el coche—. Pero ¿cómo?

Lorenzo no tenía ni idea de dónde había estado Serena después de haber ido a París y antes de viajar a Rodas, pero era evidente que estaba impresionado con la adquisición. Y desde luego Serena no iba a contarle nada.

—¿Dónde está Benito?

—En el centro de convenciones con el globo terrestre y el globo celestial falso.

—Pues vamos.

El hotel y centro de convenciones Rodos Palace estaba sobre una colina con vistas a la bahía Ialysos. Pasaba por ser el mejor y más grande centro de convenciones de toda Grecia. Se había construido con la intención de albergar a los jefes de Estado europeos y, a juzgar por la cantidad de coches blindados y de policía que había fuera, ese era precisamente el caso ese día. A la cumbre de paz asistían unos veintisiete presidentes de otras tantas naciones europeas con todos sus agentes de seguridad para hablar acerca del posible alcance de una resolución internacional sobre el destino de Jerusalén, resolución que se consideraba clave para establecer un Estado palestino en paz en Oriente Medio.

Lorenzo se saltó la entrada principal del complejo, situada en la avenida Trianton, y giró en la esquina para dirigirse al punto de inspección de vehículos, que quedaba justo frente a la entrada de personas notables. Abrió el maletero, bajó la ventanilla y le tendió al oficial de policía su carné de conducir, los documentos del vehículo y su chapa identificativa de la cumbre junto con la de Serena. Serena observó al oficial deslizar las chapas por un lector de códigos de tarjetas mientras otros cuatro soldados rodeaban el todoterreno y pasaban espejos por debajo en busca de explosivos.

Una pareja de soldados más inspeccionaron el globo y les pidieron a ambos que salieran del coche y les explicaran qué era, mientras otros revisaban el interior del vehículo.

—Es una obra de arte para una de las exhibiciones de la cumbre —explicó Serena—. Ni siquiera vamos a entrar con él. Vamos a ir a recoger otro globo que está en el muelle de carga que da al salón de baile Júpiter y desde allí los llevaremos los dos al palacio del Gran Maestro para las visitas.

—Por supuesto, hermana Serghetti —dijo el oficial—. Lamento las molestias.

Serena se subió de nuevo al asiento de atrás del todoterreno y Lorenzo se sentó al volante y arrancó, pero solo tuvo que conducir unos cincuenta y cinco metros hasta la entrada de carga del salón de baile Júpiter.

Los jefes de gobierno de la Unión Europea estaban ya sentados junto a sus respectivas banderas nacionales en un enorme pentágono formado por mesas sobre las que brillaba una lámpara de araña de cristal de Murano en el salón de baile. Alrededor de los líderes había un anillo aún más grande de mesas repletas de diplomáticos y prensa internacional, y finalmente estaban los bancos para los equipos de audiovisual e interpretación simultánea.

Serena pasó por detrás del área de prensa. De vez en cuando alzaba la vista para ver la imagen del presidente que hablaba en ese momento en la enorme pantalla sobre el escenario. Trataba de adivinar cuántos de aquellos rostros pertenecían a los Treinta. Fueran quienes fueran, Serena estaba convencida de que tenía que haber una conexión simbólica entre esa cumbre y el mensaje de los globos. Al fin y al cabo el origen de los globos se remontaba al Templo de Salomón en Jerusalén, que era precisamente la ciudad de cuyo futuro se hablaba en ese salón de baile.

Por fin encontró a Benito detrás del escenario con las dos cajas de los globos a las cuales los técnicos, que andaban de un lado para otro sin descanso, no hacían el menor caso. Era evidente que no los consideran asunto suyo.

Midas, que también estaba allí, no perdió ni un segundo.

—¿Tienes algo para mí?

Serena se sacó el siclo de Tiro del bolsillo y se lo tendió.

Pero Midas no se fió de su palabra. Sacó él también un aparato de mano, lo encendió y proyectó una luz infrarroja sobre la moneda.

—Los antiguos usaban un tipo concreto de polímero para fabricar las monedas. La consecuencia es una especie de sello invisible de rayos ultravioleta. ¿Lo ves?

Midas le enseñó la moneda bajo la luz y, para sorpresa de Serena, ella vio las marcas de cuatro flechas estampadas en los puntos cardinales alrededor del busto de Baal. Formaban una cruz que Serena reconoció como la bandera que habían adoptado los caballeros de San Juan en la isla.

Midas alzó su aparato de infrarrojos y dijo en tono acusador:

—He utilizado este aparato también sobre tu globo celeste. Es falso.

—Tengo el verdadero fuera, en el coche. ¿Pensabas darme más instrucciones?

Midas pareció complacido.

—Tienes que llevar los globos a la entrada oeste del palacio del Gran Maestro a las tres en punto. Allí te encontrarás con un insignificante agregado cultural griego y enseguida te llevarán a la sala en la que le presentarás los globos a Uriel —explicó Midas—. Te quedan diez minutos.

Serena dejó a Lorenzo y el falso globo celeste en el centro de convenciones y se subió al asiento trasero del todoterreno con los dos globos auténticos. Benito salió conduciendo a la calle. La policía los saludó en la puerta del garaje.

Uriel, pensó. Serena no había oído jamás ese nombre entre los Treinta. Sin embargo sabía que Uriel era el nombre del ángel del Génesis al que Dios había ordenado custodiar las puertas del jardín del Edén con la espada llameante después de echar a Adán y Eva del paraíso. La información de Conrad sobre el *Flammenschwert* comenzaba a cobrar sentido. Estaba ansiosa por descubrir quién era ese tal Uriel.

De camino al palacio del Gran Maestro, Serena notó que Benito estaba impresionado por el hecho de que hubiera conseguido el auténtico globo celeste, pero también parecía preocupado.

—¿Y el *signor* Yeats? —preguntó Benito, mirándola por el espejo retrovisor.

—Con los americanos —contestó ella.

Benito se mordió la lengua, pero Serena supo leer la expresión de su mirada. Ese hombre la odiaría durante el resto de su vida por ser una puta fría y sin corazón, eso era lo que Benito pensaba. Aunque por supuesto jamás se atrevería a decir algo así. Benito no juraba y además sabía mejor que nadie qué había que hacer en cada momento. *Y sin embargo parece triste*, pensó.

Pero Serena asistía a la cumbre para desenmascarar a los miembros de la Alineación. En cuestión de minutos entregaría los globos tal y como había prometido. En cuestión de horas asistiría a la reunión del Consejo de los Treinta de esa noche. Y entonces todo su trabajo y todo aquello que había sacrificado, incluyendo una vida en común con Conrad, le darían por fin su recompensa.

El piloto griego sobrevoló la isla de Rodas con el Super Puma Eurocopter a una altura de más de ochenta metros sin invadir las zonas rojas de seguridad de la cumbre de la Unión Europea y siguiendo una ruta alternativa hacia la pista de aterrizaje. El cielo estaba despejado, de modo que las vistas sobre la isla eran espectaculares.

—¿Zonas de seguridad? —preguntó Conrad, destrozando a propósito el inglés e inventándose el mejor acento turco que se le ocurrió.

Habló tan mal en inglés que de hecho funcionó. Uno de los griegos se echó a reír mientras que el otro, Koulos, decidió ayudar al desorientado turco a hacerse una idea de cuál era la situación de la isla.

—Las zonas rojas de seguridad están situadas alrededor del palacio del Gran Maestre en la parte antigua de la ciudad, allí, y alrededor del hotel y centro de convenciones Rodos Palace, en la zona moderna, allí —gritó Koulos en inglés, haciéndose oír por encima del ruido de las aspas del helicóptero—. Ambos emplazamientos están unidos por una calle que llega hasta el puerto. Solo el personal autorizado o asignado a esas zonas puede atravesar los puestos de control y acceder a esas zonas rojas.

Conrad asintió.

—Las murallas de la parte antigua que rodean el palacio del Gran Maestre forman el perímetro de la zona de seguridad amarilla exterior. Ningún vehículo puede entrar ni atravesar esas puertas sin la debida documentación y una inspección completa.

Conrad sacó la BlackBerry militar que le había dado Packard y que tenía instalado un programa de rastreo por GPS. Le pidió a Google Earth un mapa de Rodas por satélite y buscó el punto azul que señalaba la situación del localizador colocado en el globo celeste que Packard le había dado a Serena. El reflejo del sol sobre la ventanilla le impidió examinar la pantalla; no pudo verla hasta que aterrizaron y saltó a la pista.

Entonces interpretó el mapa: el globo se hallaba en la zona roja, en el centro de convenciones. Y con un poco de suerte estaba con los otros dos.

Se llevó una moto del departamento de policía y firmó la solicitud con el nombre de Firat Kayda. No era una motocicleta oficial con sirena. Al llegar al centro de convenciones la chapa de identificación no le causó ningún problema y pudo atravesar el puesto de control de la entrada principal del hotel supuestamente para reunirse con sus superiores turcos.

Atravesó el vestíbulo del hotel siguiendo la señal del GPS hasta la espaciosa área de exhibición, donde las empresas de tecnología «verde» prometían transformar Oriente Medio en un paraíso tropical para la inversión, generando importantes beneficios para los inversores europeos. «Algo más que petróleo» era el lema. Todas las empresas destacaban los beneficios comerciales de la paz en la región.

La brillante luz del sol le proporcionó la excusa perfecta para dejarse las gafas de sol puestas en el interior. Mucha otra gente las llevaba, y eso le confería cierto aspecto anodino a la hora de pasar por la

espectacular escalera circular hacia el anfiteatro.

Conrad se detuvo ante la puerta del anfiteatro y se guardó la BlackBerry. El guarda de seguridad miró su chapa y asintió.

Conrad se quedó al fondo del tercer nivel del anfiteatro, que estaba repleto. Había casi seiscientos delegados. Roman Midas estaba en el escenario, hablando desde un podio delante de un impresionante panel de pantallas planas sobre las que se veían todo tipo de logotipos y gráficos.

¿Qué tendrá que decir que pueda interesar a cualquiera de estas personas? Inconscientemente, Conrad se apoyó sobre la pared junto a un grupo de gente que seguía de pie porque no encontraba asiento. Se sentía como un convicto en una rueda de identificación policial en la que Midas era quien elegía al culpable. Sin embargo toda la luz y la atención se dirigían hacia él, así que era muy dudoso que Midas pudiera ver algo más allá de la primera fila de espectadores.

—Es la nueva alquimia —proclamó Midas—. El agua surgiendo del desierto.

Los gráficos de alta definición evidenciaban que la misma tecnología de minas de profundidad que Minería y Minerales Midas había utilizado para extraer petróleo de los «sustratos de la tierra a los que era más difícil llegar» podían explotarse en ese momento para sacar agua de los ríos ocultos y de los acuíferos de la península del Sinaí.

Midas continuó:

—Esa cuenca de polvo se convertirá en la cesta del pan de Oriente Medio, liberará a la región de su dependencia de la agricultura extranjera y ofrecerá a la población local la oportunidad de crecer y exportar algo más que petróleo.

Entonces salieron en la pantalla los nombres de varios socios israelíes y árabes para subrayar la cooperación internacional de ese «consorcio de las industrias líderes» para «liberar a Oriente Medio de su dependencia del petróleo».

Vaya, pensó Conrad, esto es nuevo. Echó a caminar por la pared curva del fondo de la sala, creyendo que llegaría a la puerta de la cabina de proyección o de alguna sala de control de imagen y sonido. Suponía que esa cabina estaría oscura y que Serena habría guardado allí los globos hasta que pudiera llevarlos a otro sitio. No podía creer que los hubiera abandonado sin ningún tipo de protección defensiva. Pero la única puerta que encontró fue la de la otra salida del fondo del anfiteatro.

Conrad tomó esa salida y se dirigió a la zona del bar del vestíbulo. Entonces localizó el globo celeste allí en medio, como si fuera una obra de arte, junto a un hombre joven con un traje con cuello de sacerdote...

Pero lo peor fue que el sacerdote lo reconoció.

Maldita sea, pensó Conrad mientras se dirigía hacia él.

El sacerdote comenzó a balbucear:

—¡Doctor Yeats...!

—¡Cállate! —le ordenó Conrad en voz baja, mirando a su alrededor—. ¿Qué demonios está pasando?

—No tienes de qué preocuparte —contestó el sacerdote secamente—. Este no es el globo que tú le diste. Es otro falso. Ella se llevó el verdadero después de quitarle el rastreador y meterlo dentro de este otro.

—¿Dónde está Serena... Lorenzo? —siguió preguntando Conrad después de leer la chapa identificativa del sacerdote.

Lorenzo parecía de pronto estar sujeto al voto de silencio.

Conrad insistió.

—Serena está en peligro.

El sacerdote alzó los ojos hacia Conrad.

—¿Quién la amenaza?

—Por última vez, Lorenzo.

—Ha ido a su cita de las tres en punto —dijo Lorenzo—. ¿Tengo que llamar a seguridad?

—No, pero me llevo esto —dijo Conrad.

Conrad retiró el globo del pedestal y se marchó con él. Lorenzo se quedó boquiabierto.

Una vez fuera del centro Conrad abrió el globo, tiró el rastreador y ató de mala manera el globo a la moto. Entonces sacó la BlackBerry y llamó a Wanda Randolph.

—Informa —pidió Wanda.

—Dile a Packard que Serena ha encontrado el rastreador. Sigue en posesión de los paquetes. Necesito que os coléis en el sistema de seguridad de la cumbre para ver dónde y cuándo se ha escaneado su chapa identificativa por última vez.

—Te copio —contestó Wanda.

Conrad miró el reloj. Eran las tres y cinco. Le preocupaba llegar tarde.

Wanda lo llamó dos minutos después.

—Acaba de pasar por el puesto de control de la puerta de la Libertad de la parte antigua de la ciudad. Se dirige al palacio del Gran Maestro con dos paquetes que aparecen en la lista del sistema como «obras de arte».

Conrad colgó y arrancó la moto nada más oír que se dirigía al palacio del Gran Maestro. Y se alejó de allí en dirección a la fortaleza con un gran estruendo.

Lorenzo atravesó el vestíbulo del hotel y centro de convenciones y se acercó al oficial al mando en el puesto de seguridad. El era un sacerdote ambicioso y el doctor Yeats acababa de brindarle una oportunidad de oro para acelerar su ascenso dentro del Dei con la excusa de que trataba de proteger a sus superiores.

—Acabo de ver al fugitivo que asesinó a Mercedes Le Roche —afirmó Lorenzo casi sin aliento—. Conrad Yeats, el americano. Está aquí, en la cumbre.

El griego desvió la vista hacia la chapa identificativa de Lorenzo y decidió tomarse la denuncia en serio. Comenzó por hacerle más preguntas.

—¿Llevaba chapa identificativa, padre?

—Sí —afirmó Lorenzo, esperanzado—. El nombre de la chapa era Firat Kayda y tenía la banda de seguridad roja que permite acceder a las zonas centrales. ¡Santa Madre de Dios, quizá ese americano haya matado al auténtico Firat Kayda para poder sustituirlo y entrar a matar a alguien más!

—Por favor, padre, no le cuente esto a nadie más. Lo investigaremos.

Lorenzo captó cierto tono desdeñoso en la voz del oficial griego.

—No va usted a hacer nada, ¿verdad?

El oficial descolgó el teléfono.

—Firat Kayda —dijo por el auricular.

Inmediatamente colgó.

—¿Y eso es todo? —preguntó Lorenzo.

—Por favor, padre, espere.

El oficial atendió otros papeles con otros oficiales. Lorenzo se quedó observándolo, ardiendo de rabia. Un minuto más tarde el griego vio que el padre fruncía el ceño y alzó la vista hacia la terminal del ordenador.

—Aquí está —dijo el oficial, observando un fotograma del vídeo del momento en el que Kayda atravesaba el puesto de control del hotel. El policía griego esbozó de inmediato una expresión de preocupación cuando se activó el programa de reconocimiento facial—. Hay muchas posibilidades de que tenga usted razón.

—¡Por fin! —exclamó Lorenzo.

El oficial griego comenzó a aporrear las teclas con furia.

—Estoy identificando su nombre y vídeo para cuando se presente en otro puesto de control. Le negarán la entrada y lo arrestarán inmediatamente.

—No olvide que va armado y es peligroso, oficial. Ha matado a una persona y puede volver a matar.

El griego alzó la vista con prudencia.

—Muchas gracias, padre. Ha sido usted de gran ayuda.

Lorenzo hizo la señal de la cruz y se marchó.

Vadim estaba sentado al volante de un Peugeot aparcado frente al palacio del Gran Maestre. Dirigió la vista más allá de la chapa identificativa del vehículo que colgaba del espejo retrovisor y vio pasar el Mercedes todoterreno de color plateado.

Alargó la mano y tiró de los asientos traseros hacia delante para acceder al maletero. Abdil Zawas estaba atado y amordazado, retorciéndose junto a los bloques de explosivo plástico C4 después de haber recibido una paliza. Vadim había trasladado al egipcio a Rodas directamente desde Berna horas antes de que colocaran los puestos de seguridad. Y como el coche estaba registrado como propiedad de un residente desde hacía años, las fuerzas de seguridad que habían barrido toda la zona amarilla de la parte antigua de la ciudad ni siquiera le habían abierto el maletero.

Pero Abdil se había despertado un poco antes de lo que Vadim hubiera querido. Las calles de Rodas eran tan estrechas y los coches tan escasos que no podía permitirse el lujo de que Abdil se diera de cabezazos contra la chapa o que diera patadas contra el maletero tratando de llamar la atención justo cuando alguien pasaba por allí caminando.

—Todavía no ha terminado la siesta —dijo Vadim, que se sacó un lápiz de inyección del bolsillo—. Tienes que seguir vivo para que el médico forense dictamine que la causa más probable de tu muerte es que has decidido ser un mártir de Alá.

Vadim se deleitó al ver la expresión horrorizada de los ojos de Abdil. La jeringuilla del lápiz contenía una dosis concentrada en la que únicamente había trazodone para dormir. Nada doloroso por desgracia, además de que era una vergüenza pensar que el egipcio ni siquiera sería consciente de los últimos momentos de su vida.

—¿No quieres saber cuántas de tus putitas van a echarte de menos cuando te vayas? —preguntó Vadim mientras le inyectaba el trazodone en el cuello—. Yo creo que al sitio donde te diriges ahora, serás tú quien las eche de menos a ellas.

Los ojos de Abdil giraron muy abiertos, llenos de pánico, a pesar de que los párpados comenzaban a pesarle. En pocos minutos todo habría terminado para el último gran Abdil Zawas.

—Voy a hacerte famoso, Abdil —le dijo Vadim al egipcio—. Estás a punto de abrir un nuevo frente en la guerra contra los judíos y las cruzadas. Mira este vídeo que voy a colgar en YouTube. ¿Te reconoces?

Vadim estaba a punto de reproducir el vídeo en la BlackBerry cuando el aparato comenzó a sonar. Era Midas.

—Los de seguridad dicen que Yeats está vivo y que ha sido visto en Rodas —soltó Midas de mal humor, casi ladrando—. Ella ha traicionado a la Alineación.

—Parece que te sorprende —dijo Vadim—. De todos modos tu plan siempre ha sido matarla en cuanto entregue los globos. Sabe demasiado. Más que yo. No ha cambiado nada. Yeats no llegará a

tiempo de intervenir.

—¿Está todo preparado?

—Sí —afirmó Vadim—. La única calle que llega o sale del palacio del Gran Maestro es la de los Caballeros. Yo me encargaré de esa mujer en cuanto salga del palacio.

—Ella no debe disponer ni de un momento para ponerse en contacto con nadie ni informar de lo que haya podido averiguar a través de Uriel o por sí misma —advirtió Midas, que a continuación hizo una pausa—. Acuérdate, Vadim. Irá en el segundo coche. Te lo repito: en el segundo coche. No en el primero. Si confundes uno con otro, todo estará perdido.

—No los confundiré —aseguró Vadim.

—Asegúrate de que es así —insistió Midas—. Tiene que parecer que el objetivo de Zawas era el primer coche, pero que le dio al de Serghetti en su lugar y que saltó él también por los aires de paso.

—Sí —afirmó Vadim sin dejar de mirar el flácido cuerpo de Abdil por el retrovisor—. Entendido.

Durante todo el trayecto por la calle de los Caballeros hacia el palacio del Gran Maestre, Serena estuvo preguntándose quién podría ser Uriel. Si su papel dentro de la Alineación casaba con el significado del nombre, entonces Uriel tenía que ser el último que tuviera en sus manos el *Flammenschwert*. Eso señalaba a Midas, así que Serena se preparó para ver su horrible sonrisa esperándola junto al tercer globo.

—Ojalá pudiera entrar con usted, *signorina* —dijo Benito mientras conducía el todoterreno G55 hacia la entrada de la torre oeste.

—Sí, a mí también me gustaría —contestó ella.

El agregado griego del que le había hablado Midas la esperaba con dos personas de confianza y un carrito. Benito abrió el portón trasero del coche y los dos ayudantes colocaron las cajas de acero con los dos globos de cobre sobre el carrito. Serena los siguió por la puerta.

Atravesaron el vestíbulo, pasaron por delante del mosaico de la medusa y siguieron por un largo pasillo abovedado hasta un nivel inferior. Todo era exactamente tal y como estaba dibujado en el plano que le había enseñado Conrad en el lago en Italia. No fue necesario que nadie le dijera en qué sala estaba cuando entraron en la Sala de los Caballeros y la dejaron a solas con los globos. El tamaño de la estancia y la decoración, que tenía algo de siniestro, bastaban para anunciar lo que era.

Entonces una pequeña puerta de madera que había a un lado se abrió por sí sola y Serena vio la sala adjunta y un reflejo reluciente que solo podía proceder del tercer globo. Empujó el carrito por la puerta hasta la mesa redonda y se quedó mirando el globo que había encima.

El tercer globo.

Permaneció de pie, en silencio, contemplándolo. Era magnífico, como un objeto forjado en las profundidades de un volcán o en una montaña de mineral de cobre de la Atlántida. De cerca recordaba a los globos terrestre y celestial y resultaba obvio que formaban parte de la familia. Sin embargo, los diales tallados sobre la superficie hacían de él un globo armilar, construido para predecir los ciclos del sol, la luna y los planetas. Era el tercer elemento del tiempo que faltaba, como ya había sospechado, y con razón, el hermano Lorenzo mientras hacía sus cálculos en el Vaticano.

Una puerta se abrió. Serena alzó la vista y vio al general Gellar, el ministro de Defensa israelí, que la miraba de arriba abajo, muy sorprendido.

El sentimiento es mutuo, pensó ella.

—¿Tú eres Uriel? —preguntó Serena. Se conocían desde hacía tiempo, pero de pronto se miraban el uno al otro de un modo distinto—. ¿Para qué quieres estos globos?

—¿De verdad necesitas preguntarlo? —inquirió a su vez Gellar, ofendido—. Son nuestros. Pertenecen a Israel. Sois vosotros quienes los robasteis.

—¿Dices que nosotros los robamos?

—Los caballeros templarios nos los robaron de debajo del Monte del Templo junto con todo lo que pudieron usurparnos para financiar las guerras, incrementar su poder y perseguir a los judíos.

Serena trató de comprender, de averiguar qué estaba pasando.

—Bien, pues yo me declaro culpable en nombre de la Iglesia católica romana. El papa se ha disculpado oficialmente. Aunque yo, por supuesto, no vivía por esa época. Pero de haber vivido, estoy convencida de que mi actitud habría sido antisemita.

Gellar pareció darse cuenta entonces de que su actitud era ridícula, aunque era evidente que consideraba el medallón del Dei que colgaba del cuello de Serena como si fuera la chapa identificativa de un nazi muerto.

—Tú no eres uno de los Treinta, general, ¿verdad?

—No —negó él.

—Pero haces tratos con ellos.

—¿Quieres decir contigo? Sí. Israel no sería un país si tuviera relaciones solo con sus amigos.

Le habría gustado decirle que ella tampoco pertenecía a la Alineación, pero una declaración como esa, hecha en las mismas entrañas del palacio del Gran Maestro, jamás habría resultado verosímil. Habían sido los caballeros de San Juan, una unidad militar prima hermana de los caballeros templarios, quienes habían construido el palacio. Y, de todas maneras, Serena tenía que averiguar el propósito al cual iban destinados los globos y la razón por la que la Alineación se los devolvía a los israelíes.

—¿Vas a llevártelos de vuelta a Jerusalén?

—Sí, al lugar donde deben estar.

Serena se quedó mirándolo.

—Vas a reconstruir el templo. Solo necesitabas reunir todas las piezas.

—Sí —confirmó Gellar en un tono casi desafiante.

—Pero para hacer eso tienes que retirar de allí primero la Cúpula de la Roca.

—Sí.

—Y eso iniciará una guerra con los árabes.

—Sí.

—Y vosotros os defenderéis, naturalmente.

—No —negó Gellar—. Vosotros y Europa nos defenderéis si América decide no participar. Y si no, Dios nos protegerá.

—¿Y cuándo se supone que va a ocurrir todo eso?

Gellar esbozó una sonrisa.

—Tú tienes dos de los globos y se supone que eres una gran lingüista. ¿Es que no has podido interpretar las señales?

Serena se dio cuenta de que no podía interpretarlas, pero tampoco podía permitir que Gellar se marchara sin darle alguna pista más. Entonces se acordó de que Conrad le había hablado de la razón por la cual había dejado de excavar en Israel: no podía averiguar la alineación astronómica del templo. Sin esa alineación no había sabido dónde excavar.

—La alineación de las estrellas del globo celeste no refleja los puntos más destacados del globo terrestre —dijo Serena—. Por ejemplo, en el globo celeste no hay ninguna estrella que corresponda a Jerusalén.

—Aún no —contestó Gellar, esbozando una leve sonrisa—. Por eso precisamente es necesario el tercer globo. Los profetas hebreos creían que Dios utilizaría los planetas para darnos una señal de que algo importante se encontraría a punto de ocurrir. Examina de cerca ese tercer globo y te darás cuenta de que estamos a mitad de una extraordinaria alineación de dos triángulos simétricos formados en el cielo por seis planetas. ¿La reconoces?

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Serena, que vio la alineación claramente—. ¡Es la estrella de David!

—Es la estrella que estabas buscando sobre Jerusalén, hermana Serghetti —continuó Gellar—. No es ni un cometa ni una nova ni una estrella de esas «estrellas de Belén». Esta estrella es la conjunción de planetas que el profeta Jeremías predijo que aparecería en los últimos días antes de la venida del Mesías. Y es la estrella con la cual alinearemos el tercer templo.

La puerta de salida se abrió y Gellar le indicó que se marchara.

—Gracias por devolverle los globos al pueblo de Israel, hermana Serghetti. Yo me encargaré de ellos.

Serena abandonó la sala. Nada más cerrar la puerta comprendió que no había vuelta atrás. Un minuto más tarde se subió al todoterreno G55 que la esperaba fuera.

—El general Gellar es Uriel —le dijo a Benito. Serena vio su rostro atónito por el retrovisor—. Va a llevarse los globos al Monte del Templo. Sin duda eso significa la guerra. Gellar está convencido de que va a fundar un nuevo Jerusalén. Pero la Alineación apuesta claramente por una nueva cruzada que extraiga el petróleo y cualquier otra cosa que quede de valor de Oriente Medio. El nuevo imperio romano. Y eso no nos interesa a nadie.

Conrad esperaba detrás de tres coches que hacían cola en la puerta de la Libertad para entrar en la parte antigua de la ciudad. Dos camiones blindados flanqueaban la puerta mientras los *evzones* griegos con sus medias y sus metralletas inspeccionaban los vehículos antes de entrar.

Miró el reloj: eran ya las tres y cuarto. Probablemente a esas horas Serena habría entregado los globos, echando a perder de ese modo su única oportunidad de contemplarlos. Y lo peor era que ese discípulo suyo del Dei lo había visto, así que podía haberla advertido para que saliera por otra puerta distinta de la ciudad.

Un soldado le hizo una señal con la mano para que se acercara a la puerta. Conrad le tendió su carné de conducir y la chapa de identificación. El soldado la pasó por el lector de tarjetas y mientras tanto el oficial de policía le hizo preguntas.

—¿Adónde vas?

—A la iglesia de San Juan —mintió Conrad. Se refería a la iglesia que había en la calle de los Caballeros, justo enfrente del palacio del Gran Maestre—. Tengo que entregar esto en la exhibición de iconos —añadió, volviendo la vista por encima del hombro hacia el globo atado malamente a la parte de atrás del asiento.

—¿Eso es un icono? —le preguntó el oficial con brusquedad.

Conrad sonrió.

—Es una réplica de un icono.

El oficial siguió sonriendo.

—Yo más bien lo llamaría un accidente, porque es evidente que se te va a caer de la moto a la carretera.

—Pero aún no se me ha caído.

Justo entonces volvió el soldado con la identificación de Conrad.

—¿Firat Kayda? —preguntó el soldado mientras otros cuatro rodeaban a Conrad con sus metralletas.

—Sí —contestó Conrad con tranquilidad.

—Estás detenido.

El cerebro de Conrad se puso en marcha nada más ver que un coche iba a salir de la ciudad y se acercaba por el carril contrario dispuesto a atravesar la puerta.

—¡Yo no quería robarlo! —gritó Conrad, que alargó la mano hacia el supuesto icono al oír que más de un soldado retiraba el seguro del arma—. ¡Solo quería devolverlo!

Conrad tiró de la cuerda y el icono cayó al suelo y se abrió.

—¡Oh, no! —gritó Conrad.

Todos los ojos se dirigieron por un momento al suelo, y entonces Conrad aprovechó para girar de lleno el acelerador y entrar a toda velocidad por la puerta abierta. De inmediato torció a la izquierda por

detrás de la torre.

Hubo gritos, chirridos de frenos y después el sonido retardado de las balas, que alcanzaron la torre. Conrad aceleró por la calle de los Caballeros, pero enseguida vio que un poco más adelante había problemas: un Mercedes sedán clase S negro se acercaba de frente, ocupando toda la calle y dejándole poco espacio para maniobrar por ninguno de los dos lados. Tendría que atajar por alguna de las estrechas calles pavimentadas con adoquines de hacía doscientos años. Necesitaba perder de vista a la policía sin perderse él.

Entonces vio un segundo coche: un Mercedes todoterreno clase G que salía por la puerta del palacio del Gran Maestre para incorporarse a la calle y continuar en dirección contraria a él. Al girar, la reconoció sentada en el asiento de atrás.

¡Serena!

Detrás de él sonaron las sirenas. Conrad miró por el retrovisor y vio las luces del coche de policía que lo perseguía.

Alzó la vista de nuevo hacia la calle de los Caballeros justo a tiempo para desviarse bruscamente a un lado. El Mercedes negro casi se le echó encima, se llevó su espejo retrovisor por delante al pasar.

Tenía delante el Mercedes todoterreno plateado. Por un instante Conrad pudo atisbar el rostro atónito de Benito mientras pasaba junto a un Peugeot que había aparcado delante de la Posada de Provenza. Todo parecía transcurrir a cámara lenta mientras Conrad analizaba la situación: la policía detrás, el Mercedes plateado delante de él, el Peugeot aparcado justo a la altura del Mercedes.

A ese coche no le correspondía estar allí.

Pero antes de que pudiera avisar a Benito, el Peugeot explotó en una bola de fuego que hizo estallar al Mercedes.

—¡Serena! —gritó Conrad justo antes de que la onda expansiva lo lanzara volando por los aires a él también.

Serena se encontró de pronto tirada en la calle. El todoterreno se había partido por la mitad. Trató de levantarse, pero no pudo. Mientras estaba agachada en la calle, entumecida por el susto, vio que Benito yacía al otro lado de los restos ardiendo y que apenas se movía.

—¡Oh, Dios mío, Benito!

Gateó hacia él. Benito tenía media cara quemada y arrancada, pero movía el brazo. Entonces vio que se le salían las entrañas.

—¡Oh, Dios!

Serena trató de llegar hasta él, pero aún le faltaban unos cuantos metros.

Benito sabía que se estaba muriendo, luchaba por respirar.

—No tenga miedo, *signorina*, ahora él cuidará de usted.

Justo entonces una sombra oscureció parte del rostro de Benito. Serena alzó la vista y descubrió a un hombre de pie con el rostro retorcido y un parche en un ojo. Sostenía una pistola y le apuntaba directamente a ella. Serena gritó.

—La extremaunción —dijo el hombre con acento ruso.

Acto seguido apretó el gatillo.

Serena oyó el disparo, pero no sintió nada. El asesino cayó de bruces al suelo delante de ella. Serena se quedó mirándolo, atónita. Entonces escuchó su propio nombre.

—¡Serena!

Era Conrad, que llegaba en moto atravesando el humo como si fuera el mismo demonio del infierno. Y detrás, la policía, persiguiéndolo como las mismas Furias.

Conrad detuvo la moto y la hizo ponerse en pie.

—Ven, vamos.

Pero Serena no podía dejar allí a Benito.

—No puedo.

—Date prisa —insistió él.

Conrad tiró de ella. La llevó medio en vilo y la hizo sentarse en la parte de atrás de la moto. El se sentó delante y tiró de sus brazos para que se sujetara a él.

—Por favor, Serena, agárrate.

—Te dije que no vinieras, Conrad —dijo ella amargamente, casi sin aliento, comenzando a llorar—. ¡Te lo dije!

—Todo esto estaba planeado mucho antes de que viniera yo, Serena. Incluso mucho antes de que vinieras tú.

Conrad arrancó la moto y Serena sintió que la máquina rugía y volvía a la vida. Conrad iba a llevarla lejos de allí, pero ella no había terminado todavía su trabajo.

—La reunión del Consejo es esta noche. Tengo que quedarme aquí.

—Lo siento, Serena —lo oyó ella decir mientras la rueda de atrás chirriaba y la moto salía disparada a toda velocidad.

Conrad entrecerró los ojos frente al sol poniente. Trataba de salir de la calle de los Caballeros por el extremo oeste en dirección a la plaza de Kleouvoulou. La policía lo seguía de cerca. Sentía los latidos del corazón de Serena, que apenas si podía asirse a él. Giró en la ancha y sombreada calle de Orfeo y enseguida vio a la derecha el punto en el que conectaban la muralla interior con la muralla principal de la parte antigua de la ciudad. Había encontrado lo que buscaba: la puerta de San Antonio, así que continuó conduciendo la moto por encima de las murallas y dejó a los coches de policía atrás, bloqueados.

Pasó a toda velocidad por delante de los bancos de hierro, de los artistas, que pintaban retratos a los turistas, y de los caballetes esparcidos por allí. Provocó innumerables gritos y juramentos. Giró a la izquierda por un túnel oscuro.

Poco después salió de la parte antigua de la ciudad por la impresionante puerta de San Ambrosio. Dos policías comenzaron a dispararle mientras cruzaba el puente de arcos sobre el foso seco que daba a la parte más nueva de la ciudad. Atajó tomando directamente la calle Makariou y continuó como un trueno hacia el puerto.

—Tengo un hidroavión en el rompeolas junto a los molinos —dijo Serena, que por fin pareció recobrar la vida.

—Yo tengo una barca, creo. Es de Andros.

—Yo pilotaré. Nos iremos los dos juntos —insistió ella.

El ruido de las sirenas era cada vez más fuerte y procedía de todas las direcciones. De pronto la calle se ensanchó para dar paso a la plaza de Kyprou, donde dos isletas de tráfico triangulares regulaban el paso en una intersección de siete calles que formaban siete ángulos distintos. La plaza no tenía ningún semáforo y la mayor parte de los coches que pasaban a toda velocidad eran de policía o bien los conducían ciudadanos griegos.

—¡Sigue por la izquierda! —gritó Serena.

—¡Por la derecha! —la contradijo él.

—¡Por la izquierda vas todo recto!

—¡Lo sé! —gritó Conrad, que cruzó por en medio de las dos islas hasta el otro lado de la plaza.

Pasó casi raspando a dos coches, a los que obligó a frenar.

Conrad giró a la derecha, pero nada más pasar por el Starbucks y la oficina postal redujo para tratar de pasar desapercibido entre las sombras del atardecer que comenzaban a caer sobre los cafés, frente a la costa.

El padre Lorenzo los esperaba en el rompeolas junto al hidroavión Otter y los solitarios molinos. El sacerdote se echó a temblar nada más ver a Conrad. Conrad recorrió todo el rompeolas hasta llegar al final, al borde del agua.

—Dicen que ha estallado una bomba en la calle, junto al cuartel de los Caballeros —dijo Lorenzo

apenas sin aliento, mientras ayudaba a Serena a bajarse de la moto—. Han encontrado dos cuerpos.

—Benito —dijo Serena.

Lorenzo desvió la vista hacia Conrad.

—Dicen que el objetivo era el ministro israelí de Defensa y que el terrorista egipcio que está detrás del asunto, Abdil Zawas, ha salido volando por los aires por accidente. También sale tu foto por televisión como cómplice del atentado.

—Señálame con ese dedo huesudo tuyo y te lo rompo —soltó Conrad—. ¿Qué diablos estás haciendo tú aquí?

Serena detuvo a Conrad con una mano temblorosa.

—Tiene instrucciones de volver aquí siempre que haya problemas —dijo ella, que se subió a bordo del hidroavión y arrancó.

Conrad miró a Lorenzo con una expresión despectiva, pero el sacerdote se apresuró a subirse al Otter detrás de Serena y comenzó a hacerle señas con la mano a todo correr para que se subiera él también.

Conrad tiró la moto al agua, se subió al hidroavión y cerró la puerta. Enseguida el hidroavión se alzó en el cielo nocturno y se ladeó hacia el este. Conrad bajó la vista para contemplar cómo las luces del puerto se iban alejando.

Roman Midas bajó triunfante la escalinata del palacio del Gran Maestro junto a un surtido grupo de líderes europeos para esperar cada cual a su limusina. Eran casi las diez de la noche y todos iban de esmoquin. Habían asistido a un espectacular concierto de etiqueta al aire libre en el patio del edificio, concierto que había resultado desgarrador después de la violenta tarde en la que había estallado un coche bomba.

—Gellar y los israelíes han tenido una suerte de la hostia. Sin embargo, es una trágica pérdida para la hermana Serghetti. Hoy en día es difícil encontrar un buen chófer.

Ese había sido el comentario que Midas le había oído hacer al primer ministro británico dirigiéndose al canciller alemán antes del concierto.

—*Oui.*

Y esa había sido la respuesta que Midas había oído después por parte del presidente francés, quien además comprendía perfectamente que la hermana Serghetti no hubiera asistido al concierto e incluso añadió:

—Pero a mí me preocupan mucho más los informes de la inteligencia que ese vídeo de YouTube en el que Zawas da muestras evidentes de un inminente ataque a un objetivo aún más grande.

Todos habían disfrutado del concierto.

Aunque unos más que otros, de eso Midas estaba convencido. Mientras la mayor parte de los dignatarios se quedaban sentados bajo las estrellas escuchando a la Orquesta Filarmónica de Berlín, diecisiete de ellos se sentaban en la Sala de los Caballeros, justo debajo de ese patio, y atendían al plan que les exponía Sorath para la paz mundial.

Ninguna de esas caras era la que él esperaba y, sin embargo, al final de la reunión Midas no podía imaginar que hubiera nadie mejor cualificado que ellos para llevar a cabo ese plan.

Y en cuanto al plan, lo había dejado maravillado.

Después de varios siglos, los globos de Salomón volvían a manos de los judíos. A partir de ese momento el general Gellar y sus amigos ultraortodoxos tenían la última pieza del puzle que les permitiría construir el tercer templo. El único problema era que la mezquita de Al Aqsa estaba en medio, pero Gellar estaba dispuesto a dejar que la Alineación realizase el trabajo sucio por él y llamarlo después la voluntad de Dios. Lo único que Gellar tenía que hacer era utilizar los globos para llevar el *Flammenschwerta* su lugar, bajo el Monte del Templo.

Naturalmente, de inmediato se produciría un levantamiento de los palestinos que, con toda probabilidad, acabaría en una guerra mayor. Cuando todos los caminos razonables de la diplomacia se hubieran agotado, lo cual era habitual en el mundo árabe, entraría en juego el «proceso de paz» internacional con el que Gellar se habría comprometido con anterioridad, precisamente en la cumbre de la Unión Europea que estaban celebrando en Rodas; demasiado tarde para que Gellar se diera cuenta de

que había traicionado a su patria por su religión. Y tampoco es que fuera a haber lugar para ninguno de los dos en el nuevo orden mundial. Jerusalén sería ocupada por una fuerza internacional de mantenimiento de la paz y el nuevo templo se convertiría en el trono desde el cual la Alineación controlaría Oriente Medio.

Pero lo más increíble de todo era que al trasladar los tres globos de Salomón a su lugar de descanso final, Gellar estaría activándolos en su punto de origen y, por tanto, revelándoles el verdadero tesoro debajo del Monte del Templo que Midas y la Alineación andaban buscando. Sería un descubrimiento más grande que ningún otro hecho por el judaísmo, el cristianismo o el islam, y serviría para la fundación de una civilización maestra que suplantaría a cualquier otra anterior en la historia humana.

La historia misma de la humanidad sería historia.

En menos de veinticuatro horas los judíos volverían a ser traicionados por treinta monedas de plata, se dijo Midas maravillado. En Oriente Medio se desataría una cruzada final que garantizaría la eterna paz mundial y el amanecer de un nuevo imperio romano en el siglo XXI. Y para hacer todo eso solo necesitaban una pequeña pieza de tecnología de la Atlántida modificada por los nazis.

Si esa no es la solución final *pensó Midas*, entonces ¿qué es?

Todo estaba saliendo según el plan, a grandes rasgos. Midas casi se permitió sonreír. Entonces vio llegar a Vadim con la limusina. Bueno, casi todo estaba saliendo según el plan.

—Estás hecho una mierda, Vadim —afirmó Midas. Abandonaban ya la ciudad de Rodas y se internaban por las colinas de camino a la pista de aterrizaje—. Me sorprende que los de seguridad te hayan dejado pasar. ¿Te han sacado la bala?

—No —negó Vadim casi con un gruñido. Era evidente a todas luces que estaba sufriendo—. Pero he dejado de sangrar.

—Bueno, ya nos ocuparemos de eso después de Jerusalén —dijo Midas—. Al menos has tenido la suficiente presencia de ánimo como para marcharte de allí a pesar de fallar y no conseguir matar a Serghetti.

—La Posada de Provenza es casi el único local de toda la calle con puerta trasera —explicó Vadim—. No me resultó complicado escabullirme por allí entre tanto humo y tanta confusión después de la explosión del coche de Abdil.

Midas no dijo nada. Encendió la televisión y comenzó a ver la BBC.

—A pesar del ataque terrorista de Rodas de hoy, los veintisiete ministros de Exteriores de los países europeos han decidido unánimemente intensificar el diálogo con Israel sobre temas diplomáticos —anunció el presentador de televisión de abultada cabellera—. La viceprimera ministra y ministra de Asuntos Exteriores, Tzipi Livni, ha dicho que este es un logro muy significativo para la diplomacia israelí y que abre un capítulo nuevo en las relaciones diplomáticas de Israel con los estados de la Unión Europea. Israel pretende utilizar esta intensificación del diálogo para convencer a Europa de que aumente la presión sobre los palestinos a propósito del destino de Jerusalén, asegurándose así de que se protegen los intereses estratégicos de Israel en el proceso de paz de Oriente Medio.

Midas apagó la televisión y comprobó los mensajes de su BlackBerry. Seguía molesto por el fallo que había cometido Vadim. Tendría que librarse de él en cuanto le hubiera servido a sus propósitos, dos de los cuales andaban aún por ahí sueltos.

Entonces vio el mensaje de texto de otro espía de la Alineación cuyo nombre en código era

Dantanian. Decía: «Los tengo».

Midas sonrió. Aquella noche estaba resultando ser mejor aún de lo que esperaba.

Serena encendió el piloto automático del Otter. Quería recapacitar después de la devastadora pérdida de Benito y antes de que se desencadenase la locura del fin del mundo a la que tendrían que enfrentarse Conrad y ella. No le quedaría más remedio que aterrizar cerca de la costa de Israel y encontrar el modo de entrar, si es que no les disparaban primero. Pero ese asunto se lo dejaba a Conrad, porque ella apenas era capaz de pensar.

Dirigió la vista hacia Conrad, sentado en el asiento del copiloto. Había notado que durante todo el trayecto Conrad tenía un ojo en ella y otro en Lorenzo, que en ese momento estaba profundamente dormido en la parte de atrás de la cabina.

—No se terminará nunca, ¿verdad, Conrad? Me refiero a la muerte, la violencia, el mal de este mundo —preguntó Serena. No podía seguir conteniéndose, así que rompió a llorar—. Benito era como un hermano para mí. Mi única familia de verdad.

Lloró desconsoladamente y sin control, como hacía años que no lo hacía. Sabía que Conrad jamás la había visto así porque ella misma tampoco se había visto así nunca. Ni siquiera en sus momentos de mayor intimidad. Era como si algo se hubiera roto en su interior.

—No puedo hacerlo, Conrad —afirmó Serena—. Estoy agotada. No me queda nada.

Conrad la sostuvo en sus brazos lo mejor que pudo a pesar de estar separados por los asientos y retiró un mechón de pelo mojado de sus ojos.

—Lo que importa es lo que la situación requiere ahora de nosotros —le dijo él en voz baja—. Necesito saber qué te dijo Gellar.

—Ya te he contado lo que me dijo —contestó Serena con aspereza, dándose cuenta de que ese sería todo el consuelo que encontraría y de que en el fondo Conrad tenía razón—. Quiere construir el tercer templo y está convencido de que empezará a hacerlo muy pronto. Pero según los judíos ortodoxos, el único lugar donde se puede construir es en el lugar que ocupa la Cúpula de la Roca.

—Que es considerado el tercer santuario más sagrado del islam, donde está la mezquita de Al Aqsa —prosiguió Conrad—. Así que al destruir la mezquita se desata el infierno. Ya lo capto. Gellar logra lo que quiere y de paso la Alineación también consigue por fin lo que desea. Pero cuéntame otra vez toda esa historia de Uriel.

—Eso es lo que no tiene sentido —dijo Serena—. En la Biblia se dice que hay un ángel que custodia la puerta del Edén con una espada llameante. Algunas tradiciones revelan específicamente que el nombre de ese ángel es Uriel.

Conrad asintió.

—Y por eso tú pensaste que Midas iba a darle el *Flammenschwert* a Uriel.

—Pero no tiene sentido que Gellar sea Uriel —negó ella—. Gellar quiere destruir la cúpula de la Roca y construir el tercer templo para los judíos. El *Flammenschwert* convierte el agua en fuego. Pero en

Jerusalén no hay agua. Ni lagos, ni ríos, ni nada. Los antiguos judíos dependían de las precipitaciones del agua de la lluvia, almacenaban el agua de la lluvia en tanques y cisternas.

Conrad la miró y dijo:

—Te olvidas del manantial de Guijón y del canal de túneles que hay debajo de la Montaña del Templo.

Serena sabía adónde quería llegar Conrad y le gustaba ver que ponía tanto entusiasmo, pero aquello no le parecía realista.

—El manantial de Guijón no es realmente un río. Por eso es por lo que lo llaman manantial.

—Podría bastar —sugirió Conrad—. Midas ha estado tratando de vender su tecnología de minas como medio para extraer el agua del desierto en la cumbre europea. Hablaba de una tecnología de rastreo que podría revelar con imágenes térmicas dónde hay acuíferos y ríos subterráneos.

De pronto Serena lo comprendió todo.

—Habrá mucha energía térmica después de que estalle el *Flammenschwert*.

—El Monte del Templo está todo agujereado y lleno de pozos, incluyendo el que vi justo debajo de la Cúpula de la Roca —dijo Conrad—. Lo único que hay que hacer es colocar el *Flammenschwert* bajo tierra dentro del sistema de manantiales y *jbum!* La mezquita que hay en la superficie saltaría por los aires y al mismo tiempo los cimientos del Monte del Templo se mantendrían íntegros. Es como una bomba de neutrones.

—Supongo que casi hasta parecería un castigo divino. En realidad es una idea brillante.

Conrad asintió.

—Gellar consigue su tercer templo. La Alineación pone en marcha su cruzada, que se levantará para defender a Israel de los árabes. Y Midas consigue el agua y los derechos para su tecnología —concluyó Conrad, que la miró a los ojos y añadió—: ¿Cuánto te apuestas a que el torpedo del *Flammenschwert* se encuentra dentro de uno de los globos que Gellar va a devolver a Israel? Seguro que ahora mismo está colocándolos dentro de una sala secreta debajo del Monte del Templo.

Serena apagó el piloto automático y se hizo cargo del volante.

—Tenemos que advertir a los israelíes.

—¿A qué israelíes? —preguntó Conrad—. No sabemos qué israelíes colaboran con el plan, como en el caso de Gellar. Tendríamos que saber a ciencia cierta quiénes no pertenecen a la Alineación. Y ahora mismo, a excepción de ti y de mí, o mejor dicho de mí, no sabemos ni siquiera eso. Tenemos que llegar a Jerusalén por nuestra cuenta.

—Tengo amigos en Gaza —dijo ella—. Católicos que me han ayudado a transportar suministros y ayuda humanitaria a través de los bloqueos instalados por los guardacostas israelíes. Ellos pueden proporcionarnos permisos oficiales de trabajo y tarjetas de identidad falsas e introducirnos de manera encubierta en Israel. Pero tendré que amerizar a unos cuantos kilómetros de la costa, claro.

—Ahora estás hablando con un poco de seriedad —dijo Conrad mientras ella estabilizaba el avión y se preparaba para descender.

Entonces se oyó una voz procedente de atrás.

—Nada de aterrizar en el agua, hermana Serghetti. Llévanos a Tel Aviv.

Serena miró por encima del hombro hacia Lorenzo, que la apuntaba con un arma a la cabeza mientras miraba despectivamente a Conrad.

—Por fin la comadreja muestra sus verdaderos colores —comentó Conrad con una inusual calma—. Me delataste a la policía en Rodas, ¿verdad? Y le contaste a Midas que yo estaba en la isla para que él matara a Serena. Así tú te quedabas con su precioso medallón, ¿no es eso?

Serena se puso tensa. Notaba que tenía el cañón del arma contra la nuca.

—Lorenzo, dime que en este momento te supera el miedo, que es más grande aún que tu fe, y que lo que dice Conrad no es cierto.

—¡Tel Aviv! —insistió Lorenzo, meneando el arma entre Serena y Conrad—. Y luego me das el medallón del Dei antes de que los hombres del general Gellar se hagan cargo de vosotros dos.

—Habría sido mucho mejor que mantuvieras tu voto de silencio —afirmó Conrad.

Lorenzo apuntó el arma hacia Conrad, apretó el gatillo y oyó el clic del cartucho vacío. Entonces rebuscó como un loco por los bolsillos.

—Yo tengo tus balas —dijo Conrad mientras sacaba su Glock de debajo de la camisa y le disparaba a Lorenzo en la cabeza.

Serena no gritó. Se aferró al volante con ambas manos y con fuerza para seguir erguida y mantener el Otter en posición. Pero se echó a temblar al sentir que el cuerpo de Lorenzo caía al suelo detrás de ella. El olor de la Glock de Conrad recién disparada la ponía enferma.

—Parece que el Dei te quiere muerta, Serena. Deberías pensártelo dos veces antes de volver a Roma.

Serena no podía mirar a Conrad. No podía mirarlos a ninguno de los dos. Se concentró en descender limpiamente con el Otter y en amerizar en las aguas de Gaza con seguridad.

Conrad, sin embargo, no tardó en llamar por teléfono.

—Andros, soy yo.

Serena pudo oír una voz al otro lado de la línea. Gritaba.

—¡Madre de Dios! ¿Dónde estás?

Conrad se quedó mirando a Serena mientras contestaba:

—Estoy a unos pocos kilómetros de la costa de Gaza. Tengo que entrar en Israel.

—¿Por qué? —preguntó Andros.

—¿Has visto la explosión en la cumbre de la Unión Europea?

—Te dije que no volvieras a Grecia, amigo mío —le recordó Andros.

—Bueno, al menos he conseguido salir —respondió Conrad—. Y ahora necesito que alguien me lleve a Gaza. Tú debes de tener barcos que naveguen por aquí.

Serena no pudo descifrar la respuesta de Andros.

—Jaffa no me sirve —dijo Conrad—. Gaza. Tienes que conocer a alguien por estas aguas. Alguien que pueda venir a buscarnos para llevarnos a la costa. Alguien en quien puedas confiar.

Después de un minuto Conrad volvió a contestar:

—De acuerdo.

—¿Y bien? —preguntó Serena nada más colgar Conrad.

—Andros dice que tiene al hombre perfecto para el trabajo. Nos encontraremos con él a un kilómetro al oeste del rompeolas que hay en la playa, al norte del puerto.

Dos horas más tarde el hidroavión amerizó y el dueño de la barca que Andros les había prometido que iría a buscarlos, un niño palestino de doce años, llegó por fin con su bote de madera amarillo de pescar sardinas y los transportó hasta la orilla. Llevaba una camiseta blanca en la que ponía: «Hoy Gaza,

mañana Cisjordania y Jerusalén».

Cuarta parte

Jerusalén

Sinagoga de Ohel Yitzhak. Barrio musulmán. Viernes Santo.

El camión del *catering* se detuvo junto a la sinagoga de Ohel Yitzhak (Tienda de Isaac): una sinagoga en el barrio musulmán de la zona antigua de Jerusalén. El general Gellar salió del camión vestido con el uniforme de la empresa, miró a ambos lados e hizo la señal. Entonces los empleados del *catering* sacaron tres cajas de comida, cada una con uno de los tres globos de Salomón dentro, y las metieron en carritos para llevarlos a la cocina.

El ejército jordano había volado por los aires aquella elegante sinagoga en 1948. Después de que Israel se hiciera con la parte antigua de la ciudad, en la guerra de 1967, y de que se anexionara la parte este de Jerusalén, la sinagoga había sido reconstruida y consagrada por fin de nuevo a Dios en 2008. Pero con una modificación en particular, que era secreta: un pasadizo bajo tierra que la conectaba con el Monte del Templo.

El pasadizo formaba parte de un complejo sistema subterráneo más grande que daba testimonio de la herencia judía sobre la disputada ciudad. Lo había construido una organización semigubernamental, conocida como la Fundación del Patrimonio del Muro Occidental, organización que había firmado un acuerdo con donantes judíos americanos para mantener la sinagoga de Ohel Yitzhak y todo cuanto había debajo. Esos donantes se habían mantenido activos durante décadas, enviando a los colonos judíos ultranacionalistas a las zonas árabes de Jerusalén.

Pero el general Gellar, que había estado presente en el consejo inicial de la Fundación, jamás les había contado a los donantes su propósito con respecto a ese nuevo pasadizo ni había sometido sus planes finales a la aprobación de la Autoridad de Antigüedades en Israel.

El pasadizo unía la sinagoga a los túneles bajo el Muro de las Lamentaciones por la parte del barrio judío. Y a su vez todos esos túneles por debajo del Muro de las Lamentaciones se juntaban con una red de pasadizos más antigua y desconocida, tanto para los árabes como para los judíos. Por tanto, el pasadizo violaba la promesa israelí de no cavar bajo el complejo de la mezquita de Al Aqsa. Al fin y al cabo, la última vez que un ministro israelí había abierto un túnel antiguo cercano a los lugares santos, más de ochenta personas habían muerto a causa de los disturbios palestinos que tuvieron lugar durante los tres días siguientes.

Gellar no podía dejar de fantasear sobre la reacción que se produciría en cuestión de horas, cuando una columna de fuego limpiara por completo el Monte del Templo, demostrando el poder del azote del único y verdadero Dios.

Puerta de Damasco, Barrio cristiano.

Tropas israelíes armadas con rifles de asalto vigilaban la Vía Dolorosa. Miles de peregrinos cristianos de todo el mundo abarrotaban las estrechas calles de adoquines del antiguo Jerusalén amurallado durante la tradicional procesión del Viernes Santo. Algunos incluso llevaban enormes cruces de madera sobre la espalda a lo largo de la ruta que se creía que había recorrido Jesús el día de la crucifixión.

Ridículo, pensó Midas. Observaba la escena desde una esquina. Se giró hacia Vadim que estaba de pie a su lado y dijo:

—Con el balazo que te has llevado podrías hacerte pasar por uno de esos perfectamente.

Vadim no dijo nada.

—Al menos sigues vivo —añadió Midas, que bajó la vista hacia su BlackBerry—. Parece que los guardacostas israelíes han encontrado un hidroavión Otter esta mañana a cuatro kilómetros de la costa de Gaza con un sacerdote muerto. De un balazo en la cabeza. Los israelíes creen que debían de estar tratando de meter droga de contrabando y que algo ha debido de salirles mal. El obispo católico de la ciudad de Gaza ha dicho, en su habitual arenga al populacho, que los guardacostas israelíes disparan a la menor provocación. Y yo digo que ha sido Yeats.

La procesión del Viernes Santo terminaba en la iglesia del Santo Sepulcro donde, según contaba la tradición, Jesús había sido crucificado y donde se encontraba la tumba en la que había descansado su cuerpo muerto. Era allí donde los cristianos celebrarían la Resurrección el domingo.

O eso creían ellos.

La idea de que, en cuestión de minutos, el mundo cambiaría y de que Conrad Yeats no podía hacer nada para impedirlo suscitó en Roman Midas una sonrisa, que hizo que se desvaneciese por completo su expresión de impaciencia mientras salía por la puerta de Damasco en compañía de Vadim.

Caminaron a lo largo del muro norte de la parte antigua de la ciudad en dirección a la puerta de Heredes y se encontraron con una puerta de hierro muy baja. Era la puerta de las canteras de Salomón: una enorme caverna subterránea que se extendía por debajo de la ciudad en dirección al Monte del Templo. Dentro de las canteras había una entrada secreta al Monte del Templo, y era allí donde se encontraría con el general Gellar.

Midas miró el reloj. Eran las dos y media de la tarde. En ese preciso instante, la primera de una serie de puertas estaba a punto de abrirse para él.

Oficialmente la cueva era un lugar turístico abierto al público, ante cuya entrada solía haber una pareja de policías. Aquel día, sin embargo, estaba cerrado debido a un acontecimiento privado. Se trataba de la ceremonia semianual que ofrecía la Gran Logia del Estado de Israel en beneficio de los masones que visitaban Jerusalén durante la Semana Santa. La entrada estaba prohibida a cualquiera que

no fuera masón, gracias a lo cual aquel Viernes Santo no habría multitudes.

Midas y Vadim les enseñaron las tarjetas de identificación, expedidas por el Supremo Gran Capítulo del Arco Real del Estado de Israel, a los policías de la puerta. Los policías los dejaron pasar.

Midas siguió caminando por un túnel bien iluminado a lo largo de más de cien metros, túnel que descendía en total unos nueve metros hasta una enorme cámara tan grande como un campo de fútbol americano. A aquella cámara se la conocía con el nombre de Salón de los Masones. Y allí estaba teniendo lugar, simultáneamente en hebreo y en inglés, la ceremonia masónica que Midas había esperado poder evitar. Veinte caballeros de avanzada edad y nacionalidades variadas permanecían de pie con sus mandiles masones puestos mientras el Maestro de la Marca contaba una vez más la historia de la piedra extraída de esa cantera que, por estar toscamente labrada, había sido rechazada en la obra y finalmente había resultado ser la losa que había coronado la entrada al templo.

Pero Midas conocía la historia. Según la antigua tradición las piedras para la construcción del primer templo del rey Salomón se habían extraído precisamente de la cantera en la que estaban. La cueva era especialmente rica en una arenisca blanca llamada *melekeh* o piedra real que se utilizaba en todos los edificios reales. Algunas cuevas habían surgido por la erosión del agua, pero la mayor parte de ellas eran obra de los canteros de Salomón, que las habían creado a base de cortar.

Midas alzó la vista hacia el imponente techo de roca sostenido por pilares de arenisca del mismo estilo que los que había labrado él en las minas. Notaba la humedad y veía resbalar las gotas de agua por las toscas paredes.

—Se dice que son las lágrimas de Sedequías —comentó un anciano escocés que permanecía de pie junto a él—. Fue el último rey de Judea. Trató de escapar de aquí antes de que lo capturaran y lo llevaran a Babilonia. La verdad es que el agua proviene de los manantiales que hay ocultos a nuestro alrededor.

Midas y Vadim asintieron. Dejaron la reunión y salieron de la enorme cámara. Siguieron el túnel iluminado hasta una de las estancias separadas por anchas columnas de arenisca. Allí, Midas encontró el arco real tallado en la pared que andaba buscando. Segundos después oyó un débil golpe. Respondió con dos golpes. Entonces el perfil arqueado del marco de una puerta se hizo más visible, y por último la piedra se deslizó, se abrió y apareció Gellar.

El único modo de entrar en el túnel secreto era desde dentro, según le había dicho Gellar. Lo irónico era que Gellar era tan recalcitrantemente ultraortodoxo y consideraba el Monte del Templo tan sagrado, que él mismo se negaba a entrar incluso en las estancias inferiores. Y por eso tenía que dejarles el trabajo sucio de colocar el *Flammenschwert* a Midas y a Vadim.

Desde su pequeño despacho, situado en la plaza del Muro, el comandante Sam Deker no tenía más que alzar la vista para ver la Cúpula de la Roca. No necesitaba la batería de monitores que ayudaban a los policías como él a vigilar las idas y venidas alrededor del Monte del Templo. Para los judíos aquel era el lugar en el que Abraham había estado a punto de sacrificar a su hijo Isaac momentos antes de la intervención divina, lugar que más tarde se había convertido en el punto más sagrado dentro del sacrosanto Templo de Salomón, porque era donde había descansado el Arca de la Alianza. Para los musulmanes era el lugar en el cual el profeta Mahoma había puesto el pie por última vez antes de ascender al cielo. Para Deker era la anilla de la granada que él debía mantener siempre en su sitio para evitar que estallara y el mundo volara en pedazos.

Sobre todo en un día como aquel, Viernes Santo.

Tres semanas antes, un albañil de la construcción palestino se había lanzado con un *bulldozer* sobre una multitud de jóvenes israelíes. Dos semanas antes, los arqueólogos israelíes habían acusado a los musulmanes de destruir objetos del primer templo en un intento por borrar cualquier huella del antiguo asentamiento de los judíos en el Monte del Templo. Una semana antes, los monjes cristianos habían protagonizado una reyerta en la iglesia del Santo Sepulcro como adelanto de la celebración del Viernes Santo.

Siempre pasaba algo.

Deker era un judío laico que había crecido en Los Ángeles y había servido en las fuerzas armadas de los Estados Unidos como especialista en demoliciones en las guerras de Afganistán e Irak. Lo había reclutado Yuval Diskin, el antiguo jefe del servicio de seguridad interna de Israel para trabajar para el Shin Bet. Un hombre especializado en la destrucción de grandes estructuras estaba particularmente cualificado para proteger edificios tales como el Monte del Templo, le había dicho Diskin. Era único. Sin embargo Deker no había tardado en descubrir que su verdadera cualificación consistía en ser judío y no serlo al mismo tiempo, si es que eso era posible.

Durante un tiempo al Shin Bet le había preocupado el hecho de que los extremistas judíos pudieran atacar el Monte del Templo en un intento por frustrar los movimientos de paz de los palestinos. Ya había ocurrido otras veces, por ejemplo con el asesinato del primer ministro Yitzhak Rabin. Y el Shin Bet no quería que eso se repitiera.

—El Shin Bet le atribuye a ese grupo de extrema derecha del que estamos hablando la voluntad de usar armas de fuego con el objeto de detener el proceso diplomático y dañar a los líderes políticos —le había advertido Diskin.

Resultaba irónico que ese grupo acerca del cual lo habían prevenido durante años incluyera al ministro de Defensa democráticamente elegido, Michael Gellar, quien se había presentado repentinamente en su despacho y al cual tenía delante en ese momento.

—¿Has visto lo que ha pasado en Rodas? —le preguntó Gellar en tono exigente—. Iba dirigido contra mí.

Deker se había enterado. El egipcio Abdil Zawas se las había arreglado para estallar él mismo en pedazos al tratar de hacer explotar un coche bomba durante la cumbre europea sobre la paz. El tipo no era especialista en la fabricación de bombas. A Deker todo el asunto le resultaba muy sospechoso. Pero la verdad era que Zawas siempre había tratado de emular y superar al loco de su primo militar fallecido, Ali, así que tampoco habría sido de extrañar, a juicio de Deker, que el *playboy* egipcio se hubiera involucrado en un asunto que le venía grande y hubiera acabado mal.

—La policía griega ha encontrado pruebas en el coche bomba de que el verdadero objetivo de Abdil era atacar hoy contra el Monte del Templo. El análisis del vídeo, en el que asume la responsabilidad del atentado contra mí, sugiere que el ataque no era más que un mensaje en código para que sus cómplices en Jerusalén detonaran un artefacto nuclear.

—¿Hoy? —repitió Deker, parpadeando atónito.

—Tienes que sellar el Monte del Templo.

—¿Quiere usted que selle el Monte del Templo el Viernes Santo en vísperas de la Pascua judía?

—Sí.

—Pero eso significaría cerrar también el Muro de las Lamentaciones para los devotos, apartar a los judíos y a los cristianos de allí. Además de a los árabes, que siempre se ponen como locos.

—Sé lo que significa, Deker —afirmó el general Gellar, que hizo uso de su rango para imponerse—. Tienes que registrar todos los puntos de acceso e interrogar a tus informadores. Rastrear todo lo que los puestos de seguridad no recogen.

Deker asintió, escribió la palabra alerta en su BlackBerry y después apartó a un lado la máquina.

—¿Qué acabas de hacer? —exigió saber Gellar.

—He enviado un mensaje de texto rápido de catorce caracteres a través de Twitter a toda mi red.

—¿Y eso es seguro?

—Sí y no.

La BlackBerry soltó un gallo; Deker miró a ver qué noticias había y frunció el ceño. El guía de los manantiales de Guijón informaba de que un hombre y una mujer habían entrado por el túnel de Ezequías, pero no habían vuelto a salir después por el estanque de Siloé.

Deker pidió el vídeo, pero no dejó de observar a Gellar mientras miraba el monitor. El general se puso pálido.

—¡Esos son Conrad Yeats y Serena Serghetti! ¡Los cómplices de Abdil!

Puede que Yeats lo sea, pensó Deker. Había oído muchas historias acerca de él durante su servicio en las fuerzas armadas. *Pero la hermana Serghetti, la Madre Tierra, jamás*. Quizá Yeats la hubiera secuestrado a punta de pistola y la obligara a ayudarlo.

Deker llamó por radio a Elezar, el policía que vigilaba con un monitor el pozo Warren, situado al lado del túnel de Ezequías.

—¿Algo nuevo acerca de los intrusos?

La radio crujió.

—Están en el túnel —informó Elezar—. Debajo del Monte del Templo.

—Avisa a la unidad de Yamam para que se reúna en la Sala del Mapa ahora mismo —ordenó Deker,

que inmediatamente se giró hacia Gellar y añadió—: Ahora ya es demasiado tarde para sellar el Monte del Templo.

Túnel de Ezequías. Barrio judío.

Serena sabía que no había ninguna ciudad antigua sin agua. Y Jerusalén no era una excepción. La Ciudad de David se había desarrollado en torno a la única fuente de agua de la zona: el manantial de Guijón, que corría por el valle del Cedrón. El rey Ezequías había construido aquel acueducto subterráneo por el que transportar el agua a escondidas hasta la ciudad durante los ataques de los asirios y babilonios. Había sido un extraordinario logro de la ingeniería para aquel tiempo.

Era por ese túnel por el que Serena seguía los pasos de Conrad con el agua hasta la cintura y en completa oscuridad, con solo una linterna para alumbrarles el camino. Era lo único que tenía a mano el chico de Gaza. Al llegar a la playa, al norte de Al Gaddafi, los había recogido una furgoneta de la iglesia católica local que los había llevado por la carretera de Saladino hasta la zona industrial de Erez y por último hasta la puerta de la frontera con Israel. El oficial israelí del puesto de control había mirado sus permisos de trabajo falsos por encima. Serena había insistido en que esa opción para entrar en Israel era mejor que la huir por los túneles de contrabando bajo tierra, ya que los israelíes los bombardeaban casi a diario. Después de un largo instante en la frontera los soldados los habían dejado pasar. Habían cruzado la línea del armisticio de 1950, habían entrado en Israel e iban de camino a Jerusalén que estaba a solo setenta y siete kilómetros.

El trayecto desde Gaza había terminado en Silwan, una pobre aldea árabe de bloques de casas carbonizadas que se desmoronaban por la falda de la colina hacia el manantial de Guijón, en lo más hondo del valle del Cedrón. Allí Serena había encontrado la Fuente de la Virgen y la iglesia en la que se conmemoraba el hecho de que en una ocasión María había sacado agua de allí para lavarle la ropa a Jesús. Pero era casi la una de la tarde de un viernes, así que el conserje estaba a punto de cerrar la puerta. Sin embargo, Conrad le había dado una propina, así que el guarda los había dejado bajar las escaleras de piedra hasta el manantial de la cueva.

Y ahí terminaba toda la pericia de Serena, quien tenía que comenzar a confiar en los conocimientos de Conrad acerca de los túneles subterráneos que recorrían Jerusalén. El problema era que chapotear por aguas en constante aumento no hacía sino suscitar sus dudas.

El túnel de Ezequías tenía medio kilómetro de largo, pero apenas llegaba a los noventa centímetros de ancho en la mayor parte de su recorrido y en algunos tramos medía menos de metro y medio de alto. El conserje de la entrada les había advertido que ese día el agua llegaba hasta las rodillas y que tardarían alrededor de unos cuarenta minutos en salir por el estanque de Siloé. No obstante, Conrad le había dicho a Serena que se desviarían a medio camino: justo en el punto en el que el túnel hacía una extraña ese alrededor de una roca. Allí el túnel de Ezequías se bifurcaba en dos y ellos tomarían el camino que llevaba hacia el fondo del pozo de Warren.

El túnel se había ido estrechando y el agua sucia les llegaba ya a la cintura. Serena se dio un golpe en la cabeza contra el techo, que de pronto descendió bruscamente. El agua le llegó al cuello.

—El nivel del techo aquí es el más bajo de todo el túnel: menos de metro y medio. Pero el nivel del agua es el más alto —le informó Conrad—. Tendrás que aguantar la respiración.

Conrad la tomó de la mano. Siguieron caminando hasta que tuvieron que meter las cabezas debajo del agua. Avanzaron alrededor de un metro y después el nivel del techo comenzó a elevarse y pudieron respirar.

Se hallaban en otro túnel. El nivel del agua descendió rápidamente y enseguida llegaron a una plataforma de piedra al borde de un precipicio enorme. A Serena el frío le llegaba hasta los huesos. El pelo le chorreaba. Se lo retorció como si fuera una toalla para escurrírselo. Miró para abajo y creyó ver un túnel subterráneo enorme con anchos escalones de arenisca blanca que descendían hasta las profundidades de la tierra.

—Esto parece la galería principal de la Gran Pirámide de Egipto —comentó Serena.

—¿Por qué crees que Salomón se casó con todas esas princesas egipcias? —preguntó Conrad después de asentir afirmativamente—. Para acceder a la tecnología hidráulica de la arena con la que se habían construido las pirámides. Aunque desde luego lo que él hizo aquí fue increíble. Invirtió el diseño de modo que todo está del revés.

Es una locura, pensó Serena. Pero ahora que Conrad decía aquello, la construcción del túnel cobraba sentido.

—¿Te acuerdas de ese pozo del que te he hablado, situado debajo de la Cúpula de la Roca?

Serena estiró la cabeza hacia arriba y descubrió una abertura en el techo por encima de ella. Parecía llegar hasta el mismísimo Monte del Templo.

—Creo que siento la corriente de aire.

—En aquellos tiempos, cuando el primer templo estaba ahí arriba, la parte superior del pozo se tapaba con una plataforma sobre la cual estaba el Arca de la Alianza. De ese modo el Arca de la Alianza podría bajarse hasta aquí abajo durante un sitio —explicó Conrad—. Ten, sujeta esto.

Serena bajó la vista hacia la palma de su mano y vio un bloque de explosivo C4.

—¿De dónde has sacado esto, por todos los santos?

—Del conductor de tu camioneta de catequesis en Gaza —contestó Conrad—. Y ahora súbete a mis hombros y pégalo a la boca del pozo. Tenemos que cerrarlo por si acaso no conseguimos detener el *Flammenschwert*. En caso contrario se convertirá en un géiser de fuego que va a quemar toda la mezquita.

Serena tomó la mano de Conrad, colocó una bota sobre su rodilla y escaló hasta ponerse de pie sobre sus hombros. Tenía la cabeza dentro de la parte inferior del pozo. Pegó el C4 a la pared y saltó sobre la plataforma de piedra.

—Con esa mecha que has puesto no dispondremos más que de unos veinte minutos.

—Bastará para asegurarnos de que cerramos la salida del pozo a la superficie antes de que estalle el *Flammenschwert* —explicó Conrad—. Lo importante es garantizar que la mezquita sigue en pie ahí arriba. Si los árabes no comienzan ninguna revuelta, Gellar no podrá justificar una respuesta desproporcionada que origine una guerra de mucha más envergadura. Y lo que ocurra aquí abajo es... bueno, secundario.

Serena dirigió la vista hacia la gran galería de más abajo.

—La cámara del rey está ahí, ¿no?

—Exacto —contestó Conrad, que sacó la Glock con la que había matado a Lorenzo y comprobó el seguro—. Y también están los globos, el *Flammenschwert* y Dios sabe qué más.

Todo el sistema de emergencia nacional estaba en marcha. Sam Deker convocó a la unidad de élite contra el terrorismo, compuesta por cinco miembros y conocida con el nombre de Yamam. Consiguió reuniría debajo del Templo en solo seis minutos.

La cita era en la Sala del Mapa, una cámara que en sí misma constituía un secreto nacional. Tenía el aspecto de una sala informativa y la forma de un teatro con asientos para seis personas, cada uno con su propia consola, y una pantalla gigante curva de casi tres metros por más de siete capaz de mostrar un ángulo de ciento sesenta grados. Cada uno de los oficiales reunidos llevaba un rifle de asalto estándar M4 y una Glock 21.45 al costado.

—Todos conocemos el plan que se utilizó en la incursión a Taibe hace unos años —dijo Deker—. Tenemos que arrestar o matar a un grupo armado escondido en los túneles que hay debajo de nosotros y asegurarnos de que no estalle el artefacto que pretenden colocar y que puede ser nuclear. No hace falta que os explique hasta qué punto es una amenaza grave para el Monte del Templo y para la misma existencia del Estado de Israel.

La pantalla gigante se llenó de imágenes en tres dimensiones y alta definición del sistema de túneles. Además de contar con imágenes en vivo y en directo de los ordenadores instalados en los puestos de control, disponían de la tecnología militar de los simuladores de vuelo que les permitía proyectar una panorámica virtual remota alrededor de los túneles. Gellar en particular prefería la transmisión remota. Como era un judío ortodoxo se negaba a entrar en persona en los sagrados túneles de arenisca, cosa que dejaba para los tipos impuros como Deker.

—En el Monte del Templo hay cuatro zonas de seguridad. Por orden descendente son: la Sala del Mapa, la sala de Salomón, la estancia del rey y la zona de las cuatro puertas del río. Iremos por parejas y formaremos tres equipos. El primer equipo permanecerá aquí vigilando. El segundo se quedará vigilando la estancia del rey y controlará el acceso a las puertas del río. El tercero patrullará por los túneles. Disparad a matar a cualquiera que no se encuentre ahora mismo en esta habitación. Nadie volverá a hablar de esto nunca más una vez que salgamos de los túneles.

Por la expresión de los rostros de sus compañeros, Deker supuso que lo habían comprendido perfectamente. El grupo de élite de Yamam estaba especializado tanto en operaciones de rescate de rehenes como en ataques ofensivos contra objetivos situados en áreas civiles, tales como el Monte del Templo. La mayor parte de sus misiones se clasificaban como secretas y sus éxitos solían atribuírseles a otras unidades. Pero lo más importante para Deker era que su unidad respondía ante la policía civil israelí y no ante las fuerzas militares, aunque la mayor parte de sus miembros provenían exclusivamente de unidades de las fuerzas especiales israelíes.

—Vamos —dijo Deker.

Mientras los miembros de la unidad se preparaban para ocupar cada cual su puesto, el oficial que iba

a ir como compañero de Deker lo llamó para que se acercara a ver su consola.

—Aquí hay algo que debería ver, señor.

Aparentemente, el oficial había sentido curiosidad por investigar acerca de la construcción de la Sala del Mapa y había buscado los nombres de los expertos que habían hecho consultas acerca del proyecto en la Autoridad de Antigüedades en Israel y en el Equipo de Simulación Urbano de la Universidad de UCLA de Estados Unidos.

El primer arqueólogo de la lista era Conrad Yeats.

—Parece que Yeats cortó o restringió el acceso de un par de túneles —comentó Deker, todo colorado—. Y si la sala no aparece en el mapa, entonces tampoco se ve en las cámaras. Vamos a tener que salir ahí fuera con los otros.

—Hay más, señor —añadió el oficial—. Las tapas de los pozos verticales que sellan los túneles son de fabricación israelí, de una empresa situada en el parque industrial Tefen. Es una empresa subsidiaria de Minería y Minerales Midas.

Deker frunció el ceño.

—¿La corporación Midas?

—Sí, señor. Y parece que el general Gellar tiene intereses en la subsidiaria de Tefen. ¿Qué significa eso?

Deker oyó un golpe y se giró. Dos de los hombres de Yamam yacían en el suelo. El resto jadeaban, tratando de respirar. El aire olía a almendras, así que enseguida comprendió que se trataba de gas cianuro. La puerta de la sala se cerró de arriba abajo y Deker supo que todos los que estaban allí morirían.

—¡Significa que Gellar nos ha traicionado! —gritó Deker, dando un salto hacia allá.

El *Flammenschwert* había desaparecido.

Conrad estaba con Serena en la estancia del rey. Se trataba de una sala rectangular, abovedada y de proporciones perfectas: por un lado era el doble de larga que de ancha, y por el otro era exactamente la mitad de alta que de larga medida en sentido diagonal. Alcanzaba unos diecisiete metros y medio de alto por unos treinta y cinco metros de largo. En el centro de la estancia, de suelo pavimentado de piedra, estaban los tres globos, pero el armilar estaba abierto como un bombo, y vacío. En cada una de las cuatro paredes de la estancia había un inmenso arco y de cada uno de ellos partía un túnel.

Cuatro túneles, dos personas y poco tiempo, pensó Conrad. Podían haberse llevado el *Flammenschwert* por cualquiera de los cuatro túneles.

Pero Serena iba por delante de él. Estaba leyendo las letras antiguas escritas en hebreo encima de los arcos y tratando de averiguar por qué túnel seguir, pues sabía que solo tendrían una oportunidad.

—Esto es increíble —dijo ella—. ¿Sabes lo que pone?

—Me hago una idea —contestó él—. Esa especie de mango de estrella que sale de una pirámide invertida evidentemente no apunta al cielo. Así que me imagino que no había ninguna estrella debajo del Monte del Templo. Son pozos verticales.

—Cada uno de estos arcos lleva a un río diferente —explicó ella—. Los nombres de los ríos están escritos en una lengua anterior a la semítica. Es prácticamente anterior a la Atlántida. En esa puerta pone Tigris, en esa Eufrates, en la de allá pone Pisón y en la otra pone...

—Guijón —terminó Conrad la enumeración—. Los cuatro ríos del Edén. Así que, después de todo, Uriel es el ángel con la espada llameante que está en la puerta del Edén.

—Pero el Edén estaba en Mesopotamia, donde se originó la antigua civilización de Babilonia.

A juicio de Conrad, el Edén era como la Atlántida: todo el mundo tenía una teoría distinta sobre dónde estaba y la respaldaba con su correspondiente prueba arqueológica. Sin embargo, la leyenda judía señalaba a la tierra de Israel como una posibilidad clara e inequívoca. Lo que despistaba a la mayor parte de los arqueólogos era el segundo capítulo del Génesis, porque describía cuatro ríos distintos que recorrían la tierra de Edén y que compartían una sola fuente originaria común. De ellos solo dos se habían encontrado: el Tigris y el Éufrates. Pero nadie había descubierto jamás los ríos Pisón y Guijón. No obstante, en el Génesis tampoco se decía que esos ríos discurrieran por la superficie de la tierra.

—Mesopotamia no es más que el lugar por el que pasan el Tigris y el Éufrates —dijo Conrad—. La fuente original de la que extraen el agua en su nacimiento podría estar por aquí, en alguna parte, junto con las corrientes subterráneas del Pisón y del Guijón.

—El Génesis sí habla de las corrientes de agua subterráneas que proporcionan agua a la superficie de la tierra —lo contradijo Serena, sacando a la superficie su faceta de lingüista—. La palabra original en hebreo es «manantial». Según el Génesis los manantiales surgen de la tierra y humedecen toda la

superficie. Y el libro del Apocalipsis dice que al final de los tiempos esos cuatro ríos saldrán del Templo.

Conrad cerró la esfera armilar y encajó los dos hemisferios. Notó que Serena lo observaba manejar el dial para ajustar una diminuta marca en el surco espiral que representaba el movimiento del sol.

—Esto funciona exactamente igual que el observatorio del templo del Portador del Agua en la Atlántida y que el patio oeste del Capitolio de los Estados Unidos —afirmó Conrad—. La única diferencia es que este observatorio se encuentra bajo tierra. No se puede contemplar el cielo a simple vista para marcar la posición del sol con relación a las estrellas. Hay que usar los globos.

—Gellar dijo que el globo armilar utiliza la geometría planetaria —apuntó Serena.

—Y así es —confirmó Conrad—. Los planetas se alinean para formar la estrella de David. Fue de ahí de donde los israelitas sacaron su símbolo nacional. Es una derivación astrológica, exactamente igual que el pez es el símbolo de la primitiva Iglesia y proviene de la era de Piscis. De un modo u otro, el truco es seguir el trayecto del sol a lo largo de la alineación hasta que la equis marque el lugar. En este caso, se trata de una localización debajo del Monte del Templo.

—¡La puerta de Uriel! —exclamó Serena de repente—. ¡La puerta del paraíso! Allí es adonde Midas se ha llevado el *Flammenschwert*.

—¡Eureka! —exclamó Conrad.

Conrad comprobó el seguro de la Glock otra vez y volvió a echarlo. El clic acabó con el estado de trance de Serena, que se quedó mirándolo a él y al arma. Y eso era exactamente lo que pretendía.

—La señal del sol señala hacia el pozo de Guijón como el camino para llegar a la puerta de Uriel —añadió él.

—Tienes que estar seguro, Conrad.

—Esta no es la mesa de discusiones de una conferencia. Mira a tu alrededor. Estamos en una estancia antigua, profundamente enterrada bajo el Monte del Templo, con tres globos y cuatro pasadizos. El manantial de Guijón de Jerusalén tiene que tener evidentemente la misma fuente que el río Guijón del Edén.

Conrad se detuvo ante el arco marcado con el nombre de Guijón.

—Es este, Serena. Eso es lo que revelan los globos: que el Monte del Templo custodia la puerta de Edén.

—El río de la vida —dijo Serena—. Las propiedades del agua son como los bloques de construcción de la vida en la tierra.

Conrad asintió.

—Esto es lo que Midas ha estado buscando durante tanto tiempo, aquello que no puede comprar ni con todo el oro del mundo: la vida. Pretende utilizar el *Flammenschwert* para prender en llamas el Guijón y seguir su curso hasta la fuente originaria.

—Y destruir al mismo tiempo la Cúpula de la Roca —añadió Serena.

Entonces Conrad oyó el clic de otra Glock que no era la suya. Miró a Serena, que dirigía la vista más allá de él, por encima de su hombro, y después oyó una voz decir:

—Arriba las manos, Yeats.

Conrad se giró despacio y vio a un soldado israelí apuntándolo con un arma: Sam Deker. Lo conocía de sus anteriores excavaciones en el Monte del Templo. Un buen hombre, aunque sin mucho sentido del

humor.

—Es a tu jefe al que deberías detener, Deker —afirmó Conrad.

Deker no dejó de apuntarlo con el arma.

—¿Por qué estás tan seguro de que Gellar está implicado?

—Me lo dijo a mí —contestó Serena justo en el momento en el que Deker recibía un balazo en el hombro.

Conrad se giró y vio a Vadim aparecer por el arco de la puerta de Guijón. Vadim capturó a Serena, que gritó mientras él la arrastraba por el agujero del infierno.

—¡Serena! —gritó Conrad.

Echó a correr hacia el túnel, pero entonces cayó sobre él una lluvia de balas desde la oscuridad. Tuvo que tirarse al suelo para cubrirse. Estaba jadeando y se daba cuenta de que Midas y Vadim iban un paso por delante de él: precisamente el paso final. Debían de haber sacado el *Flammenschwert* del globo armilar y se disponían a detonarlo en la misma fuente del Guijón, más abajo. Y además, en ese momento tenían a Serena.

—Hay otro modo de bajar al Guijón —gritó Deker.

Deker estaba sentado y apoyado contra la pared, apretándose el hombro con una mano. La sangre le brotaba por entre los dedos.

—Ah, así que ahora ya no estás tan convencido de que esté de parte de Gellar, ¿eh?

—Tú dime qué es lo que quieres de verdad, Yeats.

—Parar el fin del mundo —contestó Conrad con sencillez—. Midas tiene un arma increíble que está a punto de prender fuego al Guijón y a todo lo que hay en la superficie. Tengo que detenerlo y tú tienes que volver arriba y detener a Gellar en caso de que falle yo.

—¿Es que ahora sabes desactivar un artefacto nuclear? Porque es a eso a lo que yo me dedico —dijo Deker—. Puede que sea mejor que yo baje y tú subas.

—No es exactamente un arma nuclear y sí sé cómo desarmarla —dijo Conrad—. Sin embargo, si subo arriba yo no podría desarmar a Gellar. Ni detener a tu gobierno si se defienden demasiado enérgicamente después de que los árabes reaccionen desproporcionadamente cuando la Cúpula de la Roca vuele por los aires.

Deker hizo un gesto hacia la puerta de Pisón en la otra pared y añadió:

—Puedes ir por ese túnel hasta llegar al final y luego girar a la derecha. Sigue la orilla del río. Te llevará a los dos pilares que hay junto al Guijón.

Conrad ayudó a Deker a ponerse en pie y se encaminó hacia el túnel de la puerta de Pisón. Antes de atravesarla volvió la vista atrás hacia la estancia del rey. Deker ya había desaparecido por las escaleras de Salomón. Entonces Conrad se dio cuenta de que había olvidado contarle lo del C4 del pozo vertical bajo la Cúpula de la Roca.

No importa, pensó Conrad mientras echaba a andar por el túnel. Porque Deker tenía tantas posibilidades de llegar a la superficie como Conrad de llegar hasta el *Flammenschwert* a tiempo.

Midas se encontraba a orillas del río Guijón con el *Flammenschwert* cuando Vadim y Serena aparecieron entre los dos pilares que custodiaban la entrada del túnel que daba al Monte del Templo.

—El Guijón es digno de verse —comentó Midas en dirección a Serena al tiempo que hacía un gesto con la mano hacia la vasta caverna subterránea.

Midas apretó con gran alarde los botones del código de activación en el panel del torpedo. La pantalla se encendió y el *Flammenschwert* pareció cobrar vida.

Comenzó la cuenta atrás: 6.00... 5.59... 5.58...

Midas suspiró de alivio. Lo había conseguido. Había conseguido la espada de fuego. Había encontrado la puerta del Edén y las aguas primordiales de la vida sobre la tierra, las aguas que podían curar su enfermedad neurológica y que le proporcionarían la vida eterna. Había encontrado el mismísimo río de la vida del que se había asustado hasta el Dios del Génesis. Y él solito podía volarlo y sacarlo a la superficie para restaurar el paraíso sobre la tierra.

El viejo orden mundial pasaría. Las viejas religiones quedarían barridas por el fuego purificador del Armagedón. Y entonces llegaría el agua fresca del nuevo orden mundial.

Y él la controlaría. Él, el Portador del Agua. Verdaderamente, aquella sería la auténtica era de Acuario. La era de Piscis y de la Iglesia había terminado.

—Vadim, ha llegado la hora —afirmó Midas.

Le hizo un gesto en dirección al *Flammenschwert* y observó a Vadim, que lo llevó hasta el agua.

—La cosa va a funcionar así, hermana Serghetti —explicó Midas, clavándole el arma en el costado a Serena—. El *Flammenschwert* prenderá el agua. El calor obligará al agua a subir como el humo a través del túnel por el que acabas de salir, recogerá el vapor de las estancias de más arriba y arrojará el fuego hacia fuera como si se tratara de un géiser, destruyendo todo lo que esté encima. Podría incluso alterar significativamente la geografía. De hecho, me parece que es precisamente para eso para lo que construyeron todo este complejo. Es una especie de máquina geotérmica.

—Ya sé cómo funciona, Midas. Lo he visto antes.

Midas se quedó en silencio por un momento. Quería asegurarse de que Vadim lanzaba al agua el *Flammenschwert* correctamente. El estuche ensamblado flotó, la luz de color ámbar parpadeó seis veces y por último se encendió la luz roja, que permaneció así.

—Espero que tengas un buen lugar donde esconderte cuando estalle esto, Midas, porque si no te va a freír.

—Pues la verdad es que sí —contestó Midas que, acto seguido, le soltó una última orden a Vadim de tan mal humor, que casi sonó como un ladrido—: Tú te quedas aquí con el *Flammenschwert* hasta que falten solo dos minutos. Luego puedes venir con nosotros a la Sala del Mapa. A estas alturas ya debe de estar despejada.

Vadim pareció dudar sobre si quedarse atrás o no, pero al final asintió.

Midas notó que Serena temblaba al empujarla hacia atrás, hacia una escalera de piedra que ella no había visto.

—La Sala del Mapa se halla sobre la estancia del rey, pero está separada de la red principal y aislada del resto. Nos aislaremos del caos por unos días y luego apareceremos en un nuevo mundo.

Midas sabía que Serena era una mujer inteligente; se daba cuenta perfectamente de que él iba a matarla. Sin embargo Midas esperaba que ella estuviera dispuesta a acompañarlo con la vana esperanza de que su adorado Conrad Yeats llegara a tiempo de rescatarla. Aunque eso Midas lo dudaba. No obstante, por si acaso, la mantendría a su lado.

—Comprendo qué es lo que Gellar cree que va a obtener de todo esto, Midas —dijo Serena nada más comenzar a subir las escaleras—. Y comprendo lo que la Alineación está convencida de que va a lograr. Pero lo que no comprendo es qué consigues tú volando la Cúpula de la Roca.

—No es eso lo que pretendo volar, hermana Serghetti. Lo que deseo volar está en el otro extremo del río Guijón, enterrado profundamente debajo de nosotros. La mismísima puerta del Edén. Las aguas primordiales de la propia vida. No necesitas el cielo cuando puedes vivir para siempre. No necesitas a Dios. Porque tú ya eres un dios.

—¿Sabes? Es exactamente el mismo problema que tenía Lucifer. Creyó que él era el Creador.

Midas soltó una carcajada, pero de pronto las escaleras comenzaron a vibrar debido a una explosión que se había producido más arriba. Recibió un codazo de Serena en el estómago y esta trató de empujarlo escaleras abajo. Enseguida se recuperó y le dio un golpe en la cara con el arma. Serena gritó.

—¡Yo soy quien manda! —gritó Midas—. ¡Y el mundo va a enterarse muy pronto!

Serena mantuvo la boca cerrada, pero Midas la oyó respirar en la oscuridad. La empujaba escaleras arriba cuando oyó un disparo abajo, en el río Guijón. Luego sonó la voz de Conrad Yeats.

—Vadim ya ha tenido lo suyo, Midas. Te propongo un trato: te cambio el *Flammenschwert* por Serena.

Puerta de Uriel.

Conrad estaba de pie junto a la orilla de río subterráneo, chorreando. Había sacado el torpedo *Flammenschwert* del agua y lo había dejado sobre la plataforma de piedra junto al cuerpo de Vadim. Según el contador, quedaban menos de tres minutos para que explotara, y la cuenta seguía adelante.

¿Cómo diablos voy a desactivar esta cosa?, se preguntó Conrad. Comenzó a desatornillar el estuche de la esfera con la hoja de una navaja. Lo pensó mejor y se detuvo. Quizá lo único que había que hacer era mantener el artefacto fuera del agua en el momento en el que estallase.

Se guardó la navaja, sacó el arma y se puso en pie justo en el momento en el que Midas y Serena aparecían por un túnel. Midas agarraba a Serena del cuello con una mano y con la otra le apuntaba con un arma al pecho: la utilizaba de escudo.

—¡Tira el arma! —ordenó Midas—. ¡Tírala o la mato!

—No lo hagas, Conrad. Mátanos a él y a mí. Salva el Monte del Templo.

Conrad vio fortaleza en los ojos de Serena. Estaba lista para morir. Pero él no estaba preparado para quedarse sin ella.

—No puedo volver a perderte.

—Entonces tira el arma —dijo Midas con una sonrisa.

Conrad dejó el arma en el suelo. Lo único que tenía que hacer era mantener viva a Serena e impedir que el *Flammenschwert* volviera a caerse al agua.

—¡Dale una patada y tira el arma al agua! —ordenó Midas.

Conrad le dio un golpe con el pie y el arma resbaló hasta el borde, pero se detuvo ahí.

Sin embargo eso le bastó a Midas, que añadió:

—Coge el *Flammenschwert* y devuélvelo al agua, que es donde debe estar. Y date prisa.

—¡No, Conrad! —gritó Serena—. Si haces lo que él quiere tendrás que olvidarte de cualquier esperanza de paz en Oriente Medio. Y de mí. Deja que me marche y salve al mundo... hazlo por mí.

Conrad vaciló. Algo había cambiado en los ojos de Serena.

—Lo comprendo, Conrad —continuó Serena con calma, poniendo la mano sobre el arma de Midas—. Déjame que te ayude.

Serena tiró de la mano de Midas y el arma se disparó. Ella se derrumbó en el suelo. Midas se quedó atónito y sin rehén. Dio un paso atrás y alzó el arma para disparar a Conrad.

—¡No! —gritó Conrad, que se lanzó a buscar su arma y le disparó a Midas entre los ojos.

La bala le voló a Midas la tapa del cráneo, que fue a estrellarse contra la pared de piedra, matándolo al instante.

Conrad corrió hacia Serena. Tenía la camisa empapada de sangre. Le brotaba del pecho.

—¡Oh, Dios, no!

Le rasgó la camisa para abrírsele y vio el agujero de la bala justo por encima del pecho izquierdo. Justo encima del corazón.

—¡No!

Puso las manos sobre la herida para tratar de detener la hemorragia. Sintió la mano de Serena sobre la de él y la miró a los ojos. La luz de su mirada se apagaba.

—Coge la espada de Uriel, Conrad. Llévala de vuelta a la estancia del rey. Fuera del agua no puede estallar.

—Pero en este lugar el agua se filtra por todas las piedras, Serena. Las cámaras son como un barril de petróleo vacío. No podemos estar seguros de que allí no prenderá el río.

—No, pero puede que el impacto no sea tan fuerte si no está sumergida en el agua.

—No puedo dejarte.

Serena sacudió la cabeza.

—No queda tiempo.

—Serena —dijo él, tratando de levantarla. Entonces brotó aún más sangre de su pecho—. No puedo.

—¿Qué pone en el reloj?

Conrad leyó el contador.

—Noventa segundos.

—¿Conoces el libro del Apocalipsis? —siguió preguntando Serena.

—Lo sé —dijo él—. He leído el final. Gana la Iglesia.

—No —negó ella—. El que gana es Dios. En el nuevo Jerusalén no hay Iglesia. Ni templos ni tampoco mezquitas. Solo Dios y su gente.

—Eso es fantástico —dijo Conrad—. Pero ¿qué hago yo mientras tanto sin ti?

Serena no contestó. Su cuerpo estaba flácido.

—¡Serena! —la llamó él, sacudiéndola—. ¡Serena!

Conrad miró el contador del reloj del *Flammenschwert*: cincuenta y siete segundos... cincuenta y seis segundos...

Se lavó las manos, levantó el artefacto y salió disparado hacia el túnel. Al llegar al pie de las escaleras volvió la vista atrás y vio el cuerpo inanimado de Serena en la cueva.

En el interior de la estancia del rey cuatro losas de granito que hacían las veces de puerta habían comenzado ya a descender cuando Conrad alcanzó por fin el globo armilar en cuyo interior pretendía meter el *Flammenschwert*. Apenas tuvo tiempo de deslizarse por debajo de la losa que cerraba el túnel de Guijón. Entonces echó a correr de vuelta a la puerta de Uriel. El contador comenzó a emitir pitidos cuando solo faltaban treinta segundos... veintinueve... veintiocho...

Atravesó corriendo los pilares hasta la cueva. El cuerpo de Serena yacía en la orilla donde él lo había dejado. Conrad se derrumbó a su lado y la estrechó en sus brazos.

—Lo he detenido —le dijo a Serena aun a sabiendas de que ella no podía oírlo. Desvió la vista hacia el agujero empapado en sangre de su pecho y lloró—. ¡Oh, Dios, no! ¡Por favor, no!

La levantó en brazos y la llevó al torrente. El sonoro pitido que emitió el contador significaba que había llegado a cero. Un terrible temblor sacudió todo el Monte del Templo al estallar el *Flammenschwert* en la estancia superior. Trozos de roca comenzaron a caer a su alrededor, provocando

grandes ondas en el río.

Conrad abrazó a Serena y saltó a la rápida corriente de agua justo cuando las llamas salían por el túnel de Guijón. Cortinas de fuego como olas lamieron el aire por encima de ellos, iluminando el rostro de Serena como si fuera un ángel bajo la superficie de la tierra.

La corriente de agua los arrastró. Conrad se despidió de ella con su último aliento, con un beso. El río tiró de ellos y los llevó por un oscuro túnel. Conrad trató de aferrarse a ella, pero la mano de Serena se le escapó. Gritó su nombre en medio del agua, pero entonces se dio un golpe en la cabeza con una roca y todo se volvió negro.

Plaza del Muro. Monte del Templo.

Eran poco más de las tres cuando una explosión hizo temblar el Monte del Templo. El general Gellar estaba rezando ante el Muro de las Lamentaciones. Llevaba la cabeza cubierta con un kipá y los hombros tapados con un *talit* de seda.

Hubo gritos y chillidos. El general alzó la vista hacia la Cúpula de la Roca para admirar la columna de fuego con la que había estado soñado durante tanto tiempo. Pero no había ninguna columna de fuego y los temblores cesaron poco a poco como si se tratara de un terremoto. No hubo temblores secundarios.

Desorientado y molesto por lo que aquello podía significar, Gellar se abrió paso lentamente entre la multitud reunida en la plaza, que discutía con fogosidad acerca de lo que había ocurrido.

Al llegar a la esquina vio una camioneta blanca detenerse. La puerta trasera se abrió y por ella salieron el comandante Sam Deker, que sangraba, y otros agentes armados del Yamam. Gellar quiso dar la vuelta, pero entonces sintió una especie de punzada en la nuca y se desmayó.

Unas cuantas horas más tarde, Deker y su equipo entraban por la fuerza en los laboratorios israelíes de la subsidiaria de Midas Mineral & Mining en el parque industrial Tefen, cerca de la frontera con Líbano. Tras el asalto, Deker se encontró con sus homólogos americanos en una de las instalaciones de la empresa. Marshall Packard estaba leyendo un informe junto a una mujer alta y delgada que se presentó a sí misma como Wanda Randolph.

—¡Demonios!, Deker, solo durante este mes han traído aquí a ingenieros de Intel, Siemens, Exxon y MIT para visitar el centro de I+D y estudiar esta nueva tecnología de la detección y extracción del agua —le dijo Packard—. ¿Cómo pueden los israelíes haber pasado por alto que Gellar tenía intereses en esta empresa?

—Muchos miembros del gobierno y del ejército tienen arreglos similares con las empresas de este país.

Packard frunció el ceño.

—¿Has puesto a buen recaudo en el laboratorio el resto de las bolas esas de metal?

—Las he destruido —contestó Deker, que mantuvo con firmeza su posición—. No me fío ni de mis superiores, ni de ti. No sé qué harías con ellas.

—¡Lástima! —exclamó Packard—. Una sola bola de fuego de esas habría bastado para desentrañar la tecnología de la Atlántida.

Deker no dijo nada.

—¿Qué vas a decir acerca de Gellar en tu informe al primer ministro israelí?

—Que murió como un héroe de Israel y que previno lo que podría haber resultado una catástrofe para el Monte del Templo. Que de haber tenido éxito el atentado, habría iniciado una guerra de la cual el

Estado de Israel habría salido victorioso, por supuesto, pero con un coste muy alto en vidas humanas.

—¿Y qué les pasó a los globos? Porque supongo que no se salvarían, claro.

—Eso yo ya no lo sé —declaró Deker—. Me preocupa mucho más qué haya sido de Yeats y de Serghetti. ¿Tú sabes algo de ellos?

El rostro de Packard pareció sombrío.

—No —negó Packard—, pero estén donde estén, creo que ya es hora de dejarlos en paz de una vez.

Aquella noche Deker volvió al Muro de las Lamentaciones y buscó el pedazo de papel con la oración que Gellar había metido en la rendija entre las enormes piedras. Estaba prohibido, pero Deker no era un judío muy estricto.

Calculó la altura a la que debía de estar por su experiencia en la vigilancia del muro y dio con el papel que le pareció razonablemente el más probable:

Permítenos subir por la montaña del Señor,
que podamos recorrer los caminos del Más Alto.
nosotros convertiremos nuestras espadas en arados,
y nuestras lanzas en arpones.
Las naciones no levantarán la espada contra las naciones,
ni nadie aprenderá ya más el arte de la guerra.
nadie más tendrá miedo,
porque la boca del Señor de Todos ha hablado.

Es una buena plegaria, pensó Deker. Estaba seguro de haberla oído antes en alguna parte, durante su infancia. Al ver a los judíos y a los cristianos rezando a su alrededor y al oír la llamada distante desde el minarete de los musulmanes convocándolos para rezar, Deker decidió repetir esa plegaria como si fuera su *kadish* personal por las almas de Conrad Yeats y de Serena Serghetti.

Qumrán. Cisjordania. Dos días después.

El Domingo de Resurrección a las diez de la mañana hacía ya calor junto al mar Muerto. Reka Bressler, una antigua alumna del Centro Orion (perteneciente a la Universidad Hebrea y dedicado al estudio de los pergaminos del mar Muerto), guió a un grupo de turistas americanos más allá de la piedra que marcaba el nivel del mar. Quería llegar hasta las rocas del borde del mar Muerto, a una profundidad de más de trescientos sesenta metros por debajo del nivel del mar.

El desolado paisaje era el punto más bajo de toda la tierra: se trataba de un paisaje de otro mundo, compuesto por escarpados acantilados, cuevas y rocas alrededor de las aguas. Era el emplazamiento en el que se creía que estaban situadas numerosas ciudades bíblicas, incluyendo Sodoma y Gomorra o, mejor dicho, lo que quedaba de ellas. Lo cierto era que aquel paisaje parecía el resultado de una explosión nuclear. Y el olor a sulfuro no contribuía mucho a cambiar de idea.

Sin embargo, supuestamente el agua del mar Muerto poseía poderes terapéuticos. De hecho, un par de personas del grupo de turistas habían saltado al agua para comprobar las bondades de la legendaria agua salada. Incluso había un americano tumbado cómodamente en el agua como si estuviera reclinado sobre una hamaca invisible, hojeando el *Jerusalem Post*.

Fue entonces cuando Reka vio el cuerpo de un hombre completamente vestido tirado en la orilla. Era evidente que no se trataba de un turista. Reka soltó una maldición y corrió hacia él para darle la vuelta.

Tenía la cara ensangrentada. Debía de haberse dado un golpe en la cabeza con una roca. Se inclinó, colocó dos dedos sobre su nuca y notó que tenía pulso. Le presionó el estómago y aquel tipo comenzó a escupir agua. Estaba a punto de hacerle el boca a boca cuando sintió que alguien le ponía la mano en el hombro.

—Gracias, ya me quedo yo con él.

Reka se irguió y vio a una mujer con la ropa rasgada y un medallón chamuscado sobre el pecho. Su cara le sonaba. Había en ella algo como etéreo. Pero las huellas que había dejado en la arena demostraban que era una persona de carne y hueso igual que su compañero.

—¡Pero si tú tienes peor aspecto que él! —objetó Reka.

La mujer sonrió.

—No importa. Se lo diré. Seguro que le hace mucha gracia. Quizá sea mejor que te ocupes de tu grupo. Creo que esa mano que sobresale del agua es de un hombre con un periódico que se está ahogando.

—¡Harah! —exclamó Reka, que echó a correr por la playa.

Serena sostuvo la cabeza de Conrad. Él tosió, parpadeó, abrió los ojos, la miró y por último miró a su alrededor, a ese lugar dejado de la mano de Dios.

—Este lugar no puede ser el infierno porque tú estás aquí —dijo él.

Conrad se quedó mirando el medallón carbonizado que colgaba del cuello de Serena. El siclo de Tiro se había partido en dos después de desviar la bala que le había desgarrado el pecho. No le quedaba más que una herida cauterizada con la forma de una luna creciente.

—El río de la vida, Conrad.

Conrad se incorporó, se sentó y la estrechó en sus brazos.

—¡Gracias, Dios!

Ella se enjugó las lágrimas de los ojos y se quitó el medallón del cuello.

—Bien, no voy a volver a Roma.

Conrad la miró.

—¿Y adónde vas a ir?

—Adonde tú vayas, Conrad.

—¿Seguro que es eso lo que quieres hacer?

—Sí, seguro.

—¿Y luego?

—Podemos amar a Dios, servir a los demás, dar nuestros frutos y multiplicarnos.

—Bien, pues no seamos desobedientes —dijo él, que la besó bajo el ardiente sol.

AGRADECIMIENTOS

Quiero darle las gracias en especial a mi increíble editora jefe, Emily Bestler, y a mi impertérrito agente, Simón Lipskar, por su perspicacia y apoyo. Gracias a mi editora, Judith Curr, de Atria, por su entusiasmo y su genialidad, y lo mismo a Sarah Branham y Laura Stern por hacer que todo siguiera rodando y estuviera terminado en su momento, incluyendo lo que me tocaba a mí. Gracias también a Louise Burke, a Lisa Keim y al departamento del libro de bolsillo: un equipo de primera que se ha encargado de que mis libros llegaran hasta el último rincón del planeta.

Tengo la gran suerte de tener al grupo de marketing de Simón & Schuster, del que forman parte personas tan creativas como Kathleen Schmidt, David Brown, Christine Duplessis y Natalie White. Además de Doug Stambaugh, de S&S Digital; Tom Spain, de S&S Audio y Kate-Lyall Grnat en el Reino Unido. Gracias a todos.

Estoy en deuda con ciertas personas de las agencias de inteligencia de Estados Unidos, Europa y Oriente Medio, que me ofrecían mojitos constantemente con la esperanza de que olvidara ciertas partes de nuestras conversaciones y sus verdaderos nombres. Está hecho. Gracias por vuestra generosidad a la hora de compartir vuestras perspectivas únicas acerca de la paz en el mundo.

Y gracias, finalmente, a la Autoridad de Antigüedades en Israel, al Waqf jordano y a los miembros de ciertas organizaciones no gubernamentales a ambos lados del Monte del Templo de Jerusalén que comparten la pasión por la protección de los lugares sagrados.

NOTAS

[1] En griego, «Disculpe, señor Andros». <<

[2] En ruso, «puta». <<

Table of Contents

El Apocalipsis de la Atlántida	3
Primera parte	7
CAPÍTULO 1	8
CAPÍTULO 2	14
CAPÍTULO 3	17
CAPÍTULO 4	21
CAPÍTULO 5	27
CAPÍTULO 6	30
CAPÍTULO 7	35
CAPÍTULO 8	40
CAPÍTULO 9	43
CAPÍTULO 10	46
CAPÍTULO 11	49
CAPÍTULO 12	54
CAPÍTULO 13	56
CAPÍTULO 14	58
Segunda parte	60
CAPÍTULO 15	61
CAPÍTULO 16	65
CAPÍTULO 17	69
CAPÍTULO 18	74
CAPÍTULO 19	79
CAPÍTULO 20	81
CAPÍTULO 21	85
CAPÍTULO 22	89
CAPÍTULO 23	92
CAPÍTULO 24	94
CAPÍTULO 25	96
CAPÍTULO 26	98
CAPÍTULO 27	101
CAPÍTULO 28	105
CAPÍTULO 29	108
CAPÍTULO 30	111
CAPÍTULO 31	114
CAPÍTULO 32	116
CAPÍTULO 33	119

Tercera parte	121
CAPÍTULO 34	122
CAPÍTULO 35	125
CAPÍTULO 36	128
CAPÍTULO 37	131
CAPÍTULO 38	134
CAPÍTULO 39	136
CAPÍTULO 40	138
CAPÍTULO 41	141
CAPÍTULO 42	143
CAPÍTULO 43	145
CAPÍTULO 44	147
CAPÍTULO 45	150
Cuarta parte	154
CAPÍTULO 46	155
CAPÍTULO 47	156
CAPÍTULO 48	158
CAPÍTULO 49	161
CAPÍTULO 50	164
CAPÍTULO 51	166
CAPÍTULO 52	169
CAPÍTULO 53	171
CAPÍTULO 54	174
CAPÍTULO 55	176
Agradecimientos	178
Notas	179